

13

Parte 2

MILÍMETROS

O'QUINN



BEATRIZ G. LÓPEZ

13 MILÍMETROS – O'QUINN

Beatriz G. López

Parte 2

© *Beatriz García López, 2017*

Primera edición: 2017

Autoedición: Beatriz García López y Álvaro Martín Fernández

Diseño de cubierta: Álvaro Martín Fernández

Imagen de cubierta: Juan José Nogueira

Maquetación: Álvaro Martín Fernández

Anteriormente, en 13 Milímetros

Annibal Scorpio, un narcotraficante de veintiocho años y con un puesto de renombre dentro del mundo del crimen, ve amenazada su hegemonía. Comienzan a sucederse una serie de asesinatos de hombres pertenecientes a su organización, todos ellos firmados de un modo particular: una estrella arrojadiza con el número trece grabado en el metal.

El asesino en las sombras no solo oculta su identidad a Scorpio y los suyos, cada vez más inseguros porque puedan ser los siguientes, sino que también mantiene en jaque a la policía. En concreto, a Wolfgang Sawyer, sargento de la Brigada contra el Crimen Organizado en la ciudad, así como al resto de su equipo. Al identificar los cadáveres, pronto los enlazan con el hombre que los lidera. Tratando de esclarecer lo sucedido, y a pesar del riesgo que puede conllevar, Sawyer y los suyos visitan a Scorpio en varias ocasiones. Como es de esperar, los policías no sacan mucho en claro, pero la información que leen entre líneas les permite descartar al propio Annibal como implicado en los crímenes. Además, averiguan que desconoce, tanto como ellos, quién es el asesino.

Las pistas que la policía tiene por el momento, además de los cuerpos, son las estrellas *ninja*, proyectiles, casquillos, huellas de neumático... y dos pequeños textos: «Aúlla mientras puedas» pintado con spray en la pared de un escenario del crimen y «A la segunda va la vencida» en una nota dentro de la chaqueta de uno de los muertos. Creen que apuntan a Rafael Espinosa, también conocido como «el Lobo» y mano derecha de Scorpio. Eso les hace corroborar algo que ya sabían: el homicida invisible sabe muy bien a quiénes está atacando.

Por otro lado, Annibal intenta seguir con su vida. Su orgullo y determinación le alientan a mantener un férreo escudo de cara al

exterior, pues tan solo una fisura de debilidad es la excusa perfecta para sus enemigos. Entonces conoce a Angela, que desde el primer momento llama su atención tanto por su físico como por su carácter. Esto no sienta demasiado bien a Deborah, quien profesa sentimientos por él desde hace mucho tiempo.

Pero los asesinatos siguen sucediendo. La muerte de uno de los suyos, Larry Greenwich, en un cochambroso motel hace que Scorpio decida visitar al tipo con el que Larry debía haberse reunido: Nelson Austen. Cuando lo tiene delante, no puede reprimir sus impulsos violentos al creer que se trata del famoso asesino. Tras una brutal paliza, Scorpio acaba con su vida y determina que el hombre para el que Austen trabajaba, O'Quinn, se encuentra detrás de todos los fatales ataques. Annibal ya tuvo problemas con él en el pasado y está dispuesto a llegar adonde haga falta para volver a recordarle quién domina dentro del imperio criminal.

Para Amelia

Las cicatrices son sitios por donde el alma ha intentado marcharse y ha sido obligada a volver, ha sido encerrada, cosida dentro.

J. M. Coetzee
Premio Nobel de Literatura 2003

Capítulo 1

La tarde del veintiocho de junio se escurría en el reloj, pero todavía era pronto. Annibal Scorpio pisaba el acelerador y lo mantenía constante en la medida en que el tráfico se lo permitía. Encontrarse con una carretera fluida era mucho pedir, al parecer. En condiciones normales, tan solo una hora y media les habría separado de Filadelfia. Sin embargo, mucho se temían que tendrían que permanecer dentro del Ford Mustang negro como mínimo dos horas para cubrir esos casi ciento sesenta kilómetros. La ocasión, sin duda, lo merecía.

No había transcurrido ni una semana del asesinato de Nelson Austen. Scorpio casi podía sentir todavía la sangre de ese desgraciado manchando la piel de sus manos, de sus brazos. Casi podía notar los dientes de aquel malnacido de pelo largo y castaño claro partiéndose bajo sus nudillos. El conductor del Mustang entonces había decidido hacerle una visita a quien a todas luces tenía que estar detrás de todo aquello. El viejo O'Quinn ya había jugado con fuego en el pasado y, si se confirmaba su participación en los famosos asesinatos que habían diezmado la organización de Scorpio, la muerte de Austen tan solo sería un juego de niños en comparación. Volvió a pensar en que el hecho de que O'Quinn le pagara un tributo de miles de dólares al mes no era impedimento para que hubiese decidido atacarle por la espalda. Estaba deseando tener delante a ese imbécil.

Antes de haberse puesto en marcha, Annibal había advertido a sus acompañantes una vez más que debían mostrarse más atentos que nunca. Rafael Espinosa, conocido como «el Lobo» y mano derecha de Scorpio, viajaba en el asiento del copiloto. Mantenía los ojos fijos al frente, cubiertos por unas gafas de sol que los protegían del implacable sol veraniego. Apenas sentía el calor que le daba la

coleta castaña y baja en la nuca gracias al aire acondicionado. En el asiento situado detrás, Sandro Biaggi guardaba silencio. El italoamericano de corto cabello marrón oscuro y ojos azules era demasiado consciente de la gravedad de la situación. No hacía falta que su jefe les recordara que no podían relajarse, ya sabían que no podían predecir lo que sucedería una vez tuvieran en frente a ese tipejo. A pesar de la poca confianza que tenían en su competencia, no dejaba de ser el líder de su propio grupo y eso era algo a tener en cuenta, sobre todo si resultaba ser culpable.

Sandro, al conocer el plan, le había preguntado por qué no había decidido encontrarse con él en otro lugar que no fuera la propia casa del viejo. No es que dudase de la decisión de su jefe, pero pensaba que tal vez una zona más neutral habría contribuido a la seguridad de los tres. Scorpio había afirmado, tajante, que no podía poner a O'Quinn sobre aviso. Eso le daría tiempo a urdir una red de mentiras y trampas, precisamente lo que mejor se le daba, y eso sí los exponía a un serio peligro. Aunque el rango de Scorpio fuese más alto en la oscura jerarquía, el viejo se caracterizaba por unos movimientos sucios y ruines. Annibal había alegado también que, en el caso de que se viesen obligados a terminar con su vida, qué mejor que hacerlo en un lugar donde no pudieran ser vistos por terceros.

El jefe hacía ver que se sentía muy seguro de sí mismo. No tanto el Lobo, a quien por la mañana su amigo le había narrado la inesperada visita de la detective Jones el día anterior. Esto significaba que Rafael ya estaba al tanto de las amenazas encontradas contra él, tanto en la pared del escenario del asesinato de Jay Taylor como en la nota encontrada en la chaqueta del fallecido Larry Greenwich en el hotel HK Empty Road. La herida del brazo del hombre de la coleta, causada por la maldita estrella arrojadiza, ya prácticamente había cicatrizado y no le molestaba desde hacía unos días. No le resultó fácil de digerir enterarse de que todavía se encontraba en el punto de mira.

Llegar hasta la casa del susodicho no debía suponer ningún problema. Scorpio guardaba la calle y el número en su mente como tallados por un puñal. Su memoria fotográfica fue confirmando que iban por buen camino, al igual que el GPS, incluso cuando no pisaban Filadelfia desde aquel incidente cuatro años atrás. Los pequeños cambios que la ciudad había sufrido no le desorientaban tan fácilmente. Pero los recuerdos comenzaron a asaltarle. Fueron sucediéndose unos tras otros al contemplar aquellas calles tan vagamente familiares. Hacía cuatro años, un provocado accidente de coche había precedido al secuestro y la tortura. Annibal había conseguido escapar de sus captores a duras penas y herido, lo que se tradujo en la planificación de una venganza que después llevó a cabo. Por aquel entonces había tenido lugar una matanza de buena parte de los hombres de O'Quinn por parte de los de Scorpio, habiéndolos sorprendido desprevenidos. El viejo había suplicado por su vida como un miserable y el hombre de la cicatriz que le cruzaba el ojo izquierdo tan solo cedió al perdón por petición de Orlando, el colombiano con el que ambos negociaban. Este era un burdo y simplificado resumen de lo que le habían hecho cuando todavía no había alcanzado su poder actual. Ante estos fragmentos del pasado, Annibal casi pudo sentir la marea de golpes sobre su cuerpo y las cadenas en torno a sus muñecas. Casi pudo visualizar al patético de O'Quinn lloriqueando, repitiendo una y otra vez que él no había tenido nada que ver con su secuestro. Casi pudo escuchar al colombiano tratando de apaciguar sus coléricos ánimos para evitar la muerte de su socio.

Scorpio estaba rechinando los dientes.

Giró a la izquierda en una calle amplia. Estaban llegando. El barrio se situaba a una gran distancia del centro de la ciudad, como buena urbanización de lujo. Las fachadas de las casas eran suficiente justificación del alto nivel económico de sus propietarios. Pese a que el navegador le ofrecía la ruta más rápida, tuvieron que callejear. La línea amarilla sobre el mapa interactivo estaba llegando a su fin. Estacionó el coche oscuro muy próximo a la acera que

correspondía a la vivienda. Resultó ser una calle de sentido único. El motor se dispuso a dormir en cuanto Annibal separó la llave del contacto. La radio se apagó de inmediato. Ninguno pronunció comentario alguno al comprobar que el número que les saludaba bajo el inmenso porche era el cuatrocientos trece.

Tan pronto como se apeó del Mustang, Scorpio se dispuso a colocar sus pistolas. Esta vez había requerido la presencia de ambas Desert Eagle. Las dos permanecían entre el pantalón vaquero desgastado y su cuerpo, la diferencia radicaba en la posición. La que más utilizaba descansaba en su espalda y su gemela se ocultaba en la parte delantera. La camisa negra, remangada por el antebrazo, se encargaba de ocultarlas, aunque no había que esforzarse mucho para distinguir el bulto en la parte frontal.

El jefe y sus dos hombres caminaban con decisión. Los rayos de sol de casi las siete de la tarde incidían anaranjados sobre las oscuras gafas de estilo aviador que Annibal llevaba. Las palabras no eran necesarias. Avanzaron sobre las piedras planas que, separadas entre sí por tramos del mismo césped que cubría el resto del exterior, formaban el camino de acceso a la entrada. Cuanto más cerca estaban, más notaban los arañazos de la impaciencia. Los últimos pasos los condujeron a la puerta de madera perfectamente pulida. El líder del grupo de tres estiró el brazo y la golpeó con los nudillos tan fuerte que si no le oía era porque no estaba en casa. Repitió la operación, empleando incluso más intensidad. La puerta se estremeció bajo su puño.

Silencio.

El Lobo y sobre todo Biaggi aguardaban, tensos. Temían que se repitiera una escena de brutalidad parecida a la que había acabado con la vida de Nelson Austen hacía casi una semana. No por la víctima en sí, sino por la pérdida de control de su jefe. Este último sentía la rigidez castigar sus músculos y sabía que necesitaba estar más relajado para poder mostrarse como tal.

Sin respuesta.

Volvió a insistir.

El pulso de Annibal se convirtió en un bólido de carreras cuando empezaron a escuchar los cerrojos descorrerse detrás de la enorme puerta maciza. La adrenalina ya navegaba por su sangre. A continuación, el chasquido del pomo. La puerta se abría. Se fue descubriendo la figura de un hombre que rondaba el metro ochenta. El sol se reflejó en el cabello corto y cobrizo salpicado de algunas canas. Sus labios finos trazaron una mueca al descubrir a sus visitantes. La misma boca que se veía enmarcada por una barba áspera a pesar de la apariencia cuidada. Los ojos gris oscuro eran la antesala de una frente poblada de arrugas, y las líneas de expresión en torno a sus párpados también eran notorias. Sus cincuenta y un años no habían sido muy benévolos con él.

Con los ojos entornados encontró hielo en aquella calurosa tarde de finales de junio. O'Quinn permaneció estático.

—Scorpio —pronunció el hombre. Su voz sonó grave, curtida, cansada. Su rostro, sin embargo, denotaba sorpresa. Había entornado la puerta lo justo como para que su cuerpo fuese lo único que pudiese verse.

—¿Me esperabas? —inquirió el aludido. Cada letra era tóxica. Al ver ese rostro le golpeó un arrebató de ira que pudo controlar a tiempo.

—A decir verdad, no —admitió O'Quinn. No pudo evitar recorrer con la mirada aquella cicatriz que atravesaba el ojo izquierdo de Annibal, desde la frente hasta la mejilla. Guardaba una distancia prudencial—. ¿Qué ocurre? ¿Ha pasado algo?

—Sí, que quiero hablar contigo. Supongo que no habrá inconveniente en que pasemos, ¿verdad? —Pero no dejó que el tipo respondiera, pues ya se había encaminado hacia el interior. Con la mano derecha había empujado la puerta para abrirse paso. El otro no tuvo más remedio que echarse a un lado si no quería verse arrollado. El Lobo y Biaggi le siguieron.

—Bueno, eh... Sí, podéis pasar —se resignó una vez ya estuvieron dentro.

Al dueño de la casa no le había gustado cómo se habían apropiado del derecho de irrumpir en ella. Se le ocurrieron varias formas de mostrarles su desacuerdo, pero se abstuvo. Sabía muy bien quién era aquella gente. Y además esos malos modos le alarmaron. El más joven de esos tres presentaba cara de pocos amigos. *La que lleva siempre*, pensó O'Quinn. La cuestión radicaba en el motivo que los habría llevado a conducir hasta Filadelfia. Pacífico no, desde luego. El tipo comenzó a hacerse preguntas. ¿Tendría que ver con el pago mensual? Desde que se lo había impuesto, nunca había fallado. ¿Tendría que ver con...?

—¿Queréis que vayamos a...? —O'Quinn interrumpió sus propios pensamientos.

—No te molestes, hablaremos aquí —le cortó Scorpio. No estaba dispuesto a que fuera otro quien impusiera las condiciones. Necesitó volver a dominar los impulsos. Su mano derecha era un puño. Escuchó cómo el propietario cerraba la puerta mientras se quitaba las gafas de sol.

—¿Me puedes decir que es lo qu...?

—¡Aquí las putas preguntas las hago yo! —vociferó Annibal. Los esfuerzos por no abalanzarse sobre ese hombre estaban siendo trabajosos. Uno de los pocos motivos que le frenaban para no romperle la cara ya mismo eran los contactos que él tenía. No podía arriesgarse a complicarse la vida solo por suposiciones sin confirmar —. ¿Te has divertido, cabrón? —Lo miraba fijamente a los ojos, con los suyos relampagueando de rabia. El autocontrol era doloroso—. No esperaba que fueras tan gilipollas como para intentar joderme otra vez. ¡Venga! ¡Ya me tienes aquí! ¿Y ahora qué? —Se adelantó unos pasos, aproximándose a su adversario.

—No sé de lo que me estás hablando —aseguró O'Quinn, aparentemente desconcertado. Retrocedió. Miró hacia los lados.

—Ah, no sabes de lo que te estoy hablando. Ya. —Le exasperaba la maldita actitud del viejo. Viendo la expresión victimista que había anidado en su cara, solo tenía ganas de descargar el puño sobre ella. Se armó de paciencia. Una vez más

tenía que hacerlo—. ¿Cuántas veces lo has ensayado frente al espejo? —Continuó aproximándose. Era media cabeza más alto que él.

—Me vas a perdonar, pero no tengo ni idea de lo que estás diciendo. —Pese a la frágil expresión, su voz sonó tranquila. Le sostenía la mirada.

—No, no te voy a perdonar —escupió Scorpio entre dientes—. No sé qué es peor: que me estés mintiendo o que pienses que me creo tu mierda. Yo que tú no querría comprobarlo. —Consideraba que ese hombre era el mayor tramposo que conocía, no le daría el gusto de creer en su palabra de buenas a primeras. Y además necesitaba su chivo expiatorio.

—Annibal...

—¡Ni Annibal ni hostias! ¿Quién coño te crees que eres para dirigirte a mí por mi nombre? —bramó el visitante. Le enfurecía que le tomara por idiota, le enervaban todos esos estúpidos rodeos.

—¡Quizá si me explicaras de qué demonios estás hablando a lo mejor podría responderte! —exclamó O'Quinn, airado. Bien podría haber provocado el estallido que temía, pero se encontraba entre la espada y la pared. Aquello podría acabar mal para él aun estando en su propia casa. No quería que la cordura le abandonara, pero el joven se lo estaba poniendo muy difícil.

—No me vuelvas a hablar así en tu puta vida —le amenazó Scorpio en tensión. Levantó la mano derecha y le mostró el dedo índice muy cerca de su ángulo de visión—. No tengo muchas cosas que hablar contigo, imbécil. ¿Tú qué crees? Lobo, dámela. —Extendió la mano hacia su amigo sin mirarle siquiera. No tuvo que especificar lo que pedía. Entonces, notó el frío tacto metálico en la palma de la mano. Colocó bien cerca del tipo la estrella *ninja* con el número trece grabado en la superficie. Era la misma que Rafael había tenido dentro de su carne la noche en la que asesinaron a Jay Taylor—. ¿Te suena? Ni respondas. ¿En serio creías que no iba a descubrirte? —La voz grave del gánster ensombrecía todo cuanto pronunciaba.

—Nunca he visto ese cacharro —confesó O'Quinn. Todavía miraba el arma afilada.

—¿No? Pues tengo que decirte que tu amigo Austen tenía un arsenal de ellos. ¿O los tienes tú y él solo se abastecía? —Colocó una de las puntas de la estrella muy cerca de los serenos ojos grises. Arrastró cada sílaba con desprecio, como si el esfuerzo de estar perdonándole la vida fuese sobrehumano. En cierto modo, así era.

O'Quinn supo de inmediato la razón por la cual su hombre llevaba unos días sin responder al teléfono. Jamás había pensado que le había ocurrido algo, en ningún momento se había planteado acercarse hasta su casa para comprobar que todo estaba correcto. Si no recordaba mal, el último asunto del que Nelson debía encargarse era precisamente un cierre de negocio de armas con uno de los hombres de Scorpio. Ahora fue él quien notó cómo la sangre empezaba a hervir en el interior de sus venas. Estoico, aguantó el tipo.

—¿Qué le has hecho? —Resultaba evidente que Scorpio estaba detrás de la desaparición. Procuró que la irritación no se le notara en la voz, a diferencia de su oponente. Esperó una sonrisa de suficiencia por su parte, pero no la obtuvo. Estaba empezando a temer por su integridad física.

—Puedes comprobarlo tú mismo cuando vayas a su casa a recogerlo. O lo que queda de él —soltó Annibal. No se estremeció al recordar el estado deplorable en el que había quedado el cadáver. Inclino la cabeza levemente hacia atrás sin dejar de mirarle—. No tengo ningún inconveniente en hacerte lo mismo si de repente llego a la conclusión de que ya no me haces falta.

—Pero Orlando...

—No te preocupes por Orlando, preocúpate por mí y por esa razón tan buena que me explique qué hacía Austen matando a mis hombres.

El mayor de ese extraño grupo de cuatro escuchó con mucha atención aquel mensaje. Después se fijó durante unos instantes en

los otros dos hombres. Los reconoció a ambos, en especial al Lobo. Era inconfundible. Ellos también le miraban con una expresión que era de todo menos amistosa. Debía romper la tensión de alguna manera. Su cabeza estaba funcionando a todo gas. Casi podía ver la muerte en los oscuros ojos de Scorpio.

—Creo que este lugar no es el mejor para mantener una conversación de ese nivel. Dame la oportunidad de explicarme en mi despacho, sentados y tranquilos. Tomando algo, quizás. No me gustaría enemistarme contigo —intentó O'Quinn. Esperaba poder convencerle. La necesidad de ablandar la acerada coraza del chico palpitaba en sus sienes.

«Ya lo has hecho» fue la expresión que rebotó en el interior de Annibal. No sabía si extrañarse o enfurecerse más ante la docilidad que el otro presentaba. Creyó que no era más que pura farsa, probablemente por el hecho de encontrarse solo frente a ellos tres. Miró al tipo con recelo. ¿Quería explicarse? Muy bien. No sería él quien no se lo permitiese. Sus dos gemelas de cañón largo aguardaban deseosas de abrir fuego ante la más mínima señal de peligro. Seguiría a aquel pobre diablo sin bajar la guardia. Caminaba sobre arenas movedizas, pero determinó que no era él quien más tenía que perder.

Scorpio le indicó mediante un gesto que se pusiera en marcha primero. El cuerpo del joven estaba listo por si necesitaba reaccionar de pronto. Volvió a sentir el metal contra su piel, paciente. Echó un último vistazo a sus fieles acompañantes y comprobó que se veían tan serios como él. Rafael, el Lobo, levantó las cejas en señal de advertencia. Annibal asintió imperceptiblemente.

Mientras caminaban, y sin permitirse ni un solo segundo de relajación, el chico se fue fijando en la distribución de la casa. No estaba de más contar con aquella precaución, sobre todo teniendo en cuenta que había cambiado bastante desde la última vez que estuvo allí. Scorpio determinó que, además de ser un mediocre, el viejo tenía un gusto nulo para la decoración. Y estaba teniendo

demasiado tiempo para quedarse con los detalles, puesto que el paso que el anfitrión marcaba era de una lentitud desesperada. No serviría de nada alargar el momento, pensó, tan solo para empeorar todavía más su mal humor.

Tras cruzar un pasillo con cuadros que eran tremendamente horteras para el gusto de Annibal, llegaron a lo que debía de ser una sala de estar. La decoración seguía siendo horrorosa. Allí se podía ver una puerta marrón de barniz impecable, como casi todas las del resto de la casa. En el centro de la estancia había una mesa ovalada enteramente de cristal exceptuando su base, compuesta por hierro oscuro de formas barrocas. La rodeaban seis sillas a juego. El líder de los recién llegados supuso que era ahí donde iban a sentarse los cuatro. Era ahí donde ese hombre arrugado debía proporcionarles las aclaraciones que le convencieran para no darle una muerte horrible. Sin embargo, O'Quinn no se encaminó en dirección a la mesa, sino que se quedó parado en frente de la puerta del fondo mientras los esperaba.

—Ya hemos hecho turismo por tu casa y no lo he disfrutado. No habíamos venido a eso —se plantó Annibal, mordaz. No iba a dar un paso más. No veía por qué no podían hablar en ese salón. Aguantar tonterías no se le daba demasiado bien. Pero, a juzgar por la expresión del viejo, este parecía estar tomándose muy en serio.

—Al otro lado de esta puerta está mi despacho. Una vez dentro, estaremos más cómodos y podremos tratar estos asuntos como se merecen. Te invito a entrar. —Las retinas de O'Quinn estaban fijas en él.

—Demasiado envoltorio para tan poco contenido —bufó Scorpio. Se había cruzado de brazos.

El chico de la cicatriz nunca se había caracterizado por su paciencia y ese día estaba siendo realmente generoso. Sintió un pinchazo nauseabundo clavándose en el mismo centro de su pecho al pensar que O'Quinn era la clave y que estaba allí perdiendo el tiempo. Tuvo que recordarse una vez más que necesitaba pruebas sólidas. No quería tener que llegar a sus propios límites.

O'Quinn se mostró inseguro. Agachó la cabeza del mismo modo que un perro apaleado. Pero Annibal apenas conocía la lástima dentro de aquel mundillo implacable, y menos si tenía que ver con ese tipo. Resoplando, terminó por acceder. Si tan estúpida parafernalia servía para que ese inútil dejara de comportarse como si fuera idiota, lo haría. Cauteloso, pero lo haría. No se olvidaba de para qué estaba allí. Soltó aire. Contó hasta diez para no perder el control del hormigueo que la ira dejaba por sus brazos.

El dueño de la casa tuvo el detalle de empezar a abrir la puerta para facilitar el paso. Su invitado fue detrás y los hombres de este le siguieron. Entonces, O'Quinn se paró en seco. Miró primero a Scorpio y luego a los otros dos. Frunció los labios.

—Me refería a hablar tú y yo solos —rectificó el hombre de más edad. Juntó las manos, nervioso.

—No vamos a dejarle solo contigo —espetó el Lobo. Su voz se escuchó dentro de la vivienda por primera vez. Dio un paso al frente.

—Venga, ¿qué piensas que voy a hacerle? ¿Crees que estoy loco? —se defendió O'Quinn de malas maneras. Scorpio tenía más poder que él, sabía lo que le convenía.

—No sabría decirte —arremetió Rafael. Le desafió con la mirada.

—Pues no digas nada. Esta no es una conversación para lacayos —trató de abochornarle el anfitrión, pagado de sí mismo. Puede que ellos fueran tres, pero no dejaría que le pisotearan si podía evitarlo. Trataría de mantener su dignidad.

—Entonces, tú no pintas gran cosa aquí —se interpuso Annibal. Su tono se había vuelto a cargar de máxima hostilidad. Había endurecido las facciones y los músculos en cuanto hubo escuchado cómo se había dirigido a Rafael. *Uno, dos, tres, cuatro, cinco. Seis. Siete. Ocho. Nueve. Diez*—. Pasaré a tu puto despacho, y estos dos estarán aquí fuera. Entrarán a matarte ante la mínima sospecha de que algo va mal, si es que no lo he hecho yo antes. —Levantó el labio superior en una leve mueca de repugnancia.

O'Quinn se sintió aplastado por el ridículo. No obstante, en silencio se apuntó un tanto. La actitud del chico le abrasaba por

dentro, aborrecía su arrogancia.

—No os preocupéis, no va a pasarme nada —les garantizó a ambos en voz baja. Se había acercado a ellos, asegurando así la discreción. No era estúpido. Sabía de lo que acusaban a ese hombre, y quedarse a solas con él no era la mejor idea, pero de ningún modo estaba dispuesto a ofrecer la imagen de un cobarde. Redujo aún más el volumen—: Entrad en dos minutos. Si sus intenciones son tenerme a solas para matarme, se va a llevar una sorpresa. Pero tiene que creer que puede hacerlo. —Hizo una pausa y miró directamente a Biaggi—. Ándate con ojo. El Lobo vuelve a estar amenazado, cúbrele las espaldas. También puede ser que sea eso lo que busque. Y no te descuides a ti mismo.

Sandro se quedó sorprendido ante tal información. Hasta el momento solo el Lobo había conocido su existencia. Aceptó con una expresión grave sin mirar a Rafael, ni siquiera de reojo, no fuera a ser que el hombre que el jefe tenía a sus espaldas se percatase de algo.

—¿Estás seguro? —insistió el Lobo, inquieto. La confianza que tenía en el viejo era nula. La tirantez podría haberse cortado con una navaja.

No, no estaba seguro, pero Annibal asintió con la cabeza. Debía dar una férrea impresión. Tampoco podía permanecer con ellos más tiempo del necesario, todo tenía que parecer natural. Tal vez no sucediera nada y tan solo quisiera mantener una conversación en privado. De hecho, era lo más probable, pero no cambió de opinión. Se giró para encarar a O'Quinn. No dijo nada, simplemente esperó a que él moviera ficha. Este terminó de abrir la puerta. Lo hizo despacio y la luz que procedía del interior era más tenue que la del iluminado salón. El hombre le invitó a pasar, pero Annibal no se movió del sitio. Ni se planteaba entrar primero. Si recibía un ataque por la espalda, no quería regalárselo. El viejo captó el silencioso recado y reanudó su marcha. Sin echar un último vistazo a sus hombres, Scorpio le siguió. O'Quinn entonces cerró la puerta.

El chico se extrañó al no encontrar el despacho nada más entrar. Se sorprendió al encontrarse ante sí un nuevo pasillo. Este se extendía unos metros más hacia delante y luego giraba a la izquierda. La luz continuaba siendo de baja intensidad, pero sus pupilas ya empezaban a acostumbrarse. Se preguntó por dónde demonios le estaba metiendo. Su falsa sensación de seguridad se tambaleó. El suelo estaba compuesto por moqueta granate, a diferencia de la tarima reluciente del anterior salón. Apenas se escuchaba el sonido de los pasos y pensó que sería un punto positivo para cuando el Lobo y Biaggi entraran. Fue el aliciente que necesitaba para afianzarse de nuevo.

O'Quinn aún caminaba por delante cuando torcieron a la izquierda siguiendo la esquina del pasillo. Llevaba tal parsimonia que parecía demasiado fácil abatirle.

Enseguida llegaron al final del corredor. El viejo se paró delante de la puerta de madera oscura y ancho grosor. Acercó la mano al bolsillo. La espalda de Annibal se tensó. Pero lo único que sacó el tipejo fue una simple llave. Scorpio, algo avergonzado en su fuero interno, pensó que su reacción mental había sido desproporcionada. La incertidumbre que le causaba una posible traición le colocaba en una rigidez constante.

Entonces, se escuchó algo al principio del pasillo. Fue un sonido muy bajo, pero lo suficientemente audible como para que hubiese logrado percibirlo. Supuso que se trataría del Lobo y Biaggi. Suspiró en silencio. Si él había sido capaz de oírlo, creyó que tal vez el otro también. No quería perder el factor sorpresa. Pero se extrañó, era demasiado pronto. Observó a O'Quinn mientras este introducía la llave en la cerradura. Nada parecía haber cambiado en su expresión. ¿Cómo era posible que no lo hubiese oído? El siguiente ruido fue el que hizo la puerta al ceder. A continuación, el anfitrión comenzó a empujarla. Antes de abrirla de par en par, le ofreció una vez más la posibilidad de ser el primero en acceder al interior. Scorpio, cansado de tantas formalidades y cediendo ante su

carácter, arrancó a andar sin mediar palabra. Se metió de lleno en el despacho.

Se paró en seco.

La puerta se cerró a sus espaldas.

—¿Qué cojones significa esto? —se sobresaltó Annibal, resistiendo la fuerte tentación de acercar las manos a sus armas. Sin embargo, ya había hecho el amago. La confusión inicial aplacó momentáneamente la furia.

—Lo que ves, así de simple —respondió O'Quinn con pasmosa calma. Entrelazó los dedos detrás de la espalda, relajado—. ¿Querías hablar? Hablemos.

—Hijo de puta... —murmuró el chico. Aun sin haber bajado la guardia, no lo había anticipado.

—No es para ponerse así. Me extraña que no lo hubieras imaginado. —El viejo enarcó las cejas cobrizas—. Quería que tus hombres no vinieran contigo porque esto podría no haber acabado muy bien. Y, aprovechando que habéis interrumpido la reunión que estaba teniendo antes de que llegais, decidí traerte aquí para que no hicieras ninguna tontería. Tontería que probablemente habrías hecho de estar tú y yo solos. No te ofendas, pero nos conocemos. —Ya no tenía reparos en mirar directamente a su interlocutor. Disfrutaba.

Annibal observó su alrededor. Los cuatro hombres que se había encontrado de golpe al entrar por la puerta, sin contar al que presumía de ser el superior, le estaban mirando. Todos, unos más y otros menos, mostraban un despliegue de hostilidad explícita. Al primero que reconoció lo identificó como Jack Bentley, la mano derecha y mejor baza de O'Quinn. De nuevo tuvo que neutralizar el impulso de hacerse con las pistolas, pues cada uno de ellos tenía la suya en la mano. No apuntaban hacia él, pero no creía que tardaran mucho en hacerlo. Si bien no estaba atemorizado, podía sentir la amenaza ante una emboscada. Según el viejo, tales presencias allí se explicaban por la supuesta reunión que había estado teniendo lugar previamente. Un mero hecho fortuito, pero ahí estaban. Había

sido una gran idea haberles dado la orden a sus hombres de irrumpir allí. Pero si le habían acorralado a él, ¿qué le hacía pensar que no había ocurrido lo mismo con ellos? Una gota de sudor descendió por el surco central de su espalda. Trató de mostrar impasibilidad.

—Sigues sin tener ni puta idea. Olvidas quién soy y qué puedo hacer contigo y con todos estos payasos —le amenazó Annibal, desdeñoso. El sabor agrio de saberse en desventaja le exasperaba.

—No, lo recuerdo muy bien. No te ofendas, Scorpio, pero puede que seas tú quien tiene problemas de comprensión. No es muy sensato que nos faltes al respeto siendo uno contra cinco. — O'Quinn hablaba con más convencimiento, valentía y descaro de lo que verdaderamente sentía. Ahí estaban las condiciones, aquella era su casa. Tragó saliva de un modo imperceptible.

Scorpio apenas podía dar crédito a sus oídos. ¿Acaso era posible que estuviese intentando intimidarle? Si abandonaba la convicción de continuar manteniéndose frío, terminaría llevando a cabo un acto que le complicaría la existencia. Eso si sobrevivía al mismo. Le parecía demasiado mezquino aquel cambio de comportamiento, aquel aumento de ego solo por verse acompañado. Tuvo que pegar las manos al cuerpo para evitar que el temblor de rabia se hiciese visible. Podría malinterpretarse.

—¿Te estás riendo de mí? —inquirió Annibal. Había entornado los ojos. Ignorando al sentido común, se acercó al hombre hasta quedar apenas a medio metro de él.

La reacción fue inmediata. El resto de hombres levantaron sus armas, provocando los chasquidos característicos al cargarlas. O'Quinn desenfundó la suya: una Smith & Wesson M&P de nueve milímetros, negra. Le encañonó a la altura del pecho, lo que detuvo al chico. Un solo movimiento dudoso podría hacer que alguno pulsara el gatillo sin pensárselo dos veces. De ser así, era fácil desencadenar una serie de disparos que le matarían al instante. Continuó sin buscar sus Desert Eagle.

—Si crees que no va a pasarte nada, te sugiero que vayas cambiando de idea. Te reventaré la cabeza si tengo que hacerlo y puedo asegurarte que estos gilipollas no serán impedimento alguno. —Scorpio se atrevió con otro pequeño paso hacia delante. Unos nervios helados le clavaron las zarpas en el estómago.

—No lo dudo, desde luego —replicó O'Quinn. Su fanfarronería creció ante la osadía del joven. Se había inquietado a pesar de ser él quien empuñaba el arma—. Debería empezar entonces por minimizar los problemas. —Giró la cabeza en busca de sus hombres—. Jason, cachéalo.

—¿Qué? —Pero Scorpio había escuchado perfectamente. La situación comenzaba a parecerle surrealista. Miró a la derecha y vio al tipo que se estaba acercando a él, que también sujetaba su pistola con fuerza. No alcanzó a reconocer el modelo.

—Sería una temeridad por mi parte permitirte estar aquí armado.

—Me vas a cachear los cojones —le escupió a Jason Hoover una vez llegó a su altura—. Ni se te ocurra tocarme.

El orgullo de Annibal le gritaba que no les permitiera hacerle una inspección como si estuviera frente a un examen policial. No sería la primera vez que le registraran dentro de su sector, pero no estaba dispuesto. Sin embargo, le quedaban pocas alternativas. Si querían iban a hacerlo y lo sabía. Aunque se opusiera físicamente, cinco hombres le terminarían sometiendo.

Hoover dudó. De inmediato clavó los ojos en el viejo, buscando una respuesta.

—Jason, hazlo —ordenó O'Quinn. Había optado por ignorar los burdos comentarios. Miró a su hombre de un modo significativo, pero no descuidó al invitado ni un instante. Todavía le apuntaba con la Smith & Wesson. Necesitaba tener la situación completamente bajo control.

—Como me pongas un dedo encima te arranco la mano y te la meto por el culo.

Hoover terminó de aproximarse a Scorpio a pesar de la amenaza, entrando en el campo de tiro de O'Quinn. El resto de los

presentes casi sostenían la respiración.

O'Quinn, cansado de tanta palabrería por parte de alguien que consideraba que tendría que tener la boca cerrada, decidió actuar. Incluso cuando era muy consciente del nombre del inesperado visitante. El cañón de su pistola entonces pasó de dirigirse al pecho a hacerlo directamente a la cabeza. Apoyó la pistola en la frente de Scorpio. Hizo presión.

La sorpresa golpeó a Annibal, le hizo sobresaltarse. Lo que comenzó con un vuelco en el corazón, se extendió por todo el pecho y se coló entre sus costillas, llevándose por delante su firmeza. Quiso ocultarlo, tenía que ocultarlo, pero no fue capaz. Quedó patente que había sustituido la arrogancia por una expresión más grave. La sombra que emitían sus ojos eclipsó el resto de su rostro.

O'Quinn supo que le estaba humillando. Lo saboreó como si fuera la mejor de las drogas.

—Será mejor que te dejes por las buenas. No quiero tener que pedir a mis hombres que te sujeten, sería demasiado violento para todos.

—Estoy deseando verlo —bufó Scorpio entre dientes. Después hizo fuerza con la cabeza contra el cañón. La pistola se sentía fría y se le clavaba en la frente. Apretaba las manos con tanta fuerza que las uñas se le clavaban en las palmas.

El de la barba recortada no movió el arma ni un centímetro. El chico le retaba con sus ojos oscuros. Casi podía verse reflejado en los grises de O'Quinn. Sabía que no le dispararía, o al menos no en la cabeza, pues tenía demasiado que perder. Aun así, no podía apaciguar su pulso acelerado.

El que ahora daba las órdenes centró su atención en Jason e hizo un ademán con la cabeza para instarle a que continuara con su labor. Hoover, de pelo rubio y ojos azul oscuro, procedió a obedecer. De malas maneras, aunque guardando cierto respeto, el hombre le pidió a Scorpio que separara brazos y piernas. Este cedió sin apartar la mirada de aquel que le tenía encañonado.

Jason comenzó por los hombros, empleando pequeños golpes con los que pretendía buscar la presencia de armas por debajo de la camisa negra. Annibal pensó que era demasiado estúpido, puesto que las dos pistolas que llevaba consigo abultaban bajo el pantalón a la altura de la cintura. Si uno se fijaba bien, se veían a simple vista. De los hombros bajó al pecho. El contacto le resultaba repulsivo, incluso le dio la sensación de que se detenía más de lo que era necesario, pero continuó sin moverse. Se dijo que tal vez no fuera lo peor que le sucediese ese día. ¿Dónde diablos se habían metido el Lobo y Biaggi? Hoover bajó por la cintura hasta que se topó con los vaqueros. Interceptó la Desert Eagle que descansaba en la parte frontal después de toparse con la culata tras la tela oscura. Annibal experimentó una punzada molesta cuando se vio despojado de ella. Mantuvo su expresión de mármol cuando comprobó el gesto de triunfo de O'Quinn al recibirla para después dejarla sobre el escritorio elegante del despacho. Aborrecía que otros tocaran sus armas, especialmente esa gentuza. Hoover no tardó en hallar la otra pistola en su espalda. La sacó de una forma tan brusca que le arañó la piel a la altura de las lumbares. Una vez más, el apuntado ni se inmutó. Y, una vez más, O'Quinn la recogió para dejarla junto a su gemela.

Era el turno de los tobillos. Jason no encontró nada y volvió a ponerse en pie de cara a la parte más incómoda de la exploración. Scorpio tuvo que hacer acopio de toda su fuerza de voluntad para evitar mover las piernas y deshacerse así del contacto. Las manos del rastreador se acercaron peligrosamente a las ingles del chico, quien hizo por convencerse de que ya había pasado por eso antes, que esta vez no sería peor. Se equivocaba. No notó los movimientos secos que esperaba en aquella zona, sino una fricción desagradable que no supo catalogar. Sintió un escalofrío de puro asco, pero no dijo nada. No lo pasó mejor cuando tocó su trasero por encima del pantalón.

Cuando terminó la inspección, Annibal se supo desnudo sin sus armas. Volvió a preguntarse por sus hombres, bastante más

intranquilo en esta ocasión. Hacía rato que tenían que haber entrado. Su malestar aumentó. Mucho se temía que acababa de quedarse a merced de aquellos tipos y lo único que tenía en su defensa era su nombre. Había sido un error garrafal no haberse planteado que el viejo podría haber estado acompañado. Tendría que haber acabado con él ahí fuera. Su arrogancia le había llevado a la boca del lobo.

O'Quinn separó la pistola de la frente de Scorpio y retrocedió un par de pasos sin dejar de apuntarle. Vio que el cañón había dejado una marca enrojecida en su piel. También se percató de que el chico volvía a mostrar una expresión imperturbable.

—Ya no tiene más armas —informó Jason en voz alta. A continuación, se acercó al escritorio para coger la segunda pistola que le había arrebatado. La inspeccionó, cosa que molestó profundamente al propietario. El tipo se dio cuenta y sonrió—. No eres tan gallito sin tus pistolas, ¿eh, Scorpio? ¿Acojonado?

—No. —La aparente tranquilidad de Annibal rezumaba peligro—. Espero que estés disfrutando con esto, porque no vas a vivir mucho más.

Capítulo 2

El Lobo no se había quedado tranquilo al ver a su amigo desaparecer tras la puerta que se cerraba. Únicamente esperarían ese par de minutos de cortesía. Con todo lo que estaba pasando, haberle dejado marchar solo no había sido una gran decisión. Pero era algo que no dependía del todo de él. Se dijo que Annibal sabía lo que hacía. Y se volvió a preguntar si O'Quinn estaría detrás de aquellas muertes. ¿Qué le estaría contando ahí dentro? No podía confiar en que se tratara de la verdad. Pasó la mano por su pelo recogido en una coleta baja, nervioso.

—¿Qué significa eso de que vuelves a estar amenazado? —le preguntó Biaggi cuando se hubieron quedado solos, todavía mirando hacia la puerta.

—Annibal me ha contado... —Pero cuando se disponía a compartir la información que sabía, Rafael se planteó que tal vez el jefe no quisiera divulgar que había recibido esa información de la policía—. Bueno, es una larga historia. Ya te lo dirá él cuando venga. Parece ser que yo estaba en la lista del asesino. Como ahora está muerto, y aún tenemos que confirmar si esta gente tiene algo que ver, hay que tener cuidado.

—Joder, pues me parece a mí que...

Las palabras de Sandro se quedaron en el aire, interrumpidas. Todavía no se habían cumplido el par de minutos que debían aguardar cuando empezó a abrirse la puerta. No les dio tiempo a hacer demasiadas conjeturas sobre la identidad. No se trataba de Scorpio, pero tampoco de O'Quinn. Era un hombre alto, relativamente fornido y ataviado con un impecable traje oscuro. Nada más plantarse allí, cerró otra vez y se situó delante de la puerta. Se cruzó de brazos, les echó un vistazo a ambos hombres y luego miró al frente, ignorándolos.

No era muy difícil adivinar que se trataba de uno de los guardaespaldas del viejo.

Sandro y Rafael comprendieron muy rápido el significado de aquella presencia. Se alejaron unos cuantos pasos. No habían contado con aquella complicación. Era evidente que O'Quinn no quería ningún tipo de molestia. Y era obvio que no estaba tan solo en aquella casa como habían pensado.

—No creo que Annibal contara con esto —comentó Biaggi en voz baja. Estaba nervioso.

—Yo tampoco —coincidió el Lobo—. Me preocupa lo que pueda estar pasando ahí dentro. Uno solo hace custodiar una puerta cuando quiere que no se entre por ella. Me cuesta creer que solo vayan a mantener una simple conversación. Y no se escucha nada al otro lado.

—Bueno, pues está claro que no podemos pasar.

—Eso da igual. Ahora sí que tenemos una buena razón para meternos ahí dentro. Y hay que hacerlo ya —urgió Rafael, sabedor de que el transcurrir de los segundos no les beneficiaba. Aún mantenían un tono confidencial.

—Pues como no le derribemos a tiros, no veo otra manera de que se quite de ahí.

—No, eso hace demasiado ruido. No queremos que O'Quinn se entere de que algo va mal aquí fuera. —El Lobo hizo una pausa, mirando al gorila de forma fugaz. Estaba sopesando sus posibilidades. Si las cosas no salían a la primera, probablemente acabasen muertos—. Déjame a mí.

—¿Qué vas a hacer? —susurró Biaggi, impaciente.

—Tú prepárate para entrar. O por si sale mal.

El del pelo largo se encaminó en dirección al extraño guardián. Andaba despreocupado, sin ninguna postura defensiva por si tenía que echar mano del revólver. El hombre alto centró su mirada en él cuando estuvo más cerca, dirigiendo la mano derecha al cinturón con una intención más que clara.

—Ni un paso más —le advirtió el de seguridad con la mano posada en la culata de la pistola sin desenfundar. Tenía órdenes expresas de no matar a aquellos hombres, pero no sabía si se extendía de ser absolutamente necesario. Intuía que tendría luz verde ante una tesitura peligrosa, y no vacilaría en hacerlo. Sin embargo, el hombre de pelo largo que se aproximaba no parecía mostrar intenciones hostiles. Pero no se fiaría lo más mínimo. Sabía muy bien la clase de personas que tenía delante.

—Tranquilo —dijo el Lobo a la vez que levantaba las palmas hacia arriba. Se pasó la mano izquierda por la cara, sintiendo el tacto áspero de la barba corta. Esperaba no estar muerto en los próximos segundos—. Solo quería saber cuánto tiempo tardarán en salir.

—¿Cómo coño voy a sab...?

Lo siguiente que se escuchó fue un crujido. Rafael descargó un terrible rechazo contra la barbilla del hombre, haciendo que su cabeza se ladeara de golpe y sin haberlo podido prever. El miembro de seguridad se desplomó a sus pies, inconsciente. Sin perder tiempo, el Lobo se agachó junto a él y con ambas manos taponó sus vías respiratorias. No podía permitir que diera la voz de alarma o que apareciera más adelante para complicarles la vida. Aquella tarea era mucho más fácil habiéndole hecho perder el conocimiento que con el tipo tan solo aturdido, así no oponía resistencia mientras moría.

El Lobo se aseguró de que el corazón había dejado de latir antes de ponerse en pie. Resopló en silencio. No había contado con ser precisamente él quien asesinara a nadie esa tarde, pero la situación se había torcido. Ni siquiera había estado seguro de si su plan tendría éxito cuando lo había urdido en apenas segundos. Cualquier cosa podría haber fallado: la fuerza del impacto, el blanco o no haberle provocado el desmayo. Entonces, tanto él como su compañero se habrían metido en un serio problema. Tal vez podrían haber acabado muertos. El alivio por haber conseguido su objetivo supuso un bálsamo momentáneo para los nervios.

Biaggi lo había presenciado todo apenas a unos metros de distancia. Estaba realmente impresionado ante aquellos rápidos y precisos movimientos. Impresionado y admirado. Había abatido al guardián de la puerta con una facilidad asombrosa, aun cuando este había sido más corpulento. Supuso que el factor sorpresa había sido clave una vez más.

—¿Vienes o no? —apremió el Lobo, haciéndole reaccionar.

Tras sortear el cadáver, Sandro abrió la puerta. Ambos habían esperado toparse con un despacho que recogiese a su jefe y al inútil de O'Quinn, pero en su lugar vieron un pasillo de iluminación deficiente. Se miraron.

—De puta madre. ¿Dónde está ahora el maldito despacho? —protestó Biaggi. No podía creer que tuvieran que desperdiciar más tiempo.

—Seguiremos el pasillo, no nos queda otra.

Cruzaron rápido el corredor intentando hacer el menor ruido posible, lo cual no fue muy complicado gracias al suelo alfombrado. No tenía pérdida. Nada más entrar habían localizado una abertura metálica que conectaba con un pequeño almacén vacío. Tal vez el guardaespaldas había salido de ahí, supusieron, pero no podían saberlo al no conocer aquella zona de la casa. Cuando llegaron a la esquina que torcía a la izquierda, se encontraron con una puerta situada al fondo, oscura, distinguida. La longitud de este tramo era similar al que ya habían dejado atrás. Como no parecía haber otra salida, caminaron deprisa hasta el final.

Se quedaron en riguroso silencio, tratando de captar algo procedente del otro lado. No querían meter la pata siguiendo una acción impulsiva. Y, aunque precisamente cruzar esa puerta era su cometido, las circunstancias habían variado. Debían valorar la nueva situación. Se acercaron más. Apenas se oía nada, tan solo un suave murmullo. Lograron percibir la voz de Annibal. Al menos estaba vivo. Pero el tono que lograba atravesar la madera maciza evidenciaba que la tensión no había mejorado allí dentro.

El Lobo, alarmado, apoyó la oreja en la puerta con un cuidado infinito. Procuró no emitir ningún sonido para no desbaratar el nuevo plan que su intelecto ya tejía. La primera frase que pudo advertir fue clara: «Ya no tiene más armas». Era la voz de una tercera persona, pues no localizó a O'Quinn en ese timbre. Un estremecimiento invadió a Rafael. En ese cuarto no solo había más gente, sino que habían despojado a Annibal de sus pistolas. No hacía falta poseer una inteligencia privilegiada para llegar a esa conclusión.

«No eres tan gallito sin tus pistolas, ¿eh, Scorpio? ¿Acojonado?»

Fue el detonante que hizo reaccionar al segundo de abordó. Había escuchado suficiente. Se separó de la puerta. Fue por eso que no oyó lo que contestaría su amigo un segundo después. Miró a Biaggi.

—Le tienen ahí dentro.

—¿Cómo que le tienen? ¿Es que no están solos? —se desconcertó el italoamericano. Se dio cuenta de que el asunto no pintaba mal, sino peor.

—He oído la voz de otro tipo, así que son dos contra él. No sé si habrá más, no he escuchado mucho —expuso Rafael en voz extremadamente baja. Miraba constantemente a sus espaldas para asegurarse de que no los sorprenderían por ese flanco—. Le han desarmado.

—No me jodas —soltó Sandro a igual volumen. Esa noticia resultaba perturbadora, puesto que su jefe no las habría entregado por propia voluntad, de eso estaba seguro.

—Atento. Voy a abrir y no creo que nos reciban con una sonrisa.

El Lobo acercó la mano derecha al revólver Colt Phyton que descansaba en la parte trasera de su pantalón, lo agarró con firmeza y despacio llevó la zurda al pomo de la puerta. Estaba frío. Biaggi preparó su Beretta Px4 Storm. Temeroso de revelar sus posiciones antes de tiempo, Rafael comenzó a girar el picaporte. Le costaba debido a su fijación por hacerlo en silencio, pero llegó un momento en el que no pudo ir más allá. Descubrió, para su pesar, que necesitaría una llave. Cerró los ojos y buscó una forma de

mantener la calma y no ensañarse a patadas contra la puerta. Sandro suspiró a su lado, preguntándose por qué aquella visita que se suponía tan sencilla se estaba complicando tanto.

—Voy a reventar la cerradura —anunció el Lobo con decisión. Esa era una de sus mejores cartas de presentación—. Apártate. Quiero que justo después abras de golpe la puerta y te metas dentro. Yo iré detrás.

—Nos recibirán a tiros —objetó su compañero.

—Ya le han quitado las armas, con suerte no le están apuntando. En eso podríamos llevar ventaja. Si no vemos una amenaza clara, no disparamos.

—No sabemos cuántos hay.

Biaggi se esforzaba por disipar cualquier duda referida a la ejecución del plan. No podía vacilar a la hora de irrumpir en el supuesto despacho, así no les daría a los ocupantes tiempo para reaccionar. De nuevo se veían obligados a no fallar.

El Lobo preparó el arma, apuntó al pomo reluciente y contó tres segundos. Sandro se dispuso a cargar cuando se efectuase el disparo, planeando anticiparse al rebote de la bala.

El estruendo del Colt Python 357 Magnum se fundió con el del picaporte al ceder. Biaggi pateó la madera con violencia. La entrada se abrió. Los dos hombres asaltaron la estancia con las armas en alto. En milésimas de segundo, quienes ya estaban allí se giraron como resortes en dirección a la puerta mancillada. De inmediato dirigieron las pistolas hacia ellos. Los recién llegados comprobaron que, además de O'Quinn, había otros cuatro hombres más. Rafael localizó enseguida a Annibal, pero no tuvo tiempo para detenerse en más detalles: la sala se había transformado en una selva de miradas hostiles y malas intenciones.

Scorpio, al igual que el resto de los presentes, se había sobrecogido ante el estrépito. Sus músculos se bañaron en rigidez. Él también había mirado hacia la puerta. Aquellos dos rostros amigos le colmaron de alivio. Había llegado a temer más por ellos

que por sí mismo, y verlos allí sin ningún rasguño aparente le devolvió parte de la confianza que había perdido.

Era su momento.

Aprovechando el desconcierto general, su instinto le impulsó a actuar. Hoover todavía permanecía a su lado y el movimiento hacia él fue rápido. Scorpio le agarró con brusquedad la mano con la que aún sujetaba la Desert Eagle que le acababa de quitar. Le dobló la articulación, haciéndola ceder. Jason aflojó los dedos de forma automática y Annibal le arrancó el arma. Después, un aullido de dolor. El tipo rubio se encogió, tambaleándose hacia atrás. Se había llevado la mano rota al pecho e intentaba protegerla con la otra. Gimoteaba.

Los demás se apuntaban unos a otros. Sandro Biaggi, que había desenfundado una segunda pistola Glock 17 de nueve milímetros, apuntaba a uno de los dos hombres que no había participado hasta el momento, y con la Beretta se dirigía al lastimoso Hoover; únicamente se veía amenazado por el primero de ellos. El Lobo estaba mostrando su revólver a Jack Bentley, mano derecha del líder adversario, quien también le apuntaba a él con idéntico desafío. El cuarto hombre a las órdenes del anfitrión asimismo dirigía su arma contra el de la coleta. Y en el momento en el que Scorpio iba a hacer lo propio con su recién recuperada pistola, se encontró con que la Smith & Wesson de O'Quinn volvía a presionar su cabeza, esta vez en la sien izquierda. Annibal se detuvo al instante.

—Si yo fuera tú, no haría eso. Si tengo que dispararte lo haré — le advirtió el viejo. Se adivinaba su respiración acelerada—. Y créeme cuando te digo que no quiero hacerlo.

Scorpio dudaba de su valentía, pero no era sencillo pensar con un arma contra la cabeza. Por algún motivo supo que no mentía. No le daría tiempo a levantar la Desert Eagle y dejarle como un colador sin morir en el intento, con lo que también arrastraría a Rafael y a Sandro.

Contar hasta diez ya no era suficiente.

Intentó ignorar la pistola que le empujaba el hueso temporal izquierdo y centró la mirada en el color tormenta de los ojos de O'Quinn. Scorpio no estaba hilando comentarios sarcásticos, no urdía ironías. La gravedad de la situación se recogía en sus iris oscuros sin apenas expresión, escarchados. Aquel despacho parecía albergarlos tan solo a ellos dos por un instante.

Annibal entrecerró los párpados.

Alzó su arma.

Con el corazón maltratando con violencia el interior de su pecho, trató de luchar contra el temblor de la mano derecha, la que empuñaba la Desert Eagle. Y apoyó su cañón entre la mandíbula y el cuello del viejo.

—Me dices que quieres que hablemos solos tú y yo, aun cuando tengo motivos suficientes para quitarte del medio. Accedo. Pero me traes aquí con tus perros falderos. Te atreves a ordenar que me quiten las armas. Todo eso después de enviar al gilipollas de Austen para que asesine a mis hombres. ¿Y ahora me vuelves a amenazar con dispararme, hijo de la gran puta? —Annibal habló con tal incredulidad que consiguió camuflar las tinieblas que le habrían hecho zozobrar la voz. La furia ascendía por su esófago quemando cada centímetro que pisaba. Descargas punzantes castigaban la boca de su estómago—. ¿Pero quién cojones te crees que eres? —Aquella pregunta recurrente sonó como un trueno en el despacho—. Si le doy una patada a una piedra salen diez hombres dispuestos a arruinar la vida bajo mis órdenes. Y aun así los preferirías a ellos antes que a mí. ¿Te has olvidado de que si tienes todo esto es porque yo te lo permito? ¿De que si todavía vives es porque yo te lo permito? —bramó al tiempo que asía la Desert Eagle con más ímpetu.

Solo los tenues lamentos de Hoover rompían el silencio.

—¡Yo no he enviado a nadie a que haga nada! —Que O'Quinn mantuviese la pistola en alto no ayudaba a su credibilidad, pero no consideraba que bajarla fuese una opción.

—Si Austen pudiera hablar no estaría de acuerdo contigo. — Scorpio recordó cómo le había arrancado la lengua de cuajo a Nelson Austen con las tenazas.

—Aún no sé por qué demonios le mataste —gruñó el viejo. El chico no lo había confirmado explícitamente, pero había sabido leer entre líneas. La sorpresa anidó entre su séquito al conocer la noticia —. No sé qué clase de problemas tendrás ni con quién, pero yo no tengo nada que ver.

—¡Vaya, me quedo mucho más tranquilo! Si me hubieses dicho eso desde el principio nos habríamos ahorrado todo esto —satirizó Annibal. Luego regresó a la seriedad pétre—. ¿Qué significa el trece?

—¿Qué?

—Es una pregunta muy sencilla, límitate a responderla.

O'Quinn apenas pestañeaba. La sensación de que en cualquier momento comenzaría un festival de disparos cada vez era más intensa. No quería eso. No todavía. Pero ordenar a sus hombres que dejaran de apuntar sería regalarle otra pequeña victoria al joven traficante. En esos momentos prefería arder en una hoguera a soportar esa mirada oscura rebosante de éxito. Sin embargo, debía ser práctico, por mucho que le pesara. Tal y como lo fue en el pasado.

Bajó su pistola, liberando la sien izquierda de Scorpio. Guardó la Smith & Wesson bajo su cinturón. Necesitaba transmitir que sus intenciones no eran del todo hostiles, cosa que resultaba complicada teniendo en cuenta la encerrona en la que había involucrado al chico. Los secuaces de O'Quinn le miraron muy extrañados, como si hubiese perdido el juicio. El Lobo y Biaggi también se sorprendieron, pero no lo suficiente como para imitarle. Annibal no se movió, receloso.

—Scorpio, sigo sin saber qué es lo que quieres escuchar. No sé a qué te refieres con el número trece. No sé a qué te refieres con que Austen mató a tus hombres. ¿Es cierto eso?

—¿Estaría aquí si no fuera verdad? —Annibal cogió aire—. Me parece demasiado improbable que Nelson estuviera matándolos sin una orden directa de arriba. Eres precisamente tú el que tuvo problemas conmigo. —Los recuerdos eran demasiado agrios.

—¡Pensé que eso ya estaba olvidado! ¡Ya te dije que yo no tuve nada que ver con lo que te hicieron! —se defendió O'Quinn. Los nervios volvían a aflorar en él.

—¿A qué te refieres exactamente? ¿A embestir mi coche en la carretera? ¿A tenerme encadenado casi dos días? ¿A darme de hostias hasta romperme tres costillas y dislocarme un hombro? Porque, después de lo que he visto estas últimas semanas, cada vez me suena menos creíble que no tuvieras nada que ver hace cuatro años. —Aquel era un rencor del que no podía deshacerse, ni siquiera tras escuchar las explicaciones una y otra vez.

—¿Me viste allí? No, ¿verdad? ¡Eso es porque esa gente actuó a mis espaldas! —repitió el anfitrión—. ¡Ansiaban poder y pensaban que con eso conseguirían escalar puestos! ¡Sí, trabajaban para mí, pero yo no estaba al tanto! Te lo dije en su día y te lo repito ahora. Y con Nelson ocurre lo mismo. Me cuesta creer que haya hecho lo que dices que ha hecho. ¡Era uno de mis enlaces contigo en cuanto a las armas! Pero, si es cierto lo que me cuentas, yo no sabía nada. Annibal, te lo juro.

Scorpio estudió sus gestos: cada expresión, cada nota de voz que le pudiera sugerir una mentira. Pero estaba delante del maestro del engaño, ¿cómo podía saberlo? El maldito O'Quinn había sembrado la duda.

—Espero que sepas rezar. Si encuentro una sola prueba más que señale en tu dirección, ten por seguro que no va a haber dios que te salve —soltó Annibal. No sabía si debía arrepentirse de su indulgencia.

—¿Por qué querría yo atacarte ahora, de todas maneras?

—Se me ocurren varios motivos.

—No tengo ninguno.

—Entonces ¿por qué cojones me has hecho esto hoy?

—Bajad las armas —indicó O'Quinn a su comitiva. Se ayudó de un gesto impaciente con la mano. A pesar de la desconfianza, los tres hombres obedecieron. Luego volvió a dirigirse al chico—: ¿Y qué querías que hiciera? Vienes a mi casa con un cabreo de tres pares de narices, amenazándome y diciéndome que te has cargado a uno de los míos. —No mencionó cuánto le encolerizaba esto—. Pensé que ibas a matarme, Dios bendito. Y, con tus antecedentes conmigo, era perfectamente posible. Así que aproveché que estaba reunido para tener la seguridad de que no me harías daño.

—Me desarmaste. Me apuntaste con la pistola. Dos veces —le reprochó Scorpio. Tenía que reconocer que había lógica en sus palabras, pero otra parte de sí mismo se negaba a creerle.

—No me dejaste más opciones. Pero no quería dispararte, te lo dije —mintió el viejo. Habría dado lo que fuera por ver cómo el hombre que tenía delante se desangraba delante de sus narices. No obstante, no se lo podía permitir. No sabía si habían traído más refuerzos que aguardaban fuera de la casa.

—Mis hombres podrían haber pasado desde un principio.

—Se habría dado esta misma escena, pero minutos antes. ¿Qué diferencia hay?

Annibal pensó, con tedio, que el tipejo tenía respuestas para todo. Miró a los suyos y les dijo que también dejaran de apuntar. Él mismo fue el último en guardar el arma. Se la colocó en la espalda, rozando el arañazo que el idiota de Hoover le había hecho al quitársela al principio. No necesitó pedir permiso para alargar el brazo y hacerse con la pareja. La escondió en la parte delantera.

Tal y como O'Quinn esperaba, su oponente había terminado cediendo. Aún le inquietaba que pudiese cambiar de opinión tan rápido que no le diese tiempo a reaccionar, pero la situación había tomado un rumbo más favorable. Comprendió que había abierto una fisura en el compacto escudo de Scorpio. Los asesinatos habían puesto en evidencia la protección que le envolvía, le resultaba indiscutible. La oportunidad se había plantado delante de sus narices con inusitada facilidad. La misma oportunidad que había

estado esperando. Pero debía recurrir a la calma si quería salir victorioso sin morir en el intento.

—Tú en mi lugar habrías hecho lo mismo —afirmó O'Quinn. Pese a que necesitaba apaciguar la conversación, el tono fue brusco.

—No te confundas, yo no me parezco en nada a ti.

La tensión oscilaba con el paso de los segundos. Había vuelto a alcanzar un pico alto. El más veterano pensó que sus esfuerzos continuaban sin ser suficientes. Sabía que era muy difícil que Scorpio confiara en él. Menester era que se emplease más a fondo. Vaciló antes de hablar.

—He pensado... en ofrecerte un trato como muestra de mi lealtad —comenzó O'Quinn. Era la última carta de la baraja.

—¿Un trato? —repitió Annibal, escéptico. La anómala situación inesperada hizo que necesitara unos segundos para asimilar la información—. ¿Me estás proponiendo un trato después de haber tenido tu pistola en mi cabeza?

—Una compensación por haberme visto obligado a ello —le corrigió el otro.

—¡Qué detalle por tu parte!

O'Quinn suspiró sin apenas hacer ruido, puso los brazos en jarra y miró a un lado. No creía que pudiera existir en el mundo alguien más soberbio que ese hombre, al que veía como un niño. Le dieron ganas de propinarle tal guantazo que le derribase los dientes al suelo.

—Parece mentira que hombres de negocios como nosotros estén comportándose de esta manera. Dejemos las diferencias a un lado, con este acuerdo pretendo arreglar las cosas. Es una gran oportunidad —recalcó el viejo. Aún fantaseaba con ver a Scorpio cubierto de sangre.

—Te escucho —aceptó Annibal. No significaba que aceptase de buena gana su pequeño discurso, que le parecía hasta pedante, sino que había despertado su interés. Enseguida comprobaría si no se trataba de una tomadura de pelo para salir airoso.

—Tengo un amigo que tiene un contacto que ha conseguido infiltrarse en la tripulación de un cargamento de ametralladoras M16. Me ha comentado que lo han pedido especialmente agentes del Gobierno. Él podría hacer unos ajustes en los albaranes y sacar unas cuantas cajas. Al parecer, la seguridad no es tanta como quieren aparentar. Es un carguero que viene directamente desde Miami.

—¿M16? ¿Para qué coño quiero yo M16?

—Son un nuevo modelo, ni siquiera están a la venta todavía. Incorporan una mirilla láser de alta precisión. Además, el cargador tiene una mayor capacidad para el alojamiento de las balas, por lo que habría más espacio entre recargas —explicó O'Quinn—. Creo que tendrá una gran tirada en el mercado negro.

Annibal, en silencio, se planteó que, si era cierto que aún no estaban en circulación, podría generar grandes beneficios. No es que las novedades que incorporaban aquellas metralletas fueran de ultimísima generación, pero sabría darles salida. Conocía clientes que compraban mercancía menos avanzada. En efecto, no podía negar que era una buena oportunidad para conseguir dinero sin haber invertido primero.

—¿De cuántas armas estamos hablando? —se interesó Scorpio con la cabeza algo inclinada hacia atrás. Todavía esperaba el menor indicio acusatorio.

—Según me comentó, podría llevarse unas ocho cajas, quizá nueve. En cada una hay diez ametralladoras. Pongamos unas ochenta o noventa —calculó el de los ojos grises.

—¿Qué pides a cambio?

—¿Perdón?

—Porque pedirás algo a cambio —dijo por hecho Scorpio. No se percató de que se mostraba algo más tranquilo.

—¿Por esto? No. De ninguna manera. Ya te he dicho que lo hago como compensación por haberte... Bueno, ya sabes. — O'Quinn agachó la cabeza. Casi podía notar el sabor del triunfo—.

Te regalaré la mitad de la cantidad total que consiga el chaval. Podrás hacer con ellas lo que te venga en gana.

—No te creo.

—¿Qué más necesitas, Annibal? No contar con esos fusiles supone una pérdida de dinero para mí y estoy dispuesto a sacrificar la mitad para no ensuciar más nuestra relación. ¿Todavía sigues creyendo que ordené asesinar a los tuyos? ¿De verdad me crees tan imbécil como para después andar regalándote armas?

Scorpio guardó para sí la respuesta que se le ocurrió. No quiso replicarle, parecía volver a tener razón. Frunció el ceño. Las comisuras de sus labios se giraron sutilmente hacia abajo. La expectación mantenía en vilo las almas dentro de aquel despacho. Ni Hoover hacía ruido.

—¿Cuándo?

—Dentro de dos martes.

La necesidad de confirmación chamuscaba los nervios de O'Quinn. Estaba tan, tan cerca... Veía tan próxima su recompensa que mantenerse tranquilo suponía un reto. Elegía con cuidado su lenguaje no verbal. Se dijo que, si había sido capaz de esperar durante tanto tiempo, unos días más serían insignificantes. Mostrar sumisión, esa era la clave. Tan solo tenía que decirle lo que quería oír.

—El encuentro se producirá en la zona antigua del puerto, a la altura de la hilera de almacenes.

—¿Exactamente dónde? —preguntó Annibal. Todos los detalles posibles eran pocos. Quería conocer el lugar adecuado, el momento adecuado. Y no volver a contactar con ese hombre, a ser posible, hasta entonces.

—En frente del muelle cuarenta y siete. Es ahí donde mi contacto suele detener la embarcación. La hora es a las once de la noche. Suele ser muy puntual —reveló el viejo—. El asalto se producirá el domingo anterior de madrugada. Tendrá tiempo para prepararlo todo desde ese momento.

—Allí nos veremos. —La mirada de Scorpio volvió a caer bajo cero. Colocó la mano derecha sobre la culata de la pistola escondida en la parte delantera, detrás de la camisa—. Si descubro un indicio, solo uno, de que me has tomado el pelo, no habrá palabras la próxima vez. No solo estoy hablando del acuerdo. Un solo puto trece que pueda relacionar contigo y ya sabes cómo terminará esta historia.

Y, mientras el aviso aún flotaba en el aire, el chico miró a los tres acompañantes de O'Quinn. Quería recordar bien esas caras. Luego se dio media vuelta y caminó hacia la puerta. No pudo silenciar la idea de recibir un disparo a traición. Se mantuvo firme y sin echar la vista atrás. Rafael y Sandro le siguieron. La cerradura reventada de la puerta los esperaba en el umbral. A partir de ahí, no ocurrió nada que les hiciera reaccionar en defensa propia. El silencio los acompañaba por el alfombrado y rojizo corredor.

El salón inicial los aguardaba al final. Annibal fue el primero en acceder al él y supo en el momento que se había perdido algo. ¿Qué diablos hacía en el suelo un hombre a todas luces muerto? Se giró hacia sus dos acompañantes. No parecían asombrados, pensó que debían de saber lo que había ocurrido. Pero ya habría tiempo más tarde de preguntar. Scorpio continuó su camino pasando por encima del cuerpo trajeado, pero sin pisarlo. El Lobo y Biaggi lo rodearon.

El itinerario hasta la salida no tenía pérdida. Los tres hombres seguían ilesos.

Salieron al exterior. La noche ya había caído sobre Filadelfia y la calle recogía bastante tránsito. Tan pronto como cruzaron el camino de piedras planas entre el césped llegaron al coche negro. Montaron. La distribución en los asientos fue la misma que en la ida. Scorpio estaba terminando de acomodarse tras haber dejado previamente sus pistolas en la guantera. Prendió el motor, lo que trajo consigo la música *techno progressive* de la radio. Y, cuando iba a quitar el freno de mano, algo llamó su atención a las puertas de la casa. O'Quinn se aproximaba al Mustang a paso ligero. Jack

Bentley le cubría las espaldas. Annibal bajó la ventanilla y apoyó el brazo izquierdo en su base.

—¿Qué coño quiere ahora? —preguntó el Lobo, cansado.

El conductor se arrepintió de no llevar las Desert Eagle encima. Pero ninguno de los que se acercaban parecía armado.

—¡Habéis matado a otro de los míos! —exclamó O'Quinn. Había sido tan sensato como para no levantar la voz. Miraba directamente al jefe.

—No haberlo puesto ahí.

El motor rugió. Annibal no se quedó a comprobar si habría réplica. Las ruedas del coche ya los estaban alejando de allí.

Apenas habían abandonado la calle cuando empezaron a despotricar. Scorpio se maldijo por su inapropiada decisión, aquella que le había llevado al despacho de O'Quinn sin más compañía que el viejo. Se había dejado engatusar por su victimismo y, sin duda, por la imagen tan pobre que de él tenía. Agradecía profundamente la eficiencia de sus hombres al irrumpir en aquel cuarto. Daba igual lo que aquel idiota hubiese dicho; ávido de poder, tal vez le hubiera hecho algo más que desarmarle y amenazarle con el cañón de su pistola si sus acompañantes no hubiesen aparecido. Porque esa había sido precisamente la intención de O'Quinn: mantener al Lobo y a Biaggi alejados al colocar a un miembro de seguridad ante la puerta del pasillo. El propio Rafael le había contado cómo se había deshecho de él. A la altura de las expectativas, pensó el jefe, como siempre.

—Vamos, no me jodas. Poner un segurata para que no entrarais. Patético —soltó Scorpio. Acababan de tomar la autovía.

—Menos mal que lo hicimos —enfaticó el Lobo.

—Buen trabajo. El muy cabrón tenía gente en el despacho y no abrió la puñetera boca. No quería la igualdad de condiciones, sino estar por encima. Mantenerme a raya. —El hombre tenía los ojos clavados en la carretera. No se daba cuenta de que empuñaba el volante con más fuerza de la necesaria.

—¿Os creéis su explicación? —preguntó Biaggi.

—No —respondieron los otros dos al unísono.

—Por un lado, parece racional. El tío se acojonó y te llevó a un lugar donde te superaban en número para sentirse más seguro. Supongamos que es verdad. Pero lo que me escama es lo que te hizo después. Aunque él diga que fue necesario, yo no lo creo. No eres estúpido, no vas a ponerte a disparar contra cinco tú solo desde tan cerca. Tal vez te hubieses cargado a alguno, pero tú también habrías caído —declaró Rafael.

—El hijo de puta ordenó que me cachearan. No os imagináis lo desagradable que fue —admitió Annibal. Por alguna razón, sintió un escalofrío ante aquel recuerdo reciente.

—¿Quién te cacheó? —quiso saber el Lobo.

—El tío al que le rompí la mano.

—Qué ironía —comentó Biaggi.

Con la mirada al frente, Annibal sonrió. Le gustaba poder contar con esos dos hombres que viajaban con él. Pero pronto borró esa expresión. Tenía una sensación extraña.

—Me apuntó a la cabeza —reiteró. Hablaba casi para sí mismo. Dejó escapar una risotada que no indicaba diversión—. Me apuntó a la cabeza...

Bum. Bum. Bum. Bum. Bum. Bum.

La base repetitiva de la canción que sonaba en la radio los salvaba del silencio absoluto.

—Liarnos a tiros en su despacho habría sido un suicidio —recordó el Lobo—. Te juro que por un momento pensé que era lo que iba a ocurrir.

—Fue muy listo al sacar a relucir el trato de las ametralladoras —apuntó Biaggi.

—Demasiado listo —recalcó Annibal. No se olvidaba del dinero que aquello podría generar.

—¿Perdería la mitad solo para tenernos contentos? —se extrañó el Lobo.

—Él está recibiendo y vendiendo armas continuamente. Perderá dinero, pero gana mucho más por otros lados —dijo Sandro—. Y,

por lo que nos ha contado, parece que no tiene nada que ver con las actividades de Austen.

—Eso parece, sí —coincidió el Lobo.

—No sé... Sinceramente, me cuesta creer que no esté relacionado con los asesinatos. Es posible que haya tenido las respuestas preparadas de antemano, por si acaso. ¿Se atrevería Austen a atacarnos por su cuenta cuando sabe que su jefe tiene negocios con nosotros? Porque yo no lo creo —continuó Sandro.

La rapidez por la carretera era directamente proporcional al repentino malestar de Scorpio. Acababan de adelantar a un coche a una velocidad casi insultante. Los ocupantes del otro parecían preguntarse qué clase de loco manejaba el Ford Mustang. Pero aquella aparente locura al volante era en realidad la consecuencia de las ideas del conductor volando veloces. Su habilidad y la fabulosa adherencia del vehículo hacían que no perdiera el control.

De nuevo, silencio.

Bum. Bum. Bum. Bum. Bum. Bum.

Los potentes faros iluminaban la autovía. Pese a las recurrentes farolas, eran caminos de luz abriéndose paso en la oscuridad. Tal y como los planes avanzaban por su imaginación.

—Habrá que extremar las precauciones —aconsejó Rafael—. Hoy ha visto que no eres intocable. Cuando vayamos el martes, tal vez quiera hacer alguna estupidez similar. Tiene tiempo de premeditación. Quién sabe.

La imagen de Nelson asaltó la mente de Annibal. La mañana en la que acabó con su vida había actuado obedeciendo a un impulso irrefrenable. Pero ahora era distinto. Dejó que su cerebro maquinara a su ritmo, siendo casi capaz de escuchar la fricción de los engranajes. Desprendían un aura gélida. Permitted que el hielo penetrara por sus fibras musculares, serpientes que se arrastraban en dirección a todos sus miembros. Dejaban un rastro de veneno.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Sandro.

El Lobo miró a su izquierda. El perfil del jefe guardaba algo muy parecido a las vibraciones que desprendía al salir de la vivienda de

Nelson Austen en Johnson City.

—Voy a matarlo.

Como si de fantasmas se tratasen, las siniestras palabras vagaron por el interior del vehículo negro. El mensaje era claro, conciso. Simple.

Era una decisión precipitada. No debían olvidarse de que tanto él como O'Quinn formaban parte de un triángulo cuyo tercer vértice era Orlando Suárez. El colombiano ya evitó que matara al viejo hacía cuatro años, los negocios que ambos mantenían le convertían en valioso. Si le quitaba de en medio, desencadenaría un conflicto que no le beneficiaba en absoluto. Pero esa misma tarde O'Quinn le había faltado al respeto de un modo tan insultante que acabar con él bien valía una guerra, si es que llegaba a desatarse.

Los tres hombres sabían que la decisión era irrevocable.

—¿Has pensado en lo que hará Orlando si matas a O'Quinn? —preguntó el Lobo, prudente.

—Orlando me importa una mierda ahora mismo —escupió Scorpio. Tuvo que dar un frenazo al encontrarse un coche que cambió de carril sin utilizar el intermitente. Soltó un par de improperios más.

—Annibal, Orlando tiene de su lado a buena parte de la guerrilla colombiana —insistió el copiloto.

—Si accedí la otra vez fue por no enemistarme con él, no por esa gentuza. Nos hace ganar mucho dinero.

—¿Qué te hace pensar que ahora será diferente? Ellos dos siguen siendo socios. Si matas a O'Quinn y a Orlando se le cruzan los cables, se echará todo a perder.

—¿Y qué tengo que hacer, Lobo? —Annibal le echó un vistazo rápido antes de volver a mirar la carretera—. ¿Dejar que os maten uno por uno?

—No estoy diciendo eso y lo sabes. Creo que hay que valorar todas las opciones.

—¿Tengo que aguantar esta mierda y yo no puedo responder? No voy a agachar la cabeza, si es lo que esperan. Si Orlando

aprecia mis negocios con él, le resultará interesante saber que el viejo ha incumplido su parte del trato. —Volvía a colocar a O'Quinn detrás de las muertes a pesar de las explicaciones que había recibido esa tarde.

—Si tanto le importa que no toques a ese cabrón, también le importará que ese cabrón no te toque a ti. No deberíamos ser los únicos que tengan que pagar por saltarse la tregua —razonó Biaggi.

—Orlando es una parte primordial del negocio, pero no es nuestro jefe, que os quede claro. Vamos a defender lo que es nuestro.

Que el sudamericano siempre hubiese tenido en alta estima a O'Quinn solo era un engorro. El viejo le proveía de una gran cantidad de armas de distintas clases dentro de la clandestinidad. De este modo, le resultaba muy fácil abastecer a la guerrilla por un precio más que económico. De hecho, ellos dos negociaban desde antes de que Annibal pasara a liderar el grupo organizado que estaba a su cargo. Pero que hubiese entrado más tarde al juego no significaba que pudieran faltarle al respeto en ningún sentido. Y nadie, se repetía, le faltaba al respeto.

—En fin. Después de haber aceptado este acuerdo con él, no se lo va a esperar. —Sandro se encogió de hombros en el asiento trasero.

—Cuando el cargamento esté en el muelle y quiera empezar con el reparto, le pegaré un tiro en la cabeza —planeó el jefe. No vaciló, no podía permitirse ningún tipo de duda. Imaginaba el momento y ya disfrutaba. Sus dedos todavía presionaban el volante, tensos. No había reducido la velocidad de conducción—. Y si cualquiera de sus perros se mete en medio, le mataré también. —La voz grave firmaba la sentencia. No mencionó que se quedaría con toda la mercancía, era algo demasiado obvio.

—No sabemos a cuántos hombres va a llevarse —planteó Sandro. Se inclinó hacia delante.

—Bueno, creo que se fía tan poco de mí como yo de él. Se llevará a unos cuantos, seguro, pero no nos va a pillar

desprevenidos. No vamos a volver a estar en inferioridad, si es lo que sigue buscando. No va a poder rematar lo que empezó. ¿Quién sabe? Puede que hasta venga con un saco de estrellas ninja. —Scorpio rio en silencio—. Y, si me equivoco y viene solo con dos o tres idiotas, tendrá el consuelo de saber que su muerte no la habrá visto tanta gente.

Hacía mucho tiempo que hablar acerca de la muerte de un hombre había dejado de ser tabú. No tenía ningún inconveniente en anunciarles que sería él quien llevaría a cabo la ejecución cuando llegara el momento. No delegaría en alguien más. Apuntaría ese tanto a su nombre, para bien y para mal. Habían sido ese tipo de acciones las que habían labrado su reputación e identidad dentro del oscuro mundo del crimen.

—Hay que joderse. Que hayan vuelto a las andadas después de que la última vez saliesen con el culo roto... —se quejó Rafael.

—Ahora no van a llegar tan lejos —añadió Sandro—. Típico. Les das la mano y te cogen hasta el pie, si pueden. —De pronto, frunció el ceño. Sus ojos azules se ensombrecieron—. Tal vez sea una trampa. ¿Y si avisa a la policía de un posible contrabando? Si al final resulta que miente y él ha ordenado los asesinatos, ahora que le hemos pillado puede cambiar de estrategia. Nos desarticularía sin mancharse las manos. Y de paso se quedaría con nuestra parte del sector.

—Entregar a Annibal Scorpio en bandeja —dijo el Lobo, despacio, pensativo—. Muchos policías darían lo que fuera por ser los autores de tu detención, Sawyer el primero. Y O'Quinn también subiría puestos en la jerarquía.

—No. Eso no va a pasar. —Scorpio hablaba con más determinación de la que sentía—. El viejo no se lleva especialmente bien con la policía, ¿no? Todo el mundo lo sabe. Si mantiene tratos conmigo es por algo. Tampoco nosotros negociamos con cualquiera. Si me acusa de traficante, o de cualquier otra cosa, se estaría descubriendo también a sí mismo. ¿Y qué pensaría, que quedaría impune? Podría tener en nómina a un par de policías, pero no tiene

tanto dinero ni poder como para comprar una amplia red de justicia que hiciera la vista gorda. Y, si estuviese implicado en un caso contra nosotros, sin duda la necesitaría. —No era la vanidad quien hablaba en esta ocasión, sino la voz de la experiencia. Eran métodos a los que había tenido que recurrir alguna que otra vez. Sabía lo que decía.

—¿Y si estuviera dentro del programa de testigos protegidos? —propuso Sandro.

—Nadie podrá protegerlo si acude el martes a la cita —insistió el jefe. Había girado el volante con brusquedad en un nuevo adelantamiento.

—Siempre se ha dedicado a lo mismo, no creo que hubiese decidido cambiar lo único que sabe hacer por una vida escondido solamente por vernos entre rejas. —Rafael volvió a mirar al conductor—. Supongamos que lograra su objetivo, que consiguiese que nuestra banda terminase destruida y él acabase en el poder. Apenas duraría dos asaltos. ¿Quién se fiaría de un chivato? Por mucha enemistad que haya, jamás se mete a la policía de por medio. Las cosas no se resuelven así. Le matarían.

—Eso suponiendo que al final él pudiera continuar con el negocio. La policía no se lo permitiría —comentó el italoamericano.

—Tampoco descartaría un aviso anónimo, así se ahorraría aparecer en escena —barajó el Lobo.

—¿Y qué va a hacer la policía si se presenta allí? Sin O'Quinn no hay intercambio. Si no hay intercambio, no hay motivo de acusación. «Oye, perdona, voy a detenerte porque hay un rumor». Es ridículo, aunque nos vean allí. Y, por supuesto, no habría acuerdo si aparece el proveedor y no viene O'Quinn. No. Si hubiese algún policía que intentase algo estúpido, ya nos encargaríamos de acabar con su carrera. Como mínimo.

Incluso habiendo planteado diferentes posibilidades, aquellos eran unos extremos difícilmente atribuibles al viejo. No le creían tan listo. Pero no podían obviarlo. En cualquier caso, le traicionase o

cumpliese su palabra, el martes no iría solo. Y lo mataría de igual forma.

Los faros delanteros del Mustang iluminaron el cartel con el número de salida que le conduciría a su casa. El Lobo y Biaggi compartían ese mismo destino. Annibal había dispuesto su garaje de tal forma que pudieran dejar allí sus coches. Giró el volante después de reducir una marcha para adentrarse en esa dirección. La velocidad descendía paulatinamente. Bajó dos números más en la caja de cambios. Avistaron la calle a lo lejos.

—Convocaré una reunión para dentro de una semana —anunció Scorpio con la voz cansina. En un corto espacio de tiempo había citado a los suyos más veces de las que le habría gustado, y no solía reunirlos si no había un motivo lo suficientemente importante. Estaba empezando a odiar los motivos importantes: por su experiencia, más del noventa por ciento eran malas noticias—. No hace falta que os diga que tenéis que venir. Pensaré en el número de hombres que quiero que acudan al muelle y los llamaré. No comentéis nada a nadie todavía.

—Tal vez tendrías que avisarlos antes. Es posible que lo del martes sea peligroso, quizás ayudaría que lo supieran de antemano —aconsejó el Lobo.

Para el jefe, como siempre, la opinión de su mano derecha era útil. Aportaba puntos de vista a tener en cuenta, detalles que podría haber pasado por alto, información beneficiosa para las diferentes situaciones planteadas... En definitiva, la templanza de la que él carecía muchas veces.

Pero en esta ocasión no estaba de acuerdo.

Capítulo 3

Se perdía entre su piel con la suavidad de un susurro. La punta de sus dedos femeninos le rozaban el hombro. Al principio fue algo casi inconsciente, pero después lo mantenía a voluntad.

Podía verlo a través de la oscuridad parcial. Annibal yacía tumbado boca abajo con el brazo izquierdo hacia arriba y la mano también apoyada en la almohada. El codo mantenía el ángulo a la altura de su rostro dormido. Las facciones denotaban un reposo casi absoluto. La respiración era profunda y acompasada. Las sábanas de color rojo oscuro le cubrían un poco más abajo de la cintura. Todo cuanto se veía de él era piel desnuda.

Angela no podía dormir y se entretenía contemplando cómo él lo hacía. Su intención no había sido buscar el contacto furtivamente, pero al final... El hombre no se había despertado, lo que le había permitido más libertad con su piel. Una libertad tímida, puesto que aún le costaba asimilar que se encontraba entre sus sábanas. Así era desde que la llevase a su cama tras aquel afortunado encuentro en el Hot Fire, donde ella trabajaba de forma esporádica sobre el escenario. Y así era, de hecho, desde que le conoció en aquella fiesta en esa misma casa y a la que había acudido con la pizpireta Deborah. Pero, lejos de querer marcharse, notaba una extraña fuerza atrayéndola a aquel lugar. A él.

Las yemas de sus dedos se adentraban por el brazo izquierdo masculino, el que le quedaba más cerca. Se detenía en cada montículo de musculatura que hallaba a su paso. De pronto maldijo ese cuerpo, todo lo que significaba. Maldijo la adicción de la que era víctima. Inevitable. Ineludible. Desde que había hecho coincidir sus ojos en el espacio y el tiempo, estaba atrapada entre la ética y el deseo. Jamás lo había planeado, pero, por algún motivo que escapaba a su entendimiento, no se arrepentía. Era real, muy real.

Y ese no era su estilo, lo sabía, ella no actuaba así. Una carcajada inaudible brotó de sus labios. ¿Cuántas mujeres suspiraban por ocupar aquel lugar privilegiado? No le hacía falta contarlas. Pero, maldita sea, él se había fijado en ella.

¿Por qué?

¿Y por qué no?

Annibal había admitido, aunque no directamente, a qué se dedicaba. Rememoró el día en el que llegó a su casa manchado de sangre. Para ser sinceros, cualquiera en su sano juicio habría salido corriendo al verle. No ella. Y se sorprendió al darse cuenta de que no fue eso lo que más le había importado aquel día. Dejando a un lado su innegable atractivo físico, Angela veía inteligencia en él. Percibía incluso una capa más allá de la que el hombre solía mostrar. ¿Tal vez era eso lo que la ataba a aquella extraña locura?

Avanzó por su ancha espalda y notó los relieves. Se desplazó al cuello. Arremolinó los dedos en torno al pelo oscuro de su nuca. Él encogió el hombro izquierdo. La poca luz que se colaba desde la calle le permitió fijarse en la pequeña arruga que se le formó en la base superior de la espalda. Una sonrisa tenue perfiló los labios de Angela. La borró en cuanto supo de su existencia.

Jugó durante unos minutos con su cabello. Trató de no despertarle. Era más fácil únicamente contemplarle que darle vueltas a la cabeza. La rubia arrugó la frente. Se preguntó si, despierto, se habría dejado acariciar así. Tal vez ella no se habría atrevido.

Condujo los dedos a su rostro. Notó el tacto de la incipiente barba. Pronto alcanzó su boca. Se detuvo. La cálida respiración relajada se posaba sobre la piel de la chica. Presionó sus labios con mucho cuidado. Qué endemoniadamente fácil era perderse en ellos, su textura y sabor los convertían en un juego peligroso. Luego ascendió a la mejilla. Siguió la cicatriz con las yemas de los dedos sin apenas tocarla. Imaginó que debió de ser una herida profunda en su momento, tal era la marca que había quedado. Annibal le había comentado que se la hicieron en una pelea cuando era más

joven, pero no habían ahondado más. Ahora Angela se preguntaba en qué circunstancias mientras continuaba el camino hacia arriba una vez pasado el ojo. Parecía que en su día había estado cerca de perderlo. La marca no le tocaba el párpado y sin embargo partía la ceja oscura en dos. Terminaba hacia la mitad de la frente.

Era una línea limpia.

Una vez más, ¿le habría permitido recrearse en aquella particular cicatriz? Ya la había tocado antes en momentos de frenesí, pero el matiz ahora era distinto. Bien distinto.

Volvió a encontrarse con el pelo. Allí, en la parte superior de la cabeza, lo llevaba unos milímetros más largo para poder peinarse creando las habituales pequeñas puntas, ahora desaparecidas. Enredó sus dedos en la oscuridad de su cabello corto. La joven temió despertarle cuando le vio cambiar de posición, pero no ocurrió. Pensó que tal vez le gustaran aquellas caricias. Sin duda, le quedaban muchísimas cosas de ese hombre por descubrir.

Suspiró, incómoda. Sabía por qué no podía conciliar el sueño.

Faltaban pocos minutos para alcanzar las cinco y media de la mañana del sábado siete de julio. Todavía quedaban unas horas para que el reino de la luz se hiciera con el control del día. Con vistas a combatir el insomnio, Angela recordó las últimas horas. Las había pasado con él.

Annibal había insistido en llevarla a cenar fuera. El nuevo restaurante había demostrado otra vez que en aquella gran ciudad uno podía disfrutar del lujo si sabía buscarlo. Angela a veces pensaba que probablemente ni imaginaba la cantidad de dinero que manejaba Scorpio. Tampoco estaba segura de si la gente conocería sus ocupaciones reales. ¿Lo sabrían todas aquellas que anhelaban su atención? ¿Lo sabría Deborah? Nunca había hecho mención al respecto, pero algo le decía que estaba al tanto. Pero ¿se arriesgaría Annibal a que se fuesen de la lengua? No hacía falta ser una experta, tan solo bastaba el sentido común. El mismo que se había activado cuando el hombre le había pedido silencio para no verse obligado a... Hubiera lo que hubiese entre ellos, sabía que

aquella advertencia no guardaba ningún tipo de broma detrás, por eso le había dado su palabra. Al fin y al cabo, había decidido quedarse con él por propia voluntad.

Se había desviado de su línea de pensamiento.

El restaurante.

Después de haber estado unos cuantos días sin verle, hacerlo de nuevo había traído un revoloteo a su estómago. Annibal había ido a recogerla tal y como hiciera en la anterior ocasión. Y, con él, el mismo coche. La misma sensación de exclusividad. Tonterías comparado con el vuelco que sintió al ver cómo había sonreído. Había tenido la sensación de regresar a la piel de una adolescente. Recordaba el perfume masculino en el interior del Lamborghini Murciélagos, ese que mermaba su resistencia.

Una vez dentro del restaurante en cuestión, habían llamado la atención. Angela no llevaba demasiado bien ser el centro de atención fuera de sus espectáculos en el escenario del Hot Fire. Se acordaba perfectamente de cómo había notado los pares de ojos en su nuca y espalda, y la habían hecho sentir como si ambos fuesen parte de una pareja de celebridades que...

¿Pareja?

Se estremeció. No quería pensar en ello. No quería que el vértigo aprisionara su garganta. Así que continuó dando rienda suelta a la sucesión de imágenes dentro de su mente.

Rememoró la conversación acontecida no tantas horas atrás.

—Sería muy sencillo acostumbrarme a esto —había comentado Angela entonces. Pinchaba con su tenedor en su plato de ravioli con salsa de setas. El intenso sabor estaba deleitando su paladar. Aquel movimiento con la diestra hizo que la pulsera plateada de su muñeca tintineara con gracia. La elegante cadenita mostraba la inicial de su nombre, una refinada «A» grabada sobre uno de los eslabones argénteos.

—Es fácil acostumbrarse a algunas cosas —le había respondido él mientras hacía lo propio con su crema de marisco—. Mañana por

la noche actúas, ¿no?

—Sí, ¿por qué? —se extrañó la rubia ante el repentino cambio de tema. Bebió de su copa de vino tinto. Esa botella probablemente costase más de lo que recibía en el Hot Fire y en aquella clínica como recepcionista.

—Por nada. —Pero rectificó—: Me estaba acordando de cuando te vi en el escenario. —La miró de un modo penetrante, se trataba de un recuerdo poderoso para él—. Lo último que esperaba esa noche era encontrarte allí, y mucho menos en esas circunstancias.

—Espero que te gustara lo que viste. —Ella sonrió, pícara. Conocía la respuesta. Aún se encendía al pensar en cómo se había apoyado en Annibal cuando se unió al grupo de hombres en el interior del local. Pero quería escuchárselo a él. Mordió su labio inferior.

—¿En serio me lo preguntas? —Scorpio levantó las cejas—. Era difícil pensar en otra cosa. Y muy fácil imaginar lo que al final vino después. —Bebió vino blanco. La noche a la que ambos se referían había sido la primera vez que se acostaron.

Angela entonces no había podido controlar el color rosado que pigmentaba sus mejillas. Era un gran cumplido. Demasiado directo, demasiadas sensaciones que regresaron sin invitación. Y, al igual que ocurriera sobre el escenario del Hot Fire cuando le hubo localizado entre el público, su pulso se aceleró. Centró la mirada marrón en el plato. Había perdido la batalla al romper el hilo visual.

—Gracias.

Estúpida, estúpida...

¿Gracias? ¿Era eso todo lo que tenía que decir? De repente se supo ridícula. Ridícula hasta el punto de sentirse cohibida. Pero ¿por qué? Estaba empezando a dejar de entenderse a sí misma, si es que lo había hecho en algún momento desde la fiesta en aquella gran casa.

Los labios de Annibal se curvaron en una pequeña sonrisa al darse cuenta de cómo Angela era presa del rubor. Entonces, sintió el impulso de estrecharla entre sus brazos. Pero en cuanto se

percató de que tal necesidad no era sexual, se turbó. Empezó a buscar una nueva porción de crema de marisco con la que llenar su cuchara plateada. Así, el ambiente quedó enrarecido.

—El miércoles quiero invitarte otra vez —decidió Annibal. Ignoró el incipiente retraimiento—. El martes por la noche voy a cerrar un negocio bastante importante. Tendremos algo que celebrar.

—Me parece bien —aceptó ella, más relajada.

—Así te compensaré por no poder ir a verte mañana. —El chico buscó una nueva cucharada que llevarse a la boca—. Me gustaría hacerlo, pero no va a poder ser. —Debía definir detalles con sus hombres de cara al encuentro del martes en los muelles.

—No te preocupes —le restó importancia Angela, mostrando sus dientes blancos en una nueva sonrisa. Le había dado un pequeño vuelco el corazón al imaginarle observándola de nuevo sobre el escenario. Supo camuflar bien la ligera decepción—. Aunque es una pena. No voy a ver a quien de verdad me interesa entre todos los que estén allí.

—No me lo recuerdes.

—¿El qué?

—El otro día escuché lo que esos animales te decían. No me hace ninguna gracia —admitió Scorpio tras dudar unos instantes. A pesar de sus reservas, fue fácil decirlo. Escupirlo, más bien. Algo le había impulsado a querer que ella lo supiera. Dejó la cuchara sobre el plato vacío.

—¿Estás celoso?

Error.

Al momento, la rubia se arrepintió.

Él tragó saliva. Entornó los ojos sin apartarlos de ella. Torció el gesto. Era demasiado lógico en realidad: si uno se abre a alguien, corre el riesgo de que escuche y opine. Y comprobó de primera mano que, aunque él pudiera tenerlo más o menos aceptado, no era lo mismo que escucharlo de la boca de otra persona. Mucho menos de la implicada. No sabía qué contestar y no estaba acostumbrado a

quedarse sin palabras. Pero era la segunda vez que le pasaba con ella.

¿Estaba celoso?

Había tardado en aceptarlo en el pub aquella noche, pero había acabado rindiéndose a la evidencia. ¿Por qué le costaba reconocerlo ahora? Ella estaba delante. ¿Era eso? Quizá le asustaba que la chica supiera algo más acerca de cómo se sentía. No. No quería dar ese paso. La quería a ella, no que supiera cosas de las que él mismo no estaba del todo seguro.

Quería.

No, no. No se refería a eso. El sentido de ese verbo tenía que ver con la posesión, no con... Mierda. ¿Cómo una simple pregunta le había desencadenado tal maraña de pensamientos? Estaba incómodo.

Angela lo atribuyó a su atrevimiento. Estaba tensa, quería mirarle y estudiar su expresión. No lo hizo. Encontró más interesante la forma en que el camarero servía los platos humeantes a dos mesas de distancia.

—Debería servirme otra —anunció Angela, y señaló la botella de vino tinto. No tenía sed.

—Aún nos queda el segundo plato. —Annibal se encogió de hombros. De algún modo, la intervención de su acompañante destensó la absurda cuerda invisible que le rodeaba el cuello. Decidió que tenía que hacerse con el control de la situación, como solía hacer—. Llámalo como quieras. —No haría referencia al término que ella había empleado—. No me gusta que la gente se meta en mi territorio.

—Tu territorio —repitió Angela. Estrujó la servilleta de tela blanca con las manos bajo el mantel.

—Sí. Mira, para serte sincero, nunca he tenido que preocuparme por algo así. —La corbata empezó a agobiarle, pero no se movió—. No sé hasta qué punto puedo decir esto, pero... —Pausó, creando un abismo. Prefería cien veces armar una pistola desde cero y a oscuras—. Joder... —Resopló—. No voy a andarme con rodeos. No

me gusta que ningún hombre se acerque a una mujer que está conmigo.

Se detuvo. El calor de julio ascendía bajo el cuello de su camisa pese al aire acondicionado. Necesitaba que llegasen los siguientes platos. Tal vez el filete de ternera en su punto con un pequeño salteado de verduras para ella y el pastel de carne con salsa picante para él le distrajeran.

—¿Por qué yo?

Directa como un disparo. La pregunta parecía haber cobrado vida propia. La culpabilidad golpeó su raciocinio durante milésimas de segundo. No había sido fácil para él, lo sabía. Su pulso se aceleró.

Scorpio despegó los labios para responder, pero no llegó a hacerlo. Se quedó en silencio. La conversación era un pozo de arenas movedizas.

—Pueden decir lo que les dé la gana, no me importa ninguno de ellos —dijo Angela. Con las manos sobre su regazo, seria, seguía jugueteando con la servilleta entre sus dedos—. Yo hago mi trabajo, nada más. Sé lo que quiero. —Bebió y apuró media copa de vino tinto. La dejó de golpe sobre el mantel—. Joder, Annibal.

—¿Qué?

—No hace falta que me vuelvas a traer a un restaurante. —Dejó la servilleta encima de la mesa y se cruzó de brazos.

—¿No te gusta? —se extrañó Scorpio. Casi estaba a la defensiva.

—No es eso, pero cada vez que vamos a uno acabo diciéndote que me gustas. Sería más fácil y barato si me lo preguntas.

La tensión se volatilizó al instante.

Aquel recuerdo dio un salto al siguiente en la oscuridad de la habitación, la misma que les había acogido al llegar del restaurante. Las sábanas rojas que ahora los arropaban habían sido testigos del fuego. Se estremeció al recordar las imágenes, las sensaciones. Tuvo que suprimir las ganas de besar la piel de Annibal, que dormía

ajeno a lo que sucedía en el interior de su mente. Nunca había sentido nada semejante, tan intenso, tan auténtico. Tan insólito.

Un ruido súbito devolvió a la chica a la realidad. Apartó bruscamente los dedos de la espalda de Scorpio, sobresaltada. El sonido procedía de la mesita de noche más cercana a él, eran vibraciones. En concreto, el *smartphone* de Annibal. ¿A quién demonios se le ocurría llamar a esas horas? Ni siquiera había amanecido. Él parecía no enterarse y Angela se debatía entre avisarle y no perturbar su sueño. Pensó que podría ser importante...

Le dejó dormir. Debía mantenerse ajena a todo aquello que no era de su incumbencia.

Scorpio entonces reaccionó, pero, en lugar de alcanzar el móvil y responder, colgar, o incluso apagarlo, cogió el aparato con la mano derecha sin apenas moverse y lo arrojó mientras murmuraba algo incomprensible. Cuando el teléfono cayó al suelo, se escuchó cómo se desprendía la tapa trasera. Tal vez se hubiese roto con el golpe. No se levantaría a comprobarlo. Le miró, todavía inquieta. Parecía que Annibal había actuado sin despertarse. La joven creyó que, si se trataba de algo importante, él se acabaría enterando.

Angela se recostó de lado y de cara a la ventana. Le daba la espalda. Bostezó. Cerró los ojos, confiando en que sus neuronas redujesen la actividad para permitirle descansar. Por su propio bien, tenía que intentar dormirse.

Capítulo 4

Martes, diez de julio.

Diez y media de la noche.

Muelle cuarenta y siete.

El astro solar se había acostado hacía el suficiente tiempo como para haber eliminado del cielo todo rastro naranja. Una suave brisa paliaba el calor acumulado durante el resto del día, pero no conseguía eliminarlo por completo.

Aguardaban con tranquilidad, al menos con toda la que un momento así permitía. Scorpio encabezaba a su grupo de hombres. La semana anterior había pensado ir acompañado de seis, pero había aumentado dicho número después de que el sábado por la mañana recibiese una mala noticia. Muy mala. Pésima. Por lo visto, su móvil había sonado por la noche y, mientras dormía, lo había apagado de un modo poco ortodoxo.

El sábado anterior, hacía tres días, el timbre de la verja exterior había despertado a Annibal. Adormilado, no se había dado cuenta de que el *smartphone* no ocupaba su lugar habitual encima del pequeño mueble. El reloj digital de la mesita le había informado de que eran apenas las nueve de la mañana, y se había acostado sobre las cuatro. Vio que a su derecha estaba Angela. Ella aún disfrutaba de un sueño profundo a pesar del maldito timbre. El cansancio que el hombre había sentido entonces era atroz, así que volvió a cerrar los ojos. No se le ocurría un mejor plan para un puñetero sábado por la mañana después de trasnochar. Hundió la cabeza en la almohada. Pero el timbre berreó de nuevo, golpeando las silenciosas paredes.

—¡Joder! —exclamó Scorpio.

Se levantó bruscamente. Se hizo con unos pantalones deportivos cortos y negros del respaldo del sillón de la habitación y se los puso, así como con una camiseta de algodón del mismo color. Y alcanzó una de sus pistolas, por si acaso. La goma elástica del pantalón tendría dificultad para aguantar el peso del arma, así que ni intentó colocarla ahí. La llevaría en la mano derecha.

El timbre externo protestó de nuevo.

El ruido parecía taladrar la cabeza de Annibal, que abandonó la habitación dejando a la chica tumbada boca abajo cubierta por el rojo oscuro de las sábanas. Su mal humor estaba aflorando con una facilidad muy familiar.

Así, aquel sábado había bajado las escaleras como una exhalación. Mantuvo ese ritmo hasta llegar a la sala de seguridad, aquella que mostraba en las pantallas las imágenes recogidas por las diferentes cámaras distribuidas por la casa.

El Lobo.

Alzó las cejas, desconcertado. Le permitió la entrada de inmediato. Cuando se encaminó hacia la puerta principal, parte de la tensión causada por el desvelo desapareció.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Annibal cuando su amigo hubo cruzado el terreno exterior para llegar a la casa. Con la mano derecha se frotaba un ojo, cansado. Bostezó sin molestarse en reprimirlo—. Vale, pasa —había dicho a continuación, sin darle la oportunidad de responder. La expresión del otro le indicaba que no estaba allí de paseo.

El Lobo le siguió hasta el salón. Tras haber cerrado ambas puertas de la estancia, comenzó a hablar sin más preámbulos. Así fue como Scorpio se enteró de la noticia acerca de Hoyt Peterson.

Este era un hombre negro de veinticinco años que llevaba trabajando para él desde hacía apenas seis meses. Aunque todavía no tenía la confianza ni los méritos suficientes como para poder aspirar a algo más, se había ganado el puesto dentro de la organización. Era responsable, fiel y resolutivo. Siempre al día,

nunca se endeudaba con nadie y los demás procuraban hacer lo propio con él. Sabía cómo hacer su trabajo.

Ryan Coleman, uno de los hombres más cercanos a Scorpio dentro de la jerarquía de la organización, había acudido a su casa el viernes por la noche para recoger el dinero que le correspondía derivado de los habituales negocios con sustancias ilegales. Peterson se quedaría con una buena comisión, pues la cantidad que había adquirido por las ventas de cocaína era suculenta.

Así, Coleman había golpeado la puerta con los nudillos cerca de las dos de la madrugada, tal vez las dos y media. Hoyt no contestó: el chico podría estar durmiendo o, lo más probable, de fiesta. Pero Ryan lo dudaba. Ambos habían quedado en que el encuentro se produciría en algún momento de esa misma noche, y el chaval nunca había faltado a su palabra. Quizá tuviera la música demasiado alta, o estaría tomando una ducha, o en la cama con alguna mujer. Pero lo primero era lo primero: tenía que darle la parte del dinero acordada. El visitante, al ver que la respuesta no llegaba, se había tomado la libertad de rodear el jardín de la casa para entrar por la puerta trasera. Si se encontraba cerrada aquella también, al menos sería más fácil de forzar que la principal. Al llegar allí, giró el picaporte. Cerrada.

Mierda.

Ryan ya estaba conjurando en su cabeza las palabras que iba a decirle a Peterson en cuanto diese con él. Plantado en frente de aquella puerta secundaria miró hacia los lados con intención de encontrar algo con lo que hacer palanca, necesitaba no llamar la atención. Se acercó a un lado del jardín trasero, bajo un pequeño pero denso arbolito, ya que había creído ver algo parecido a una caja. Buscaría alguna herramienta o algo que se asemejara. A medida que se iba aproximando, sin embargo, se dio cuenta de que aquello más bien parecía un sillón. En su ignorancia, dio otro paso más. Y vio al chico allí sentado, solo, en la oscuridad parcial rota por las luces del interior de la casa, encendidas. Soltó un par de blasfemias al escuchar la música procedente de los auriculares de

Hoyt. Con ese volumen directamente sobre los tímpanos, Coleman se dijo que el chaval acabaría sordo. Vio el *iPod* descansando sobre su mano derecha, apoyada sobre el reposabrazos del sillón.

Le daría un buen susto. Coleman estaba preparado para partirse de risa cuando, de pie y a sus espaldas, golpeó los hombros de Hoyt con ambas manos.

No ocurrió nada.

La cabeza de Peterson simplemente cayó pesada hacia delante, y la barbilla quedó apoyada sobre el pecho. Ryan de inmediato rodeó el sillón para colocarse frente a Peterson. Fue entonces cuando notó cómo las rodillas amenazaron con dejar de sostenerle.

La camiseta, antes blanca, recogía un húmedo estampado carmesí que nacía del centro del estómago. La rotura de la tela alertaba del disparo. Con el corazón en la garganta, Coleman agarró al chico del pelo para levantarle la cabeza. El cadáver le devolvió la mirada desde sus ojos carentes de brillo. La sangre resbalaba por la boca y manchaba su barbilla. Pero no fue eso lo que destruyó la determinación del visitante, sino el objeto clavado en el cuello. La estrella arrojadiza metálica parecía haber perforado la carne con la facilidad de un cuchillo caliente sobre mantequilla.

Ryan Coleman reconoció el artefacto al instante. El número trece sobre la superficie del *shuriken* brillaba diabólico bajo la ínfima luz que los alcanzaba.

Con un miedo visceral agarrotando sus músculos, miró a su alrededor. Se suponía que ese tipo de espectáculos habían cesado. ¿Cómo era posible? ¡Scorpio había acabado con Austen! Esa era la prueba fehaciente de que había alguien más tras aquel siniestro telón. La función no había terminado.

Los dedos de Coleman habían temblado al marcar el número del Lobo sobre la pantalla táctil de su *smartphone*.

Rafael había relatado toda la historia frente a Annibal hacía apenas tres días, aquel sábado por la mañana. El oyente se había visto invadido por un hormigueo ácido que le carcomía el interior del estómago. También le reveló que había sido él quien había llamado

a su teléfono hacía unas cuantas horas, hasta que de pronto había dejado de tener línea. Había temido seriamente por la seguridad de su amigo y por eso había decidido acudir en persona. Scorpio, sin el tabaco al alcance de su mano por aquel entonces, había experimentado algo más allá de todo sentimiento de rabia. Había sentido su nombre pisoteado.

Annibal apretaba los puños con fuerza. Esa noche de martes O'Quinn iba a ser testigo en primera persona de lo que ocurría cuando uno se empeñaba en escoger el camino más difícil con él. No habría un tercer indulto. Su sed de sangre arrasaría con todo aquel que acudiese a la cita y no estuviera de su lado.

El Lobo lideraba la lista de sus acompañantes, seguido de sus habituales Sandro Biaggi, Ryan Coleman, Frederick Harrison, Henry Baker y Benjamin Paul. A estos se añadía la presencia de otros cinco para reforzar sus posiciones: Bruce Barnes, Steve Connor, John Porter, Dan Livingston y Kenneth West. Doce en total. Confiaba en todos y cada uno de ellos, sabía que estarían a la altura. No había ningún plan complejo que seguir, tan solo estar preparados para lo que pudiera suceder. La línea que los separaba de la muerte podría llegar a ser muy fina, y ninguno quería sucumbir en aquel sucio muelle. Lo que todos se preguntaban era si llegarían a sorprender a los contrarios de tal manera que no hubiera represalias o si, por el contrario, se libraría una batalla campal. No querían engañarse, sabían que el segundo caso era el más probable.

Biaggi, por su parte, se encontraba especialmente impaciente. Aquella era la primera misión en la que de verdad demostraría su capacidad. Debía dirigir un grupo de tres al margen del principal. Los observaba desde lejos.

Solo un cuarto de hora los separaba de las once. Scorpio se mantenía impertérrito mientras sostenía un cigarro a medio consumir entre sus labios. Esa era la imagen que daba a sus hombres, pero su realidad intrínseca era algo distinta. Sabía a lo que habían ido. Mataría al viejo y a todos quienes le acompañaran y

después se haría con toda la mercancía. Simple. No veía la hora de enviar al infierno a ese hijo de puta. Estaba decidido a no dejar pruebas, pero sabía que su nombre se cubriría de un halo aún más oscuro. Esbozó una pequeña sonrisa.

Las once menos cinco.

O'Quinn fue puntual.

La rigidez atacó a todos los presentes al observar cómo se bajaba del coche. Cuatro vehículos más aparecieron después, y estacionaron a una distancia prudencial. Uno tras otro, esos tipos fueron tomando tierra. Aquello no sorprendió a nadie. Sin embargo, a la vista estaba que habían errado en sus cálculos. Contaron veinte hombres por lo menos, incluyendo a O'Quinn. Era una situación que estaba lejos de ser ventajosa. El grupo de Scorpio era solo de doce hombres, tres de los cuales ni estaban en escena. Nueve. Nueve contra veinte.

Annibal trataba de mantener intacta la serenidad, y se preguntó si aquello solo era un despliegue de seguridad extrema. Sospechó que las intenciones eran más oscuras. Lanzó la colilla al suelo y no se molestó en pisarla después.

Los pasos de la horda del viejo casi hacían eco entre los edificios del muelle cuarenta y siete. Continuaron caminando hasta colocarse a una distancia en la que una conversación en tono normal podía ser sostenible. Cinco metros, siete quizás. Ni uno menos. Algunos de los recién llegados se habían posicionado más cerca del edificio grisáceo que les quedaba a las espaldas. O'Quinn se mantenía en primera fila. Scorpio se mantenía firme al otro lado.

Annibal había previsto una posible situación de inferioridad, así que había aumentado sus efectivos, pero no había sido suficiente. Al menos poseía una buena memoria fotográfica y recordaba muchos detalles geográficos del barrido inicial, aunque de nada le serviría si le mataban antes. A lo largo de todo el muelle había cajas de madera repartidas sin ningún orden, por lo que el espacio del que disponían se percibía aún más reducido. Eran cajas de tamaño industrial, unas más grandes que otras, y de contenido desconocido.

A quien fuera que pertenecieran no tenía dinero suficiente como para contratar una empresa de seguridad que las vigilara. También recordaba algunos vehículos estacionados por la zona demasiado nuevos como para considerarse abandonados. Posiblemente los utilizaban los operarios de la pequeña fábrica emplazada no muy lejos de allí. En cualquier caso, aquel era un decorado bastante adecuado para las circunstancias, para lo que pudiera ocurrir. O, tal vez, una ratonera para Scorpio y los suyos.

Los hombres que rodeaban a O'Quinn parecían formar un pequeño pelotón militar, solo que toda esa gente estaba bastante lejos de mostrar porte de soldados. Parecían muy tranquilos. Annibal, por el contrario, temía perder los nervios de un momento a otro. No obstante, mantenía su imagen de mármol. Un único indicio de debilidad podría ser su perdición y la de todos aquellos que le acompañaban. Ignoraba cómo diablos iban a salir de aquella situación y, si lo hacían, en qué condiciones.

De pronto, el chico escuchó pasos a su derecha. Automáticamente condujo la diestra hacia una de sus serviciales Desert Eagle. Pero no la llegó a desenfundar, pues se trataba solo de un solo hombre que se aproximaba con cautela. La hostilidad era densa, pegajosa, agobiante; casi se podría atravesar con un machete. El extraño vaciló, visiblemente intimidado por la disposición de todos aquellos hombres. Así que ese debía de ser el famoso distribuidor al que O'Quinn había hecho referencia en su despacho. La expresión del tipejo denotaba desconocimiento de la magnitud del acuerdo, tal vez al viejo se le hubiese olvidado comentarle un par de detalles. Una muestra más de su eterna estupidez.

Scorpio entonces entornó los ojos. Algo no cuadraba. ¿Dónde estaban las cajas cuyo contenido constituía la esencia del trato? ¿Por qué ese hombre no traía nada consigo? ¿Qué cojones había ido a contarles, que finalmente no se podría hacer? ¿Puro teatro, quizás? Las ideas iban adquiriendo forma a gran velocidad. Mientras tanto, el hombre nuevo continuaba caminando sin prisa alguna. Ni la

poca paciencia ni la inferioridad numérica ayudaban a que Annibal sintiese la situación bajo control. Respiró hondo: el plan inicial debía seguir adelante. Necesitaba nicotina, pero aquel no era el momento de fumar: precisaba de ambas manos libres por lo que pudiera acontecer. No quiso arriesgarse a mirar cómo se encontraban sus hombres.

El caminante por fin se detuvo entre ellos, en tierra de nadie. Scorpio tuvo la sensación de que se posicionó algo más cerca del otro lado. A juzgar por la expresión del mediador, estaba hecho un manojo de nervios.

—Bueno, eh... —atinó a empezar este. Era el centro absoluto de todas las miradas. No fue un buen comienzo, exudaba inseguridad. Demasiada presión—. La mercancía está confirmada. Al final podemos conseguir diez cajas. En unas horas las tendremos preparadas para que puedan repartirlas entre ustedes.

—Estupendo. —La voz de O'Quinn nadaba en entusiasmo—. Al final vamos a hacernos con más de las que teníamos pensado. Todos ganamos. —Matizó las últimas palabras de forma significativa.

—¿De qué coño estás hablando? —Scorpio no pudo ni quiso maquillar la rabia acumulada. Estaba cansado, harto, aburrido de juegos absurdos. En especial de aquel, donde la vida de sus hombres pendía de un hilo. Ahora era su turno—. ¿De qué coño estáis hablando? Esas armas tenían que estar aquí ya. Habíamos quedado aquí para eso hoy, ahora, en este momento. ¿Dónde cojones están?

—La razón por la que estamos aquí es para confirmar que todo ha salido correctamente para el intercambio —le corrigió el viejo. Las arrugas se acentuaron en su frente.

—No te confundas, no fue eso lo que me dijiste el otro día. ¿Me estás diciendo que estamos aquí casi treinta hombres para hablar de algo en lo que solo se necesitan tres? Algo falla —dijo Annibal. Su voz grave combinaba con la oscuridad parcial del muelle. Las farolas no aportaban una iluminación decente. Aún no sabía si eso

era un punto a favor o en contra—. ¿De verdad necesitas un ejército para hablar conmigo? —Una sonrisa despectiva dividió su rostro, visible entre las sombras.

El olor a sal del mar que bañaba el muelle flotaba en el ambiente, enrarecido. Incómodos, algunos cambiaron sus posturas, otros temían que algún movimiento desencadenara la fatalidad. El distribuidor se cruzó de brazos y fijó la mirada en el suelo. Incluso la sofocante brisa nocturna parecía haber desaparecido. Annibal tenía calor bajo la camisa oscura y remangada hasta los antebrazos. Nada quedaba de su mueca engreída. Sintió cómo una gota de sudor resbalaba por su espalda.

—¿Y tú? ¿Lo necesitas?

Las palabras de O'Quinn fueron la chispa que se abrió paso por la gasolina.

Scorpio no fue capaz de soportarlo durante más tiempo. Sintió una corriente eléctrica atravesar su cuerpo como un rayo, similar a la que le sacudió al ver a Nelson Austen a través de la ventanilla del coche. Sus neuronas emitieron el impulso nervioso que le hizo actuar. El brazo derecho se impulsó por propia voluntad, buscando su espalda. La presencia de ambas pistolas le abrasaba la piel. Casi podía sentir la culata entre sus dedos.

Una detonación desgarró el silencio del que el resto del mundo parecía ser presa. A continuación, el impacto. Annibal no pudo completar el recorrido hacia la primera Desert Eagle, algo le alcanzó en pleno movimiento. El golpe empujó su hombro derecho hacia atrás, desequilibrándolo. Fue incapaz de reprimir el grito. Cayó de espaldas, pero consiguió girar a tiempo y apoyar las manos al llegar al suelo, amortiguando como pudo el resto del cuerpo. Una intensa punzada le perforaba bajo el último tramo de la clavícula derecha. El dolor se hizo casi insoportable. Gruñó. De inmediato, la sangre comenzó a avanzar invisible entre las fibras de la camisa negra en dirección al pecho. Aquellos tentáculos escarlata se extendían asimismo por su espalda, donde la sensación desgarradora también le atenazaba a la altura del omoplato. Cerró los ojos con fuerza.

Trató de mover el brazo derecho que, pese al repentino temblor, notaba paralizado. Al igual que el resto de su cuerpo. Igual que el resto de espectadores.

Annibal Scorpio yacía en el suelo, casi de lado, atravesado por un disparo.

La sangre manchaba el suelo en cantidades cada vez más grandes. Manchas encarnadas y brillantes que presagiaban lo que estaba por acontecer.

Acercó la mano izquierda, trémula, a la herida frontal. Pero cambió de opinión y la apoyó en el suelo. Se impulsó. Tenía que encontrar las fuerzas suficientes para incorporarse. El dolor le estaba agotando a una velocidad temeraria, pero no podía dejarse vencer por el miedo. Allí tirado era un objetivo demasiado fácil. Apretó los dientes. Ni siquiera se percató de que la palma de su mano apoyada en el cemento se impregnaba de su propia sangre. Entonces, el pensamiento de acabar con O'Quinn se convirtió en una obsesión. Respiraba acelerado. Hincó la rodilla en el suelo.

Tronó un nuevo disparo. Un cuerpo cayó a lo lejos. Giró la cabeza y vio al Lobo empuñando su revólver Colt Python, humeante.

Las denotaciones convirtieron el muelle cuarenta y siete en un campo de batalla. Annibal tuvo los reflejos suficientes como para salir del epicentro del tiroteo. Pudo ponerse en pie. El instinto de supervivencia era más fuerte que los latigazos de dolor que recorrían su cuerpo. Consiguió resguardarse tras una de las enormes cajas que encontró a su paso. Una vez allí, apoyó la espalda sobre la superficie vertical de madera. Se quejó al notar el contacto sobre el punto de apoyo. Después buscó con la zurda, mediante importantes esfuerzos, la herida bajo la clavícula y cercana al hombro derecho. Notó la calidez de la sangre fluir entre sus dedos, más profusa cuando presionó. La sentía manar también a la altura del omoplato. La camisa se adhería a su piel. Le era imposible controlar el temblor del brazo herido.

Estruendos. Gritos.

La mente de Scorpio estaba mucho de disponer de su lucidez habitual. Le resultaba muy difícil concebir que le habían herido. Fruncía el ceño e intentaba domar su propia respiración, pero era incapaz. Y todo se complicaría mucho más si le encontraban en medio de todo aquel caos. No lograba entender desde dónde demonios le habían disparado. Era un ángulo imposible para O'Quinn y el viejo ni siquiera había sacado su maldita pistola. Era muy consciente de que podría haber muerto, lo cual le impedía tranquilizarse. El corazón latía fuerte contra su pecho, facilitando la pérdida de sangre. Jadeaba. Las gotas de sudor empapaban su frente. El dolor era demasiado intenso.

Tenía que hacer algo. No sabía cuál era el panorama detrás de aquella pobre fortaleza improvisada, pero aborrecía no intervenir. Recordó la desventaja numérica. Maldijo varias veces. Fue complicado escuchar su propia voz tenue por encima del jaleo. Tanto la herida de entrada como la de salida continuaban sangrando. ¡Al diablo! No dejaría que mataran a sus hombres si podía hacer algo para evitarlo.

Se impulsó hacia delante y despegó su espalda de la madera. Gruñó por el daño y estuvo a punto de tambalearse. Cerró los ojos un momento, aguantando como pudo el ramalazo que le atravesó el cuerpo. No conseguía que su respiración regresara a la normalidad. Entonces, apareció una figura a su lado. Scorpio se tensionó, encarándola, lo que le provocó más dolor. Pero se trataba de Ryan Coleman. Ambos se alegraron de ese encuentro fortuito que significaba que continuaban vivos. Annibal le preguntó por los demás, pero la confusión impidió a Coleman darle una respuesta concluyente. El jefe no esperó a que el hombre continuara con las explicaciones y se alejó de la caja.

El espectáculo se abrió ante él: humo, sangre, pistolas, cajas, coches. Más sangre. Heridos. Muertos. Volvió a encontrar refugio detrás de una nueva construcción cúbica de madera más cercana al epicentro del tiroteo. Pero los bordes de su campo de visión empezaron a fundirse en negro. Parpadeó con fuerza varias veces.

No, no podía perder el conocimiento. No lo permitiría, había mucho que perder. Sacudió la cabeza. Sus heridas abiertas protestaron, pero las ignoró. Debía prescindir de cualquier cosa que le distrajera de su objetivo.

Con horrible esfuerzo, dirigió el brazo herido hacia su espalda. Era el mismo recorrido que no pudo completar cuando le dispararon. El metal de la Desert Eagle a su alcance cayó entre sus dedos. Su mente fatigada no se planteó coger la otra pistola. Jadeó. La sangre continuaba abandonando su cuerpo. Y escuchó un grito cercano, debía de ser de alguno de los suyos. No podía perder ni un segundo más. Descubrió medio cuerpo.

Efectuó el primer disparo sin apuntar, pero colocó los dos siguientes exactamente donde quiso. Abatió a dos hombres. Sostenía la pistola con la derecha a pesar del angustiante dolor, pues no era tan experimentado con la zurda. Sentía calambrazos ígneos con cada retroceso tras apretar el gatillo. Mantener el brazo en alto suponía para él una labor casi sobrehumana. Pronto tuvo que bajarlo. Aprovechó el momento para buscar a O'Quinn con la mirada. A lo lejos encontró a Jack Bentley, la mano derecha del viejo. Apuntó. Frunció los labios al volver a disparar. Erró. Blasfemó en voz baja. Entonces, en ese mismo momento, un proyectil impactó muy cerca de él. Se sobresaltó y volvió a resguardarse. Tenía la garganta seca. La adrenalina hacía que pudiera mantenerse en la línea de fuego, pero la pérdida de sangre se lo estaba poniendo demasiado difícil. El descenso del nivel de atención también podía resultar fatal.

Los acontecimientos estaban lejos de parecerse a su plan inicial. Sucedió todo lo contrario.

No quería pensar en las posibles bajas de su grupo. Volvió a parpadear varias veces seguidas con la mandíbula en tensión. Le dolían las piernas, las notaba pesadas. Otra bala se incrustó a pocos centímetros de él. Se agachó. Y un fuerte golpe tronó a su derecha. Vio al Lobo escudarse detrás de uno de los coches aparcados apenas a tres metros de su posición. La sangre

resbalaba por el antebrazo de su amigo, pero no parecía nada grave. No se preocupó. Rafael estaba vivo y eso era más de lo que se podía esperar de tal situación.

Scorpio volvió a disparar la Desert Eagle. El fuerte retroceso del arma hacía que el chico cada vez tuviese más dificultades para sostenerla firme. Falló los tres tiros que efectuó. Era como si cientos de agujas le horadaran el cuerpo. No notaba el peso de la segunda pistola en su espalda.

El cañón del Colt Python del Lobo tronó dos veces. Otro hombre de O'Quinn cayó, su puntería era fulminante.

¿Dónde demonios estaba O'Quinn? Annibal deseaba que estuviese muerto con todas las fuerzas que le quedaban. El temblor del brazo derecho se hizo más evidente. Condujo el sano en su busca. Apoyó la mano izquierda sobre el agujero de entrada y fue víctima de una penetrante quemazón. Cuando la retiró, comprobó que el rojo la cubría casi por completo. Maldijo su suerte, apenas podía sostener la pistola. Y la vista amenazaba con nublarse. Agitó la cabeza otra vez. Ignorando la advertencia de su cuerpo, apuntó y disparó de nuevo. Volvió a errar.

Fue en ese momento cuando le vio a lo lejos. Al parecer, O'Quinn ni siquiera estaba herido y se escondía detrás de un gran contenedor. Localizó a un par de hombres a su lado. Una ira incontenible quiso desplazar el dolor que le abrasaba. Se puso en pie torpemente. Apuntó por enésima vez. Su rostro recogía todo el daño causado por el sendero que la bala había dejado en su cuerpo. Tenía el cuello empapado en sudor. El cañón de la pistola se movía a cámara lenta ante sus ojos.

No podía fallar.

No podía fallar.

No podía fallar.

Supo de inmediato que el viejo también le había visto. Ese hijo de puta levantaba la pistola con idénticas intenciones. El dedo índice de Scorpio estaba a milisegundos de ejecutar la orden de disparar.

Pero algo le distrajo.

Se escuchó un sonido fuerte, seco y desagradable después de que algo cayera desde el cielo. O'Quinn y los hombres de su alrededor se quedaron mirando a lo que se había precipitado justo detrás de ellos. ¿Acaso era aquello un hombre? ¿Y cuántos efectivos le quedaban al viejo? ¿Y a él mismo?

Biaggi.

Cerró los ojos un instante, temiendo que estuviera muerto. Aún respiraba rápido. La fatiga se sumó a los nervios, ambos incesantes. El dolor colonizó su pecho. Sintió el hormigueo característico del miembro dormido en la mano derecha. Y la notó helada.

Volvió a fijar la atención en lo que había caído. *Tiene que ser un hombre.* Sí, no había otra explicación. La forma era la de un hombre. ¿Cómo era posible? La pesadez se adueñaba de sus párpados. *Tiene que ser un hombre.*

O'Quinn ya estaba preparado una vez más para abatirle desde la lejanía.

El estruendo de unos nuevos disparos inundó la noche. No procedían ni de un lado ni del otro. Annibal a duras penas pudo ver, tras unos segundos, los fogonazos desde arriba, desde la azotea del edificio que sus rivales tenían a sus espaldas. Supo de inmediato que el arma que le había alcanzado había sido disparada desde ahí. ¿Cómo no se le había ocurrido antes? Sin embargo, el ataque ahora no se centraba contra los suyos, sino que masacraba a los partidarios de O'Quinn.

¿Qué diablos estaba pasando?

Todo ocurría demasiado rápido.

El caos se abría paso entre sus oponentes. Los que quedaban en pie corrían en varias direcciones, el viejo entre ellos. Pero para Scorpio tan solo eran manchas emborronadas. Restregó su mano izquierda, temblorosa y manchada, por los ojos. La lucha por mantenerlos abiertos era tan encarnizada como la que le rodeaba. Mientras tanto, los disparos continuaban ahuyentando a los enemigos. Pronto se escucharon los sonidos de los coches arrancando los motores y abandonando el lugar como almas que

lleva el diablo. Unos cuantos impactos sobre el último de ellos provocaron que se moviera en zigzag antes de desaparecer a lo lejos junto a los demás. Arriba, el arma guardó silencio.

Scorpio se puso en pie. Las náuseas se arremolinaron en su estómago. Quiso guardar la compostura, pero tenía frío. Miró a su alrededor. Hacía tiempo que no veía tantos cadáveres juntos. Lo más sorprendente era que gran parte de esos cuerpos alfombraban el lugar ocupado por O'Quinn y sus perros hasta hacía escasos minutos. El inesperado apoyo fantasma desde la azotea había supuesto una victoria imposible.

No se atrevió a buscar un rostro conocido entre los muertos.

Empezó a tiritar. Dio un paso hacia delante. Se estremeció de dolor. Sus movimientos eran lentos, inestables.

—¡Annibal!

Era la voz del Lobo a sus espaldas. O eso creía. La última vez que le había visto estaba bien. Parecía que ahora también. Quizá debía girarse para comprobarlo. Pero su cuerpo no obedeció. Parpadeó, apenas podía ver lo que tenía en frente.

—¡Eh! —Rafael se colocó delante de él. Tenía su habitual coleta hecha un desastre, y algunos cabellos estaban pegados a la frente y a los laterales de la cara. Se le veía preocupado. Primero se fijó en la palidez de su amigo y luego en la cantidad de sangre que le cubría, visible a pesar de la camisa negra—. Venga, vamos al coche. Hay que curarte eso.

—Estoy bien. —Annibal tuvo dificultades para escuchar su propia voz. Estaba tan acostumbrado a utilizar esas dos palabras que no se planteó que ahora estaban completamente fuera de lugar.

Todo empezó a darle vueltas. Desoyó al Lobo y se aventuró a avanzar otros dos o tres pasos. Los dedos de su mano derecha se aflojaron y la Desert Eagle que aún mantenía agarrada se precipitó hacia el cemento. Aquel ruido no consiguió sacarle del estado en el que se estaba sumergiendo. El mareo se intensificó, al igual que el frío. Ya no podía hacer nada por evitar que su campo visual se fuese reduciendo cada vez más. El negro se coloreó de motas blancas. El

sentido de la audición se fue desvaneciendo y no escuchó a sus hombres detrás de él. Una mueca cruzó su rostro. Hizo el amago de taponar la herida bajo la clavícula, pero no lo consiguió. Tosió.

Oscuridad.

Scorpio se desplomó contra el suelo.

Capítulo 5

O'Quinn no era capaz de entender cómo el hombre de su plantilla con más destreza como francotirador había cometido aquel error garrafal. Le había facilitado unas órdenes muy sencillas: disparar cuando él hiciese un gesto encriptado previamente acordado y hacerlo directamente a la cabeza. ¡Por el amor de Dios! ¡No había cumplido ninguna de las dos! ¡Maldito fuese él y su ridícula puntería! ¡Conocía la habilidad de James Norton! ¿Qué era lo que había pasado? Jamás lo sabría, ahora estaba muerto. ¡Muerto! Se había precipitado desde lo alto del viejo edificio que les había guardado las espaldas. Pensaba que había estado solo allí arriba, y así debía haber sido, pero de pronto habían comenzado a disparar contra ellos tras la caída. Le habían empujado, no cabía la menor duda. Y no habían podido ser otros que los hombres de Scorpio. ¿Pero cómo se habían anticipado a su maldito plan? ¡Era imposible!

Aquella había sido la noche perfecta para borrar del mapa a ese niño arrogante. Pero no. Ese estúpido disparo tan solo había herido a Scorpio. Había llegado a saborear su muerte cuando le vio derribado en el suelo, pero la euforia apenas había durado un par de segundos. ¡Norton había sido un completo idiota! Él mismo tenía que haberlo rematado mientras había tenido la oportunidad, con Scorpio aún en el suelo. Pero la sorpresa le había impedido reaccionar a tiempo. ¡Maldición! Lo único que le quedaba ahora era confirmar la muerte durante las horas siguientes, que alguien le avisara de que el proyectil había alcanzado algún órgano vital y le había hecho sucumbir a la herida. ¡Ah! Para él sería lo más parecido a un buen orgasmo sin necesidad de meterla en caliente.

O'Quinn permanecía sentado en su despacho. Estaba furioso. Después de todos los hombres que le habían acompañado, después

de superar con creces el número birrioso que el otro había llevado consigo, y después de haber contado con la baza del francotirador, quien más había perdido había sido él. Golpeó el escritorio pulido con el puño. Se sirvió otro vaso ancho de whisky.

Estaba harto del maldito Annibal Scorpio.

Se lamentaba de no haber acabado con él cuando le tuvo a tiro en ese mismo cuarto. Es más, tendría que haberlo hecho en el pasado. Por supuesto que había sido él quien había ordenado su captura cuatro años atrás. Pero por aquel entonces les había dado la libertad a los que eran sus hombres para hacer lo que quisieran con él con la única condición de no matarlo. Ese premio lo había reservado para él. Craso error. Antes de que le diera tiempo a presentarse en aquella caseta en medio del campo donde le habían recluido, el muy hijo de puta de Scorpio había escapado. Al parecer, había aprovechado un momento sin vigilancia para escabullirse de allí.

¡Lo aborrecía! ¡Lo aborrecía con todas sus fuerzas!

Jamás le había perdonado el asesinato a Joel Creamer, con quien había mantenido negocios ilegales que producían ingentes cantidades de dinero. Por supuesto, toda aquella fuente de capital había desaparecido. Aquel había sido el motivo principal del secuestro. Y, por si aquello no había sido suficiente, en la actualidad se había visto obligado a pagarle una cantidad fija mensual a raíz de su derrota hacía esos cuatro años. No le había quedado otra opción que fingir obediencia y sumisión, incluso se había visto obligado a decirle que él no había tenido nada que ver con la captura para poder salvar el cuello. Orlando Suárez, el contacto en común, había sido determinante para frenar a Scorpio. Pero ya no aguantaba más.

Ahora todas las cartas sobre la mesa.

Scorpio no había muerto y, si al final sobrevivía, ya sabía cuáles eran sus verdaderas intenciones. De todas formas, O'Quinn sospechaba que esa noche habría tenido lugar un tiroteo aunque su bando no lo hubiese empezado. La hostilidad del joven líder rival había sido manifiesta.

Acababa de iniciarse una guerra cuyo calificativo más suave era «dura». Si hubiese pedido la opinión de alguien, seguramente le habría aconsejado no meterse en problemas con Scorpio, alegando que tendría las de perder. Pues bien, ya era hora de que le plantase cara. Las bajas que había sufrido la hueste del chico durante el tiroteo hacían que este se encontrara más vulnerable. Había conseguido mermar sus filas. Era el momento idóneo, podría no haber otro. El proyecto ya estaba iniciado en la sombra desde hacía meses, ahora era el turno de convertirlo en plan maestro.

Capítulo 6

La consciencia iba abriéndose paso entre las turbulentas tinieblas. Aún quedaba neblina, pero sus oídos ya habían hecho el primer contacto con la realidad. No era fácil orientarse dentro del confuso desconcierto. Los últimos recuerdos parecían encontrarse fuera de su alcance, encerrados dentro de una jaula cuya llave permanecía en algún lugar de su memoria.

Annibal sentía algo blando y confortable bajo la espalda. Intuyó que era una cama. Percibía algunos murmullos de fondo, en algún lugar; no supo dilucidar si eran reales o tan solo eran producto de su imaginación. Volvió a poner a prueba su memoria, sin éxito. Entonces, hizo un esfuerzo por abrir los ojos, pero se encontró con unos párpados que no obedecían. Se rindió pronto. Probó a mover los dedos, consiguiendo un resultado similar. De repente, notó un dolor muy intenso en el extremo derecho del pecho que se adentraba en el hombro. A continuación, escozor. Al primer pinchazo le siguió un segundo. Cerró los puños como respuesta automática a las furiosas protestas de la herida.

La herida.

Despegó los párpados. Emitió un pequeño gemido de dolor. Necesitó unos segundos para enfocar y reconocer el entorno. La luz sutil de la pequeña lámpara de la mesita de noche le deslumbró al principio. Aquella era su propia habitación. ¿Cómo había llegado hasta ahí? Le inquietaba no poder acordarse de nada.

Sentado en una silla muy cerca de la cama, inclinado hacia delante, había un hombre. Parecía un médico. Era un médico. *Su* médico. Este se dio cuenta, por el quejido, de que el paciente había despertado. Los ojos grises de Edward Carson se desviaron de su objetivo durante un breve instante para mirarlo a la cara. Luego recuperó su concentración. Annibal se interesó por lo que estaba

haciendo el doctor, pero apenas vio gran cosa al estar tumbado. Sin embargo, sí se percató de cómo el hombre de treinta y cinco años alzaba la aguja quirúrgica, tensaba el hilo negro, y volvía a introducirla en su carne bajo la clavícula. Al parecer, Carson no había creído necesario insensibilizar la zona. Dejó caer la cabeza otra vez sobre la almohada. Se obligó a soportar el dolor, no podía ser peor que el que había sentido en el muelle.

El muelle.

Tímidos, los recuerdos empezaron a asomarse. Y, con ellos, la penetrante molestia en la espalda. Rememoró cómo la bala había atravesado su cuerpo, cómo había perdido toda aquella sangre. Se sentía débil.

Miró hacia la derecha, buscando la ventana. Aún era de noche.

—No te muevas —le aconsejó Carson. Continuó cosiendo.

Scorpio obedeció sin más. Con la mandíbula en tensión, decidió echarle un vistazo a la habitación para distraer su atención. Estaba vacía a excepción de ellos dos. Olía a hospital. El herido supuso que se debía a los productos que el médico había traído consigo. La puerta permanecía entreabierta y le llegaban voces desde el otro lado, lejos. Confirmó así que no las había imaginado hacía unos minutos. ¿Estarían fuera sus hombres? Se acordó del Lobo y de cómo había ido a buscarle antes de que todo se volviera negro. Pero ¿y los demás? ¿Habrían sobrevivido? Notó seca la garganta.

—A ver, intenta incorporarte. Voy a vendarte —le informó Carson cuando hubo finalizado el séptimo punto de sutura. Después le ayudó a completar la acción.

El contacto de los guantes del doctor era frío sobre la piel desnuda de su torso, pero Annibal apenas lo sentía a causa del dolor. Una vez estuvo sentado, Edward le colocaba la venda de tal forma que le cubriera la entrada y la salida de la bala. Y, aunque sobre los puntos de cada una de las heridas tenía colocado un apósito esterilizado, el mero roce le provocaba escalofríos de dolor. Se mordía la lengua para no emitir ningún sonido. Al terminar, el médico le ayudó a tumbarse. El contacto de la cama con su espalda

le provocó un nuevo aguijonazo. Scorpio cerró los ojos y sostuvo el aire durante unos segundos. El otro regresó a la silla y se quitó los guantes de látex.

—Has tenido mucha suerte, Annibal. Con la velocidad a la que me han contado que iba el proyectil, la entrada y la salida son muy limpias, apenas sin desgarrar muscular excepto el inevitable. No te ha tocado ningún órgano, pero dos centímetros más a la izquierda habrían supuesto atravesarte el pulmón. En cuanto a lesiones óseas, tampoco hay que preocuparse. Tras la salida se ha producido una ligera fragmentación en el borde inferior de la escápula, así que he retirado las astillas y la herida se cerrará bien. Ambas lo harán. No tendría por qué haber complicaciones. La trayectoria interior también está limpia y desinfectada. —El médico hizo una breve pausa antes de proseguir—. Has perdido bastante sangre, así que debes alimentarte correctamente. No he creído conveniente hacerte una transfusión, puedes aguantar con la regeneración de la tuya. Y vas a tener que guardar un par de días o tres de reposo absoluto. Después de ese tiempo, te convendría seguir descansando un poco más hasta que te veas más recuperado, período en el que no deberás forzar el brazo derecho bajo ninguna circunstancia. —Le dedicó una mirada significativa que Scorpio supo interpretar correctamente—. Por lo menos hasta que vayas cicatrizando como es debido. De todos modos, te haré un seguimiento. Quiero asegurarme de que todo va bien. Deberás hacerte curas y cambios de vendaje. Y te he recetado algunos medicamentos, sobre todo analgésicos y anti-inflamatorios, con las dosis a tomar y cada cuánto has de hacerlo.

Carson alcanzó un maletín de tamaño considerable y extrajo un pequeño recetario. Arrancó la hoja previamente escrita y la colocó sobre la mesita. La enrevesada caligrafía quedó iluminada por la pequeña lámpara.

—Gracias, Edward. Supongo que Rafael estará fuera. Él se encargará de pagarte.

Aunque Annibal hubiese querido, no habría podido decir mucho más. No habría encontrado las fuerzas suficientes. La voz abandonó afónica su garganta. Agradecía profundamente una explicación tan amplia y la presencia fundamental del doctor sin necesidad de haber acudido a un hospital.

El galeno se levantó y se dirigió a la puerta, portando su maletín. Antes de salir le recordó al convaleciente que volvería al cabo de unos días. Recibió, como única respuesta, un leve asentimiento con la cabeza.

Edward Carson había trabajado para Scorpio durante los últimos tres años. Era consciente de cuál era la dedicación de su colega. Había sido precisamente Christopher Davis, el superior y mentor de Annibal en el pasado, quien los presentó. De cara a cualquier posible eventualidad, era un paciente más, no se le podía reprochar nada. Y no le importaba acercarse a esa gran casa cuando el chico lo necesitaba. Lo que le pagaba por cada intervención bien valía las molestias. Pero Carson también poseía una excelente plaza en el hospital Lenox River. Aunque todavía le quedaban cinco años para cumplir los cuarenta, se había labrado un buen nombre dentro de la medicina. Cirugía, en concreto. Los sobresalientes y las matrículas de honor ya le habían avalado desde el inicio de su carrera universitaria.

Cuando el doctor salió de la habitación, bajó las escaleras hasta la planta baja y se acercó al gran salón. Allí aguardaban todos los presentes. Le resultó fácil localizar a Rafael, quien se levantó del sofá de cuero blanco para reunirse con él. Le pagó cinco mil dólares exactos por sus inestimables servicios. Procedían de una de las cajas fuertes que Scorpio guardaba en aquella casa, y Rafael era el único de sus hombres que conocía los códigos y autorizado para disponer del dinero. De hecho, el Lobo había asumido el mando desde que Annibal había perdido el conocimiento en el muelle cuarenta y siete. Eran casi las dos de la mañana y el hombre apenas había tenido un minuto de descanso.

Carson guardó el dinero dentro del maletín sin contarlo, no le hacía falta. Acto seguido, comunicó a Rafael que Scorpio estaba fuera de peligro, que le había tratado las heridas y que debía guardar reposo y llevar a cabo las curas para evitar infecciones. Dependía del herido dar cualquier otro tipo de explicación. Luego, tras despedirse, el médico abandonó la casa: su turno en el hospital comenzaba a las ocho de la mañana.

Antes de subir a la habitación del jefe, el Lobo dio la orden de que nadie abandonase el salón. Todos estaban tan cansados que no hubo objeciones. Una vez llegó a la primera planta, el líder improvisado giró a la izquierda. Encontró la puerta del dormitorio entreabierta. No avisó antes de entrar y el ocupante miró hacia él de inmediato. Rafael se acercó a la cama y se sentó en la misma silla que había utilizado Carson con anterioridad.

—¿Cómo estás? —se interesó, aunque la respuesta era obvia. La palidez de su amigo aún no había desaparecido, y presentaba ojeras algo más oscuras. Observó el vendaje reciente: cubría el hombro dañado, se extendía por la mitad del pecho y espalda, y le sujetaba la parte superior del brazo derecho.

—Hecho mierda —admitió Annibal con voz ronca. Era una realidad que abarcaba algo más que lo puramente físico. Estiró la mano izquierda para alcanzar la sábana y taparse un poco.

—Joder. Cuando te dispararon pensé que ya no ibas a levantarte —dijo el Lobo, circunspecto.

—Estuvieron a punto de matarme. Por muy poco no me han reventado nada.

—Tenemos el arma con la que te atacaron. ¿Ha dejado Carson la bala aquí después de sacártela?

—No. Debe de estar todavía en el muelle, si es que la policía no la ha encontrado ya. La bala me atravesó, no me ha destrozado el omóplato de milagro —explicó el jefe. La fortuna, sin duda, había estado de su lado. Bien podría haber acabado en un depósito de cadáveres. Tragó saliva.

—Maldito hijo de puta... Con un francotirador no pretendía solo herirte. El cabrón de O'Quinn quería matarte.

Pero eso no era nada nuevo. La ira golpeó a Scorpio con fuerza e intensificó el dolor bajo el vendaje. Cerró los ojos y vio pasar las imágenes del tiroteo frente a él. Visualizó a O'Quinn. Sintió el sabor amargo de la impotencia. El atentado no había conseguido su objetivo, pero le había dejado malherido. Tendría que haber sido al revés. Tendría que haber asesinado a esa estúpida rata y, sin embargo, había visto cómo escapaba.

—¿Quiénes han muerto? —se aventuró Annibal tras el breve silencio.

—Encontramos a Benjamin con un disparo en la cabeza. A John le han acribillado. Kenneth, Bruce y Steve también han muerto —enumeró Rafael—. No es un gran consuelo, pero al menos no acabaron con todos. Con los que eran, y contando con el francotirador, lo lógico habría sido que ninguno de nosotros hubiera sobrevivido. Siéntete afortunado: eras el primer objetivo.

—Hijo de la grandísima puta —blasfemó el herido. Llevó la zurda a sus párpados cerrados y los presionó. Respiró hondo—. ¿Cómo están los demás? —Se fijó en que su amigo tenía un arañazo grande pero poco profundo en el antebrazo izquierdo.

—Están bien. Coleman cojea un poco, creo que se torció la rodilla o algo así. La mayoría no tiene más que pequeñas lesiones...

—¿La mayoría? —le interrumpió Scorpio.

—Sandro está en el hospital. Le dispararon por la espalda. Le han destrozado un riñón y no sé si el alcance es mayor, tienen que seguir informándome. Según los médicos, su pronóstico es grave.

El jefe miró hacia otro lado con los labios convertidos en una fina línea. Un puñetazo en el estómago no le habría dolido más. Las acciones de Sandro bien habían valido la confianza que había depositado en él, convirtiéndose en uno de sus mejores hombres. No podía perderle.

—¿Qué pasó?

El estado de ánimo de Annibal caía en picado. El cansancio se abría paso a marchas forzadas. El hombro y la espalda cada vez le dolían más. Necesitaba un analgésico, o quizá una botella de whisky. Pero no dijo nada.

Había sido él quien había elegido la posición de Biaggi, así que la culpa agujereaba su pecho como goterones de ácido. El italoamericano había dirigido a Dan Livingston y al fallecido Steve Connor. Su misión había sido peinar la zona y buscar, entre todo cuanto pudieran abarcar, las posibles vías de escape y puntos estratégicos desde donde aparecer en un momento dado. También debían informar de cualquier cosa inusual. Pero, con el panorama que se había presentado, probablemente no tuvieron ni ocasión de hacerlo.

—Dan nos ha contado lo que pasó, está abajo con los demás. Además de las calles y recovecos, Sandro también decidió examinar los edificios. A sus acompañantes les pareció bien. En realidad, tendría que haber sido sencillo. Cuando llegaron al edificio situado justo detrás de la gente de O'Quinn, pudieron ver a un hombre en la azotea desde su ángulo. Subieron por la escalera de incendios y, una vez arriba, se dieron cuenta de que era un francotirador. Entonces, se empezaron a escuchar voces desde abajo, imagino que se refería a la conversación que tuvisteis cuando llegó el tipo ese de las cajas. El francotirador se colocó en posición con su arma.

»Sandro se abalanzó hacia él por la espalda sin pensárselo y sin decir nada a ninguno de sus dos compañeros. Consiguió agarrar al tipo por detrás en el momento justo en el que disparó. Fue la bala que te alcanzó. Hizo que el fusil se desviara unos centímetros. Así que, ya ves, Biaggi hizo que ese cabrón no te matara. Luego se pusieron a forcejear y casi se cae por la azotea, pero en el último momento se cambiaron las tornas y el francotirador se precipitó al vacío. Fue a quien nosotros vimos caer. Al parecer, aplastó a uno o dos hombres de O'Quinn. Justo después le dispararon por detrás. Habían llamado la atención de uno de los otros, que también había subido al edificio. Mató a Steve. Dan consiguió abatir al tipo antes

de que volviera a disparar a Sandro. Fue cuando Dan cogió el fusil del francotirador y empezó a disparar contra O'Quinn y los suyos hasta que provocó la huida. Luego cogió a Biaggi, ya inconsciente, y le bajó por la misma escalera de incendios. Momentos después de que tú cayeras al suelo, apareció Dan pidiendo ayuda. Harrison le ayudó a meterlo en el coche y le llevó al hospital. Ya sabes que no lo hacemos así, pero Sandro se iba, Annibal. La última noticia que tengo es que sigue en el quirófano. Lleva ahí dentro dos horas y media.

»En cuanto a ti, Coleman y Henry me ayudaron a llevarte al Mustang. Luego se distribuyeron entre los otros tres coches y se los llevaron, aunque su dueño hubiese muerto. Yo conducía el tuyo y tú ibas tumbado atrás. Llamé a Edward durante el trayecto. Te imaginas cómo habrá quedado la tapicería de tu coche... Una vez aquí, abrí la puerta para que pasaran todos los demás, y Henry me ayudó a subirte a la cama. Íbamos a haberte dejado abajo, en el sofá, pero a la larga tendrías que venir a la habitación y pensamos que era mejor así. Edward llegó aquí sobre las doce y media y ha estado contigo hasta que le has visto marcharse. Y nosotros hemos estado abajo desde entonces. Estaba muy preocupado, la verdad, porque no he sabido nada de ti hasta ahora.

Annibal permanecía con la mirada perdida y fija en algún punto de sus sábanas. Aquella había sido una noche nefasta. A pesar de tener el cuerpo perforado por un proyectil de francotirador, solo podía pensar en las bajas que su grupo había sufrido. Y en Biaggi. La culpa se había incrementado al conocer que, si ahora mismo seguía viviendo, era precisamente por Sandro. Sin contar que pasaría días, quizás semanas, con el brazo derecho inutilizado. Y él era diestro. Se preguntó si podría defenderse en el caso de que sufriera un nuevo ataque. Se preguntó si podría hacer alguna puñetera cosa más allá de estar postrado en una maldita cama. Agachó la cabeza.

—¿Habéis hecho algo con los muertos?

—No daba tiempo, teníamos que largarnos de allí. Había otras prioridades. A estas alturas, la policía ya debe de estar rondando por el muelle. No podemos volver.

La policía, por supuesto.

Era muy improbable que, con el escándalo del tiroteo, nadie hubiese dado la alarma. Incluso una simple patrulla rutinaria podría haber escuchado el ruido y avisado de la necesidad de refuerzos. Por suerte, nadie había aparecido estando ellos allí. Habría sido la excusa perfecta para la detención, aun herido. Le habrían llevado al hospital, donde habría estado custodiado hasta el alta, y después le habrían sometido a interrogatorios infinitos para después encarcelarlo.

La policía estaba deseando cazarle y él lo sabía.

Reconocerían a sus hombres muertos sin ninguna duda, así que era cuestión de tiempo que también le situaran allí. Había dejado un gran reguero de sangre para deleite de la policía científica, y cotejarían su ADN, que guardaban desde aquella lejana temporada en la cárcel. Tenía que agradecerse a aquella temporada en la cárcel. Sin contar con todas las pruebas materiales que hubiesen podido dejar en aquel escenario. Pero no hacía falta ser tan minucioso: solo hacía falta verle a simple vista.

Necesitaba un plan extremadamente bueno: visto lo visto, estaba de fango hasta el cuello.

No debía ponerse nervioso. Llegado el caso tenía a Jay Settle, su abogado, un hombre de altas capacidades en su trabajo. Jamás le había fallado. Le confiaría hasta su alma, pero esperaba no tener que hacerlo. Y confiaba en que el sargento Wolfgang Sawyer y su panda de imbéciles no volvieran a visitarlo. Pero eso era confiar demasiado.

El dolor no remitía.

—Espero que Harrison sepa lo que tiene que hacer en el hospital. Las heridas de balas en los hospitales suelen traer revuelo policial —comentó Scorpio. Aquel era otro de los frentes abiertos. Habían fallado estrepitosamente en el plan de no dejar ningún rastro

—. Que se las arregle para que no den el aviso. Si necesita sobornar a los médicos, que lo haga. Si la policía quiere colgarse medallas, que trabajen, no se lo pongamos tan fácil. Con todo lo que habrán encontrado en el muelle, buscarán en los hospitales.

—Fred me va contactando cada poco tiempo. En un rato le llamaré para ver si hay novedades. Es complicado por teléfono, todos los móviles de prepago los tengo en casa. De todos modos, no te preocupes, sabe cómo proceder —explicó Rafael. Esperaba que su colega hubiese sabido manejar con destreza el posible interrogatorio de los médicos y evitado que estos llamaran a las autoridades—. En fin, voy a ver si saco algo en claro. —Se levantó, no sin antes reparar en las recetas que Carson había dejado en la mesilla de noche. Las cogió—. Enviaré a Henry a comprar todo esto. Intenta descansar algo, yo me ocupo de todo.

—Tienes cosas más importantes que hacer que estar aquí de niñera. —Annibal dibujó una sonrisa cansada.

No engañó al Lobo, quien sabía qué había debajo de esa fachada. Ya eran casi veinte años de amistad los que habían enseñado al hombre de pelo largo cuándo Annibal no era tan fuerte como quería hacer ver. Y también había aprendido que su amigo solía preferir reventar antes que exteriorizar lo que sentía. De vez en cuando le recordaba que ese silencio terminaría trayéndole problemas, pero no servía de mucho. Ni se molestó en insistir en esta ocasión, tan solo apagó la lámpara de la mesa de noche y salió del dormitorio. Luego cerró la puerta.

Solo cuando estuvo solo en la oscuridad de la habitación, Annibal se permitió que el malestar interno creciera. El daño que le hacía era equiparable al que la bala le había causado al atravesarle. Uñas invisibles se aferraron a su garganta. A continuación, furia. Cerró los puños. Las lesiones protestaron. Después, impotencia. Culpabilidad de nuevo. Tendría que haber sido más previsor, se dijo. Subestimar a O'Quinn había provocado la pérdida de cinco hombres, casi seis.

O'Quinn.

El maldito O'Quinn.

Había abierto un gran boquete entre sus filas, y sentía que el respeto que se había ganado a lo largo de los años se tambaleaba. Después de lo ocurrido esa noche, disipó todas las dudas que pudiera haber tenido acerca de la autoría de los asesinatos. Nelson Austen había sido un simple títere a las órdenes de un viejo insensato y codicioso. Scorpio empezó a generar fugaces punzadas de odio contra sí mismo por no haber matado a ese cabrón en su visita a Filadelfia. Su sangre parecía estar regenerándose en lava ante el simple recuerdo de aquella estúpida cara. Quería escuchar sus huesos partirse bajo sus nudillos, música para sus oídos. Pero las sábanas constituían su prisión y el vendaje sus grilletes.

Los puntos de sutura se sentían como alfileres sobre sus músculos rígidos. Cerró los ojos. Debía calmarse, no quería volver a sangrar. Respiró hondo, invitando a los latidos a recuperar un ritmo normal. Fue entonces cuando se dio cuenta de la magnitud de su agotamiento: era como si jamás hubiese dormido en sus veintiocho años de vida. Y probó a dejar la mente en blanco, permitiendo al cansancio penetrar en cada célula, incluso en aquellas desgarradas por el proyectil del francotirador. Dolía, pero era un dolor que se fue mitigando con cada paso que le alejaba de la realidad. Una realidad sucia aquella noche.

Capítulo 7

Un amanecer nublado iluminó el salón a través de los ventanales. El Lobo, Henry Baker, Dan Livingston y Ryan Coleman habían pasado allí la noche. Habían convenido que era lo más apropiado, dadas las circunstancias. No solo era posible que buscaran al jefe para rematarle, sino que ellos mismos también se sentían en peligro. Cuatro siempre era mejor que uno, al fin y al cabo. Sin embargo, apenas habían podido dormir y sus ojeras eran tan oscuras como la sombra que les recordaba a sus compañeros asesinados.

Rafael había sido el único que cada cierto tiempo había subido a la habitación de Annibal para comprobar su estado. Nada fuera de lo común. En algún momento de las horas siguientes, también había recibido una llamada de Fred Harrison. Le había informado, para su alivio, que Biaggi había sido trasladado a Cuidados Intensivos. La operación había finalizado con éxito, y por éxito había que entender que Sandro había sobrevivido. No tenían más noticias de momento.

Cerca de las doce y media de la mañana, el teléfono volvió a vibrar en su bolsillo, dando paso al tono de llamada. Esperando recibir nueva información acerca del estado del italoamericano, resopló con decepción al leer el nombre en la pantalla. Supo de inmediato que no debía responder. Deborah. ¿Qué hacía esa mujer llamándole a él? Nunca había mostrado por ella algo más allá que simple cortesía por deferencia a Annibal, pero lo cierto era que no le agradaba demasiado. No necesitaba que esa mujer metiese las narices allí en aquel preciso instante. Así pues, presionó un botón lateral del aparato y silenció la llamada.

Pero Deborah volvió a intentarlo una segunda vez. Y una tercera. Fue a la cuarta cuando el Lobo, molesto, terminó descolgando. La voz cantarina de la chica rechinó en su oído. No le interesaba lo que

tuviera que contarle, tan solo quería despacharla rápido. Ella, ignorante de todo lo sucedido, preguntó por Annibal. Dijo que había estado intentando contactar con él pero que su teléfono no daba señal. Rafael cerró los ojos, presionándolos ligeramente con los dedos. Demasiado previsible. No tenía ninguna intención de dar explicaciones por teléfono, y menos a ella. Pero la morena insistió. E insistió. E insistió. El Lobo, cuya paciencia parecía ser siempre infinita, notó que le faltaban horas de sueño para afrontar esa conversación. De malos modos le dijo que Scorpio no se encontraba en condiciones de atenderla. Fue demasiado tarde cuando se dio cuenta: ella le ametralló con más preguntas. Entonces, interrumpiéndola, se despidió y colgó el teléfono. Devolvió el móvil al bolsillo y se sentó en el sofá. Se quedó traspuesto.

No había transcurrido ni una hora cuando sonó el timbre exterior de la casa. Rafael se encargó una vez más. Fue al cuarto de seguridad para hacer la comprobación en la pantalla correspondiente. Primero enarcó las cejas y después puso los ojos en blanco. Deborah esperaba al otro lado. No entendía cómo alguien podía ser tan cargante como aquella mujer. Pensó en no dejarla pasar, en fingir que no había nadie en aquella casa, pero había tres coches aparcados dentro del recinto. Y no necesitaba que llamase la atención de terceros llamando al timbre continuamente. Con desgana, el hombre pulsó el botón que abría la puerta de la valla. Tampoco iba a dejar fuera a la chica, ahora que además empezaba a llover. Luego se encaminó a la puerta blanca y maciza. La abrió antes de que ella tuviera tiempo de golpearla con los nudillos.

—¿Qué estás haciendo aquí? —inquirió el Lobo. Sonó como si estuviese regañando a una niña desobediente. La lluvia no disipaba el calor veraniego.

—¿Dónde está? —soltó Deborah. También se saltó el saludo. Se mostraba casi ansiosa a causa de las negativas continuas que había recibido por teléfono. Tampoco ayudaba no ver al dueño de la casa

tras la puerta. El paraguas rojo hacía juego con sus zapatos y sus labios.

—¿El qué?

—¿Quién va a ser?

—No puedes verlo.

—¿Por qué no? —La morena se estaba impacientando. De puntillas, se movía intentando ver algo a través de los huecos que él dejaba.

—No es el momento. Vete a casa.

—Sí es el momento, Lobo. ¿Qué está pasando? No me engañes. —Las gotas de lluvia componían un repiqueteo peculiar sobre el paraguas.

—Deborah, por favor... —El temperamento de Rafael solía ajustarse a las situaciones y lograba mantener la calma con relativa facilidad, pero también tenía un límite.

—Lo siento, tengo que pasar.

Se coló dentro de la casa por un hueco entre el hombre y el marco. Sabía muy bien que podría llevarse un buen rapapolvo si interrumpía algo, pero no le importaba otro más. No podía ver más allá de su objetivo. Fue directa al salón, sus tacones golpeando el suelo con firmeza. Allí localizó a tres hombres sumidos en un extraño silencio. No vio copas de whisky ni cigarros humeantes. No vio a Scorpio.

—¿Qué coño haces? —la reprendió el Lobo a un volumen más alto. Fue tras ella.

—Rafa, quizá no es asunto mío, pero sé que pasa algo. Nada de esto es normal. —Se dio la vuelta para quedar frente a él. Empleó el hipocorístico de un modo cariñoso, tal vez para aplacar los ánimos de su interlocutor.

—Tienes razón, no es asunto tuyo.

Pero el Lobo sabía que la preocupación de la chica era real. No entendía cómo había funcionado su intuición, pero allí estaba, poniéndole en una situación incómoda. Decidió no echarla de allí, no era su manera de proceder. Deborah podía ser muchas cosas, pero

siempre se mostraba leal. Tan insistente como discreta. Se echó la culpa por haber dejado que leyera entre líneas en la conversación telefónica. Suspiró en silencio.

—Anoche hubo un problema importante. Será mejor que vengas otro día con más calma, de verdad.

—¿Y Annibal? —Pero tal información solo disparó aún más las alarmas de Deborah. El paraguas plegado estaba goteando en el suelo.

—En su habitación, déjale en paz —le advirtió el Lobo. No sería él quien diese más detalles. Una vez más, la falta de descanso le hizo darse cuenta tarde de su error.

Deborah soltó el paraguas en el suelo, cerca de la pared, y se dirigió presta hacia las escaleras. Necesitaba respuestas, se estaba asustando. Necesitaba hablar con él, saber que estaba bien. Podía palpar el ambiente enrarecido mientras subía veloz los escalones. El golpeteo de los tacones retumbaba por el pasillo.

El Lobo fue tras ella al principio, pero desistió. La chica era una molestia, no un peligro real. No iría tras ella como si fuese una cría de treinta años, tenía cosas más importantes que hacer. Y sabía que Scorpio no era tan comprensivo como él, no tendría problemas en echarla a voces si era necesario.

Cuando Deborah llegó a la puerta de la habitación, la abrió con cuidado, nerviosa. Se preparó para escuchar palabras hirientes que la ordenaran marcharse, que le dijeran que no era nadie para estar allí. Pero se encontró con silencio y oscuridad. Tardó unos segundos en adaptar la vista a la falta de iluminación y, cuando lo hizo, le descubrió tumbado en la cama con los ojos cerrados. Se acercó despacio, y comprobó que ninguna prenda le cubría el torso, asomado por encima de las sábanas. Sin embargo, parecía estar parcialmente cubierto por algo blanco. Vendas.

El corazón de Deborah dio un vuelco.

Rápidos pensamientos fatalistas le poblaron la mente. Cubrió la distancia que le quedaba hasta la cama ignorando el ruido de sus zapatos. Vio una silla vacía, pero decidió sentarse al borde de la

cama. Las lágrimas ya resbalaban por su rostro maquillado, víctima de una opresión creciente en el pecho. ¿Qué había debajo de aquellas vendas? ¿Por qué estaban esos hombres en la planta de abajo? ¿Por qué no se había despertado? ¿Por qué el Lobo no le había querido contar nada? Se le vino a la mente la palabra «coma», incluso cuando aquello no era un hospital ni había máquina alguna conectada a él. Empezó a sollozar. Al principio consiguió mantenerse en silencio, pero los gemidos de angustia pronto sonaron por la habitación. Extendió las manos temblorosas hacia el hombre y le tocó la cara como si temiera que se desvaneciese allí mismo. Todo permanecía igual. Lloró más alto.

Annibal se despertó sobresaltado. El dolor repentino le hizo jadear. De repente se vio con un par de manos vehementes sobre su cara. Sin saber todavía lo que estaba pasando, intentó incorporarse, lo que intensificó el daño. Se quejó en voz alta. Entonces, vio el rostro de Deborah sonriendo entre lágrimas.

—¿Qué haces, joder? —soltó Annibal con el susto todavía en la voz. Aún tenía el cuerpo en vilo.

—¿Cómo estás? ¿Qué te ha pasado? ¿Estás bien? —le avasalló Deborah con un tono más agudo de lo normal.

—No gracias a ti —contestó él. El corazón bombeaba fuerte dentro de su pecho a causa del despertar violento. Se llevó la mano izquierda al hombro derecho como si así pudiera mitigar el dolor. Trató de sobrellevarlo con los ojos cerrados.

—Estaba muy asustada —se excusó la chica llorosa. Ignoró las malas formas y apoyó la mano delicadamente sobre el antebrazo derecho del hombre. Él no la apartó.

—¿Cómo te has enterado? —preguntó Annibal, receloso. Le resultaba imposible que la voz se hubiese corrido hasta el punto de que Deborah lo supiera. De ser así, era muy preocupante.

—Bueno, nadie me ha dicho nada. Yo... te llamé esta mañana por teléfono. Me sentía muy mal por haber discutido la otra vez. — Deborah recordó la amarga conversación en la que él la había echado de esa misma casa. Ella había intentado tener sexo, pero

Annibal la había rechazado. Todo por culpa de la maldita Angela. Se lamentaba profunda y dolorosamente de haberlos presentado, aun cuando no parecía haber nada serio entre ellos—. No quiero estar peleada contigo. Y me apetecía hablar, como hacíamos antes.

—Deborah, nunca hemos tenido largas conversaciones por teléfono.

—Ya lo sé. Tu teléfono no daba señal, así que llamé al Lobo por si sabía algo. Me ha dicho que no podías atenderme. No sé por qué, pero he sabido que pasaba algo. Lo que no me imaginaba era algo así.

—¿Te dijo algo más?

—¿Qué me va a decir? El Lobo nunca dice nada.

—Y hace bien. Esto no es de tu incumbencia, no tenías que haber venido.

—Si no hubiera venido, no habría visto que no estás bien.

—Podías sobrevivir sin saberlo.

—A ver cuando te entra en la cabeza que me importas y que me preocupo por ti —le regañó Deborah. Estaba molesta por la continua postura defensiva que él adoptaba.

—Y te lo agradezco, pero tienes la costumbre de meterte donde no te llaman.

—Sabes que eso no es así.

—Podrías haber interrumpido algo —continuó Scorpio sin escucharla—. Es más, lo has hecho. Estaba durmiendo.

—No sabía que una tiene que disculparse por estar preocupada —refunfuñó la morena. Pero advirtió que, a pesar del tono, Annibal no se zafaba de sus caricias en el brazo.

—Bueno, ya me has visto. Estoy bien.

—Yo no diría lo mismo. —Deborah se acercó un poco más. Él no hizo nada salvo mirarla—. Venga, dime, ¿qué te ha pasado?

—Me han disparado.

Scorpio empleó el mismo tono que habría usado para comunicar que tenía un resfriado. Horrorizada, Deborah le miró con los ojos muy abiertos. Nuevas lágrimas resbalaron por sus mejillas

empolvadas de colorete. Se abalanzó sobre él y le rodeó con los brazos.

—Me estás haciendo daño —protestó él. La apartó con el brazo sano.

—Lo siento, lo siento —enseguida se disculpó ella sin poder controlar el llanto. Sabía que no debía preguntar más acerca del incidente—. ¿Te duele mucho?

—¿Tú qué crees?

—¿Puedes dejar de hablarme así, por favor?

—Deborah, me han disparado. ¡Claro que me duele!

—Bueno, no te preocupes, estoy aquí contigo. Relájate. — Deborah comenzó a acariciarle el pelo despeinado.

La morena tenía razón y él lo sabía. Solía tratarla de un modo que dejaba mucho que desear. No debía pagar sus frustraciones con ella, no tenía la culpa de lo que había pasado. Y en realidad tenía que agradecerle que se interesara por él de forma sincera y sin esperar nada a cambio, excepto un poco de atención.

—¿Necesitas algo?

El rostro que de repente acudió a la mente del hombre no constituía la respuesta que Deborah quería escuchar. Lo que menos necesitaba era presenciar otro ataque de celos. Y deseó que fuera Angela quien se encontrara en ese mismo momento frente a él. Le había prometido a aquella preciosa rubia que la volvería a invitar a cenar ese mismo miércoles. Pero ya no había nada que celebrar.

—El Lobo debe de tener los medicamentos. Pídeselos.

—Enseguida —aceptó la mujer de buen gusto. Le encantaba que la hiciese sentir útil—. ¿Quieres que me quede aquí contigo?

Annibal sabía que la propuesta no incluía únicamente la mera compañía. Se mordió la lengua, no tenía ganas de discutir. Pensó que no merecía ni la pena recordarle que ya no quería acostarse con ella, suponiendo que no se muriese de dolor al intentarlo.

—No hace falta. Quiero dormir.

—No voy a molestarte.

—¿Y qué harás mientras tanto? Ver cómo duermo no es algo muy entretenido.

—Me da igual.

Insistir a alguien insistente era adentrarse en un bucle infinito. La miró con algo de reproche, pero no se resistió más. Cerró los ojos, esperando que se marchara, pero no escuchó nada que le indicara que Deborah se estaba yendo. Era evidente su preocupación por él, pero se preguntó si no estaría utilizando fines egoístas para atraerle a su terreno. Dejándose llevar por ese hilo de pensamientos, Annibal se dijo que Deborah necesitaba encontrar, por el bien de ambos, a otro hombre con el que obsesionarse. Mientras tanto, seguía notando los dedos femeninos en su pelo corto. Más relajado, volvió a quedarse dormido.

Coleman y el Lobo todavía permanecían en la casa cuando el reloj dio las seis de la tarde, al igual que Deborah. La chica también iba a marcharse pronto, aunque, si por ella fuera, se habría quedado todo el tiempo del mundo. Por desgracia, sabía que él no se lo iba a permitir. Al menos estaba contenta: había estado cuidando de él. Había cocinado una sopa deliciosa y pollo al limón para todos quienes habían estado allí a la hora de comer, y había sido ella misma la que se había encargado de subir los platos a la habitación del herido. También le había preparado los medicamentos. Incluso se había ofrecido para ayudarlo a comer al ver que no se le daba muy bien utilizar la mano izquierda con tal fin. Scorpio entonces se había negado en rotundo, alegando que «eso sería lo último que me faltaba». Con todo, obviando lo que mantenía en cama al hombre, para ella había sido un buen día.

Deborah, tras haberse despedido de él, se encontraba en la planta baja cogiendo el paraguas para marcharse. Sabía que vendría otra visita porque había escuchado el timbre exterior. Caminó hacia la salida pensando en que volvería al día siguiente. Creía que era evidente que Annibal iba a necesitar ayuda y ella estaba más que dispuesta a lo que hiciera falta. Abrió la puerta y después el paraguas rojo al comprobar que continuaba lloviendo.

Guardó el móvil en el bolso y apretó este contra su cuerpo para evitar que se mojara. Cuando levantó la vista se encontró de frente con el nuevo e inesperado invitado. Invitada, más bien. Una mueca de patente desagrado torció su rostro.

—¿Qué haces aquí?

La voz de Angela sonó tan poco amistosa como el gesto que encontró en la otra mujer. Vestía una camiseta básica blanca de tirantes, unos pantalones vaqueros negros y unas sandalias color crema.

—¿Tú qué crees? —respondió Deborah, presuntuosa. Echó un vistazo completo a su atuendo con la mirada cargada de desdén. Odiaba que cualquier cosa le quedara bien, incluso el cabello mojado y lacio a causa de la lluvia.

—Creo que estorbas.

—Por aquí no piensan lo mismo.

Capítulo 8

A pesar de haber respondido un «me gustaría tener vida social» al recibir la llamada, el detective Roger Rickman se había presentado puntual a la hora dictaminada en el lugar indicado por el sargento Wolfgang Sawyer. Su compañera Catherine Jones había actuado igual salvo por la protesta. No habían recibido detalles, tan solo que la escena del crimen estaba plagada de cadáveres. Eso y que se relacionaba con Annibal Scorpio.

Vuelta a empezar.

Treinta minutos después del aviso aquella noche de martes, casi miércoles, el sargento de la Brigada contra el Crimen Organizado vio cómo ambos detectives estacionaban sus vehículos fuera del perímetro acordonado. Jones, por petición del mismo Sawyer, había traído en el coche al agente David Lambert, nuevo en la comisaría. A Wolfgang le gustaba que aquellos que trabajasen bajo su mando gozaran de una buena formación, así que los instruía él mismo si podía. Creía que no había mejor instrucción que la calle. Los escenarios como aquel, no obstante, fácilmente podían impresionar a quienes carecían de la experiencia necesaria. *La letra con sangre entra*, pensó Sawyer. Nunca mejor dicho.

David Lambert, con veintidós años, estaba a punto de descubrir si tenía el estómago suficiente como para afrontar ciertas tareas propias de la brigada a la que le habían destinado. Salió por la puerta del copiloto y, junto con Catherine, caminó hacia el sargento. Roger se unió a los pocos segundos.

—Espero que esto nos dé un plus a final de mes —gruñó Roger cuando se detuvieron. No era la primera vez que hacían horas extras ni, por supuesto, sería la última.

—No se preocupen, tendrán un día libre a cambio de alargar esta jornada. Supongo que comprenderán que es muy importante lo

que tenemos aquí esta noche.

Sin decir una palabra más, Wolfgang Sawyer comenzó a avanzar en dirección a los cuerpos desperdigados por el suelo. Los demás le siguieron. Los cuatro policías pudieron comprobar que la patrulla que primero había acudido al lugar tenía razón: aquel muelle estaba plagado de muerte. Habían sido algunos rostros identificados los que habían requerido la presencia de Sawyer y su grupo, entre otros.

Benjamin Paul fue el primer cadáver al que el sargento rubio identificó al instante. Trabajaba para Scorpio. No supuso ninguna sorpresa. Regresaban así al ojo del huracán, aunque en realidad jamás habían salido de él desde que encontraran el primer cadáver perteneciente a la banda de aquel narcotraficante. La cuestión era ¿estarían esas muertes relacionadas con el caso o simplemente se trataba de un altercado aislado propio de la mala vida?

Otros hombres muertos, cuyos rostros le resultaban familiares, salpicaban el pavimento a poca distancia. Como fueron comprobando, todos parecían haber muerto por arma de fuego. Algunos incluso habían sido acribillados.

La escena era dantesca.

Se dirigieron a otra parte del muelle, aquella que recogía el resto de cadáveres. Era evidente que tal disposición se debía a un enfrentamiento. Los cadáveres pertenecientes al presunto bando enemigo de Scorpio eran más numerosos. Sawyer tan solo pudo identificar a uno. No recordaba el nombre, pero se trataba de un tipo que había trabajado en un concesionario de vehículos en su propio barrio y que perdió el empleo cuando se le acusó de traficar con piezas robadas. Pero ¿qué tenía que ver ese hombre con todo aquello?

—¿Quién es esta gente? —rompió el silencio Jones. Unos ojos desconocidos y sin vida le devolvían la mirada.

—No lo sé —admitió Sawyer. Su impresionante memoria no podía hacerse cargo de todo y a muchos ni los conocía.

—No serán tan importantes cuando no nos suenan ni sus caras —dijo Rickman con la frente arrugada. Emitió un silbido de impresión ante tantos cuerpos.

—Pero sí lo suficiente como para que se hayan enfrentado a Scorpio —repuso Sawyer. Esa era su primera hipótesis, aún estaba por determinar—. Aunque sería extraño que hubiese tomado partida personalmente.

—A lo mejor tenemos suerte y lo encontramos muerto por aquí.

Wolfgang prefirió ignorar ese comentario que, a su juicio, denotaba poca profesionalidad. Su trabajo era luchar contra la delincuencia, no desear la muerte de quienes la profesaban. Sin embargo, entendía a Rickman. En ocasiones era muy difícil anteponer la rectitud policial a los bajos instintos humanos. Pero si mataban a esa gente sin ser estrictamente necesario, ¿qué los diferenciaba de aquello que intentaban erradicar?

Catherine sí miró a su compañero con gesto reprobatorio. Lambert, por su parte, prefirió clavar los ojos en el suelo con cuidado de no cruzarlos con los de algún cadáver. Tenía el estómago algo revuelto. Intentó centrar su atención en el barullo de otros agentes a lo lejos.

—¿Y cómo sabe que él mismo estuvo aquí y no fue solo una tangana de un grupo de sus hombres con otros tipos por cualquier motivo? —le preguntó Jones al sargento.

—Tampoco lo sé, pero es lo más lógico teniendo en cuenta lo que ha estado ocurriendo durante las últimas semanas. Alguien ha estado matando a su gente, de alguna manera habrá descubierto al culpable y ha decidido actuar. Dejó bien claro que lo haría cuando le visitamos. ¿Creen que un hombre como él se quedaría en su casa pudiendo tomarse la justicia por su mano si tuviera la oportunidad? Puede que lidere esa organización, pero no creo que sea capaz de encerrarse mientras los demás resuelven sus problemas. Les voy a decir una cosa: quien ha estado atentando contra su grupo ha puesto en evidencia su poder, y si algo le sobra a Scorpio es orgullo.

David Lambert escuchaba con gran interés, todavía mirando al suelo. Era nuevo, consideraba que necesitaba empaparse de todo cuanto pudiera para llegar a ser el gran policía que se había prometido a sí mismo. Y, mientras las palabras del sargento aún permanecían en el aire, descubrió un charco de sangre seca en el pavimento, a no mucha distancia de allí. No necesitó pedir permiso para aproximarse al pequeño hallazgo, que aún no estaba marcado por el equipo forense. Los demás fueron detrás de él.

—Lo que más me jode es que, si el cabrón de Scorpio se ha salido con la suya, se habrá marchado tan campante y quedará impune. Ni siquiera sabemos quién de todos estos desgraciados es el asesino —se lamentó Roger. Apenas prestaba atención a la mancha oscura—. Suponiendo que sea uno de estos. Y suponiendo que se hayan matado unos a otros por ese motivo.

—Es muy difícil hacer conjeturas sin una pista real. Llevamos así no sé cuánto tiempo y seguimos igual.

—Por supuesto, Jones. La presencia de Scorpio aquí es probable, no segura. Como decimos siempre, no hay que descartar nada. —Sawyer señaló el charco de sangre seca que Lambert había localizado—. Pediré a los de la científica que tomen muestras de todo lo orgánico que vean. Si esta sangre no pertenece a ninguno de estos infelices, será un giro interesante. Tal vez sea el empujón que necesitamos. Buen trabajo, Lambert. —Le dio una palmadita en el hombro al chico. Le satisfizo su agudeza perceptiva.

—Sargento Sawyer, por fin puedo hablar con usted. Los medios de comunicación están insoportables. Al menos he conseguido que no grabaran —les interrumpió de pronto George Button, uno de los policías que primero había acudido al lugar después del aviso anónimo.

El sargento se disculpó con el resto y se apartó a un lado con Button. El recién llegado le comentó de forma somera lo que habían encontrado hasta el momento en toda aquella maraña de sangre y muertos. Destacó las marcas de rueda quemada en el suelo, con toda seguridad producto de un derrape. Era posible que se hubiesen

producido tras alguna huida, a juzgar por la velocidad y la trayectoria. Esas marcas oscuras se encontraban a una distancia considerable del lugar donde yacían los cadáveres. Bien podría tratarse del sitio donde hubiesen aparcado los vehículos.

Button también le informó de que se estaban encontrando casquillos de bala de diferentes calibres y tipos, lo cual encajaba dentro de la teoría de un tiroteo masivo. Incluso habían hallado algunos casquillos que solo podían pertenecer a un fusil de francotirador. Sawyer se preguntó qué clase de cruzada había tenido lugar allí para emplear armas tan especializadas. Este descubrimiento había iniciado otra búsqueda en las azoteas de la zona.

Por otro lado, era destacable la presencia del cuerpo de un hombre en un punto intermedio entre ambos bandos, quizá más cercano al grupo más numeroso. Aún no estaba identificado.

Muchas armas.

Incontables agujeros de bala en la superficie de diferentes estructuras.

Wolfgang le habló a Button del charco de sangre seca y este le respondió que había tantos por el suelo que aún no había dado tiempo a recoger muestras. Ya se estaban empezando a redactar los primeros informes. Luego puso en conocimiento del sargento que ya habían contactado con los servicios correspondientes para que retiraran los cadáveres. Los servicios de limpieza tendrían que solucionar todo aquel caos orgánico una vez que la policía hubiese concluido su trabajo en el muelle.

Quedaban muchísimas horas de trabajo por delante.

Sawyer tenía la impresión de verse frente a un puzle de diez mil piezas, de las que no habían encontrado ni una cuarta parte.

—El enfrentamiento podría haber alcanzado mayores dimensiones de lo que parece a simple vista —afirmó Wolfgang nada más regresar—. Han encontrado hasta restos de disparos de francotirador.

—¡Joder! —se sorprendió Roger—. Sí que se lo han tomado en serio estos desgraciados.

—La buena noticia es que hay bastante material con el que empezar a trabajar. —El superior les narró con toda la fidelidad que pudo lo que acababan de transmitirle—. En cuanto a esta sangre, parece ser que ya la habían localizado, aunque aún no han tomado muestras.

—Si es posible que haya heridos que han huido de aquí, tenemos que intentar dar con ellos. Con suerte, hasta podríamos conseguir algún testimonio —propuso Rickman.

—En el caso de que fuese cierto, y en el caso de que consiguiésemos encontrarlos, testificar sería lo último que harían —le contradijo Catherine Jones, tras una pequeña risotada—. Son criminales. Esa gente casualmente nunca sabe nada.

—Ya, bueno. Pero esta sangre se ha encontrado en el lado de los muertos que trabajaban para Scorpio, ¿no? Si alguien de este bando ha logrado escapar, nos iría muy bien saber quién es. No estoy diciendo que nos lo vayan a contar todo de buena gana, pero a veces se revelan ciertos detalles sin saber su importancia real.

—Dios te oiga —suspiró la mujer.

—A ver si podemos hacer que ese hijo de puta termine en la cárcel de una vez, que ya va siendo hora —escupió Roger.

—Todavía no sabemos si tuvo relación con este suceso —recordó el sargento.

—Es cuestión de tiempo —aseguró el detective.

—No sé si pensar que eres un policía ejemplar o que lo tuyo con Annibal es personal —dijo Catherine. Ya le había dicho más de una vez a su compañero que con esa actitud terminaría perdiendo objetividad.

—¿Lo mío con Annibal? —repitió Rickman, algo sorprendido por escuchar el nombre en lugar del apellido, como era habitual—. ¡Ese tío y toda su puta gente son escoria! ¡Mira toda la mierda que tenemos delante!

—Haber escogido ser panadero, ¿qué quieres que te diga? Aunque te enfadarías porque te comprarían una barra y no dos. Esto es lo que hay, búscate otra excusa.

—¿Y cuál es la tuya, Cathy? —Roger entornó sus ojos marrón claro, desafiante.

—¿Se están ustedes dando cuenta de que parecen críos estúpidos? —levantó la voz Sawyer. No estaba dispuesto a tolerar un numerito infantil con todo lo que tenían por hacer. Resopló, dispuesto a reiniciar sus niveles de paciencia.

Catherine Jones llevaba asignada al sargento Wolfgang Sawyer aproximadamente dos años, coincidiendo con su traslado a la comisaría que ahora compartían. Roger Rickman, sin embargo, trabajaba con ellos desde hacía cinco meses. Ambos detectives habían congeniado bien desde un primer momento, pero solían mantener puntos de vista diferentes que en ocasiones generaban pequeñas rencillas. La mujer sabía cómo tratar con él, pues ya conocía su carácter, pero había veces que le sacaba de sus casillas al empeñarse en adoptar el rol de un niño de doce años. O eso pensaba ella. Por otro lado, Roger creía que su compañera tenía que relajarse en ciertos aspectos y no ser tan cerrada de mente como aparentaba. Le frustraba no conseguir hacerse entender, sobre todo cuando ella parecía no ver más allá de su propia opinión. Opinión que el detective consideraba extraña muchas veces.

—Como no podemos quedarnos de brazos cruzados, lo que haremos a partir de mañana será...

—Vale, no hace falta que lo diga —interrumpió Rickman al sargento. Puso los ojos en blanco y chasqueó la lengua—. A este paso nos van a dar un bono especial.

—En realidad sí hace falta, y créame cuando le digo que me hace tan poca gracia como a usted. —Los ojos azules de Wolfgang parecieron relampaguear bajo los *flashes* en la distancia—. Y no, no vamos a ir a esa casa de nuevo. O al menos no dentro.

—Tiene que haber otras formas, no hacemos más que andar en círculos. —Catherine había bajado la mirada apenas unos

segundos. Lo que menos le apetecía era volver a encontrarse cara a cara con ese hombre después del resultado de la última visita, aquella que había efectuado en solitario pensando que hacía lo correcto. No era miedo lo que sentía, sino vergüenza. Vergüenza de sí misma.

—Por desgracia, carecemos de alternativas viables. Esto es así, ya lo hemos hablado. Si queremos algo de esta gente sin tener ninguna prueba que los incrimine directamente, tenemos que buscarla nosotros. Y citarle en comisaría sería una estupidez que solo complicaría el caso —expuso Sawyer.

—Esto parece *El Día de la Marmota*. ¿Y cómo vamos a hacerlo entonces? Si no vamos a entrar en su casa, usted dirá —resopló Roger.

—Vigilaremos a Scorpio a partir de mañana. En algún momento tendrá que salir. Después de un tiroteo de esta magnitud, probablemente se reúna con alguien, haga algo, dé el siguiente paso. Le seguiremos con prudencia y veremos qué es lo que está ocurriendo. Dejar pasar más tiempo podría significar más muertes, y esto se nos terminará yendo de las manos. Él ha movido ficha, ahora nos toca a nosotros.

—Ya nos conoce, se dará cuenta enseguida nada más vernos la cara —dijo Jones. Debía afrontar aquello con la profesionalidad que se esperaba de ella y de la que nadie dudaba.

—Pues que no se dé cuenta. No somos nuevos y sabemos qué es lo que tenemos que hacer. Mañana los quiero a las siete de la mañana en mi despacho. También va por usted, Lambert.

Sawyer dio media vuelta y se marchó hacia su coche sin añadir nada más. Ya había asumido que esa noche no dormiría mucho. Al menos le gustaba el café.

Pues yo sí soy nuevo, se lamentó David en su fuero interno. No había entendido apenas nada de la última parte de la conversación, aunque no había querido interrumpir. Ni siquiera ahora, que parecía haber finalizado. En cualquier caso, en unas horas iba a saber con todo detalle quién era el tipo al que iban a vigilar y cuál era su

cometido. El hecho de que el sargento hubiese decidido contar con él le entusiasmaba, pero a la vez le provocaba nervios. Quería estar a la altura. Y tenía que mentalizarse de que trabajar bajo presión iba a convertirse en una rutina, por lo que había podido comprobar. Pero no importaba, se dijo, por fin iba a verse inmerso en algo que soñaba desde que era pequeño.

Capítulo 9

Deborah sonreía con suficiencia. Disfrutaba de ese pequeño triunfo como si se encontrara en una competición. Para ella lo era. Sin dejar que Angela le dirigiese otra palabra más, empezó a alejarse. Las gotas de lluvia tamborileaban sobre la tela impermeable del paraguas rojo. Contonear las caderas a cada paso era un arte que se le daba especialmente bien. Pero, conforme iba acercándose a la alta valla negra que delimitaba la propiedad, toda esa superioridad se fue desinflando. Pensó que el hombre por el que bebía los vientos sin duda se alegraría de ver a esa rubia, mucho más que con su presencia. Sabía que Angela había llegado más lejos de lo que ella podría jamás, y la odiaba por ello. Había cortado toda clase de relación con esa chica, lo que incluía el gimnasio donde se conocieron. Presentar a esos dos había sido, con diferencia, lo peor que había hecho nunca. Le quedaba la esperanza de pensar que, en cuanto Angela supiera dónde se había metido, saldría huyendo; cuando ese día llegase, le demostraría a Annibal que ella era la única que estaba a la altura, a su lado sin importar sus oscuras actividades. Y sería el triunfo más grande de toda su vida.

Ignorante de lo que ya sabía Angela, la morena alcanzó la verja de hierro sin haber mirado atrás ni una sola vez. La cruzó con porte digno y mirando al frente. Lo primero que vio al otro lado fue cómo un coche aparcaba a unos cuantos metros del suyo. Todavía dolida, se fijó en el rostro de la conductora, adornado por un cabello oscuro y capeado. Creyó que se trataba de una vecina del barrio.

Mientras tanto, Angela permanecía quieta bajo el porche, resguardada de las finas gotas etéreas de aquel día nublado. No podía pasar por alto la vestimenta de Deborah. Había advertido que la falda era demasiado corta como para que la imaginación hiciera

su trabajo, y lo mismo ocurría con el pronunciado escote de la camiseta verde y ceñida. Los interminables tacones también eran muy propios de ella.

Su estómago bullía.

Frunció el ceño. Darse cuenta de que lo que sentía eran celos la enfureció. Era la primera vez que los experimentaba desde que le conocía. La realidad golpeó su raciocinio. ¿Acaso tenía algún derecho a enfadarse? No. Ninguno. Pero así era.

La última vez que estuvieron juntos, el viernes anterior, él le había propuesto el miércoles para celebrar algo importante. Ese mismo miércoles. En vistas a que no había dado señales de vida, había decidido visitarle. Pero se había encontrado a Deborah saliendo de esa casa. La misma Deborah que se acostaba con Annibal, él mismo se lo había reconocido sin tapujos.

Una llama se extendió por su pecho de punta a punta.

¡Pero qué diablos! Estaba a menos de dos metros de aquella maldita puerta. Lo más inteligente era entrar y hablar con él, escuchar lo que tenía que decirle. No era propio de ella sentir algo así y debía aplacarlo. Así que pulsó el timbre con decisión. Pero quien abrió al otro lado no era el rostro que esperaba. Se encontró de frente con el Lobo.

—Hola. Eh... ¿Puedo pasar? —Angela se sintió cohibida.

—¿Por qué no? —cedió él. Aquella visita le pareció tan extraña como la anterior. No sabía si Deborah la había avisado o no, pero tampoco le importaba. Si había dejado entrar a la otra, no le iba a negar la entrada a esta. Cansado, esperaba que no acudiese más gente, porque ya no se molestaría en abrir. Aquello no era ningún espectáculo.

—Le esperaré aquí, en la entrada.

—Será mejor que subas tú arriba —le sugirió el Lobo. Era evidente que no sabía lo que había ocurrido, por lo que la morena no podría haber dicho nada. Con todo, la diferencia entre los modales de ambas mujeres resultaba significativa.

Angela ensombreció el gesto, preguntándose por qué razón no se encontraría con ella abajo. Plantarla de ese modo no demostraba muy buena educación, y, si iba a estar ocupado con toda aquella gente, la mejor opción habría sido avisarla. Rafael se encogió de hombros y desapareció por la puerta del salón. Ella le miró hasta que le perdió de vista, pensando en lo inusual de la situación. Percibió lo enrarecido del ambiente.

Tras vacilar unos segundos, decidió subir las escaleras. Conocía el camino. Solo cuando llegó a la planta de arriba se dio cuenta de que la presencia del Lobo en aquella casa evitaba que el dueño y la casquivana de Deborah hubiesen estado solos. A no ser que el de la coleta hubiese llegado más tarde y esa hubiese sido la razón por la que ella se había marchado después.

Basta.

Aun sin indicaciones específicas, Angela caminó hacia el dormitorio principal. Una vez en frente, se detuvo. Se sentía inquieta, dudosa. Finalmente golpeó la madera con los nudillos.

—No necesito nada —se escuchó desde el interior. Inconfundible.

—Annibal, soy yo.

Transcurrieron los segundos sin recibir respuesta. Sin saber muy bien por qué, se sintió atrapada dentro de una telaraña de nervios.

—Entra.

Despacio, ella obedeció. Conforme abría la puerta, vio que la única iluminación allí dentro procedía de los suaves rayos de la lámpara de una de las mesitas de noche. Sus ojos oscuros buscaron al hombre, hallándolo sobre la cama. Estaba sentado con la espalda apoyada sobre varias almohadas que le permitían permanecer recto. Angela, una vez dentro, cerró la puerta sin quitarle los ojos de encima. La venda blanca fue lo primero que llamó su atención mientras él mantenía la mirada perdida. La joven perdió el control de la velocidad de su pulso. Olvidó por qué se había presentado allí.

—Lo siento, Angela —se disculpó él. Escucharla al otro lado de la habitación le había despertado del leve letargo en el que se había sumido—. Tendría que haberte avisado, pero...

—Calla.

Annibal no siguió. Ni siquiera se había acordado de cargar el teléfono. Había pensado en ella, pero no se le había ocurrido contactar. Y la chica se había anticipado. Aquellas no eran las mejores circunstancias para el encuentro que tenía que haberse producido y que había caído en el olvido. La miró. Allí parada en medio de la habitación, su expresión era neutra, no transmitía nada. O eso parecía bajo la pobre iluminación. Aquel familiar cabello rubio le impulsó a apoyar la mano izquierda sobre el colchón y hacer fuerza para incorporarse más. El dolor se reflejó en su rostro. Fue entonces cuando Angela dio un par de pasos más antes de volver a detenerse en seco. Tan solo podía mirar la venda.

—¿Qué...? —Angela interrumpió su pregunta. No se creía merecedora de las respuestas que necesitaba saber. ¿Qué derechos se atribuía? Se arrepintió incluso de aquella única palabra.

—Estoy herido.

Muy listo, pensó él de inmediato. Como si aquello no saltara a la vista. El volumen de la voz, bajo, le había traicionado. Al momento comparó ese instante con el que había vivido con la otra mujer, casi idéntico. Salvo porque Deborah le había despertado bruscamente y bombardeándole a preguntas, engullida por sus propios nervios. Y, sin embargo, Angela...

—¿Qué te ha pasado? —probó ella de nuevo al no verse rechazada. Algo intenso la mantenía en vilo ante la conexión de sus iris sombríos.

—Me han disparado.

Mismas palabras, distintas reacciones.

Annibal contempló cómo se formaba una pequeña arruga entre las cejas de Angela. Por lo demás, parecía una imagen de mármol. No se lanzó a la cama para ir en su busca ni rompió a llorar. Tampoco salió corriendo de la habitación ni retrocedió. Lo único que

la diferenciaba de una escultura de la diosa griega Atenea era el brillo de sus ojos, fijos en él. Y Scorpio veía las sombras reflejándose sobre ella.

Tras lo que pareció una eternidad, la mujer rubia se aproximó despacio a la cama. Luego se sentó con un cuidado premeditado. Apoyó las manos en el colchón cerca de él, pero sin llegar a rozarse. Las sábanas solo cubrían las piernas del hombre.

—¿Te duele? —La voz de Angela sonó más grave de lo habitual, casi había sido un susurro. Tuvo que morderse la lengua para no preguntar acerca del autor.

—Sí.

La respuesta que, sin embargo, le había ofrecido a Deborah ante la misma pregunta resonaba en la cabeza de Scorpio: «¿Tú qué crees?»

—¿Cuándo ha sido? —Podía adivinarse una emoción contenida pero difícil de identificar en las palabras de la chica.

—Anoche.

Annibal no quería dar más detalles. Cuanto más lejos estuviese ese mundo de ella, mejor. Pero el rostro de Angela le confundía. No expresaba lástima, compasión, tristeza o miedo. Entonces, la rubia bajó la mirada a la cama. Segundos después, tras verla vacilar, notó la mano femenina sobre la suya. Ella contrajo lentamente los dedos sobre su piel.

—¿Es grave?

—No.

—Podrían haberte matado.

Un velo de silencio cayó sobre ellos. Sus pupilas volvieron a encontrarse a tan corta distancia, y Scorpio halló ventiscas bajo las pestañas de Angela. Aquellos dos centímetros que Edward Carson había puesto de manifiesto le revolvieron el estómago.

Ella no podía expresar todas las palabras que se agolpaban en la punta de su lengua luchando por salir, así que se acercó más. Fue como si el calor de su brazo izquierdo traspasara la camiseta blanca de tirantes que la joven vestía.

—¿Te encuentras mejor?

—Ahora sí.

Angela sintió como si un seísmo sacudiera su voluntad. Se recostó contra ese mismo brazo sano tratando de no hacerle daño. Pero no pudo refrenar las manos y con ellas le buscó. Extendió el brazo derecho hacia él y su fiel pulsera plateada resbaló por la muñeca emitiendo un grácil tintineo. Encontró el costado masculino con sus dedos, tan cálido como la atracción que la maltrataba por dentro. Serpenteaba por su piel como finas corrientes de agua. Se mordió el labio inferior cuando notó cómo la piel de Annibal se erizaba a su paso. El escalofrío que a continuación invadió al hombre hizo que sus músculos se contrajeran, rehuyendo el roce de un modo involuntario. Y el dolor le abrasó y entrecortó su respiración. No le dio tiempo a neutralizar el quejido en voz alta. Apretó los párpados e intentó controlar la horrible sensación que atenazó su lado derecho. Cerró la mano izquierda sobre la cama y las venas se marcaron en el dorso.

—Perdona —se apresuró a decir Angela. No acercarse a las vendas no había bastado, así que intuyó que las lesiones que esta guardaba debajo debían de ser importantes. El gesto de dolor que había visto en ese rostro apresó su garganta.

—Estoy bien —aseguró Scorpio. Pero su voz afectada revelaba que aún se esforzaba por controlar la situación.

—Deberías tumbarte.

—No. Llevo todo el puto día tumbado. —El narcotraficante recordaba las prescripciones del doctor acerca del reposo absoluto. No pensaba desobedecerlas, pero tumbarse otra vez en la cama iba a conseguir desesperarle. Ni siquiera la televisión en la pared del cuarto, ahora apagada, suponía ya un entretenimiento ese día.

—No creo que tengas muchas más opciones —reiteró la rubia, aunque no esperaba convencerle. Se hacía una idea de las peculiaridades de su carácter, aun habiendo recibido un disparo hacía menos de veinticuatro horas.

—Me voy a duchar.

Annibal se quitó las sábanas de encima, se acercó como pudo al borde libre de la cama y se impulsó con la zurda para levantarse. Procuró no mover la parte derecha de cintura para arriba. Era la primera vez que salía de la cama en horas, se encontraba débil.

Sabía que ella tenía razón.

¿Qué podía hacer tal y como se encontraba, además de nada? Le agobiaba verse preso entre esas cuatro paredes. Necesitaba moverse, aunque fuese solo un rato. Además, todavía vestía la misma ropa del día anterior a excepción de la camisa. Manchada de sangre, por supuesto. Se sentía sucio.

Dio un par de pasos. No quería ni imaginar lo doloroso que sería el proceso que debía seguir antes de entrar en la ducha. Se dijo que alguna vez tendría que hacerlo. Desabrochó el botón y la cremallera del pantalón con la única mano útil, lo que le dio un par de problemas al principio. Después lo dejó caer ayudándose de las piernas. No sentía ninguna clase de vergüenza, no iba a ponerse exquisito delante de esa chica ahora. Luego tuvo que volver a sentarse para deshacerse de los calcetines. De pie otra vez, se quitó los *boxers* negros.

No terminaba de habituarse a la falta de su brazo derecho ni a los ramalazos de dolor ante cualquier movimiento.

A un lado de la cama, lo único que le cubría era la venda sobre el hombro dañado y las zonas colindantes. Llegó a la conclusión de que no podía ducharse con eso por encima, pues seguramente haría que los apósitos sobre las heridas terminaran despegándose por la humedad. Eso sin contar lo engorroso que sería volver a vestirse con el vendaje mojado. Suspiró y comenzó a deshacerlo. A intentarlo más bien, pues al cruzar el brazo izquierdo en dirección contraria tuvo que bajarlo dos o tres veces. No podía continuar, se estaba haciendo mucho daño. Y aborrecía la idea de no poder valerse completamente por sí mismo. Se supo ridículo. Miró de reojo a su acompañante.

—¿Puedes... eh... ayudarme? —Se rindió ante la evidencia. Las sombras del dormitorio ocultaron el leve rubor de su rostro. No le

resultaba nada fácil solicitar asistencia.

Angela se levantó del borde de la cama y se colocó en frente. No le había mirado desde que había comenzado a desvestirse, y no lo hizo hasta que le pidió ayuda. Extendió las manos hacia su cuerpo, en concreto en dirección al vendaje. No quería que él se diera cuenta de que temblaban ligeramente. Buscó, mediante el tacto, algún extremo que le permitiera empezar a deshacer las blancas ataduras. Tardó largos segundos en encontrarlo.

Angela temía que la fuerza renovada de las palpitaciones se escuchara por toda la habitación.

Fue desenrollando la larga cinta elástica con un cuidado infinito. Este paso fue mucho más sencillo que el anterior. O lo habría sido si no hubiese advertido que Annibal no era insensible a su cercanía. Al terminar, la chica dejó la venda sobre la cama. Se quedó mirando el apósito grande, cuadrado y blanco que cubría la zona superior derecha de su pecho y que se adentraba hacia el hombro. No sabía muy bien si también debía retirarlo, pero él la animó. Así que, con una meticulosidad extrema, comenzó a despegar los bordes. A pesar de que procuraba no tocarle demasiado, el delicado estado de la piel aledaña hizo que Scorpio sufriera durante el proceso. A continuación, Angela dejó la gasa boca arriba y sin arrugar encima de una de las mesas de noche, por si más adelante volvía a ser útil.

Al principio no podía apartar los ojos de la herida suturada mediante siete puntos. Presentaba un aspecto enrojecido. El pinchazo que la rubia notó en el centro del pecho no fue provocado por la impresión, sino por la identidad del dueño de aquella carne dañada. Frunció los labios, reprimida.

—Quítame también el de la espalda —le pidió Annibal.

—¿En la espalda?

Angela le rodeó rápidamente. Localizó el otro apósito casi a la misma altura. La pareció evidente por qué tenía un segundo algodón: se trataba de una herida de salida. La bala le había atravesado. Volvió a morderse el labio inferior mientras repetía el proceso. Las yemas de sus dedos recogían cómo el cuerpo del

hombre se tensaba luchando contra el dolor que le provocaba sin querer. Descubierta, la nueva lesión presentaba un aspecto similar a la anterior, con un punto menos.

—Gracias.

Scorpio pensó en cómo demonios iba a ducharse sin morir ante la tortura del agua cayendo sobre sus heridas. Por lo menos ese plato de ducha era lo suficientemente grande como para poder retirarse al otro extremo, tal vez consiguiera que el chorro no le rozase los puntos. Se dirigió al cuarto de baño de la habitación sin pensarlo durante más tiempo. Cuanto antes pasara por ello, antes terminaba.

Abrió la mampara y entró. Había dejado una toalla negra a mano. Abrió el grifo.

Angela, en la cama, solo podía pensar en todo lo transcurrido desde que se había adentrado en aquella habitación. O incluso desde antes, remontándose al momento en el que había visto a la estúpida de Deborah en la misma entrada de la casa. Todas y cada una de las conclusiones a las que llegaba le daban vértigo. Y miedo.

Con el corazón cabalgando a toda velocidad se dijo que tenía que encontrar algo que distrajera su atención. Escuchaba el agua caer en el cuarto contiguo, perteneciente al dormitorio. El mismo baño revestido de blanco impoluto que contrastaba con la negrura sombría de esa habitación. Entonces, se levantó y caminó hasta la puerta abierta del mismo. Apoyó las manos sobre la hoja de madera sin saber si sus intenciones eran las adecuadas. Las dudas se disiparon cuando le escuchó quejarse.

—¿Quieres que te ayude? —se ofreció. Le escuchó resoplar un par de veces más. Le costaba saber cómo actuar.

Annibal no respondió. Cerró el grifo a los pocos segundos y abrió los cristales empañados de la mampara lo justo como para poder estirar la zurda y coger la toalla. Colocarla alrededor del cuerpo para secarse ya requería más esfuerzo. La falta de práctica con el brazo izquierdo limitaba mucho sus movimientos. La joven era capaz de adivinar tales dificultades a través de los paneles translúcidos. Ya no

titubeó. Abrió la mampara y le arrebató la toalla. Empezó a deslizar el tejido suave y absorbente por su cuerpo mojado.

La toalla negra primero le cubrió el abdomen. Scorpio apoyó la mano izquierda en la parte fija y rígida de la mampara, quieto. Luego la mujer procedió a secarle la espalda, temerosa de volver a hacerle daño. Cuando los toques sutiles se acercaron peligrosamente a los puntos de sutura, los toques fueron aún más livianos. Él se dejaba hacer. No se atrevía a mover el lado derecho, ni tan siquiera el resto del cuerpo.

No importaba que apenas quedaran ya gotas sobre la piel de Annibal, Angela continuó cubriendo aquella piel como si de esa forma pudiera sanarlo. No había prisa. Él notaba la suavidad con la que le trataba y, con los ojos cerrados, se descubrió deseando que ese momento no terminara. Pero no era aquel deseo el único que gobernaba su cuerpo. La reacción física inevitable se abrió paso a través del palpitante dolor que le estrujaba por dentro. La miró, pero ella sostenía la vista sobre sus propias manos.

Un instante ralentizado, fotogramas reproducidos a la velocidad de un tiempo carente de significado.

Scorpio empezaba a ser prisionero de un calor intenso. El cabello húmedo desprendía gotas que resbalaban por su cuello y se aventuraban en un recorrido descendente. Incluyó la cabeza hacia atrás. Notó un escozor repentino en ambas heridas y en el conducto que las conectaba. Contuvo la respiración. Volvió a buscar a Angela con la mirada. Entonces, una incomodidad molesta que nada tenía que ver con lo somático se instaló en alguna parte de su cuerpo dañado.

El narcotraficante colocó la mano izquierda sobre la toalla, deteniéndola. Ella le miró sin comprender. Annibal le pidió la toalla y salió del plato de ducha. Caminó hasta la habitación mientras se frotaba el corto cabello oscuro.

—¿Qué pasa? —se extrañó Angela. Volvía a estar cortada y sin comprender qué había ocurrido de un minuto al siguiente. Le siguió.

—Deberíamos parar... esto. —Le daba la espalda. No hablar de frente era algo poco habitual en él. No sabía cómo manejar la situación. Enrolló como pudo la toalla alrededor de su cintura y se sentó en un lateral de la cama.

—¿Parar el qué?

—Esto.

—¿Qué significa «esto»? —Un súbito y plomizo nudo en el estómago se sintió como un cargamento de piedras. Había entendido perfectamente, pero quería oírlo. Se mantuvo firme.

—Joder, Angela.

Annibal giró la cabeza hacia ella. La encontró de pie a mitad de camino entre el baño y la cama. Le costaba encontrar las palabras adecuadas. Hablar se hizo más complicado de lo que recordaba. Jamás había experimentado una sensación parecida. Estaba a punto de herirse a sí mismo.

—¿Acaso es esto lo que quieres? —prosiguió de malos modos—. Deberías mantenerte al margen, no tienes ni puta idea de dónde te has metido, de lo que significa. —La voz áspera no suavizaba el mensaje.

No lo había planeado. No había pensado en ello hasta el momento, pero el hilo quirúrgico que tiraba de su piel lacerada se había convertido en un recordatorio constante. No había instrucciones, no sabía lidiar con nada de aquello. Estaba confuso. Su egoísmo habitual con las mujeres se quebraba bajo sus pies, no era una línea viable esta vez. No era capaz de mirarla a la cara sabiendo que podría salir mal parada solo por encontrarse cerca. Descubrió que era superior a él.

—Sé muy bien lo que hago.

Angela habló con la misma sequedad que aún ondulaba el ambiente. Pensó que, si en algún momento había creído que agacharía las orejas y se marcharía sin más, era que no la conocía. No la conocía para nada. Se sentó a su lado. Se le estaba yendo de las manos. Ignorando el nuevo rumbo de la conversación, comenzó a colocarle de nuevo los apósitos. El primero fue a la espalda.

—Repito, no tienes ni puta idea.

—Repito, sé lo que hago.

—No pongas las cosas más difíciles.

—Deja de comportarte como un paranoico.

—¿Te parece que esto es ser un paranoico? —bufó Scorpio. Señaló su hombro herido. No estaba acostumbrado a recibir cierto tipo de contestaciones, pero, más que molestarle, se sorprendió—. ¿Tan segura estás de que nadie va a atacarte a ti? —El tiroteo ya no importaba, eran los demás asesinatos los que le preocupaban. Su alrededor parecía teñirse de muerte.

—Aquí el narco eres tú. Mejor encárgate de ti mismo, que yo ya me ocupo de mí.

Touché.

Cualquier cosa que Scorpio dijera en ese momento sería insuficiente para ganar la batalla dialéctica. Lo único que se le ocurría responder sin ser grosero era que tener una relación con un «narco», como ella le había llamado, acarrearía consecuencias.

Define relación.

La condenada cuestión que quería evitar.

Aquel puñetero carácter le estaba atrayendo de forma bestial, aun cuando intentaba hablar de algo muy serio. Y no ayudaba que ella se arrimara más a él. Quizá tuviera que plantearse que no disimulaba tan bien como creía.

—Bien. Habiendo dejado las cosas claras, te sugiero que te tumbes en la cama —le susurró Angela al oído.

—Ya hemos tenido esta conversación. —Annibal la miró de reojo.

—No lo creo.

La rubia empujó su hombro izquierdo. Dada la situación, no lo hizo muy fuerte, pero sí lo suficiente como para que él cediera bajo sus manos. Scorpio no estaba en condiciones de oponerse y tampoco tenía ganas. Al tumbarse notó la presión de la cama en la herida de la espalda, cubierta de nuevo. Cerró los ojos, hastiado. Odiaba saberse tan vulnerable. Pero aquellos pensamientos de

rechazo se volatilizaron en el mismo instante en el que Angela se inclinó sobre él.

Besó suavemente el cuello del hombre. Lenta, delicada. El calor de su piel se fundió con los labios de la chica. Entonces, comenzó a dejar un fino rastro húmedo con la punta de la lengua por cada milímetro que cubría. Se trataba de un juego iniciado sin permiso ni resistencia. Condujo una mano por el pecho masculino, deleitándose con cada surco, con cada elevación. Sabía por dónde no tenía que tocar, pero era implacable con el resto. Bajó hacia el estómago.

Annibal nunca se había sentido inmovilizado de un modo tan provocador.

Ella subió los dedos hasta el rostro del chico y lo giró con cuidado. Él abrió los ojos lo justo como para verla acercarse y besarle en la boca; luego condujo el brazo sano hacia su cintura. Pronto necesitó más, y buscó la piel escondida bajo la fina camiseta blanca de tirantes. Ambos eran conscientes de que no podrían dar rienda suelta a sus instintos, pues el dolor se volvería insoportable y se interpondría entre ellos. Tendrían que resignarse a algo más tranquilo.

Los dedos de Angela, pícaros, volvieron a descender, a perderse entre puro fuego. Lo mismo que le sucedía a su mente cuando estaba con él. La noción del tiempo se reducía a cenizas, rescoldos de lo que alguna vez fue cordura.

Continuó fluyendo hacia abajo.

Annibal quiso decir algo, pero ella le silenció con un beso. Le rindió una vez más.

Angela encontró el destino candente y se hizo con el poder. Él no tenía manera de zafarse de ella, aunque tampoco quería. Deseaba esas caricias, ese cuerpo. La deseaba, maldita sea, la deseaba. Por eso no la quería a su lado, pero no contaba con la valentía de perderla. Como su razón cuando ese ángel incrementaba la velocidad de los movimientos. Con los labios todavía en contacto, Annibal sonrió.

Capítulo 10

Las paredes de esa casa se habían convertido en barrotes. De algún modo le hacía regresar a aquellos dos largos años en prisión hacía tanto tiempo. Pero ya no era aquel chaval de veinte años encerrado y sin nombre.

El entretenimiento que le proporcionaba la televisión no daba más de sí. Al menos los canales de pago daban películas y series que merecía la pena ver, unas más que otras. Actuales o repetidas, ninguna conseguía calmar sus ansias de actividad. Tampoco su propia filmoteca almacenada en un disco duro de altísima capacidad. Los videojuegos de su Xbox One le distraían durante un rato, luego volvía a las andadas. Y ni siquiera podía liberar tensiones con ninguna clase de deporte o ejercicio.

El «lo mejor es que te quedes en casa por un tiempo» que le había recomendado Edward Carson le estaba poniendo enfermo. En la primera visita, dos días después del tiroteo, el doctor le había examinado. Volvió a prohibirle los movimientos bruscos. El proceso de curación no era muy rápido, pero parecía avanzar en la dirección correcta. También le había traído más apósitos para que continuara con el cambio frecuente de los mismos y evitar así infecciones, y además le había prescrito que dejara que las heridas se aireasen de vez en cuando.

Con todo, Scorpio había cumplido los tres puñeteros días de reposo absoluto y no quiso conceder ni uno más. De acuerdo, no saldría a la calle, pero se pegaría otro tiro antes que continuar encamado.

Ahora, lunes veintitrés de julio, habían transcurrido doce días desde el disparo. Parecía que llevara herido media eternidad. Cualquier cosa que hiciera se limitaba hasta lo absurdo, bien porque era incapaz con una mano o porque terminaba haciéndose mucho

daño. El dolor le recordaba continuamente su agobiante situación, al igual que las persistentes invitaciones de sus hombres a no hacer nada. Le incomodaban. No acostumbraba a tener a nadie encima y se había visto obligado a decirles un par de veces que sabía cuidarse solo.

No era del todo verdad.

Scorpio comprendía muy bien que, si O'Quinn decidía presentarse allí, probablemente acabarían con él sin mucho esfuerzo. Confiaba en que el buen juicio, por llamarlo de algún modo, de ese cabrón le previniera de hacer algo así. Meterse en su territorio era algo demasiado estúpido, incluso para el viejo hijo de puta. Pero decir que no sentía ninguna clase de temor era engañarse a sí mismo. Su orgullo, por otra parte, le colmaba de un profundo odio hacia ese hombre. ¿Y qué podía hacer? Nada. No podía hacer nada. Precipitarse, sobre todo con su actual estado físico, significaba retroceder. Así que procuraba no pensar en O'Quinn, porque la frustración y las ganas de arrancarle la cabeza llegaban a perturbarle. Entre otras cosas, por eso era tan importante conseguir distraerse. Pero se le acababan las opciones.

Se acordaba mucho de Sandro Biaggi. El pobre hombre había sufrido peor suerte que él. Desde hacía unos días su vida ya no corría peligro, aunque todavía era demasiado pronto para conocer las secuelas de aquel disparo en el riñón derecho. Al final, Harrison había hecho un buen trabajo al comprar el silencio de los médicos con una cuantiosa suma de dinero. La falta de discreción podría haber resultado nefasta para su causa de cara a la policía. Fred había admitido que, además de los billetes, había dejado caer alguna que otra advertencia. «Ya sabes, de esas que se entienden sin necesidad de aclararlas», había dicho Harrison. Tras abandonar la UCI, Sandro había sido trasladado a una habitación individual del mismo hospital. En cuanto supo de la noticia, Scorpio había ordenado a sus hombres que se encargaran de que no le faltase de nada. Le había salvado la vida, literalmente, y siempre le estaría agradecido. Aquel valeroso acto en la azotea había sido suficiente

para demostrar la pasta con la que el italoamericano estaba hecho. A Sandro le quedaban días, tal vez semanas, en el hospital. Le visitaría cuando se hubiese recuperado un poco más. Era lo mínimo que podía hacer.

El Lobo le iba informando de las novedades, y era con quien los demás contactaban aquellos días. Se estaba encargando de gestionar todos los negocios, vigilando que continuaran funcionando de forma correcta y trabajando para que los rumores cobrasen el menor peso posible. Porque no podían evitar que la gente hablara, el tiroteo había levantado mucho revuelo en la calle. Al menos podían hacer más por controlar la información verídica que circulaba. Scorpio había hecho especial hincapié en que no se revelara su estado ni tampoco el del hombre en el hospital.

Y luego estaba Angela.

Había vuelto a su casa unas cuantas veces más. Disfrutaba mucho de su compañía. Ya no se trataba solo de sexo, sino de todo lo demás. Podían hablar de cualquier cosa. La chica no tenía una bota por cerebro como otras muchas de su propio ambiente. Ya apenas le daba reparo pedirle ayuda si lo necesitaba. Le hacía sentirse bien, a gusto.

¿La habría llamado para contarle la nueva situación si ella no se hubiera pasado por allí aquel miércoles? No lo sabía. Aunque ella se habría acabado enterando, mismamente por Deborah. Pese a su discreción, la morena a veces tenía la lengua tan larga como corta vestía la falda. Aunque ellas dos ya no se llevaban bien, y el motivo era incuestionable. No se preocupaba por Deborah, la verdad. Lo que atrapaba sus pensamientos era aquello que ese miércoles le había abordado y le había hecho querer apartar a Angela. Pero ella le había hecho reconsiderar sus palabras. Se turbaba solo con recordarlas, pues para él había significado abrir sus puertas de par en par. Pero no se arrepentía, ya que le habían mostrado que la chica no huiría. Y Annibal no quería que huyera.

Estaba muy confundido.

Aquella tarde de miércoles Angela había parecido muy segura de sí misma, como si fuera algo que tuviese controlado. Y eso era muy peligroso. Él creía que realmente no podía hacerse una idea de la magnitud del riesgo solo por permanecer cerca. Annibal no habría prestado mucha atención a esto antes de los asesinatos. Ahora simplemente no se lo podía quitar de la cabeza. A su vez, procuraba no pensar en que estaba yendo más lejos con esa mujer de lo que se habría podido plantear. Se estaba implicando demasiado. Y no tenían ningún compromiso entre ellos, pero se había atribuido el deber real de protegerla desde que la miró a los ojos aquella tarde de miércoles.

Pensar en que alguien podía hacerle daño era...

Si no se alejaba de ella se adentraría en las arenas movedizas de una situación seguramente irreversible. Pero no quería alejarse.

Con el ceño fruncido y sentado en el sofá immaculado de cuero blanco del salón, advirtió que una idea tomaba forma dentro de él. Aquella que había querido evitar tantas y tantas veces.

Se estaba enamorando.

Se levantó del sofá de golpe. La brusquedad hirió su hombro derecho. Tenía que marcharse, salir de esa casa para despejar la mente. Consideraba que ya había dejado pasar tiempo suficiente. Ni la posibilidad de un nuevo ataque ni su estado físico eran suficientes como para sacrificar su estado mental. Al menos el dolor ya no le torturaba por el más mínimo movimiento.

Las dos y cinco de la tarde.

Pensó en comer fuera. Iría solo, se lo debía. Su posición y los acontecimientos recientes le convertían en un blanco muy apetecible, pero se negaba a que utilizaran la táctica del miedo con él. Y no quería tener a sus hombres de escoltas hasta para ir al baño. Al igual que rehusaba afrontar los pensamientos que habían anidado en su mente. Le ponían nervioso.

Subió a su habitación. Eligió unos pantalones vaqueros de apariencia desgastada y una camiseta negra. Esta última mostraba el logotipo de Harley-Davidson impreso en escala de grises, rezando

«No Free Rides» justo debajo. Vestirse todavía suponía una odisea. Una vez lo consiguió, se puso unas deportivas Converse All Star negras. Los puntos de sutura tiraron de su piel al inclinarse hacia delante para atar los cordones.

No se molestó en peinarse de punta el corto cabello oscuro, tampoco en contar el dinero en efectivo que guardaba en su cartera. Su aspecto informal se desligaba de la imagen que alguien podía tener del líder de una organización criminal. Era lo que Annibal de algún modo pretendía. Miró una última vez los ojos de su propio reflejo, casi desafiante.

Cogió las llaves de casa y salió.

No pisaba la calle desde la famosa cita con O'Quinn. A pesar del sol espléndido, algunas nubes blancas amenazaban con robarle la hegemonía. Scorpio se dirigió a la verja exterior, no cogería el coche. Una vez fuera, no había prisa. No tenía un destino concreto, nadie le esperaba.

Caminaba con las manos en los bolsillos del pantalón, con la mirada fija en el suelo y la mente en otro lugar. El peso de la Desert Eagle en el pantalón contra su espalda le recordaba que no estaba desprotegido. Al menos no tanto. Tal vez una única pistola fuera insuficiente si alguien decidía atentar contra él. ¿Y qué iba a hacer? ¿Escondarse para siempre? *Ni de coña*. Esperaba que la camiseta supiese camuflar la presencia del arma, aunque tampoco le preocupaba demasiado. Con todo, no podía evitar pensar que en cualquier momento surgiría de la nada alguien con la intención de darle caza. Si lo capturaban, lo que le hicieron hacía cuatro años se convertiría en un juego de niños. Aunque veía más probable que lo acribillaran en plena calle.

Hacía mucho tiempo que había aprendido a enfocar a su alrededor todos los sentidos. Sin embargo, no estaba acostumbrado a mantener ese nivel de vigilancia, más bien era el efecto que provocaba en los demás. Resultaba extraño posicionarse al otro lado. Y demasiado irónico que todo aquel caos estuviese provocado por el que consideraba un hombre terriblemente estúpido: O'Quinn.

No le había creído capaz de ser la figura detrás de los asesinatos de sus hombres, pero todo apuntaba a que se había equivocado, que le había subestimado. ¿Con qué fin, más allá de la venganza, actuaba el viejo? ¿Por qué molestarse en eliminar a su círculo pudiendo asesinarle a él mismo? Era lo que había intentado cuando se le había presentado la oportunidad idónea en el muelle. Pero antes de eso había tenido mejores ocasiones. Su fiesta, por ejemplo. Pero, en lugar de elegirlo a él, se habían cargado a Schneider. Tal vez había estado buscando humillarle.

Le hervía la sangre.

Pensó en la policía y en todas las pruebas que ya debían de tener en su poder tras el tiroteo. Los cuerpos de sus desafortunados hombres, a quienes le hubiese gustado no abandonar, debieron de haber sido trasladados aquella misma noche. Era demasiado fácil apuntar en su dirección solo con esas identidades, sin contar la cantidad de sangre que había perdido allí. No creía en los milagros.

El sonido de un frenazo le trajo de vuelta a la realidad. Un vehículo había estado a punto de saltarse un semáforo y llevárselo por delante. Se sobresaltó.

Las gruesas nubes habían colonizado el cielo en algún momento difícil de determinar. Las finas gotas de lluvia empezaron a adherirse a su piel. Se sacudió el pelo con la mano izquierda. Hacía bochorno. No se detuvo. Bajo un enorme paraguas rosa, dos chicas adolescentes que venían de frente se quedaron mirándolo con descaro, comenzando a cuchichear sin molestarse en salir de su campo de audición. Soltaron un par de risitas. No entendió lo que decían, pero no le importaba lo más mínimo. Luego miró hacia arriba y vio que el colchón de nubes blancas se estaba transformando en una espesa alfombra gris oscura. La tormenta veraniega cada vez estaba más cerca y no quería estar fuera cuando descargase toda el agua sobre la ciudad.

Miró a su alrededor. Había entrado, hacía un buen rato, en una calle ancha cuyos laterales rebosaban tiendas de todo tipo. Abundaban los rótulos de firmas ostentosas. El repentino mal tiempo

no había disuadido a todos aquellos viandantes cargados con bolsas de sus compras recién adquiridas. Los coches iban y venían en continua actividad. La lluvia arreciaba. Annibal escogió el primer restaurante cercano, aquel situado a la derecha de un luminoso local de Ralph Lauren. Los amplios ventanales dejaban ver a la gente comiendo en su interior. Escuchó el primer trueno a lo lejos tras cruzar el umbral de la vistosa puerta de cristal.

Fue Roger quien primero avistó a Scorpio saliendo por la puerta de la verja exterior destinada al paso a pie. David Lambert le acompañaba dentro de un Chevrolet estacionado en el lado opuesto a la casa. Durante más de una semana, turnándose, el coche había sido su lugar de trabajo. Una puñetera semana en la que habían estado viendo a gente entrar y salir del recinto, y ninguno era su objetivo. Una puñetera semana en la que se habían preguntado qué demonios ocurría para todo aquel movimiento sin que el propietario de la casa la abandonara en ningún momento. El detective Rickman también se había sorprendido ante las visitas de esa chica rubia, la misma que le había acompañado aquella noche en la que le informaron del asesinato de Larry Greenwich. A sus ojos, todo un desperdicio.

Pero nada de eso importaba ahora. Roger seleccionó inmediatamente el número del sargento Wolfgang Sawyer.

—Ha salido. —Mostraba la excitación de un depredador antes de salir en busca de su presa.

—¡Por fin! —exclamó Sawyer al otro lado. No necesitaba especificaciones, tan solo que las circunstancias les fueran propicias—. Vayan tras él. No se despisten en los semáforos, pero tampoco vayan pegados a su matrícula. No sabemos con quién va a encontrarse ni cuántos van a ser. En cuanto él llegue a su destino, aparquen a una distancia prudencial e indíquenos la dirección. Jones y yo acudiremos de inmediato.

—Eso va a ser un poco difícil —dijo Roger sin perder de vista al objetivo—. Scorpio no ha cogido el coche.

—¿Cómo que no ha cogido el coche? ¿Va andando? ¿Está solo?

—Sí. Ambos.

—Qué raro —se extrañó el sargento. Dejó los segundos siguientes en silencio—. Está bien, tendrán que seguirle a pie. Tengan especial cuidado en que no los descubra. No le pierdan de vista y llámenme cuando tengan algo.

Rickman no tuvo tiempo de replicar, pues su superior ya había colgado. ¿Cómo quería Sawyer que le siguiesen sin que se diera cuenta? Scorpio sabía quién era. Si en coche suponía ciertos riesgos, a pie sonaba ridículo. Pero no tenían muchas más opciones, no había tiempo. Si no se le ocurría algo rápido, ese criminal conseguiría una ventaja insalvable.

—Lambert, tienes que ir detrás de él —ordenó el detective con determinación. Mantenía los ojos fijos en el espejo retrovisor para vigilar todos y cada uno de los movimientos del gánster.

—¿Yo? —se sorprendió David, y los nervios acudieron a él. Sus compañeros le habían explicado quién era ese hombre los días anteriores, pero era la primera vez que le veía en persona. Y ahora tenía que seguirle. Precisamente él, que acababa de llegar a la brigada.

—No hay que hacer nada, solo ir detrás a una distancia de... por ejemplo, como la que tenemos ahora. Es importantísimo que no le pierdas el rastro, ya sabes lo que hay en juego. Vete diciéndome por donde vais si no me ves justo detrás. No hace falta que me llames, con un mensaje vale. No puedo mantener una velocidad tan baja sin llamar la atención. Y mantente alejado cuando llegue a su destino, no sabemos qué es lo que va a hacer. Cuando me avises de que se ha metido en algún lugar, llamaré a Sawyer. ¿Entendido? —Roger se fijó en la inseguridad del chico que asentía. Era normal, entendía que en su primera intervención pudiera resultarle imponente—. Lo harás bien, solo tienes que mantenerte a una distancia segura. Ese tío es uno de los mayores cabrones que puedas encontrarte, pero a ti no te conoce, no sabe que eres poli. No va a descubrirte. Ve

tranquilo, haz lo que te he dicho. Y hazlo ya porque vamos a perderle.

El corazón de David Lambert tamborileaba bajo su esternón. Pensaba que el detective tenía razón, no tenía por qué salir mal. Era muy sencillo. Lo único que debía hacer era andar por esa acera como si fuese un transeúnte cualquiera. Procuraría no acercarse demasiado. No quería que pensaran que era un cobarde, porque no lo era, pero la academia era algo muy diferente a relacionarse directamente con el crimen organizado. Lo haría. Lo haría bien.

El joven agente abrió la puerta y se apeó del Chevrolet, no sin antes asegurarse de que su Beretta no asomaba por ningún sitio. Se giró hacia el coche una última vez y vio que Roger alzaba el pulgar hacia él. Lambert asintió. Luego miró a ambos lados de la carretera y, cuando comprobó que no pasaba ningún vehículo, cruzó. Aun podía ver a Scorpio, aunque ya estaba bastante lejos. Aceleró el paso para acortar distancias, aunque volvió a reducirlo al cabo de unos metros. Acercarse más de lo que debía le aceleraba el pulso.

Su objetivo caminaba sin prisa, así que David se veía obligado a hacer lo mismo. Había comenzado a chispear. Se preguntaba si realmente ese hombre se dirigía a realizar alguna actividad ilícita o a reunirse con alguien del mundo del crimen, o si sencillamente actuaba como cualquier otra persona. Creía que ese tipo de gente también tendría sus quehaceres cotidianos, independientes del dudoso estilo de vida que habían escogido. No se había atrevido a exponer este punto de vista ante sus compañeros y superiores. Al fin y al cabo, acababa de llegar.

Cuando hubo avanzado un trecho considerable, se cruzó con dos chicas jóvenes que paseaban bajo un paraguas rosa en sentido contrario al suyo. Se reían por lo bajo y en camaradería femenina. Cuchicheaban. No disimularon sus nuevas sonrisas cuando se cruzaron con él. ¿Cuántos años tendrían, dieciséis? No se podía permitir ningún tipo de distracción, y esa casi le había costado perder de vista a su objetivo, que giró a la derecha en el siguiente cruce. David suspiró aliviado al comprobar que aún podía verle a

una distancia considerable. ¿Y si ese hombre, Scorpio, subía a algún coche en un momento dado? ¿Cómo no habían pensado en ello? ¿Sería Roger lo suficientemente rápido como para seguirle la pista?

En silencio, Lambert se pidió calma. Continuó caminando.

La calle que se abría ante él ahora era más ancha y transitada, repleta de escaparates que, por el tipo de compradores, no conocían la crisis económica. Tuvo que frenar en seco al ver que Scorpio se había detenido. El joven policía se giró hacia el primer escaparate que tuvo a la derecha para no llamar demasiado la atención, pero mantenía localizada a su presa con el rabillo del ojo. Así fue como vio que el narcotraficante entraba a un local. David contó diez segundos para reanudar su marcha y continuar con sus averiguaciones. Antes de hacerlo, se dio cuenta de que la tienda que había estado mirando sin ver pertenecía a una tienda de lencería erótica. Azorado, se separó de la cristalera. Bajo la lluvia, avanzó para comprobar dónde se encontraba el objetivo.

Il Colosseo.

¿Un restaurante?

Escuchó cómo el cielo tronaba de nuevo. ¿Era así como el criminal pretendía reunirse, en público y a plena luz del día? Sacó el teléfono de su bolsillo para llamar a Roger. Volvió a guardarlo. Todavía podía hacer algo más, nadie le había visto. Tragó, nervioso. Demostraría que Sawyer no se había equivocado al elegir confiar en él. Lambert empujó la puerta de cristal y anduvo hasta la entrada del comedor. El olor que flotaba en el interior del local le hizo la boca agua. Entonces, llegó un camarero de mediana edad y le dio la bienvenida.

—Buenas tardes, joven. ¿Desea una mesa? —le ofreció, afable.

—Eh, no. No. Solo quería saber hasta qué hora abren por las noches —representó David.

—Cerramos la cocina a las once de la noche, pero el local a las doce.

—Estaba pensando en venir a cenar con mi novia esta noche. Una sorpresa, ya sabe. Me habían hablado de este lugar y vine a informarme. ¿Puedo echarle un vistazo rápido al salón? Quiero asegurarme de que le vaya a gustar. —El policía se encogió de hombros, inocente. Improvisar merecía la pena si al final conseguía lo que quería. Necesitaba ver dónde se encontraba el traficante y con quién.

—Por supuesto que sí, faltaría más. Venga conmigo.

Tan solo unos pasos les separaban de la amplia zona que recogía a los comensales. Se podía apreciar toda la panorámica del salón, grande y lujoso, aunque no recargado. Lo ocupaban familias, hombres trajeados con aspecto de empresarios reunidos entre ellos o con las que parecían ser sus esposas, y otras parejas y agrupaciones. El tipo de clientela que cabría esperar de un sitio como aquel.

Localizó a Scorpio a los pocos segundos. Se encontraba sentado cerca de la pared y al fondo opuesto a la cristalera exterior. En su mesa solo había plato y cubiertos para él, nada más. De espaldas, no podía verle la cara.

—¿Quiere que le diga el menú? —le preguntó el camarero.

—No, gracias. Ya lo miraré con ella esta noche. Muy amable.

Lambert se dio la vuelta y salió de allí. Caminó calle abajo hasta llegar a la altura donde se había parado a «mirar» un escaparate. Se aseguró de que esta vez este contuviera un género diferente. Eligió una librería. Se tuvo que resguardar bajo su toldo color crema ante la lluvia, que empezaba a ser torrencial. Sacó el *smartphone* de nuevo y en esta ocasión sí lo utilizó. Buscó el número de Roger en la agenda. Aguardó, paciente.

—¿A qué estabas esperando? ¿No te he dicho que me fueras escribiendo? —El detective estaba alterado. Había empezado a imaginar situaciones que podrían haber sucedido, ninguna buena. Casi suspiró de alivio.

—No ha hecho falta. Todo ha ido bien. Scorpio no se ha encontrado con nadie por el camino, tampoco en el restaurante y...

—¿El restaurante? ¿Qué restaurante?

—Il Colosseo.

—¿Cómo sabes que allí no se ha reunido con nadie?

—Porque he entrado y lo he visto.

—¿Qué? ¿Se te ha ido la puta cabeza o qué? ¿Cómo se te ocurre?

—Tranquilo, Roger, no soy tan estúpido. En ningún momento se ha dado cuenta de que iba detrás, tampoco cuando he entrado. Además, he salido nada más localizarle. Y ahora te estoy llamando.

—¿Y dices que estaba solo? —quiso reafirmar Rickman, más tranquilo.

—Completamente. Y no tenía pinta de que fuese a reunirse con nadie, porque la mesa solo estaba preparada para él. O al menos es lo que vi.

—Vale. Muy bien, chaval, quédate ahí. Tardaré unos diez minutos en llegar si tengo suerte con los semáforos. Llamaré a Sawyer primero. Me imagino que seguirán queriendo venir. Repito, no te muevas. No vuelvas a entrar, espéranos.

Después de terminar el primer plato, Annibal pensó que aquel local gozaba de más reputación de la que en realidad merecía. La ensalada César no le había parecido muy diferente de la que le servirían en un restaurante de comida rápida, y la cantidad dejaba bastante que desear. Visto lo visto, no esperaba demasiado de un filete de pollo empanado con *no sé qué* toque de la casa. Tampoco había tenido demasiada variedad y el resto de platos no eran de su gusto. *Todo un acierto*, pensó. La culpa de su mal humor, sin embargo, no la tenía la comida. Al menos, no toda. Tenía demasiadas cosas en la cabeza y el dolor que regresaba cada vez que utilizaba el brazo derecho no ayudaba. No se apañaba bien empleando solo el izquierdo.

Escuchó durante unos segundos el sonido de la lluvia después de que alguien abriera la puerta de la calle. ¿Dónde demonios estaba su filete? La ensalada no era suficiente y esperaba que el plato nuevo saciase su hambre. Miró hacia la lejana puerta de la

cocina esperando localizar a algún camarero. No podía evitar comparar aquel lugar con anteriores experiencias en otros restaurantes: no acostumbraba a esperar tanto. Tal vez fuese precisamente su estado de ánimo irritable el que alzaba sus niveles de exigencias. No sabía determinar muy bien cuál de los dos precedía al otro.

Las tres y veinticinco.

Más de diez minutos desde que se llevaran el plato vacío de ensalada. Justo entonces apareció el camarero con el segundo. Le pidió disculpas alegando un pequeño percance en la cocina. Annibal meneó la cabeza; había decidido no decir nada, tan solo quería que el tipo se marchara y le dejara comer tranquilo. Solo otra vez, empezó a partir el filete empanado. Sintió el familiar pinchazo en el hombro. Se llevó el primer pedazo a la boca. Le gustó, estaba crujiente.

Un sonido repentino le hizo mirar a su derecha.

—No me jodas... —Scorpio dio un golpe con el tenedor en el plato sin llegar a soltarlo—. ¿Qué cojones estáis haciendo aquí? —La amarga incredulidad no podía eclipsar la indignación que se reflejaba en su voz grave. Habría acabado allí mismo con la vida de los dos policías si las miradas matasen.

—Visitarle.

—No sois bienvenidos.

—No necesitamos su aprobación en un lugar público —prosiguió Sawyer.

—Sí en un lugar con derecho de admisión.

—Nuestra placa abre muchas puertas, Scorpio. —Los ojos azules del sargento se entornaron de forma casi imperceptible.

—Sois insufribles —rezongó Annibal, muy cansado—. ¿Cuál es vuestro límite? ¿No os cansáis? ¿No sabéis que las historias repetitivas aburren a la gente? ¿O es que estáis enamorados de mí? —La mordacidad de sus palabras no le divertían, no había atisbo ninguno de sonrisa en su rostro. La tensión de su cuerpo acarrearía dolorosas consecuencias.

—Deja ese trabajo para tus fulanas.

—Basta, Rickman. ¿Le importa que nos sentemos?

—Sí.

La mirada con la que Scorpio taladraba a Roger destilaba veneno. No se estaba dando cuenta de que empuñaba más fuerte el cuchillo con la mano derecha. Pero tenía que dominar la furia, no eran las circunstancias más adecuadas para dejarse llevar. Poco a poco fue transformándola en indiferencia, al menos de cara al exterior. En lugar de apuñalar al policía más joven de los dos, pinchó un trozo de pollo empanado.

—Puedo llegar a soportar que vengáis a mi casa a tocarme los cojones, pero no me hace ni puta gracia que me jodáis fuera. —Los ojos oscuros del gánster saltaban de un hombre a otro—. ¿Qué coño hacéis aquí?

—Inspección rutinaria —se burló Roger.

—No entra en mi rutina venir a este restaurante —replicó Annibal. Fue demasiado fácil llegar a la conclusión de que le tenían vigilado. Debía tener mucho cuidado. Fingió desinterés.

—Nuestro trabajo no es asunto suyo —sentenció Sawyer tranquilamente mientras tomaba asiento en frente del comensal. Roger se situó a su derecha.

—Al fin tenemos algo en común. —Scorpio dedicó una amplia sonrisa a sus nuevos e indeseados acompañantes. Esta chocó con el gesto impenetrable del sargento y con la expresión desafiante del detective. Masticó sin prisa—. No os importará que siga comiendo, ¿verdad?

—En absoluto. Espero que a usted tampoco le importe que le hagamos algunas preguntas —indicó Wolfgang.

Pura formalidad. El narcotraficante seguiría comiendo y los policías harían sus preguntas, no importaba la opinión de la otra parte. Sawyer sabía que podía volver a encontrarse con un muro de hormigón una vez más, pero no estaba dispuesto a tirar la toalla. Confiaba en que aquella situación pública les resultara favorable. Sería imperdonable dejar pasar la oportunidad.

—Qué remedio, sargento.

Scorpio cubrió de desprecio la última palabra. ¿Qué iba a decirles, que le dejaran comer en paz? ¿Que se fueran a su puta casa? No serviría de nada. Si le habían seguido hasta allí, no se marcharían solo porque él se lo pidiera. No sabía si, efectivamente, se habían valido de la placa para conseguir su objetivo, pero no importaba. ¿Qué iban a hacer los trabajadores del restaurante, llamar a la policía? Demasiado ridículo. Aquel era el escudo de Sawyer. De algún modo, no le sorprendía la presencia de esos dos allí, casualmente el primer día que salía a la calle. No había ninguna casualidad. Mucho habían tardado.

—Supongo que habrá oído hablar del tiroteo que tuvo lugar la semana pasada. —Wolfgang no era partidario de los rodeos.

—¿Cuál de ellos?

Scorpio se mantuvo tranquilo. Lo esperaba. Lo que le sorprendía era que hubiesen tardado casi semana y media en acudir a buscar respuestas. No sería él quien las diera. Se preguntó por qué no le habían buscado en su casa, como se estaban aficionando a hacer. ¿No tenían la orden judicial que había sugerido él en la última ocasión, quizá? Buena señal. No tenían nada de lo que acusarle. El chico reprimió una sonrisa de satisfacción solo por no alterar su expresión.

—Lo sabe perfectamente.

—¿Yo? —Esta vez Annibal no pudo reprimir una fugaz risotada —. La seguridad de esta ciudad deja mucho que desear, no sabría por dónde empezar a contar. Aunque os parezca increíble, no suelo estar al tanto de todos y cada uno de ellos.

Sus ojos oscuros abandonaron los claros de Sawyer y se dirigieron al plato, donde comenzó a cortar más porciones de pollo. Reprimió el dolor con tenacidad. Que a esas alturas intentaran sacar algo en claro por esa vía decía, a ojos del traficante, mucho de su profesionalidad.

—Me extraña que no esté al día de un tiroteo en el que fueron asesinados varios hombres que trabajaban para usted.

—Lo que hagan en su tiempo libre es cosa suya. Creo recordar que ya te lo dije.

—¿De verdad? No parece muy sorprendido. Después de todas las muertes a su alrededor, es raro que algo de tal magnitud pase desapercibido para usted. Y me cuesta creer que no estuviera presente aquella noche.

—Me importa una mierda lo que creas o dejes de creer.

—No me ha respondido.

—No has preguntado.

—Muy bien. —Wolfgang apeló a la paciencia—. ¿Estuvo en el tiroteo?

—¿Tienes alguna prueba que me sitúe allí?

—Así que reconoce que hubo un altercado.

—¿La tienes o no?

—No.

—Fin. Nada que ver conmigo.

—Insisto en que tenemos muchos cadáveres en el depósito, varios de los cuales eran hombres que sabemos que trabajaban para usted. No puede decirme que usted no estaba implicado. —El sargento era muy consciente de que la intuición no bastaba por sí misma: necesitaba una prueba sólida que le incriminara. Incluso podrían ratificar que Scorpio estuvo allí aquella noche y no haber intervenido en nada. Pero al menos necesitaba saber que avanzaban en la dirección correcta.

—Puedo y lo hago. Sí, trabajaban para mí, pero no necesariamente en ese momento.

—No dejaría pasar la oportunidad de joder a quienes le han jodido a usted —tanteó Sawyer. Era su principal teoría. Un enfrentamiento entre bandas por ese motivo tenía demasiado sentido.

—¿De qué coño hablas? —saltó entonces Annibal, perdiendo los pocos modales que había mantenido hasta el momento. ¿Por qué había llegado Sawyer a relacionar el tiroteo con los famosos

asesinatos? ¿Qué tenían sobre O'Quinn? La sola posibilidad de que la policía supiera algo que él desconocía le ponía nervioso.

—Cuidado con lo que dices —intervino Roger entre dientes por primera vez desde que se hubieron sentado. No pudo reprimirse. No le soportaba.

—Cierra la boca, no estoy hablando contigo —arremetió el aludido después. Roger intentó levantarse de la silla y el sargento le detuvo. La satisfacción sabía mejor que la comida de aquel restaurante.

—No voy a repetírselo más veces, Scorpio —le avisó Sawyer sin alzar la voz. Estaba visiblemente molesto. Se había visto obligado a detener a Rickman para no empeorar las cosas, pero no quería que el otro lo interpretara como una señal de triunfo. Con todo, debía soportar un poco más esas salidas de tono por el bien de la investigación. Respiró hondo para conservar el talante—. Todos aquí sabemos cuánto le gusta tomarse la justicia por su mano. Nos conocemos.

—No me toques los cojones, Sawyer —le advirtió Scorpio. En un acto reflejo, levantó la mano derecha y le señaló con el índice. El abrupto movimiento irradió dolor por la zona herida, obligándole a bajar el brazo sin consentimiento. Jadeó en silencio. La estocada invisible se reflejó en su rostro cuando arrugó la frente y apretó los dientes—. Estás acusándome y no tienes ni una puta prueba. Sé por dónde vas y por ahí no vas a pasar. Si alguien tiene que tener cuidado aquí, eres tú.

—¿Qué le ha pasado? —El sargento se anticipó a una más que segura mala contestación de Rickman. Las últimas palabras de su oponente no tenían valor ante lo que había llamado su atención. Entrecerró los párpados.

—¿Qué?

—En el brazo, ¿qué le ha pasado?

—Ahórrate la preocupación. —El dolor le había traicionado y Annibal lo sabía. Maldita sea, debía haber tenido más cuidado. Casi

podía escuchar los engranajes encajando dentro de su cerebro de policía. Había dejado de comer.

—Olvídelo.

El sargento se levantó despacio e intentando no hacer mucho ruido con la silla. Le resultó muy fácil aplacar su enfado. Estaba aprendiendo a tratar a ese hombre, así como a leer más allá de la máscara que se empeñaba en colocarse. Miró a Roger, que le había imitado. Para él era mucho más complicado hacerse con el control de sus emociones. A continuación, Sawyer se situó al lado de Annibal, que permanecía sentado. Su mente estaba generando ideas, una tras otra.

—Ya nos veremos.

El policía de mayor rango, como despedida, le dio unas palmaditas en el hombro derecho a Annibal. El chico automáticamente irguió la espalda a causa del dolor. Gruñó entre dientes sin poder evitarlo. Cerró los ojos con fuerza, las heridas le calcinaban. Separó los labios un instante, mostrando los dientes. Y, sobre la mesa, crispó los dedos hasta formar puños. Aquel inesperado e intencionado golpe le había dejado sin aliento.

Scorpio, furioso, giró la cabeza hacia los dos policías, pero estos ya avanzaban hacia la salida. En ningún momento le devolvieron la mirada.

Odiaba a Sawyer. Le odiaba profundamente. Ya no solo era su trabajo como policía —que, al fin y al cabo, era eso: un trabajo—, sino esa actitud seria y de porte regia. Tenía la sensación de que se creía moralmente superior al resto de los mortales, como si fuese un maldito ejemplo a seguir. Esa paciencia, ese tono de voz, esa cara de nada. Le enervaban. Y su estúpida manía de buscarle cada dos por tres para interrogarle. Había tomado un matiz tan estúpido para Scorpio que este ni se había molestado en avisar a Jay Settle, su abogado. Lo peor de todo era que el sargento le situaba, mediante sospechas, en el tiroteo. Su peculiar forma de despedirse había sido tan solo una manera de confirmarlo: no solía establecer contacto físico con él.

Mierda.

Con los ojos fijos en lo que quedaba del pollo empanado, comprobó que le habían quitado el hambre. Y no era eso lo que retorció su estómago, sino que se hubiesen hecho con el poder de conseguirlo. Miró el tenedor plateado que descansaba sobre el plato. Se obligó a respirar profundamente.

—¿Ha terminado? —El camarero arrancó a Scorpio de su ensimismamiento.

—Sí.

—¿Va a querer algo más?

—Whisky.

—Disculpe, pero no servimos licores durante el servicio de comidas.

—Tráeme el puto whisky.

—Pero...

—Soy muy generoso con las propinas.

El camarero asintió con la cabeza y se marchó. Todo el mundo tenía un precio. Sacó la cajetilla de Lucky Strike y el Zippo plateado de su pantalón y los colocó sobre la mesa. Necesitaba fumar, pero la normativa sobre el tabaco en los espacios públicos cerrados se lo prohibía. La vida en sociedad, bajo su punto de vista, estaba plagada de prohibiciones con las que era más fácil controlar al rebaño. Ya no solo se trataba de molestar al resto con el humo de los cigarrillos, sino a excusar cualquier cosa «por el bien de los ciudadanos» mientras por otro lado los de arriba se llenaban los bolsillos a costa de aquellos a los que fingían proteger. Y él podía ser un criminal, pero iba de frente. Casi siempre.

El vaso pronto estuvo sobre la mesa. El líquido ambarino ondeaba en su interior. Scorpio sacó la cartera y le dio un billete de cincuenta dólares al trabajador como propina. Tal vez esa cantidad fuese mayor a la suma de todo lo que había consumido allí, pero ni reparó en ello. Se lo podía permitir. El camarero desapareció enseguida mientras custodiaba su nueva posesión entre las manos

con disimulo. Solo otra vez, Annibal dio el primer trago, que viajó ardiente hacia su estómago.

—Lo siento mucho, sargento, pero la próxima vez no voy a reprimirme. Le partiré los dientes si vuelve a hablarme así —bufó Roger.

Ambos policías se habían detenido en el soportal del restaurante para resguardarse del agua que el cielo escupía con violencia. La irritación del detective le acompañaba desde que su superior detuviera sus intenciones en el interior del local. Desde que había conocido al narcotraficante, más bien.

—No entre en su juego, es lo que busca.

—Entonces, ¿qué? ¿Hay que dejar que ese imbécil diga lo que quiera y cuando quiera?

—Es su manera de creer su victoria. Si responde a sus provocaciones, le devolverá la pelota de nuevo, y así sería hasta que uno de los dos fuese más inteligente y decidiese parar. Procure ser usted.

—Me importa una mierda quién sea o quién se crea que es ese payaso. A la próxima voy a pegarle una hostia, ya lo aviso. —Rickman se cruzó de brazos.

—Las cosas no se solucionan así y lo sabe muy bien. Usted quedaría como el malo y no nos interesa que Scorpio se apunte ese tanto —refutó el sargento. Miraba dentro del restaurante a través de las ventanas. Podía ver al objetivo sentado de espaldas a lo lejos.

—¿Y cómo coño se solucionan, si se puede saber? —preguntó Roger tras soltar una risotada.

—¿Qué tal ha ido?

Catherine Jones acababa de llegar. Tanto ella como David Lambert se habían mojado en la trayectoria desde el coche estacionado. Ambos habían permanecido en su interior a la espera de que sus compañeros abandonaran el local. Nerviosa en el asiento del conductor, Jones había estado tamborileando los dedos sobre el volante.

—No ha contado nada —se lamentó Sawyer.

—¿Esperaba otra cosa? —preguntó la mujer.

—Parece que no le ha sentado muy bien que nos presentáramos mientras comía —apuntó Roger con sorna.

—¿Acudió alguien a comer con él al final? —se interesó Lambert. Se sentía algo más integrado en el grupo a raíz de su intervención.

—No. Es raro, no lo veo muy propio de él —contestó el sargento. Volvió a echar un vistazo por la gran cristalera.

—O sea que ha sido una pérdida de tiempo, como siempre —dedujo Catherine, resignada. Puso los ojos en blanco. Parecía que caminaban sobre una cinta andadora.

—No tanto, en realidad —admitió Wolfgang en voz baja.

—Solo ha abierto la boca para decir gilipolleces —le recordó Roger.

—No ha hecho falta más.

—Sargento, creo que usted y yo no hemos estado en el mismo sitio y a la misma hora.

—Ha visto lo mismo que yo, pero no se ha fijado.

—Ilumíneme. —Rickman no podía evitar pensar que su superior solo estaba buscando motivos para convencerse de que habían vuelto a fracasar.

—Su brazo.

—¿Qué le pasa?

—¿Es que no lo ha visto? Tal vez usted ha estado demasiado ocupado enfadándose y no se ha dado cuenta. Su brazo derecho no estaba bien.

—Sí, ya. ¿Y?

—Rickman, si quiere se lo mastico —protestó Wolfgang. Apartó su atención de los cristales para dedicársela a su interlocutor—. Scorpio está herido. Un simple gesto le ha hecho retraer el brazo al levantarlo. No creo que se deba a que se lo dislocara jugando al tenis.

—¿Insinúa que le hirieron la noche del tiroteo? —se sorprendió Jones.

—Eso creo.

—Si es así, debe de haber sido grave. Ha pasado ya casi una semana y media, suponiendo que sean verdad sus suposiciones — continuó la única mujer del grupo de cuatro.

—También podría haberse caído por las escaleras de su casa. Eso no nos dice nada —objetó Roger.

—Le he tocado el hombro a modo de despedida para confirmar mis sospechas —prosiguió Sawyer—. Sé que le hice daño.

—¿Le alcanzó una bala, tal vez? —propuso David.

—Es lo más probable en un tiroteo, pero no hay manera fiable de saberlo a no ser que se le examine.

—Y él se va a prestar voluntario. —El detective estuvo a punto de estallar en carcajadas.

—¿Voluntario? No va a hacer falta.

El silencio era rasgado por el fuerte golpeteo de las gotas sobre el porche de Il Colosseo.

Jones se pasó la mano por el pelo oscuro para retirárselo de la cara, húmedo. Todos esperaban una explicación por parte del sargento, pero este no volvió a abrir la boca. Tan solo miraba hacia el ventanal. De repente, el policía de mayor rango se tensionó y se encaró a la puerta. Dio un paso hacia atrás, separándose más de esta. Sin necesidad de preguntar por qué, los demás le imitaron.

—¿Qué coño...?

Pero la sorpresa hizo que Annibal no terminara la frase. Negó con la cabeza, incrédulo. Los cuatro policías permanecían parados frente a él, quien también se había detenido. La puerta se cerró tras de sí.

—Saque lo que lleva en la espalda —ordenó Sawyer. Clavó los ojos de aquel azul eléctrico en el recién llegado, sin pestañear. No vio la sorpresa de sus tres compañeros.

—¿Qué? —Scorpio estaba desconcertado y no pudo reaccionar a tiempo, lo que le dio tiempo a Sawyer para desenfundar la pistola

y apuntar en dirección a su pecho.

—Saque lo que lleva en la espalda. Ya.

—No te hacía con ese carácter, Wolfgang Sawyer.

—No se lo repetiré otra vez. —La voz del rubio sonaba autoritaria—. Podría tener cuatro pistolas en lugar de una en cuestión de segundos. No le conviene intentar ninguno de sus juegos. Haga lo que le digo.

—No sabes lo que estás haciendo —respondió Annibal. Las palabras cortaron el aire húmedo como si del filo de una espada se trataran. Una sombra creció en la profundidad de sus pupilas. No entendía qué era lo que ocurría, pero percibía peligro. Estaba acorralado.

—Perfectamente, Scorpio.

El aludido no obedeció. Instantes después, escuchó un sonido procedente de Rickman. El detective había alzado su pistola y también le apuntaba. Su sola expresión bastaba para saber cuánto estaba disfrutando de la situación. Entonces, miró a los otros dos. La mujer, Jones, permanecía muy atenta a los acontecimientos y con la mano a medio camino del lugar donde, con toda seguridad, guardaba el arma. A su lado había un chaval al que no reconoció. Parecía joven. No sería algo que le frenara a la hora de recordar que había estado acompañando a esa gente. No se olvidaría de su cara.

—¡Muévase! —El sargento alzó la voz y dio un paso firme hacia el narcotraficante.

Scorpio no retrocedió, aunque no tenía salida. Manteniendo la conexión visual en llamas, fue llevando lentamente la mano izquierda a su espalda. No estaba intimidado, pero sí inquieto. Fue capaz de mantener el diamantino disfraz imperturbable. Aún no entendía qué era lo que había propiciado tal situación, pero parecía que el bando contrario lo tenía muy claro. Y pensó que tal vez la policía sí tenía motivos de acusación y le habían mentado dentro del restaurante.

La lluvia ya había formado riadas en las uniones de la carretera con la acera. Las gruesas gotas se desplomaban contra el suelo como pequeños ángeles caídos.

Annibal no dudó de que le dispararían si tenían que hacerlo. Seguramente no le matarían, pero no quería más heridas de bala en su cuerpo. Sintió el contacto frío de la culata en la mano. No era tonto, sabía qué era lo que Sawyer le exigía. Empuñó la Desert Eagle con firmeza. Se sentía reacio a tener que sacarla, pero no le quedaba otra opción. Su principal contrincante le apremió con un gesto, así que comenzó a tirar de ella hasta cogerla y sacarla fuera del pantalón. La mantuvo detrás hasta que, despacio, fue descubriendo la pistola frente a los policías. La sujetaba del modo en que lo haría si tuviera que llevar a cabo una ejecución. Los policías se supieron amenazados.

—Cójala con dos dedos inmediatamente.

Wolfgang Sawyer fue sintiendo más alivio a medida que veía cómo el hombre obedecía. La tensión, sin embargo, flotaba tan pesada como las nubes de tormenta. Ninguno de sus compañeros se movía, expectantes. Estaba nervioso, pero lo camuflaba bajo capas de rectitud. Aquello debía salir bien. *Necesitaba* que saliese bien. Podría meterse en un gran problema de no ser así.

—Muy bien. ¿Tiene permiso de armas?

—Sabes que lo tengo. —Annibal sonrió de medio lado.

Sabía que, por supuesto, Sawyer estaba al tanto de dicho permiso. En su día se hizo con él para ocasiones como aquella. Al igual que sabía que el sargento sospechaba que siempre solía llevar un arma encima y jamás había montado tanto revuelo. No podía acusarle, nunca lo había hecho. Y, aunque el arma que había registrado legalmente no coincidía con la que portaba en ese mismo momento, la licencia la tenía. Amplió su sonrisa.

—Enséñemelo —le exigió el policía de pronto. Notó cómo una gota de sudor descendía por el centro de su espalda bajo su camisa blanca.

—Aquí no está —reconoció el chico tranquilamente. Su semblante volvía a ser serio. Algo indefinido en el interior de su pecho le avisó de que su intuición trabajaba a destajo.

—Vaya.

Sawyer, que mantenía la pistola en el aire con ambas manos, separó la derecha y la llevó al bolsillo de su pantalón. Miró a Roger durante una milésima de segundo, suficiente para indicarle con un gesto de cabeza que se adelantara con él. El sargento agarró las esposas y se las dio a su compañero. Roger, también vestido de paisano, contaba con las suyas, pero aceptó de buen grado las que su superior le ofrecía.

El azul limpio de los ojos de Wolfgang se enfrentó de nuevo a la oscuridad que exudaban los del gánster. Avanzó hacia él. Podía llegar a tocarlo si estiraba el brazo.

—Annibal Scorpio, queda usted detenido por tenencia ilícita de armas en lugares públicos.

Capítulo 11

El silencio propio de los cementerios desgarró una enorme grieta entre ellos, mancillado por el resonar de las gotas contra la ciudad.

—Tiene derecho a guardar silencio, cualquier cosa que diga puede ser utilizada en su contra en un tribunal...

—¡Hijo de puta, no puedes detenerme por eso! —le interrumpió Annibal. Retrocedió un paso y quedó a escasos centímetros de la puerta cerrada. Su voz grave se fundió con los truenos de la tormenta implacable. Tragó saliva.

La gente contemplaba la escena a través de los grandes ventanales de Il Colosseo, aunque el ángulo solo era visible para unos pocos morbosos afortunados. Los pocos que se encontraban en la calle satisfacían su curiosidad desde los porches de algunas tiendas.

—Claro que puedo. Rickman, espósele.

El detective se aproximó a Scorpio y le puso de cara a la puerta a la fuerza, arrebatándole la Desert Eagle. El detenido se revolvió. Jones tuvo que intervenir para ayudar a su compañero, evitando así que el traficante le golpeará. A pesar de su fuerza, entre los dos consiguieron reducirle. Sawyer se acercó a recoger el arma incautada. Después Rickman agarró la mano izquierda de Annibal y encerró su muñeca en uno de los extremos de los grilletes. Cuando le cogió la derecha y la acercó a la otra, Annibal gruñó. Sintió un daño atroz carcomiendo sus heridas. Se encogió a causa del dolor, y se quedó fuera de combate durante unos segundos. Llegó incluso a pensar que se le habían saltado algunos puntos. Llevaba casi dos semanas con ellos y el doctor estaba a punto de quitárselos...

No tenía tiempo de compadecerse de sí mismo.

Fue de este modo como los otros tres policías comprobaron la teoría del sargento. Roger se dejó embriagar por el placer secreto

de haberle hecho daño. Terminó de esposarle. Se escuchó el clic metálico. Con la cara apoyada sobre el cristal de la puerta cerrada, Annibal respiraba deprisa. Luchaba más contra el dolor que contra la propia detención.

David Lambert no se había movido y observaba la situación bastante impresionado. Tan solo había colocado la mano sobre su arma de forma involuntaria cuando Roger se había lanzado contra Scorpio.

—Tiene derecho a contactar con un abogado y, si no puede pagarlo, se le proporcionará uno antes de cualquier interrogatorio. —Sawyer no consideraba necesaria esta última parte, pero decidió incluirla en el discurso. Solo había proseguido tras cerciorarse de que Scorpio quedaba inmovilizado.

El siguiente movimiento del sargento fue colocarse en el lado izquierdo del detenido. Le sujetó por ese mismo brazo. El detective Rickman hizo lo propio con el derecho. Le dieron la vuelta. Empezaron a caminar, arrastrándolo con ellos. Que Scorpio estuviese herido suponía una ventaja. De no haber sido así, Wolfgang estaba seguro de que la resistencia se habría triplicado.

—Jones, ¿dónde han aparcado?

Ella señaló el otro lado de la calle. Debían cruzar y bajar unos treinta metros. Sawyer localizó el vehículo a lo lejos. Abandonaron el cobijo del porche del restaurante y se aventuraron a la lluvia, que no les ofrecía ninguna tregua. Antes de que terminaran de cruzar la carretera, ya estaban calados.

Durante toda la trayectoria, fueron muchos los indiscretos que contemplaron la escena como si de una película se tratase. La gente conseguía desvincularse del suceso real para observarlo por mero entretenimiento. Incluso los vehículos que circulaban por allí ralentizaban su marcha. Annibal caminaba con la cabeza agachada y el cuerpo ligeramente encogido, pues el dolor no le dejaba erguirse por completo. Con las manos esposadas a la espalda, la posición le atormentaba. Notaba ambos apósitos adherirse a su cuerpo bajo la camiseta negra cada vez más mojada.

Llegaron al lugar de estacionamiento del coche patrulla. Los cinco estaban empapados. Jones desactivó el cierre centralizado y le indicó a Lambert que abriera la puerta trasera. Sawyer puso la mano sobre la cabeza de Scorpio y le obligó a bajarla. Lo empujó a los asientos. Luego cerraron la puerta. Annibal intentó acomodarse en aquel lugar incómodo. Trató de no tocar la gran lámina de plástico casi irrompible que separaba los asientos delanteros de los traseros. Sus lesiones le estaban provocando un dolor tan intenso que se estaba mareando. Cerró los ojos, respiró hondo y se centró en combatir las estocadas internas. Apenas podía pensar. Las ideas se agolpaban en su mente entre punzadas lacerantes. Atinó a ver cómo el policía más joven ocupó el lugar del copiloto. Roger conduciría. Le provocaba repulsión compartir el mismo aire con él. No se molestó en intentar averiguar qué hacían los otros dos.

Le ardía el pecho. Le ardía la espalda. Le ardía el hombro.

El detective puso el coche en marcha y abandonaron el lugar.

—¿Vas cómodo ahí detrás?

El regodeo de Roger resultaba evidente. Le gustaba, le encantaba el giro de los acontecimientos. Saboreaba la forma en que habían cambiado las tornas después de que Scorpio le hubiese ridiculizado en el restaurante. Ahora, para su deleite, tenía a ese hombre en los asientos traseros del coche patrulla, detenido y esposado. Sin duda, comentaría aquella jugada maestra con el sargento.

La tormenta castigaba, inclemente, los cristales del coche.

Annibal no respondió. Sabía que aquella forma agresiva que el policía empleaba al conducir no era algo fortuito. Los frenazos y la brusquedad de las curvas eran premeditados. Era en esos momentos donde él perdía el equilibrio y acababa golpeándose contra el panel de plástico o contra la puerta lateral. Ningún cinturón de seguridad le protegía.

Maldito hijo de puta.

—¿Cómo te hiciste eso? ¿Te caíste haciendo escalada? —El conductor continuaba con sus provocaciones sin esperar realmente

una respuesta. Disfrutaba.

Silencio.

Roger mantenía la vista al frente con una sonrisa triunfal. Lambert miró al detective y después bajó la visera situada sobre él en el techo. Se asomó al pequeño espejo que esta contenía. A decir verdad, no se atrevía a mirar hacia atrás directamente. Pudo ver parte de la cara del hombre apresado tras el grueso plástico. El ocupante trasero mostraba el ceño fruncido. Las finas arrugas entre sus cejas nublaban su expresión. David se percató de que, de vez en cuando, una mueca de dolor cruzaba su semblante impasible. También se detuvo en su ojo izquierdo, aquel cruzado por una cicatriz que comenzaba en la frente y descendía hasta la mejilla. *Eso debió de doler*, pensó Lambert arrugando la nariz. Scorpio entonces alzó los ojos y se encontró con los azules del joven a través del espejo. David apartó la mirada de inmediato. Colocó la visera en su sitio.

—¿Ahora no abres la puta boca? —insistió Roger. Recordaba el momento en el que le había mandado callar en el restaurante.

Lambert volvió a mirar de reojo a su compañero. No estaba cómodo con ese tipo de comentarios. Su experiencia no era tan amplia como la del detective, pero le había quedado muy claro que el de atrás era un tipo peligroso, así como el mundo en el que se movía. No comprendía muy bien qué era lo que conducía a Roger a querer buscarle continuamente las cosquillas a Scorpio. ¿Era una conducta propia del triunfo o se estaba dejando llevar por algo más personal? No creía, bajo su humilde opinión, que aquello beneficiara en nada. Podría terminar repercutiéndole a él. Pero no dijo nada. Tenía ganas de llegar de una vez a la comisaría. No faltaba mucho.

Annibal centraba la vista más allá del cristal para aliviar su malestar físico y mental. Habría sido inútil tratar de librarse de las esposas, así que ni lo había intentado. Y, en el improbable caso de que lo hubiera conseguido, le reducirían otra vez. No había escapatoria. Tenía la esperanza de que liberaran sus manos en comisaría, o, al menos, de que le esposaran con los brazos hacia

delante. La zona herida le estaba haciendo pasar un viaje insoportable y, pese al bochorno exterior, tenía frío a causa de la ropa mojada.

Reflexionó acerca del motivo de la detención. No importaba cómo se lo plantease, le resultaba ridículo, imposible de sostenerse. El cabrón de Sawyer podría haberle detenido en cualquier otro momento y en cualquier otro lugar si sabía que iba armado. ¿Por qué ahora? ¿Porque no habían podido sacar nada en claro en el restaurante? Una absoluta sandez. Había conseguido sortear a la justicia en otras ocasiones y acusado de asuntos más graves, aquello era ridículo. Y no parecía muy propio de Sawyer realizar una detención con un fundamento tan pobre. Pero allí estaba, al fin y al cabo, maniatado en manos de la policía.

La comisaría pronto se materializó delante de ellos envuelta en la neblina blanca formada por la lluvia tan intensa. Annibal podía hacerse una idea de cómo serían las horas que le quedaban por delante. Se obligó a mantenerse tranquilo. Si Sawyer tiraba de los hilos, él recurriría a los suyos.

—Fuera —ordenó Roger una vez hubo aparcado y abierto la puerta trasera más cercana al detenido. No tenía intención alguna de ayudarle a salir, pero sí se encargó de sujetarle del brazo derecho cuando estuvo de pie. Indicó a Lambert que procediera a hacer lo mismo con el otro.

A pesar de las circunstancias, Annibal habría sonreído si el dolor se lo hubiese permitido. La forma en que Roger le trataba significaba, a su juicio, que algo debía de estar haciendo bien. Grabaría muy bien en su mente todo lo que ese tipo le hiciera.

Scorpio era más alto que los dos policías, pero estos le conducían sin problemas. El hombre esposado se preguntó si la situación hubiese sido distinta si la herida de bala no le estuviese limitando. No parecía que les preocupara mucho el trato que le daban. Era una falta de respeto. No diría nada, no se quejaría. Ni siquiera cuando la posición con las manos detrás contraía su espalda y le producía dolorosas descargas. No les daría ese gusto.

Durante la trayectoria desde el coche patrulla hasta el edificio, los tres hombres volvieron a mojarse bajo los hostiles nubarrones grises de tormenta. Y dentro de la comisaría fueron muchos los pares de ojos que cayeron sobre Scorpio, atónitos algunos de ellos. Era un criminal con renombre dentro del cuerpo de policía. Al célebre recién llegado no le hizo falta mirar a Rickman para saber que se henchía de orgullo como si fuese un estúpido pavo. Mantenía la vista al frente, encontrándose con una extraña selva de uniformes anónimos.

Le guiaron a la fuerza por una red de pasillos laberínticos hasta terminar en una sala apartada situada al final de un largo corredor. La iluminación artificial blanquecina le daba la bienvenida a Annibal como la morgue recibe a un cadáver: fría, silenciosa, obligada. Era la primera vez que pisaba aquella comisaría. Aquella habitación era la antesala de lo que el hombre creía que sería la sala de interrogatorios. Se equivocaba. Un agente custodiaba el interior. Roger le comunicó que a partir de ahí se encargaban ellos dos, instándole a marcharse. El policía no tardó en obedecer. Cruzaron la siguiente puerta, que los condujo a un cuarto algo más amplio. Relucientes barrotes convertían parte de la estancia en una zona de encarcelamiento. Se trataba del calabozo. Tenía que haberlo imaginado.

—Quítale las esposas —le instó Rickman a Lambert. Se había colocado frente a Scorpio.

El joven rubio tomó la pequeña llave que las abriría y la introdujo en las diminutas cerraduras. Liberó así las manos del cautivo.

—Si se te ocurre hacer alguna gilipollez, te parto la cara.

Annibal le miró fijamente y sin responder una vez más. Movié los brazos despacio hasta devolverlos a su posición natural. Fue un proceso doloroso después de tantos minutos con los músculos contraídos. El esfuerzo amenazaba con afectar a su respiración y necesitó controlarla. Sus muñecas también se habían resentido, enrojecidas.

—Atento, Lambert.

Rickman alzó los brazos de Annibal sin miramientos hasta que casi quedaron en cruz. El detenido cerró los ojos en un acto reflejo. Sin más alternativas, se propuso soportar la situación con toda la dignidad que pudiera conservar. El detective empezó a registrarle, iniciando su recorrido precisamente por los brazos. Presionó con brusquedad la zona que sabía que tenía dañada y se regocijó en las señales de dolor que encontró en sus ojos, hasta el momento inexpresivos sobre él. Roger después descendió por los costados y por las piernas sobre las prendas mojadas por la lluvia. Le sustrajo todo lo que encontró en los bolsillos de los vaqueros: el teléfono móvil, la cartera, el paquete de tabaco, el mechero, las llaves. Estaba desarmado desde la escena en la puerta del restaurante, no halló ninguna otra pistola. Roger sonrió al comprobar que las únicas armas de las que podría valerse contra él eran sus propias manos, y no estaba en condiciones de hacer uso de ellas.

—Adentro. —El detective le señaló la celda con desprecio.

Scorpio cedió de nuevo. La puerta metálica chirrió al cerrarse. Los barrotes, que nacían en el techo y se hundían en el suelo, le impedían abandonar ese habitáculo rectangular que únicamente recogía un camastro y un retrete en la otra esquina. Entonces, ambos policías se marcharon y le dejaron solo, no sin que Roger le dedicara un último gesto triunfal. Así, Annibal se quedó de pie en mitad de la pequeña prisión. Las heridas de la parte superior derecha de su cuerpo se negaban a darle descanso. Sudaba.

Se preguntó en qué maldito momento las cosas se habían torcido tanto.

El motivo de la detención era una estupidez absoluta comparado con lo que él solía hacer, todavía era reacio a creer que aquello de verdad estuviera sucediendo. ¿Se podía detener a alguien por el motivo que Sawyer había alegado? Tal argumentación apenas se sostenía con pinzas, no podrían hacer nada contra él. Pero ahora que se encontraba bajo arresto, la policía movería cielo y tierra para buscar algo real de lo que acusarle. Una de las últimas veces que lo habían detenido había tenido lugar hacía muchos años, y había

acabado en la cárcel. En las siguientes, después de que saliera a los veintidós años, se había librado gracias a los contactos que había hecho en prisión. Entre ellos, su actual abogado, Jay Settle. Poco a poco, fue reforzando este escudo mediante la compra de distintos miembros de la justicia y cuerpos de policía. Pocas comisarías había pisado desde aquellos tiempos. Hasta ese día.

Miró a su alrededor. La cama era estrecha y las sábanas estaban tan gastadas que habían adquirido un color amarillento. El colchón parecía tan machacado como los muelles que se dejaban adivinar a través del tejido. El retrete parecía limpio, pero el ligero olor a cañerías le hacía plantearse seriamente si hacer uso de él en algún momento.

Joder.

Se sentó al borde del catre mugriento. El colchón era más firme de lo que se apreciaba a simple vista. Se inclinó hacia delante y apoyó los codos en las rodillas. Volvió a hacerse daño, pero, después de las últimas horas, apenas era significativo. Al menos ahora podía tolerarlo. Trató de dejar la mente en blanco. Haber caído en manos de los policías cuando solamente había pretendido comer en un maldito restaurante no se lo ponía especialmente fácil. No tendría problemas para pagar cualquier tipo de fianza que le impusieran, eso no le preocupaba. Y Jay era un abogado tan bueno que tampoco le inquietaba su defensa. Pero desconocía lo que Sawyer y sus esbirros tenían en mente.

Se tumbó. Tal vez esa gente tardara en regresar y quería descansar. La espalda comenzó a protestar y era difícil encontrar una postura que calmara las molestias. Con todo el maltrato que la zona herida había sufrido ese día, el escozor agotador no sería indulgente con él. Permanecía boca arriba con el brazo derecho estirado y el izquierdo apoyado en la frente por el dorso de la mano. Le incomodaba la ropa humedecida, especialmente la camiseta. Cerró los ojos.

Roger caminaba hacia el despacho de Sawyer saboreando la victoria, incluso cuando no se podía atribuir el mérito de la misma. David caminaba en silencio a su lado. El detective sentía muchas cosas en lo que a Scorpio se refería, y remordimiento no era ninguna de ellas. Sin embargo, parecía que no ocurría lo mismo con su joven compañero. Ya se acostumbraría, pensó. Estaba seguro de que le terminaría cogiendo el gusto a dar lecciones a cabrones como Scorpio, al igual que él.

Un policía se acercó a ellos para preguntarles lo que media comisaría estaba deseando, pero Rickman decidió que no era el momento.

Cuando llegaron a la puerta de la dependencia, la golpeó con los nudillos. Recibió una invitación a entrar.

—Ya me ha comentado Farrell que han llevado a nuestro invitado a sus aposentos —dijo Sawyer cuando los dos hombres tomaron asiento junto a Jones, en frente de él. No era un comentario propio del sargento, pero tampoco era usual lo que había ocurrido esa tarde—. ¿Se ha resistido mucho?

—Más bien nada. Sabe que está jodido.

—No se fíe. Scorpio tiene mucha sangre fría, no va a aceptar esto sin más. Mejor estar prevenidos —apuntó Sawyer. La Desert Eagle requisada reflejaba la luz de los halógenos situados en el techo. La había colocado encima de la mesa, en el centro.

—No ha dicho nada en el coche durante todo el camino. Ni siquiera cuando le hemos encerrado —dijo Lambert.

—Le he registrado, no tenía más armas. Tampoco ha opuesto resistencia. Lo que sea que tenga en el brazo lo ha amansado. Va a estar un rato sin moverse.

—¿Le habrás quitado los grilletos? —preguntó Catherine.

Conociendo a su compañero, Jones veía perfectamente posible que se le hubiese «olvidado» ese detalle. Fuera quien fuese el que se encontraba al otro lado de las rejas, había una serie de protocolos que debían respetarse. Ella solo se interesaba porque estos se cumplieran. Pero, por alguna razón que no supo

especificar, recordó la visita a la casa de Scorpio, aquella en la que acudió sola para advertirle de la amenaza bajo la que se encontraba el Lobo. Tal evocación la perturbó. No estaba orgullosa de haber desobedecido a su superior, pero seguía considerando que había hecho lo que su moral le había pedido. Entonces, ¿por qué se molestaba?

—Si te digo la verdad, me habría gustado dejárselos puestos, pero no me van ese tipo de rollos. ¿Y a ti, Cathy? —rio Rickman. Estaba de muy buen humor.

—Eres idiota, Roger —soltó ella. Notó, sobre la piel de las mejillas, cómo el rubor la traicionaba. No comprendía qué era lo que le había impulsado a decir aquello y, de pronto, empezó a encontrarse muy incómoda. Por un momento tuvo la tentación de abandonar el despacho, pero se mantuvo en la silla. Fulminó al detective con la mirada.

—¿Qué? Cómo te pones, ¿no? Era una broma —protestó Roger. Se encogió de hombros.

—Pues no tiene gracia. —Catherine se cruzó de brazos.

—Si sabemos aprovechar lo que hemos hecho hoy, podríamos avanzar en la investigación. Pero será bastante difícil si ustedes se comportan como si estuviesen en la guardería —les increpó el sargento.

—¿Cómo sabía que llevaba una pistola? —se interesó David. Intentaba centrar la atención en lo que les concernía, aunque tenía que reconocer que se moría de curiosidad por conocer la versión de Sawyer acerca de lo sucedido.

—No lo sabía, pero me apostaría el cuello a que Scorpio nunca sale de su casa sin llevar un arma. Arriesgué y salió bien. —Wolfgang no consideró necesario mencionar lo nervioso que había estado en aquel momento—. Pensé que nos podíamos valer de eso para detenerlo.

—Pues no le salió bien, le salió perfecto. Estoy seguro de que ha ido mejor que si se hubiese planeado con tiempo —opinó Roger, ahora centrado en la conversación.

—Tampoco sabía que la tenía en la espalda. Lo supuse, no había muchos más lugares donde la podría haber llevado. No es un arma pequeña precisamente, e incluso la habríamos visto si nos hubiéramos fijado. Por suerte, no me equivoqué. Habría hecho un ridículo espantoso.

—¿Y cómo se le ocurrió? —preguntó el detective. Su compañera Jones era la única que conocía más detalles, pues había viajado en el mismo coche que el sargento.

—¿Quiere que le diga la verdad? No tengo ni idea. Lo pensé en el acto, tal vez al ver cómo se nos iba a volver a escapar la oportunidad. Me ayudó saber que estaba herido. Y sí, podría haber sufrido un accidente cualquiera, pero ya saben lo que se suele decir: «piensa mal y acertarás». Creí que aquello podría situarle en la escena del crimen, incluso considerando la posibilidad de que él no hubiera intervenido. Esto hay que corroborarlo, claro. Él no diría nada por propia voluntad, pero tal vez aquí consigamos algo más. Rickman, el otro día propuso traerlo a comisaría y lo cierto es que sopesé la idea. No es lo más ortodoxo, pero tenemos que jugar nuestras cartas. Lo de la pistola no es un motivo lo suficientemente sólido como para retener a alguien como él, pero nos dará algo de tiempo.

—Vaya, gracias —se sorprendió Roger.

—Pero sabía que tiene licencia, podría haberla llevado encima —apuntó Jones.

—Arriesgué.

—De todos modos, no imagino a un tipo como él molestándose en llevar el permiso encima —comentó David—. Y estamos en Estados Unidos, ¿quién hace eso?

—Scorpio tampoco hablará aquí, y lo sabe. No abrirá la boca ni aunque le presionemos. Lo que se merece esta clase de gente es que se les aplique ciertos métodos de tortura. No les vendría nada mal.

—¡Roger! —exclamó Jones. A veces se preguntaba cómo era posible que se le permitiera tener placa y pistola a alguien tan

radical, aunque fuese su compañero.

—¿De qué te escandalizas? Son escoria.

—Con esa actitud, ¿qué te diferencia de ellos? —Catherine puso los ojos en blanco.

—A esto me refiero cuando digo que no podemos perder el tiempo —intervino Sawyer, molesto—. Aunque estiremos al máximo el plazo de detención legal, si no trabajamos desde ya, nos estancaremos una vez más.

—¿Y qué es lo que pretende conseguir realmente deteniéndole por llevar armas de forma ilegal? No se le puede encerrar solo con eso. Ya sabe cómo es esto. Se comprueba la licencia, se requisa la pistola si no coincide y bla bla bla —dijo Roger—. Pagaré la fianza y fuera.

—La pistola era una excusa barata para la detención, pero así ya la tenemos en nuestro poder.

—Como si no tuviera más...

—Vamos a ver —suspiró Wolfgang—. Si piensa un poco recordará que tenemos diferentes tipos de proyectiles y casquillos que se recogieron aquella noche. Hablo tanto de lo encontrado por el suelo como de lo extraído del interior de los cadáveres. Cuando recibamos el informe de balística sabremos más acerca de la información interior y terminal, entre otras. —En el primer caso, Sawyer se refería al movimiento de la bala dentro del tubo del cañón del arma desde que fuera impulsada hasta que lo abandonó; en el segundo caso, a los efectos causados por el choque del proyectil—. Será interesante comparar las características de las balas encontradas. Si una sola llega a coincidir con las disparadas por el arma de Scorpio, será nuestro. En especial, si procede de algún cadáver.

—¡Es cierto! La pistola podría convertirse en una prueba fundamental. —Jones miró la Desert Eagle como si se tratase del Santo Grial—. Pero debemos tener algo antes de los tres próximos días. Después de todo este tiempo tras el tiroteo, aún no nos han proporcionado ese informe y hay que hacer las pruebas con esta

pistola también. Si no lo conseguimos, tendremos que soltar a Scorpio.

—Entiendo la carga de trabajo, pero ya nos tendrían que haber dado ese informe. Pediré que se trabaje en ello específicamente. No, Scorpio no puede salir impune si podemos evitarlo —determinó Wolfgang.

—Tampoco estaría de más saber cómo fue herido para poder seguir atando cabos —sugirió Lambert.

—La única manera viable sería un reconocimiento forzoso en el hospital. O que se acercara un médico aquí, pero estoy segura de que se va a negar en rotundo a que le toque —dijo Jones. Todavía permanecía cruzada de brazos en la silla.

—¿Y quién te asegura que en el hospital sí se dejaría? —objetó Roger.

—Llevarle al hospital sería entorpecer la investigación. A pesar de los escoltas, podría intentar algo. Y no digamos ya la gente que trabaja para él. Podrían presentarse allí y liarse a tiros. No creo que se hayan enterado todavía, es muy pronto, pero ya sabemos cómo funcionan estas cosas —argumentó el sargento.

—Pues que se acerque el forense a la celda para examinarlo. Cualquier excusa valdrá. Que le haga lo que tenga que hacerle y que nos diga después qué le pasa exactamente. —David se encogió de hombros.

—No podemos obligarle a que acepte un reconocimiento médico, a pesar de que está dentro de sus derechos. Sería muy interesante confirmar que, efectivamente, fue un arma de fuego lo que le causó la lesión. Pero no va a ser tan fácil. Sea como sea, primero hay que interrogarlo —dijo Sawyer—. Lo demás, con suerte, vendrá solo. O así debería ser. Bueno, basta de malgastar tiempo aquí sentados—. Sawyer se puso en pie y los demás le imitaron—. Lambert, esta vez vendrá conmigo, encargaremos ese informe. Jones y Rickman, vayan a buscar a Scorpio. Llénenlo a la sala de interrogatorios. Si para cuando lleguen no estamos, espérennos.

Así pues, se dividieron en pares.

Catherine y Roger apenas intercambiaron palabras de camino al calabozo. Ella todavía estaba molesta por el comentario poco afortunado de su compañero. Cuando llegaron a su destino, saludaron al encargado de vigilar la estancia desde fuera. Al entrar, la detective comprobó que habían encerrado al detenido en la celda individual en lugar de en la común, esta última situada en otra dependencia. No le sorprendió.

Cuando escuchó la puerta, Annibal no se molestó en levantarse para comprobar de quién se trataba. Ni siquiera abrió los ojos. Aunque el catre no podía catalogarse como algo cómodo, había conseguido encontrar una postura que le permitía descansar sin que las lesiones le machacaran. La tensión se había mitigado poco a poco, estaba más tranquilo.

—Levántate —ordenó Roger sin preámbulos. Le importaba muy poco si dormía, se dijo que aquello no era un hotel. No recibió respuesta ni movimiento por parte del encarcelado. No estaba dispuesto a malgastar ni una gota de su paciencia con ese hombre —. Tal vez tenga que pasar ahí dentro y darte una hostia para que espables. ¡Levántate!

Uno, dos, tres, cuatro, cinco...

Scorpio necesitó reprimir sus impulsos. Debía guardar la compostura, su posición en desventaja era clara. No era fácil, nada fácil, su temperamento ardía ante la menor provocación y ese policía tenía la mala costumbre de poner a prueba su autocontrol. Pero debía actuar con inteligencia. Había cosas que sencillamente no podía hacer en un lugar plagado de policías.

Despacio, tranquilo, sosegado y tomándose su tiempo, se incorporó en el camastro. No tenía ninguna prisa. Fueron movimientos más costosos de lo que le habría gustado, pero consiguió disimularlo. Solo cuando quedó sentado sobre el pobre colchón volvió a escuchar la voz del policía.

—Ponte de pie sin tonterías, Scorpio. Las manos donde pueda verlas. Voy a entrar. Si intentas algo, te parto la cara.

Cuando Roger se aseguró de que el prisionero acataba su orden, se acercó a la celda, introdujo la llave y abrió. A pesar de su autoridad, no podía evitar que le inquietara la posibilidad de que el narcotraficante obrase de forma imprevisible. Llegado el caso, no tendría inconveniente alguno en cumplir su amenaza.

Annibal no se movió cuando la puerta se abrió. Lo único que hizo fue mirar al detective. Después, dirigió la vista hacia la mujer. Era algo decepcionante que Sawyer no se presentara allí en persona, tenía curiosidad por saber si realmente el sargento pensaba que se había hecho con la victoria.

Roger le agarró del brazo derecho con la intención de volver a colocarle los grilletes. Scorpio no esperaba menos y soportó las nuevas molestias. No intentó zafarse. Al menos en esta ocasión había decidido esposarle con las manos por delante. La presión en las muñecas resultaba asfixiante, pero tampoco se quejó. Después, el policía se situó detrás de él y le empujó con la mano sobre su espalda. Annibal respiró hondo y recurrió al temple para continuar manteniendo una imagen de indiferencia. Una vez fuera de la celda, Rickman se situó a un lateral del detenido y su compañera al otro, le sujetaron por los brazos y comenzaron a caminar.

La sala de interrogatorios, situada cerca de allí, no tenía pérdida. Una vez más, Scorpio notó cómo se convertía en el centro de las miradas de quienes poseían placa y pistola. Estas empezaron a sentirse como rocas pesadas. Las ignoró. Miraba al frente con la cabeza erguida, como si esos pasillos no le condujesen a un nuevo examen policial.

Jones abrió la puerta con una llave pequeña una vez llegaron a su destino. El llavero tintineó cuando lo dejó caer de nuevo al interior del bolsillo. Fue la primera en entrar, seguida del invitado y a continuación de Roger. Estaba vacía, lista para su uso. Era una sala tan grande como para albergar a varias personas sin que unas tuvieran que invadir el espacio vital de otras, pero tan pequeña como para impedir la comodidad a lo largo de varias horas. Rickman

ordenó al detenido que tomara asiento en la única silla situada al otro lado de la mesa.

Scorpio obedeció.

El hombre vio que la pared que quedaba de frente a él contenía un gran espejo. Sabía muy bien que este dejaba detrás otro cuarto donde el espejo no era más que un cristal para contemplar lo que allí dentro ocurría. Lo más probable era que estuvieran observándole en ese mismo momento. No fue impedimento para que mirase su propio reflejo. El color negro de la camiseta no daba señales de que esta continuaba húmeda. La tromba de agua también le había empapado el pelo, ahora más seco debido al paso del tiempo en el interior de las dependencias policiales. Despeinado, en cualquier caso. Y estaba tan acostumbrado a su cicatriz que ni siquiera reparó en ella. Sin embargo, ahí estaba, recordándole quién era.

Jones cortó aquella visión al situarse delante y al otro lado de la mesa blanca. Se sentó en una de las dos sillas vacías. Rickman se acercó a él y cogió con decisión la cadena que unía las manos de Scorpio, subiéndolas encima de la mesa con brusquedad. Enganchó los eslabones al saliente de una placa metálica previamente preparada. De este modo, el chico quedó encadenado a la superficie de la mesa. No había huida posible. Luego, el detective se colocó de pie al lado de su compañera.

Tras largos segundos de rígido silencio con olor a antiséptico, se abrió la puerta. Sawyer atravesó el umbral acompañado del joven policía que había conocido aquel día. El de mayor rango, una vez dentro, cerró la puerta cuidando de no hacer ruido. Después, se sentó en la silla libre situada a la derecha de Catherine. Lambert se situó a un costado de Roger.

Wolfgang extendió los brazos sobre la mesa y entrelazó los dedos. Miró fijamente al esposado, quien permanecía ligeramente inclinado hacia delante. Otra postura resultaba más complicada con las manos sujetas a la mesa. Scorpio sostenía esa mirada eléctrica.

Parecía que la temperatura había descendido un par de grados en el interior de aquella sala.

—Le recuerdo que tiene derecho a guardar silencio y a no hablar sin la presencia de un abogado. No obstante, si yo fuese usted, hablaría. —Fue el de mayor edad el que abrió una grieta en el glaciar que los separaba.

—Pero yo no soy tú, Sawyer. Por suerte —respondió Annibal. Era la primera palabra que emitía desde que abandonaran el porche del Il Colosseo. Su máscara camuflaba nuevamente la inquietud—. No se te da bien amenazar, no te pega. Confío en no tener que molestar a mi abogado por una estupidez como esta, tiene mejores cosas que hacer que perder el tiempo contigo. Aunque es posible que tengáis noticias de él después de que salga de aquí.

—Le veo muy seguro de que saldrá de aquí —comentó Sawyer. Algún día, se dijo, desmontaría esa coraza de arrogancia que tanto le enervaba. Mantuvo la calma.

—Saldré de aquí. ¿De verdad crees que el motivo de la detención es suficiente como para mandarme a la cárcel? —Scorpio abandonó la prudente y falsa formalidad para adoptar una actitud insolente—. Lo único que vas a conseguir con esto es buscarte un problema importante conmigo. Y hacer el ridículo, aunque supongo que ya estáis acostumbrados a eso. Para verme en prisión hace falta mucho más que tus ganas.

—Sabe que esta conversación está siendo grabada, ¿no?

—Sí. No estoy diciendo nada que no volvería a repetir.

—Usted mismo. —Sawyer se mordió la lengua—. ¿Dónde estaba el martes diez de julio por la noche?

—Ya entiendo. —Annibal perfiló una media sonrisa—. Demasiado previsible. Qué extraño es un interrogatorio por «tenencia ilícita de armas», ¿verdad? Si me deteníais con esa excusa, yo no tendría más remedio que escucharos aquí. A la fuerza. —Sacudió las manos para hacer ruido con la cadena—. No os basta con darme por culo un día sí y otro también.

—Eso es lo que harán contigo cuando te metamos en la cárcel —se entrometió Roger. Entornó los ojos.

Scorpio regresó a la seriedad de golpe. No respondió. Sus ojos abandonaron a Sawyer para centrarlos en Rickman, quien le sonreía altivo. Un recuerdo lejano irrumpió en la mente del detenido y casi pudo escuchar el sonido del agua caer contra la fría baldosa. Evocó el olor a humedad de las tuberías. Un escalofrío desagradable erizó la piel de sus brazos. La sala de interrogatorios desapareció durante milésimas de segundo.

—¿Qué esperaba, que iba a salir impune después de todo lo que hace, de la vida que lleva? —prosiguió Wolfgang. No tenía intención de reprender a Roger.

—¿Y qué vida llevo? —Annibal volvió a centrar la atención en su inquisidor.

—Dígame usted. Aquí todos lo sabemos.

—Los jueces no opinan lo mismo —se defendió el hombre, seco—. Hazles caso, tienen más poder que tú.

—No se preocupe por eso, cambiarán de opinión.

—¿Preocupado? Estoy muy tranquilo. ¿Y tú, Sawyer? ¿Estás tranquilo?

—No es usted quien hace las preguntas aquí. Límitese a responder —le cortó el sargento. Notó cierta rabia ascender desde el estómago hasta la garganta. No le amedrentaba tal impertinencia. No le pasaría por encima. No esta vez—. ¿Dónde estaba el martes diez de julio por la noche?

—En mi casa.

—¿Qué estaba haciendo en su casa?

—Ver la televisión.

—Espero que tenga en cuenta que mentir a la autoridad es un delito —le advirtió Sawyer. No creía ni una palabra, pero de momento no tenía nada con lo que argumentar que mentía.

—Soy muy consciente.

—¿Cuándo se enteró de que había tenido lugar un tiroteo donde varios de los hombres que trabajaban para usted habían muerto?

—¿Acaso importa?

—Responda.

—Es curioso lo peligroso que puede ser el negocio de alquiler y venta de coches —comentó Annibal mientras alzaba las cejas. Unas esposas no le harían hablar.

—¿Se cree usted gracioso? —La voz de Wolfgang sonó más dura. Sabía que el narcotraficante también estaba al mando de una serie de negocios legales que le cubrían las espaldas.

—No soy yo el payaso. —Scorpio se había vuelto a escudar tras un gesto impenetrable. Entrecerró los párpados.

—¿Cuándo se enteró de las muertes acontecidas en el tiroteo del martes diez de julio por la noche?

—No tengo nada más que decir.

Lo primero que había determinado Annibal cuando le hubieron conducido allí había sido no hablar, pero había encontrado irresistible contestar a Sawyer. Ya se había divertido bastante, si es que aquello se incluía en la definición de diversión. Inclino la cabeza hacia atrás unos centímetros. Pensaba que la sucia estrategia de los policías era patética, y se habría reído si no fuese porque habían conseguido detenerlo igualmente.

—¿Lo que le ocurre en el brazo tiene algo que ver con el tiroteo?
¿Le hirieron allí?

No hubo respuesta. Scorpio sabía que no podía dar más pistas, debía controlar incluso el lenguaje no verbal.

—¿Sabe cuál podría ser una prueba convincente? Si echamos un vistazo a su lesión podríamos llegar a unas cuantas conclusiones. Como, por ejemplo, que no es tan intocable como piensa.

Annibal no se movió ni un ápice. El maldito Sawyer había conseguido pulsar la tecla que disparó sus nervios. Si le inspeccionaban verían que esa herida tenía un orificio de entrada y otro de salida, y no cabría duda de que iban a situarle en el tiroteo. Y, aunque podría haberle ocurrido en un contexto distinto, tendrían lo que buscaban. Evidentemente no podían encarcelarle solo por

estar herido, pero sería regalarles un nuevo tanto. No permitiría que le tocaran. Si querían algo, deberían hacerlo a la fuerza, lo que significaría una violación de sus derechos. Sinceramente, no creía que Sawyer, tan recto, optara por esa vía.

Dentro de la sala de interrogatorios parecía estar teniendo lugar una batalla psicológica donde perdería el primero en permitir una concesión. Los cuatro pares de ojos se clavaban en él como si de colmillos se tratasen. Intentaban hacerle sangrar.

—¿Qué tal está Rafael? No encontramos su cuerpo, así que estamos seguros de que sobrevivió al tiroteo. Porque si usted estaba allí, sin duda él también.

Sawyer había optado por hablar dando por hecho la presencia de Scorpio en el muelle cuarenta y siete. Pensó que podría avanzar si utilizaba al hombre de mayor confianza del narcotraficante. Se estaba empezando a impacientar frente a su oponente, quien había adoptado la actitud de una estatua de piedra.

—Déjelo, sargento. Este hijo de puta no va a hablar —se resignó Roger. Se lamentó de que no fuera legal emplear el dolor en estos casos. Lo que más deseaba en ese mismo momento era quedarse en ese cuarto solo con el detenido, sin cámaras.

Con los labios fruncidos, Sawyer sabía que el detective tenía razón. Era ridículo tratar de alargar un interrogatorio que a todas luces era infructuoso. No suponía una sorpresa, pero no podía evitar sentir la impotencia de volver a fracasar en conseguir información. No importaba el contexto, siempre obtenían el mismo resultado. El sargento no veía el momento de recibir el informe de balística, y deseaba con todas sus fuerzas que hubiese concordancias con el arma recién requisada. Estas situarían a Scorpio en la escena del crimen y le señalarían como culpable de al menos una muerte. Pero debía coincidir.

—Muy bien. Vuelvan a encerrarlo.

Catherine se levantó para separar los grilletes del enganche metálico sobre la mesa. Las manos inertes del prisionero no reaccionaron ante aquella libertad parcial. Le hicieron ponerse de

pie. Se vio sujeto de nuevo después de que Rickman se volviera a situar al otro lado sin ningún cuidado. Le obligaron a andar. Sawyer miraba la escena sin moverse del sitio, al igual que Lambert, que se había echado a un lado para facilitarles la tarea a sus compañeros.

Mientras Jones sujetaba las rejas de la puerta de la celda, Roger se encaró a Scorpio. Introdujo la llave en las esposas para despojarle de las ataduras metálicas por segunda vez ese día. Y, aunque no habían obtenido nada más allá de unas malas contestaciones, el policía continuaba de buen humor.

—Das pena. Eres una pérdida de tiempo, ni siquiera tendríamos que haberte sacado de ahí —Rickman señaló la pequeña prisión con un movimiento de cabeza y trazó una sonrisa burlona—. Nos habríamos ahorrado un paseo. Pero no te preocupes, no volverá a ocurrir. Está visto que no abres la boca sin tu pistola. Pierdes mucho, sin ella no eres nadie. Y, da igual lo que creas, no vas a salir de aquí, Annibal Scorpio. —Roger se cuidó de pronunciar ese nombre rezumando desdén—. Te vamos a llenar de mierda hasta el cuello. ¿Qué vas a hacer cuando tengamos pruebas de que estuviste allí? Si las marcas de las balas que tenemos en nuestro poder coinciden con las que hace tu pistola, que lo harán, ¿cuál será tu excusa? ¿Que estuviste viendo la televisión? —La sonrisa se ensanchó hasta el punto de enseñarle los dientes al detenido.

Jones miraba a su compañero con el entrecejo arrugado, impaciente. Nunca había sido muy amiga de tentar a la suerte innecesariamente.

Una luz se encendió de pronto en la mente de Annibal. La aversión que ese estúpido policía sentía hacia él había traicionado su profesionalidad. Estaba seguro de que ni siquiera se había dado cuenta. La rabia que Rickman no había sabido gestionar había hecho que se fuera de la lengua. Era evidente que todo aquello no era más que una farsa, no había sido muy difícil llegar a aquella conclusión, pero hasta el momento solo había pensado que le habían capturado únicamente para interrogarlo. Ahora sabía que esa gente había ido más allá.

Su arma.

La Desert Eagle que había disparado aquella noche ahora estaba en manos de esos cabrones.

Acababa de escuchar que iban a utilizarla para realizar una comparación con el material encontrado en el muelle. Joder, ¿cómo no se le había ocurrido antes? Era cuestión de tiempo que lo señalaran como culpable. Había matado aquella noche. Volverían a encerrarlo en la cárcel.

Annibal se quedó en blanco.

Esa pistola debía desaparecer de la comisaría de inmediato y no tenía medios para ello. El estudio ya habría empezado.

Joder. Joder, joder, joder.

No quería volver a la cárcel, no podía permitírselo. La prisión había sido un lugar determinante para convertirse en lo que era hoy en día, pero no guardaba recuerdos especialmente buenos. Claro que por aquel entonces su nombre no era conocido dentro del mundo del crimen.

El rostro de Annibal delató sus pensamientos.

—Esta vez no te salvará ni tu puta madre —carcajeó Roger, que había percibido el sutil cambio. Retiró las esposas de las muñecas del hombre.

El policía había rebasado una línea sagrada. Scorpio no se lo pensó dos veces. Con un veloz movimiento, le propinó un cabezazo en la cara. Golpeó la nariz de Roger con la frente. Fue un impacto seco. El policía gritó. Annibal fue a llevarse las manos a la cara para cubrir la zona del golpe, pero Rickman fue más rápido. Levantó el puño derecho y lo descargó contra el rostro del detenido, que no esperaba un contraataque. Scorpio perdió el equilibrio y retrocedió un par de pasos. Su espalda topó con la pared, recibiendo una fuerte descarga de dolor. El puñetazo de Roger había abarcado desde el lateral izquierdo de la boca hasta el pómulos. Sintió el sabor de la sangre. Presionó el rasguño del interior del labio con la punta de la lengua.

Los ojos de ambos hombres se enzarzaron en medio de un intenso odio.

Roger se cubría la cara con ambas manos y la sangre se escurría entre sus dedos. Annibal permanecía quieto, víctima de una respiración dificultosa a causa del golpe en la espalda. No pretendía escapar en ese mismo momento. Necesitaba un plan que le sacara del atolladero en el que se hallaba inmerso. Lo que menos le preocupaba era el dolor. Tenía que salir de esa comisaría y hacer desaparecer la prueba que señalaría en su dirección.

Jones soltó inmediatamente la puerta de la celda y se colocó entremedias de ambos. Puso las manos sobre los hombros de Rickman con vistas a tranquilizarle. Fue trabajoso, pues la fuerza física del detective era superior a la suya.

—¡Hijo de puta! ¡Hijo de la grandísima puta! ¡Te acordarás de esto! ¡No saldrás en tu puta vida de la cárcel! ¡Cabrón! ¡Me encargará de que te maten allí dentro! —vociferó Rickman. La sangre continuaba goteando abundantemente desde su nariz, oculta por los dedos. Se estaba empezando a hinchar. La piel bajo los ojos adquiría un tono violáceo poco a poco. Lagrimeaba de dolor. Respiraba por la boca.

Scorpio guardó silencio. No sabía cómo iba a terminar todo eso, pero tal vez no hubiese sido la mejor idea atacar a ese desdichado. En cualquier caso, nadie iba a la cárcel por golpear a un policía.

—¡Ven! ¡Ven si tienes huevos, cabrón! ¡Jones, quita que me lo cargo! ¡Me lo cargo!

Los berridos del detective alertaron al agente que custodiaba la entrada desde fuera, algunos metros más allá. Entró en la estancia con gran rapidez y, nada más evaluar la escena en un par de segundos, agarró a Scorpio de la muñeca derecha. Le redujo colocándosela en la mitad de la espalda. El detenido gruñó, pero no se resistió. No habría servido de nada. Se encogió de dolor. El agente recién llegado le metió en la celda a empujones y luego se colocó a la altura de Rickman. Jones le encargó que fuese en busca del médico. El agente obedeció.

Roger se lanzó contra los barrotes. Agarró uno con la mano izquierda y empuñó su reglamentaria con la derecha. Apuntó al pecho de Scorpio, resollando. Estaba casi desquiciado.

—¡Te voy a reventar la cabeza! —gritó—. ¡Hijo de puta, te acordarás de esto!

—Basta, Roger. —Catherine procuró utilizar un tono sosegado, pero los nervios eran más fuertes—. Hay cámaras.

—¡Me importan una mierda las cámaras! ¿Tú has visto lo que me ha hecho este cabrón? —bramó su compañero. No podía apartar la vista de su objetivo. Su dedo índice temblaba sobre el gatillo.

—A mí sí me importan. Estás poniendo en juego tu puesto de trabajo. Te ha pegado y se lo has devuelto, no merece la pena. Vamos, hay que mirarte eso —sentenció la mujer.

El tono conciliador surtió efecto en Roger. Se separó de las rejas y guardó la pistola. Murmuró algo para sí mismo y se marchó hacia la puerta sin esperar a Catherine. Dio un portazo.

La detective suspiró aliviada. Había llegado a estar segura de que presenciaría un asesinato. El carácter demasiado impulsivo de Roger le había impedido inhibir la respuesta al recibir el golpe. Cualquier otro habría hecho lo mismo, a decir verdad. No quería pensar en lo que habría ocurrido si ella no hubiera intervenido. Ni mucho menos pretendía disculpar a Scorpio, pero si su compañero hubiese cedido al impulso, probablemente no habría sido el trabajo lo único que habría perdido. Se lamentó de que Roger no supiera controlar la boca. No solo le había costado una rotura de nariz, sino que también había revelado parte de las intenciones de la policía. Eso sin hablar de las posibles consecuencias que podría acarrear meterse en problemas con ese tipo de gente. Se dijo que Rickman todavía debía de pensar que la placa le hacía inmune ante cualquier situación. Eran criminales familiarizados con ejecuciones, algunas llevadas a cabo de tal forma que nunca se asocian a los verdaderos autores.

Un estremecimiento afilado surcó la espalda de Jones.

La mujer le dirigió una última mueca hostil antes de darse la vuelta para abandonar el calabozo. Vio a Scorpio sentado en el borde de la cama e inclinado hacia delante. Catherine se preguntó por qué no había contraatacado después de recibir el rechazo de Roger. Mejor así, sin duda alguna. Se encaminó hacia la salida.

—Eh, Jones —la llamó Annibal cuando esta fue a abrir la puerta. Sintió molestias en la mandíbula al hablar, pero ya no le sangraba el labio.

—¿Qué quieres? —respondió ella bruscamente. No se giró, le miró por encima del hombro.

—Ven un momento.

—¿Después de lo que has hecho?

—Has visto muy bien lo que ha pasado —comentó el chico sin alterarse.

—No te excusa, Annibal.

—No me estoy disculpando, Jones. Acércate.

—Te escucho desde aquí. —Se cruzó de brazos mientras se planteaba si aquella era alguna treta de la que tenía que cuidarse. Estaba a la defensiva.

—No voy a comerte —aseguró él. Sonrió al recordar la tarde en la que esa mujer se acercó a su casa a advertirle acerca de la amenaza que se cernía sobre el Lobo. La magulladura tiró de la piel de su mejilla izquierda.

—¿Qué quieres? —insistió la policía. Se acercó unos pasos, dubitativa. A pesar de que habría preferido mantenerse firme en su decisión, pensó que era mejor demostrarle que no le acobardaba.

—Hacer una llamada.

—No estás en posición de pedir.

—Gilipolleces. Sabes que tengo derecho a una llamada, y yo también.

—Llamarás cuando se te permita, si es que se te permite. — Catherine estaba cansada de que Scorpio quisiera tener siempre la última palabra, siempre algo que responder.

—Estás violando mis derechos, otra vez. —Annibal se levantó, obligado a disimular las pequeñas dificultades. Se dirigió hacia los barrotos y cerró las manos en torno a dos de ellos. Ella no reuló ni borró el desafío de su expresión. El hombre desvió la mirada a una de las esquinas del cuarto para luego regresar a la mujer—. Hay cámaras.

—Las mismas que te han grabado agrediendo a un policía.

—Las mismas que han grabado a un policía agrediendo a un detenido. Y que grabarán cómo me niegas la llamada.

—No registran el sonido —se defendió Jones. Maldijo para sus adentros. ¿Había atacado Scorpio a su compañero porque había previsto su reacción, consiguiendo así un argumento? Su rostro se endureció.

—Mi abogado conseguiría fácilmente personas muy competentes en el arte de leer los labios. Si hubiera que recurrir a la grabación, no saldrías muy bien parada. —Miró de nuevo a la cámara y le dedicó una media sonrisa, que no borró al centrarse otra vez en Catherine. No se sentía tan seguro como demostraba—. Si quieres, puedo hacerlo más fácil todavía.

Scorpio levantó el brazo izquierdo y señaló el teléfono sujeto a la pared situado cerca de la celda. A continuación, apuntó a la detective con el dedo, después a sí mismo y finalmente hizo un gesto de negación. Despacio, sin aspavientos. No pedía la llamada por impulso, sino que había estado sopesando sus posibilidades en cuestión de segundos desde que supo el motivo real de su presencia allí. Debía aprovechar el tiempo que había ganado tras golpear al imbécil de Roger, incluso cuando la intención primera no había sido aquella. No podía demorarse más, la investigación podría haberse iniciado ya. Necesitaba que Jones activara el teléfono.

Catherine le miró fijamente durante unos segundos. Empezaba a entender a Roger. Le sacaba de quicio que el hombre tuviera razón. ¿Qué debía hacer? Tenía derecho a esa llamada. Era demasiado tentador marcharse sin concedérsela. Pero no lo hizo, su sentido del

deber se lo prohibió. Molesta, se acercó al teléfono y lo habilitó. Descolgó el auricular y se lo facilitó al detenido de mala gana.

—Tienes dos minutos. Si no has acabado para entonces, cortaré la línea.

La policía no pensaba abandonar el calabozo hasta que hubiese cumplido su amenaza. Se apartó más de metro y medio del teléfono, apoyó la espalda en la pared y se cruzó de brazos.

A Scorpio no le preocupaban esos dos minutos, tendría más que suficiente. Debía ser conciso, no habría una segunda oportunidad. Como pudo, alargó el brazo izquierdo fuera de los barrotes y marcó el único número al que podía recurrir si quería resultados. Los dígitos permanecían grabados en su memoria. En circunstancias normales habría sido más sencillo emplear la diestra, pero lo había descartado. Cogió el auricular y se lo colocó en la oreja. Mientras sonaban los tonos de llamada, su mente trabajaba a una velocidad vertiginosa.

Vamos, vamos, vamos.

Si no le respondía, todo se complicaría enormemente. Y la situación ya era demasiado complicada. Estaba impaciente. No creía que la severa mujer le concediera un segundo intento. Se hizo daño al morderse el labio inferior de modo inconsciente.

—¿Diga?

—Lobo...

—¡Annibal! ¿Qué número es este? A buenas horas respondes. Son las nueve y llevo llamándote al móvil desde hace dos horas y media. Necesito que...

—Escúchame, no tengo tiempo. Me han detenido.

—¿Qué? —Rafael no pudo esconder la alarma en su voz. Tardó un par de segundos en proseguir—: ¿Qué ha pasado?

—Ya hablaremos, ahora da igual. —Scorpio miró de reojo a la detective, quien le vigilaba en todo momento—. Me han quitado la pistola y todo lo demás. —No enfatizó el arma para no levantar sospechas, pero deseó con todas sus fuerzas que su amigo supiera leer entre líneas y captara la gravedad que eso suponía—. Habla

con Jay, ya sabes... —Pero no continuó la frase con «lo que tienes que hacer», no era necesario y sí peligroso para sus planes. Evitaría dar pistas a la policía en la medida que pudiera. No tenía otro modo de indicarle al Lobo lo que tenía en mente, pero confiaba en su capacidad intelectual. Aquellos mensajes eran más cifrados que de costumbre. Cerró los ojos—. Espero noticias.

Capítulo 12

Rafael consultó el reloj: las seis y veinte de la tarde. Habían transcurrido cinco minutos desde la hora acordada. Consideraba la impuntualidad una falta de respeto, y él mismo la evitaba. Aun así, en cualquier otro momento podría haber sido más comprensivo, pero no ese día. Esperaba sinceramente que esos dos tuviesen una buena excusa más allá de la labor que les había encomendado, pues esperaba de ambos que dieran la talla. Y lo peor no era que llegaran tarde, sino que le harían llegar tarde a él. Molesto, miró al sentido de la carretera por donde tendría que verlos aparecer.

Un coche.

Otro más.

Resopló, impaciente. Volvió a mirar la hora. Era inaceptable. Cogería el *smartphone* del bolsillo de los vaqueros y les diría un par de cosas a esos irresponsables. Pero no llegó a marcar. Un vehículo negro se detuvo a su lado tras un brusco frenazo. Los neumáticos dejaron un breve rastro en el asfalto. El Lobo levantó la vista del teléfono y comprobó que eran sus hombres. Su estado de ánimo no mejoró. El conductor le señaló el asiento del copiloto.

—¿Sabéis lo que significa ser puntual?

—Perdón —fue lo único que atinó a decir el chico del volante.

—¿Perdón? La próxima vez que tengáis una orden y no la cumpláis a tiempo, vamos a tener más que palabras —advirtió el Lobo. La pronunciación fue suave, sin levantar la voz, pero cargada de una frialdad propia del invierno.

Ninguno de sus dos nuevos acompañantes se atrevió a responder.

Ambos respetaban mucho a su jefe directo. Los dos hombres jóvenes trabajaban para él desde hacía unos dos años. Al principio se dedicaban a cumplir tareas de poca relevancia y de un modo

esporádico, pero ahora recibían encargos con más asiduidad. Por supuesto, eran conscientes de la gran relevancia del Lobo en la organización de la que formaban parte, aunque nunca les había permitido relacionarse con la élite. Así, conocían el gran nombre del hombre que dirigía desde la cúspide, pero nunca le habían visto en persona. Sabían de él lo que se escuchaba por ahí, y el Lobo nunca había resuelto sus dudas. Eran círculos a los que simplemente no podían acceder.

Pero no les iba mal. De hecho, todo lo contrario. Recibían cuantiosas remuneraciones y el Lobo los trataba bien. Era un buen jefe. Tenían la esperanza de que llegara el día en el que este les mostrara más confianza y les abriera las puertas al núcleo de la banda organizada. Complicado, pero no imposible.

—Espero que hayáis cumplido con lo que os pedí —continuó Rafael. No era un hombre de muchas palabras y, sin embargo, los otros hablaban aún menos. La presencia de su jefe los intimidaba. No era algo que le halagara especialmente—. Cuando se os manda algo, se espera de vosotros que lo hagáis de inmediato. Creo que os he dado tiempo suficiente como para que no llegarais tarde. Un cuerpo no puede quedarse horas en un maletero, sin contar la peste que se queda durante un tiempo. Joder, si tenéis pensado seguir utilizando este coche ya podéis darle una buena mano de limpieza. Y cuando vengáis a recogerme otra vez, por dios, que no sea con este maldito olor. —Parecía estar dirigiéndose a dos principiantes. Arrugó la nariz—. ¿Dónde lo enterrasteis? Espero que al menos no os viera nadie.

Una vez más, sin respuesta.

Samuel Moore, el conductor, era un hombre de veintiséis años de pelo oscuro y cejas pobladas. En su rostro se podía observar la oscura sombra de la barba incipiente. Era el más bajo de los tres ocupantes del vehículo. Concentrado, miraba a la carretera con sus ojos marrones. Mantenía los labios tensos, al igual que el resto de su cuerpo.

Johnny Gray, sentado detrás de su compañero, no lucía más tranquilo. Miraba por la ventana juntando las cejas. Era cuatro años más joven que Sam. Tenía rapado el pelo castaño y en su expresión destacaban sus avispados ojos verdes claro. Era más corpulento, la camiseta negra sin mangas evidenciaba la cantidad de tiempo que pasaba en el gimnasio. Sus brazos estaban cubiertos de tatuajes casi por completo. Se trataban de diseños a color y otros en escala de grises, pero todos creados con una precisión asombrosa.

El Lobo se giró hacia el hombre al volante.

—¿Dónde lo habéis enterrado? —insistió más despacio, casi arrastrando las palabras. Lo único que escuchaban de fondo eran los ruidos propios del motor y de la actividad de la ciudad.

—Jefe, nosotros... —comenzó diciendo Johnny. Creía que permanecer callados solo retrasaba lo inevitable.

—No lo habéis hecho. —Rafael se anticipó a las explicaciones. Fue como supo que el hedor penetrante del interior del vehículo no se debía a haber tenido un cadáver en el maletero, sino a que este todavía yacía allí dentro. Cerró los ojos procurando mantener la calma.

—Lobo, se nos echaba el tiempo encima y decidimos que la prioridad era no llegar tarde a buscarte. Íbamos a enterrarlo esta noche —se excusó Sam. No miró a su derecha porque no quería desviar la atención de la carretera, y tampoco se atrevía a encarar al hombre de pelo largo.

—¿Ves? Te lo dije. Si no hubieras perdido el tiempo en tu casa obsesionado con el *Call of Duty*, habríamos tenido tiempo para las dos cosas —le echó en cara Johnny desde detrás. Se inclinó hacia delante y apoyó las manos en el asiento del piloto.

—No me jodas, que no he sido el único que ha estado jugando —protestó Sam.

—Llevaba media hora metiéndote prisa, tío.

—¡Cerrad la puñetera boca! Las órdenes se cumplen en el acto. ¿Y vosotros queréis tener futuro? Empezad primero por respetar lo que se os dice y obedecer cuando se os dice —interrumpió el Lobo.

El tono hostil era impropio de él, pero le costaba creer el desorden de las prioridades de esos dos muchachos—. Esto no es un juego, es muy serio. Los tipos que nos crean problemas terminan como el del maletero: muertos. Y los que hacen mal su trabajo nos crean problemas.

Rafael no necesitaba gritar para imponer miedo. Bajó la ventanilla y apoyó el codo en la base, respirando aire libre de ese hedor constante. Llevó la mano derecha a su nuca. Contempló el lugar por el que circulaban. No había dado todavía una dirección específica, solo que condujesen en dirección este. Pero ahora se veía obligado a hacer un alto en el camino. Las cosas no se dejaban a medias. No podían acudir a la cita con un cadáver en el maletero.

—Gira a la derecha.

Sam obedeció. Se saltó un semáforo en rojo. Avanzaron unos cuatrocientos metros y entraron en un barrio que fácilmente podía tacharse de conflictivo. La dejadez general y las pintadas en las fachadas daban la primera pista, y la vestimenta y la actitud de los transeúntes hacía el resto. Se trataba del típico lugar desaconsejado para los turistas inocentes que visitaban la ciudad.

El Lobo estaba familiarizado con la zona y le indicó al conductor que redujera la velocidad. Escudriñaba el exterior en busca de una solución. Canchas de baloncesto cuyas vallas dejaban mucho que desear, contenedores rebosantes de basura, algún que otro drogadicto apoyado en el suelo custodiando extrañas sustancias como si de oro se trataran, mendigos rebuscando entre recuerdos olvidados, chavales que confundían arte con vandalismo y ensuciaban las paredes con grafitis insulsos, jóvenes de aspecto sospechoso que avanzaban en manada... En fin, lo que cada gobierno finge haber erradicado de sus calles.

Rafael reaccionó. Habían sobrepasado una escena que le había llamado la atención y le indicó a Sam que retrocediese. Se colocaron delante de un grupo de chavales. Sin pensarlo dos veces, el líder abandonó su asiento. Cerró la puerta del coche con más fuerza de la necesaria. Se fue acercando a paso ligero a la maraña

de adolescentes, que no parecían rebasar los dieciocho años. Tal vez diecisiete. Se comportaban como si ya lo supieran todo, como si la calle les perteneciera por derecho. Varios de ellos repararon en él, mientras otros dictaminaron que no era tan importante como para merecer su interés. Sin embargo, cuando Rafael fue llegando a su altura, algunos acercaron las manos a los bolsillos.

—¿Qué hacéis? —preguntó el Lobo. No fingía la enorme tranquilidad que mostraba. No percibía peligro alguno contra sí mismo.

—¿Y a ti que te importa? Vete de aquí o te rajamos la cara — soltó uno de ellos mientras le mostraba la navaja que sostenía entre las manos. Tal vez fuese el cabecilla. No era el más grande, pero parecía uno de los más espabilados.

El Lobo se quedó mirando con gesto inexpresivo al chico rubio que se había dirigido a él con tal descaro. Se imaginó al chaval dentro de unos años siendo un delincuente de tres al cuarto capaz de vender a su propia madre por unos gramos de cocaína. Mucho tendría que cambiar su actitud para librarse de tan oscuro futuro.

Menuda juventud.

El adolescente se mantenía firme mientras le retaba con la mirada, pero no pudo evitar perder algo de su seguridad cuando vio que no había amedrentado al intruso. El Lobo dio varios pasos al frente. Ahora todos aquellos macarras se mostraban muy interesados en él, y no sabían si atacarle por su atrevimiento o esperar al desarrollo de la situación. Ese hombre de coleta baja no les inspiraba confianza alguna, pero por algún motivo tampoco se decidían a cargar contra él. Entonces, un chico negro bastante robusto alcanzó un bate de béisbol, objeto hasta el momento situado en la pared de ladrillo anaranjado. Rafael se mantuvo impassible y continuó avanzando.

—¿Intentando robar un coche? —preguntó. De pronto se encontró rodeado por todos aquellos jóvenes problemáticos. Eran siete.

—¿Intentando suicidarte? —respondió el chaval afroamericano de muy malas formas. Evaluaba la dificultad que encontraría si intentaba tumbar al recién llegado.

—No puedo creer que siendo tantos no seáis capaces de forzar un puto coche.

—¿Qué pasa, eres poli o algo? —se metió un chico delgaducho con la cara plagada de acné.

—¿Tengo cara de policía? —escupió el Lobo. Una vez más, no alzó la voz—. Si sois tan torpes, llamaréis la atención y entonces sí vendrá la policía. Quitaos de en medio.

Echó a andar otra vez. Los chavales vacilaron. La ausencia de dudas en Rafael hizo que ninguno le bloqueara el paso, ni tan siquiera el chico que golpeaba el bate incesantemente entre sus manos. Algunos incluso se apartaron. Continuaban manteniendo la idea de acuchillar a ese hombre si se sentían amenazados, pero tenían curiosidad. Aquel barrio les prometía inmunidad. ¡Y qué diablos! El tipo se disponía a enseñarles a cometer un delito sin habérselo pedido.

El Lobo se colocó en frente del coche tras haber reclamado el alambre que los críos habían estado utilizando sin éxito. Luego consiguió que la cerradura del vehículo terminara cediendo al segundo intento. Pan comido. Casi podría haberlo hecho con los ojos cerrados, el resultado no habría sido muy diferente. La fuerza adecuada y el ángulo concreto, no había hecho falta más. Puso la mano sobre la manilla de la puerta y la abrió con suavidad. Los pequeños delincuentes rompieron en elogios.

—¡Increíble, tío! —exclamó el cabecilla.

—¿Cómo lo has hecho?

—¡Enséñanos!

—¡Qué pasada!

—¡Gracias, colega! —El chico negro le mostró una gran sonrisa blanca. Dejó el bate en el mismo lugar de donde lo había cogido. Luego estiró el brazo para agarrar la manilla de la puerta. El Lobo le

asió por la muñeca, deteniéndolo en seco. El chaval borró la sonrisa, al igual que sus amigos.

—Este coche es mío. Me lo quedo.

—¡Venga ya! —protestó uno de los silenciosos hasta el momento. Era pelirrojo y con la cara tan cubierta de pecas que le oscurecían la piel. Mostró su dentadura torcida.

—Tranquilos, podéis coger aquel de allí.

Como accionados por un resorte, los adolescentes se giraron al unísono hacia el coche donde todavía Sam y Johnny permanecían sentados. No podían saberlo, pero también se trataba de un vehículo robado. Era un BMW negro algo antiguo, una delicia para los ojos de aquellos chavales teniendo en cuenta que se trataba de un modelo mucho mejor que el que habían pretendido forzar.

—Hay gente dentro —comentó el delgado con la cara llena de granos.

—Eso tiene fácil solución.

El Lobo caminó hasta el coche negro desde donde sus hombres le miraban con expresión interrogativa. Estuvo pendiente de que el puñado de jóvenes no entrase en el que acababa de abrir, pero estos estaban muy ocupados satisfaciendo la curiosidad que les seguía produciendo el hombre de la coleta. Además, tenían ganas de echarle el guante al BMW. Una vez hubo llegado, Rafael les ordeno a Sam y a Johnny que se bajaran. Al principio ambos se mostraron algo reticentes, temerosos de que quisiera darles un escarmiento por haber fallado en su cometido. Sin embargo, el rostro de su jefe no mostraba severidad, tan solo impaciencia. El Lobo enarcó las cejas. El primero en obedecer fue Johnny.

—Tío, muévete —apremió el joven tatuado ya desde el pavimento.

Sam no tuvo más remedio que bajarse del asiento del conductor. Su colega había tenido la iniciativa porque sabía que estaban tentando a la suerte: ya habían cumplido el cupo de meteduras de pata ese día. Los dos se situaron al lado del Lobo, y este continuaba con la atención centrada en los chavales.

—¿En serio nos quieres cambiar tu cochazo por esa mierda? — se extrañó el chico negro. No habría podido adivinar que el intento de robo de ese viejo vehículo iba a desembocar en un botín aún mejor.

—Tomadlo como un golpe de suerte. Me conformo con poco y prefiero colores más llamativos —se inventó Rafael. Miró el rojo brillante del nuevo modelo que iba a adquirir—. Además, todos hemos empezado en esto alguna vez. Una ayuda de vez en cuando nunca viene mal.

—¡Gracias! —exclamó el pelirrojo, admirado.

A pesar de sus pretensiones criminales, la inocencia de los siete muchachos reveló lo que eran en realidad: unos críos.

El Lobo se acercó al coche rojo. No fue necesario ordenar a sus dos hombres que le siguieran. Sentado al volante de su nueva conquista, les indicó que tomaran asiento detrás. Mientras tanto, el conductor consiguió hacer un puente en la batería. En menos de un minuto ya lo tenía en marcha. En menos de otro, ya circulaban por las calles.

Los pequeños rebeldes no tardarían en hallar la sorpresa que aguardaba en el interior del maletero del BMW.

—Que sea la última vez que tengo que resolver vuestras cagadas, ¿de acuerdo? Aquí no hay segundas oportunidades. No me gustaría que ocuparais algún otro maletero, ¿entendido? —les advirtió Rafael después de rebasar un semáforo que había cambiado a verde.

No tenía intención alguna de cumplir su amenaza, pero pensó que les vendría bien un toque de atención. Al fin y al cabo, como les había dicho a los chavales de aquel barrio conflictivo, todos habían empezado en el negocio alguna vez.

Johnny y Sam estaban perplejos. Su jefe había conseguido resolver el problema de forma rápida y consiguiendo a su vez otro automóvil. Se había cuidado también de limpiar cualquier huella del otro vehículo, aunque había procurado no tocarlo con las manos desnudas. La suerte había sido determinante, pues habían

encontrado una situación de la que sacar ventaja. El verdadero talento, sin embargo, radicaba en la capacidad de haber sabido ver una oportunidad donde otro solo habría atisbado marginalidad. Les resultaba muy sencillo recordar el porqué de su admiración hacia ese hombre.

Rafael conducía en silencio, compartido por los dos ocupantes traseros. Casi lo prefería así. Después del tiempo perdido, no quería escuchar excusas ridículas ni disculpas.

A pesar de los rayos de sol veraniego que incidían desde atrás sobre los espejos retrovisores, no redujo la velocidad. Le echó un vistazo al reloj de su muñeca izquierda: las siete y cinco. Ya iban tarde. Era notoria la diferencia en los pedales de su flamante Mercedes y aquel cacharro, pero no podía quejarse. Así habían salido las cosas esa tarde. Aunque tampoco era la mejor idea conducir hasta su destino en un coche robado. Bueno, nadie tenía porqué saberlo.

Capítulo 13

Nunca se le había dado muy bien esperar.

La noche anterior, sobre las once y media según el sobrio reloj de pared, le habían acercado la cena a la celda. Un triste plato de insípido arroz blanco a través de los barrotes, como si se tratara de un pobre animal condenado a la eternidad en el zoo. Annibal no había comido nada desde el desafortunado menú en Il Colosseo y se había estado muriendo de hambre. Ver esa plasta blancuzca en el cuenco casi le había cerrado el estómago. Ni lo había tocado.

Y así permanecía al día siguiente.

Fue lo primero en lo que se fijó Wolfgang Sawyer al adentrarse en el calabozo. Scorpio no se molestó en separar la espalda de la pared para incorporarse, pero le miró con cierto interés. La expresión del sargento era casi como un libro abierto y el prisionero intuyó el motivo de la visita. Sin embargo, no se movió.

—Levántese —ordenó Sawyer de mal humor. Las llaves colgaban de su mano derecha.

Scorpio, a su ritmo, obedeció. Su cuerpo acusaba las posturas forzadas del día anterior. El golpe en la cara había abandonado el color rojizo para adoptar un tono violáceo. Serio, se colocó en frente de la puerta de la celda. Sin dilaciones, Sawyer la abrió. Le indicó al detenido que le mostrara las manos. Después le colocó los grilletes.

—¿Vas a intentar interrogarme otra vez? —quiso saber Scorpio, aburrido. La presión de las ataduras metálicas se notaba fría.

—Va a largarse de aquí.

La expresión de sorpresa de Annibal fue sincera, aunque apenas duró unos segundos antes de que volviera a revestirse de gélida coraza.

Sawyer sentía cómo se lo llevaban los demonios. Le quemaba por dentro haber sido capaz de capturar a un criminal de tal calibre

para luego verse obligado a dejarlo en libertad. Era culpable, lo sabía. Lo sabía, maldita sea. Y, sin embargo, la prueba efectuada con la Desert Eagle no decía lo mismo: las muescas de las balas encontradas no correspondían con las que dejaba la pistola requisada sobre los proyectiles de prueba.

Aquel contratiempo no solo suponía una traba para la investigación relacionada con la carnicería del muelle cuarenta y siete, sino que podía afectar a la que concernía a los famosos asesinatos.

—Ya era hora. La atención a vuestros invitados no es una de vuestras mejores cualidades.

El sargento necesitó morderse la lengua una vez más para no responder a la provocación. La arrogancia de Scorpio había vuelto, alimentada con la reciente noticia. Le habría gustado ceder a su instinto y golpear al narcotraficante, pero debía dar ejemplo. No era propio de él.

Maldijo a Jay Settle. Ese maldito abogado se había enterado, informado por su cliente, de la agresión por parte de Roger. Y, a pesar de que Scorpio había atacado primero, había utilizado el recurso de detención ilegal para agilizar la puesta en libertad. Tal vez, si el dossier de balística hubiese sido favorable, Sawyer habría tenido la posibilidad de rebatir la decisión. Pero no, por supuesto que era mucho pedir tener tanta suerte.

Mientras recorrían los pasillos que los conducirían fuera de la zona de los calabozos, el sargento se planteó que Scorpio pudiese haber utilizado otra clase de arma. Porque seguía convencido de su participación en los hechos. No obstante, no podría convencer a nadie sin un argumento de peso, y este siempre se le escapaba de las manos como si de humo se tratase.

—No te ha salido bien la jugada, ¿eh, Sawyer? —le pinchó Annibal en voz baja. Llegaban a la recepción de la comisaría. De nuevo se estaban convirtiendo en el centro de un gran número de miradas.

—Cállese. Algún día todo esto le saldrá muy caro, se lo aseguro.

Scorpio le miró a los ojos mientras el sargento sujetaba la cadena central de los grilletes. Este introdujo bruscamente la pequeña llave de metal en la ranura. El clic se tradujo en la derrota del policía.

—Es mejor que no intentes algo tan estúpido otra vez, por tu bien.

—¿Me está amenazando?

—Te estoy advirtiéndolo.

Era una conversación que ya habían tenido antes.

Los ojos cristalinos de Wolfgang quemaban como el hielo. Solo la llegada de otro agente hizo que se rompiera el contacto visual. Este trajo una pequeña caja de cartón y la dejó sobre la mesa más próxima. Le susurró algo al sargento antes de marcharse.

—Ahí tiene sus cosas.

—¿Y mi arma? —Annibal miró el interior de la caja con desprecio. No saldría a la calle con ella como si le acabaran de despedir de una empresa. Empezó a guardar sus pertenencias en los bolsillos.

—Su arma se va a quedar aquí, no pretenderá que se la devolvamos. Aunque tenga el permiso, la que se le incautó no está registrada a su nombre. A nombre de nadie, de hecho —respondió Sawyer. Al menos le quedaba el consuelo de seguir contando con la pistola para otras líneas de investigación. Quizá pudiera demostrar que se había cometido un error.

—Toda tuya.

—Esté atento al correo, le llegará la multa a casa. Termine de recoger sus cosas y márchese de aquí. Ya.

Para Sawyer, si había algo peor que haberse quedado con las manos vacías era que la persona culpable de ello se lo recordara. Respiró hondo.

Scorpio comprobó que a la batería de su teléfono no le quedaba mucho para agotarse. El código de desbloqueo lo habría protegido contra intrusiones. Con la mano izquierda lo guardó en uno de los

bolsillos delanteros del pantalón vaquero. Lo último que recogió fue el paquete de tabaco junto con el mechero.

—¿Pero qué...? —Una voz masculina interrumpió aquel momento casi íntimo.

Sawyer miró a su derecha y Annibal solo tuvo que levantar la cabeza para corroborar la identidad del autor.

—¿Y ya está? ¿Se le suelta y ya? ¿Qué cojones significa esto? —se escandalizó Roger. La piel bajo sus ojos presentaba un acentuado aspecto púrpura. Una protección blanca cubría el puente de su nariz, que parecía hinchada. Su mirada feroz saltaba, en repetidas ocasiones, del detenido puesto en libertad a su superior.

—Su abogado ha recurrido la detención por haberse quebrantado la legalidad a causa de la agresión —explicó Wolfgang. Sus iris invernales increpaban al detective, severos—. De forma que no le podemos retener más tiempo.

El sargento era consciente de que la mayoría en esa sala había abandonado sus quehaceres para no perderse detalle de la gran derrota. Volvió a centrarse en su respiración. Aquella falta de discreción le parecía fuera de lugar.

—¿Cómo? ¿Y las pruebas? —insistió Rickman. A diferencia de su superior, le importaba muy poco haberse convertido en el centro de atención—. ¿Y esto? —bramó, señalando su rostro magullado—. ¿No hay pena tampoco para esto?

—Scorpio, márchese —ordenó Sawyer. Necesitaba poner fin a esa situación de inmediato. No era bueno para nadie continuar presenciando tal espectáculo.

Annibal tampoco veía ningún otro motivo que le retuviera allí. Por una vez en su vida, estaba de acuerdo con ese policía riguroso. Tendría que salir desarmado. Después de todo lo que había sucedido en las últimas veinticuatro horas, tal vez fuera la menor de sus preocupaciones. Les dio la espalda sin más dilación.

—Voy a encerrarte, Scorpio. Voy a encerrarte y no habrá dios que pueda salvarte —amenazó Roger entre dientes. Se esforzaba

por contenerse, pero temblaba de furia. Profesaba un odio visceral hacia él.

Aunque la voz del detective había resonado con un volumen bajo, llegó a los oídos del narcotraficante. Se detuvo en seco. Giró la cabeza hacia él, despacio, y clavó sus ojos oscuros en los de Roger. No pestañeaba, no existían indicios de expresión alguna en su rostro. Roger sostuvo la losa de la tensión con la fuerza de una gran hostilidad.

La comisaría pareció enmudecer.

Fue el propio Scorpio quien hizo pedazos el hilo visual al darse la vuelta de nuevo. Continuó con su camino. Podía sentir todas y cada una de las miradas clavarse en su cuerpo como una lluvia de cuchillos. Incluso se preparó para que el idiota de Roger se abalanzase sobre él, o para que un grupo de policías se le echase encima con intención de volver a detenerle. Nada de eso ocurrió. La enorme presión se disipó en cuanto cruzó la puerta de salida. Dejó escapar el aire. Notó cómo la incipiente lava en su interior se solidificaba.

El cielo recibió su llegada casi despejado. Las nubes rezagadas salpicaban el nuevo azul, solitarias, sabedoras de que ya no eran bien recibidas. Hacía calor. Annibal sacó el paquete de tabaco con la mano izquierda, luego el Zippo, y encendió un cigarro. Saboreó la primera calada, disfrutó del humo abandonando lentamente sus pulmones.

Hacía pocos minutos que habían transcurrido tres cuartos de hora desde que se habían metido en el coche de color rojo brillante y diez desde que habían estacionado a una distancia prudencial. La espera se estaba haciendo pesada. Nadie hablaba. Sam intentaba establecer una conversación con Johnny de vez en cuando, pero su colega no estaba por la labor de mantenerla. No después de que su jefe tuviera que encargarse, para su vergüenza, de lo que les había correspondido a ellos.

Solo el conductor sabía qué era lo que aguardaban.

—Ahí está —dijo de repente el Lobo, más para sí mismo.

La atención de los dos ocupantes de los asientos traseros se activó. Se asomaron por el cristal de la ventanilla que les quedaba a la derecha. Atisbaron a un hombre que acababa de salir por la puerta principal de la comisaría. Vieron a lo lejos cómo empezaba a fumar.

—No me jodas. ¿Esto era lo importante? No sabía que ahora nos dedicábamos a esto. ¿Es que ese tío no puede volverse solito a casa? —Sam emitió un bufido despectivo. De pronto, se sintió molesto. Enterrar un cadáver, a su juicio, era más importante que ir a recoger a cualquiera con el coche. Se habían ganado una bronca y ¿para qué? No entraba en sus planes ser chófer, aspiraba a algo más.

Johnny le miró, visiblemente incómodo. ¿En qué pensaba su compañero para hablar así delante del jefe?

El Lobo, que ya había colocado la mano izquierda sobre la manilla para abrir la puerta, la retiró de inmediato. Se giró hacia atrás. Hundió los ojos, a través de sus gafas de sol de cristales negros, en los del autor del desafortunado comentario. Johnny mantenía los suyos fijos en algún lugar más allá de la luna delantera. Los rayos solares se filtraban por los cristales e inundaban el interior del vehículo robado con una luz anaranjada. Sam, cortado, pensó que le había ofendido al cuestionarle. Se arrepintió de no haber reprimido sus pensamientos, aunque creía que no había sido para tanto.

Rafael abandonó el coche.

—Podrías callarte de vez en cuando, tío —le recriminó Johnny.

El otro no respondió.

La gravilla crujía bajo los pies del Lobo mientras se dirigía hacia la puerta de la comisaría. No llegó hasta la misma, pero quedó a una distancia suficiente como para que su amigo reparase en él. Nada más verlo, Annibal comenzó a andar en su dirección. Apenas quedaba nada del cigarro.

—¿Cómo estás?

Lo primero que había visto el de la coleta había sido la contusión en la mejilla de Scorpio. Le dio unas palmaditas suaves en la parte izquierda de la espalda, recordando la lesión. Se percató en la vestimenta informal. Rafael percibió algo más que la indiferencia que marcaba su expresión. Estaba deseando saber qué demonios había ocurrido, pues Jay no había tenido tiempo de ponerle al corriente.

—Ahí ando —admitió Scorpio. Responder que estaba bien suponía ofender la inteligencia de su mejor hombre. La tensión y el resto de emociones negativas desde la detención, junto con el dolor físico que no le había abandonado, le estaban agotando. Y tenía hambre. Al menos el tabaco le había activado en cierto modo—. ¿Llevas esperando mucho rato?

—No. Poco más de diez minutos. De hecho, pensaba que llegábamos tarde.

—¿«Llegábamos»?

—Me acompañan dos de mis chicos.

—Bien. —No era algo que a Annibal le importase, simplemente le reconfortaba volver a estar en compañía de su amigo. Se pusieron en marcha. Entornó los ojos a causa del sol—. ¿De dónde has sacado este trasto?

—Es una larga historia.

El Lobo no sabía si contarle o no el motivo real de la presencia de aquel coche. Un contratiempo como ese tan solo contribuiría a torcer aún más su humor. Pensó que, a decir verdad, la irresponsabilidad de esos dos hombres podría haberles salido muy cara. No podían consentir que nadie dejase a la vista nada con potencial de salpicarlos a ellos. Incluso el hecho de haberles regalado el vehículo en cuestión a esos niños había sido una temeridad, pero al menos se había solucionado con éxito. Y a tiempo. Desde luego, lo que no podrían haber hecho habría sido presentarse en una comisaría con un muerto en el maletero. Los pequeños delincuentes abandonarían el BMW de inmediato en

cuanto descubrieran el cuerpo, seguramente habiendo plagado todo con sus huellas primero.

Johnny y Sam observaban cómo el Lobo y el otro hombre se aproximaban al coche. Todavía se preguntaban por qué razón su jefe había reaccionado así al escuchar las palabras del bocazas de Sam. La apariencia del recién llegado parecía normal, salvo por las sombras que cubrían su rostro. Y por la cicatriz que marcaba su ojo izquierdo. Johnny entonces sintió algo familiar que volcó su estómago, algo que no fue capaz de identificar al momento. Samuel, por el contrario, continuaba excusándose en su fuero interno.

Scorpio se acomodó en el asiento del copiloto sin apenas prestar atención a los dos ocupantes traseros. Lo hizo como pudo para no castigar demasiado su espalda. Tuvo cierta dificultad para abrocharse el cinturón de seguridad. Rafael efectuó de nuevo la operación de contacto con los cables que encenderían el motor.

—¿Dónde te llevo, jefe?

Annibal seguía sin entender por qué su amigo conducía ese coche ni por qué se había visto obligado a hacer un puente, pero no le extrañaba su facilidad para llevarlo a cabo. Lo que le desconcertó fue el apelativo con el que se había dirigido a él. No recordaba la última vez que lo había utilizado. El conductor miró a su derecha y le dedicó al copiloto un gesto significativo, después se centró en el retrovisor interior. La tez de Sam había adquirido la tonalidad del algodón, mientras que Johnny mantenía su interés en algún punto a través del cristal derecho. Satisfecho, el Lobo abandonó el aparcamiento.

—A casa. Quiero darme una ducha.

Durante el trayecto, Scorpio comprendió cómo se habían solucionado sus problemas. Se enteró de que, además de la gran labor de Jay para conseguir que declararan ilegal la detención, el estudio de la pistola había dado negativo. Él sabía que la había usado en el muelle, sabía que había matado con ella. Pero el Lobo le había explicado cómo habían logrado completar con éxito la misión de probar su inocencia.

Nada más haber recibido aquella llamada concisa y preocupante el día anterior, el Lobo se había puesto en contacto con Jay. Ambos habían celebrado una breve reunión en casa del abogado para valorar sus opciones. Por aquel entonces, ninguno sabía que podrían recurrir al puñetazo del policía para agilizar el proceso. El primero en enterarse sería el abogado cuando, un par de horas después, se presentase en la comisaría. En dicha reunión, ambos se dieron cuenta de que precisarían de la ayuda de algún agente de profesionalidad y valores inexistentes. No suponía ningún problema, contaban con varios policías en nómina repartidos por distintos puntos estratégicos. Se pusieron en contacto con uno de ellos, Carl Brown, discretamente. Las comisiones que recibían los policías comprados eran tan sustanciosas que no podían sino obedecer cuando se les requería. Debían hacer desaparecer aquella Desert Eagle de la comisaría. Aquello era lo que Rafael había captado inmediatamente después de las palabras del detenido a través del teléfono. Pero no podían llevársela sin más, se habrían dado cuenta y las consecuencias habrían sido fatales. Resolvieron que tenían que dar el cambiazo, y eso hicieron.

Así, la mano derecha de Scorpio se las había ingeniado para que uno de sus contactos le consiguiese una Desert Eagle de contrabando en menos de un par de horas. Durante ese período de tiempo, Jay Settle había hecho lo propio en la comisaría. El siguiente paso correspondió a Brown. Fue sencillo: tenía acceso a las pruebas. Logró cambiar un arma por otra antes de que comenzara ningún estudio y antes de que nadie echara en falta su presencia en su puesto de trabajo. El trueque había tenido lugar sobre las dos de la mañana, cuando había encontrado un hueco con poca actividad. Las pruebas con el arma habían comenzado dos horas después. Carl Brown se había asegurado de no cometer ningún error, todo fuese por los fajos de billetes que recibiría por el trabajo.

Nadie se había dado cuenta del cambio.

El informe había concluido como si se tratara de la pistola original, lo que desembocó en el descarte de Scorpio en la participación en el tiroteo del muelle. Al menos en lo que a esa prueba se refería. El abogado, por su parte, había insistido en ver las grabaciones que recogían la agresión a su cliente. La policía no pudo negarse. Se vio que Scorpio había atacado primero, pero Settle alegó provocación policial. No se escuchó lo que Roger le había dicho, pero el lenguaje corporal del detective casi hablaba por él. El abogado había exigido la puesta en libertad inmediata de su cliente. Además, indicó que haría lo posible por hacer que se le abriera un expediente de sanción a Rickman.

Annibal se sorprendió una vez más. El plan había desembocado en una puesta en práctica sublime. Jay y el Lobo le habían sacado de un atolladero importante, solo podía estar agradecido. Se sintió orgulloso.

El resto del trayecto sirvió para que el jefe explicara qué era lo que le había hecho terminar en el calabozo de una comisaría. No dio todos los detalles, pues era consciente de los dos tipos que viajaban con ellos en el asiento trasero, pero sí contó lo que consideró de dominio público. La cara del Lobo era todo un poema a medida que avanzaba en su relato, especialmente al escuchar la excusa de la que se había valido Sawyer para efectuar la detención. Y porque esta hubiese resultado efectiva.

Cuando se quisieron dar cuenta, ya estaban entrando en la calle de Scorpio. Rafael detuvo el coche en frente de la propiedad. Se bajó, al igual que el hombre de su derecha.

El sol cobrizo resbalaba por el horizonte y arrastraba consigo algunos grados de temperatura.

Johnny pensó que la mejor decisión era quedarse en el interior del vehículo, pues nadie les había invitado, pero no así Sam, quien se apeó. Resoplando, el chico tatuado le siguió. Ambos fueron lo suficientemente discretos como para mantenerse unos metros alejados de los otros dos hombres. Los separaban unos tres metros. Observaron cómo el superior del Lobo le susurraba algo a este

mientras no les quitaba el ojo de encima. El de la coleta asintió y respondió cubriéndose los labios. Por alguna razón, los dos espectadores se inquietaron.

Rafael llamó a Johnny en voz alta. El muchacho no dudó incluso cuando sus piernas amenazaron con ser menos firmes que de costumbre. Dejó atrás a Sam, quien notó una fría punzada de envidia. Cuando Johnny se situó frente a ambos hombres se dio cuenta de lo nervioso que estaba. Le intimidaba encontrarse a tan escasa distancia de Scorpio, pero supo disimularlo. El Lobo dio un paso hacia él y le habló en voz muy baja, asegurándose de que solo él recibía aquellas órdenes claras, concisas. El joven, más alto y corpulento que su jefe —que cualquiera de ellos—, quedó inmóvil. Procuró que su rostro no le traicionara. No hizo preguntas, se limitó a asentir despacio sin despegar la vista del suelo. Así permaneció hasta que los dos tipos de rango superior se internaron por la puerta de aquella verja negra y de altura considerable.

Debía ser egoísta.

—¿Cómo iba a saber yo que ese tío era el jefazo? ¡No parece mucho mayor que yo! —protestó de pronto Sam. Le costaba atribuir el nombre que tantas veces había escuchado a ese hombre.

Johnny no sabía muy bien en qué momento su colega se había colocado a su altura. Esa voz le había sacado del ensimismamiento en el que se había dejado caer. No le había escuchado.

—¿Qué te ha dicho el Lobo? —continuó Samuel.

Los ojos verdes claro de Johnny parecieron adquirir una tonalidad diferente bajo el sol de la tarde. No respondió. Su compañero se sintió algo culpable, todavía pensaba que su intervención en el coche le había hecho perder puntos a ambos, y ahora sabía por qué. Este, mientras esperaba aún una respuesta, alzó las cejas.

—Tenemos que ir a un sitio —respondió Johnny. Deseó no haber sonado tan impersonal.

—¿Dónde?

El más joven se encogió de hombros, dispuesto a no decir nada más. Fue hacia el coche y se instaló al volante. Se preguntó si le resultaría tan fácil como al Lobo hacer el puente con los cables. Ya tenía algo de experiencia. No miró si Sam le seguía, pues a los pocos segundos apareció en el asiento del copiloto.

—Fíjate, estoy en el mismo lugar en el que se ha sentado uno de los grandes —rio Sam. No se abrochó el cinturón de seguridad, solo se quedó mirando cómo el otro intentaba poner en marcha el motor—. ¿Quieres que me muera de aburrimiento?

Johnny ignoró los comentarios. Parecía que su colega no llegaba a comprender la gravedad de la situación. Tal vez recurría al humor para restarle importancia al asunto, pero no era el momento. Un asunto que había propiciado el mismo Sam por no recordar con qué tipo de gente estaban tratando, la misma en la que pretendían convertirse.

Un rugido les avisó de que el coche ya estaba listo. Johnny soltó el freno de mano con la derecha y aceleró. La responsabilidad se sentía como una losa.

—Habla, cuéntame algo. Parece que has visto un muerto. Bueno, miento, ni con el tipo del maletero estabas así.

—Cállate un rato —le cortó Johnny. No quería escucharle.

—¿Qué te pasa, joder?

—Hoy la has cagado.

—¡Venga, tío! Al Lobo le ha molestado, vale, pero el jefezo ni se ha enterado. En un par de días ya no se acordará de esto, seguro. Además, tampoco ha sido para tanto y lo sabes.

—Lo que tú digas.

Sam murmuró algo para sí mismo y decidió no seguir hablando. No le estaban sentando muy bien las contestaciones, no entendía esa nueva actitud. No hacía tanto estaban jugando al *Call of Duty*.

Johnny mantenía la vista al frente, absorto. El Lobo había depositado su confianza en él, era muy importante. No sabía si sería capaz de completar la tarea, pero no le quedaba otra. No quería defraudar a su superior. En el fondo, las razones eran más que

convincientes. Los pensamientos e inseguridades transcurrían en su cabeza a una velocidad superior a la del vehículo.

Tomó una de las calles que los conduciría fuera de la ciudad y más tarde se incorporó a una carretera secundaria. Ni siquiera estaba pavimentada. Improvisaba como podía. La tierra del camino se había convertido en barro a causa de la tormenta del día anterior. Suspiró, el coche no era suyo y pronto tampoco de su incumbencia. Las ruedas se iban hundiendo en algunos baches.

—¿Qué quieres, que vomite el desayuno de esta mañana? Parece que estamos en una puta montaña rusa —se quejó Samuel, áspero. No iba a ser más considerado cuando nadie lo era con él. Pensaba que su colega estaba haciendo un desierto de un grano de arena.

Pero fue ignorado por el conductor una vez más. A esas alturas ya no merecía la pena discutir, no tenía tiempo ni ganas. Disminuyó la velocidad. Las irregularidades del barro dificultaban las maniobras, era complicado seguir una línea recta. Comenzaron a alzarse algunos árboles a los laterales del camino. Johnny únicamente se detuvo cuando tuvo la certeza de que se encontraban lo suficientemente lejos, incluso cuando aún se alcanzaba a ver los brillos de la ciudad ornamentando el ocaso. En frente de ellos quedaba un árbol enorme y frondoso. Los pajarillos disfrutaban de los últimos retales de luz diurna, canturreaban entre las ramas. Con la mirada perdida, Johnny frotaba las palmas de las manos sobre sus pantalones para deshacerse del sudor. Contrajo los dedos. Movié la mano derecha, despacio. Procuró no temblar.

—¿Me puedes decir de una puta vez qué está pasando? ¿A dónde coño vamos? —insistió el mayor, enfadado. Sentía cómo su compañero le hacía el vacío, así que no entendía por qué molestarse en continuar en el mismo coche. Se marcharía andando a casa si hacía falta.

—A ningún sitio.

Sam arrugó el entrecejo con intención de volver a replicar, pero no le dio tiempo. La fuerza del impacto desplazó su cuerpo hacia la

ventana, que quedó teñida de rojo. Las formas abstractas de las salpicaduras quebrantaron la armonía del cristal, por donde se deslizaban restos de tejido. El hombre, inerte, fue cayendo hacia delante hasta que se escuchó su cabeza destrozada toparse con el salpicadero. La sangre goteaba sin control, la alfombrilla a sus pies absorbía el color carmín. El rostro desencajado miraba a Johnny sin verlo.

El autor del crimen por un momento observó la escena como si no hubiese participado en ella. Podía atisbar el contenido del cráneo. A sus veintidós años, no era la primera vez que mataba. Sin embargo, jamás antes le había quitado la vida a un compañero. Su respiración era profunda, sonora, por la boca. Todavía sujetaba fuertemente la pistola Glock 17 con la mano derecha, aquella que había buscado en su pantalón. No entendía cómo Sam no se había percatado de sus intenciones, aunque no recordaba muy bien aquellos últimos segundos. Había hecho que la bala atravesara su frente y lo matara al instante. La sangre corría por el rostro desfigurado del muerto.

Johnny no se había permitido vacilar. Las dudas le habrían robado la determinación. Y el Lobo no quería gente insegura entre sus filas.

«Llévatelo lejos con el coche. Mátalo. Los bocazas como él no tienen cabida en nuestro mundo. Hazlo bien y estarás dentro».

Las palabras de su jefe resonaban en su cabeza. No quería sentirse culpable, solo había cumplido una orden.

Debía abandonar el coche. Lo último que necesitaba era que alguien lo viese y diese parte a la policía, sería cuestión de tiempo que lo atraparan. Necesitó un par de intentos para atinar a abrir la puerta, tal era el temblor de sus manos. Cuando apoyó los pies en el suelo exterior, notó cómo el barro reblandecido cedía. Se agachó y, con la mano libre, cogió un puñado de lodo. Lo restregó muy rápido y enérgico por todo el cuerpo de la Glock, sobre todo por aquellas zonas que podían revelar más huellas. Las haría desaparecer o, al menos, haría muy difícil poder identificarlas. Acto seguido la tiró al

suelo y la enterró con el pie. Sabía que la encontrarían si se rebuscaba un poco, pero no tenía mucho más tiempo. Se hizo con otro puñado de tierra mojada y frotó el volante, así como la palanca de cambios y el freno de mano, los intermitentes y los tiradores de las puertas, tanto internos como externos. En definitiva, cualquier punto que tanto él como el Lobo pudieran haber tocado desde que robaran el coche delante de esos críos marginales.

Quería marcharse de allí cuanto antes.

Cerró con un portazo. Se agachó cerca de un charco para limpiarse la mayor cantidad de barro posible. Se levantó a los pocos segundos y secó el agua en su camiseta negra sin mangas. Con las manos trémulas, tomó rumbo a la ciudad.

Evitó los caminos. Avanzó campo a través a paso ligero, no quería que nadie que le pudiera ver lo relacionara con la escena del crimen. Tras unos minutos, miró hacia atrás. El color de aquel coche era de todo menos discreto. Al menos estaba oscureciendo. Reanudó su marcha. Sudaba, hacía demasiado calor. La camiseta oscura se adhería a su piel. Miró hacia abajo. Fue entonces cuando se dio cuenta de que no había reparado en las salpicaduras de sangre, visibles entre los tatuajes de sus brazos. Sacó su *smartphone* para verse reflejado en la pantalla negra. La iluminación dejaba mucho que desear, pero le permitió localizar algunas pequeñas manchas rojas. Al menos la tela de su ropa era demasiado oscura como para que se notara a simple vista.

Mierda.

Miró en derredor. Continuaba solo. Restregó las pintadas de sangre de tal manera que pudieran pasar desapercibidas, esperando que no se encontrasen ya demasiado secas. Lo mismo hizo, a ciegas, con su cara. La cadena plateada que colgaba de sus pantalones se veía limpia. Si quedaba alguna gota rezagada, no importaba. Tenía que llegar a su casa cuanto antes. Quemaría la ropa si hacía falta.

No podía dejar de pensar en lo que acababa de hacer. Recordaba cómo había conseguido aminorar la frecuencia cardíaca

cuando sintió el peso de la pistola entre sus dedos, cómo había cumplido la orden intentando deshacerse de cualquier rastro de emoción, como un autómatas. Entonces su mente se había comportado con más claridad, pero ahora ya no se sentía tan seguro.

Había matado a su colega.

Egoísta.

¿Habría sido capaz Sam de obedecer tales instrucciones sin cuestionarlas, como él? Se dijo que sí. Tenía que convencerse de que sí. Pero durante los dos últimos años habían mantenido una buena relación.

Él habría hecho lo mismo.

No era suficiente. Habían sido amigos. Había mostrado fortaleza para matar a un hombre, pero no para contener las lágrimas. Se secó los ojos con el dorso de la mano derecha. Deseó que Sam hubiese estado callado en el coche. ¿Por qué no había sabido mantener la boca cerrada? El Lobo no habría necesitado ordenarle que le quitara de en medio, pero tampoco le habría ofrecido la oportunidad de ascenso.

Egoísta.

Johnny había aprendido una valiosa lección esa tarde. En primer lugar, que uno debía usar la lengua solo en el caso de que sus palabras mejorasen el silencio. En segundo, que las apariencias engañaban más a menudo de lo que cabría esperar. Por último, la dureza del camino que quería seguir. El Lobo era un buen maestro, quizá le había escogido para enseñarle todo aquello del modo en el que mejor se aprendía. Y, no podía negarlo, había estado esperando esa oportunidad desde que empezó a trabajar para ese hombre. El precio que había tenido que pagar para demostrarse digno de aquella confianza había sido alto. Sintió un extraño orgullo.

Rememoró el instante en el que conoció por fin a Annibal Scorpio. No se había pronunciado ese nombre en ningún momento, pero no hacía falta. El Lobo había manifestado abiertamente que era su superior. ¿Quién más podría ser? La cicatriz lo confirmaba.

Entonces, se preguntó por qué habían ido a buscarle a la comisaría. A juzgar por la expresión que había visto, podría tratarse de un asunto grave. Pero ¿qué sabía él? No era de su incumbencia. Intentaría encajar piezas a partir de lo que escuchara los días siguientes, si es que se enteraba de algo. Al fin y al cabo, se sentía a años luz de toda esa gente de la élite.

Cuando se adentró en las primeras urbanizaciones, la oscuridad ya caía sobre los edificios. Las farolas apenas favorecían la visibilidad más allá de los círculos de luz triste de los cuales eran centro. Al menos podía orientarse, había estado por allí un par de veces antes. Caminaba por un barrio conflictivo, el segundo que visitaba en el mismo día. Pero no tenía miedo. Después de lo que acababa de hacer, pensó, más le valía al resto temerle a él.

Capítulo 14

Annibal escuchaba el sonido de la televisión procedente del salón de la planta baja, donde le esperaba el Lobo. Él había subido a ducharse. Lo necesitaba, tanto como quitarse esa ropa que llevaba encima desde hacía más de un día. Frente al espejo de su cuarto de baño comprobó que la herida de su espalda había desprendido unas cuantas gotas de sangre. Profirió un par de insultos en voz alta. La forma de colocarle las esposas en el coche y el posterior trato habían contribuido a que esta se resintiera. Las marcas rojizas salpicaban la cara interna del apósito, que prácticamente se había arrancado con la mano izquierda, haciéndose daño. Repitió la operación con el que cubría la parte frontal. Esperaba que el contratiempo no hubiese interferido en la recuperación, pues Carson debía retirarle los puntos por esa fecha. Luego, accedió al plato de ducha y cerró la mampara. El agua tibia comenzó a caer sobre él pasados unos segundos. Al menos ahora podía soportar el contacto. El vapor pronto se arremolinó a su alrededor.

Comenzó a relajarse.

A pesar de la imagen impertérrita que había procurado mostrar, había acumulado mucha tensión. Impotencia, rabia, inquietud. Posiblemente una amalgama de todas ellas. Había decidido dejar en manos de Jay cualquier acción que considerara pertinente con respecto a esos policías, en especial a Roger. El cansancio acumulado apenas le dejaba pensar con lucidez, la noche en comisaría había estado lejos de ser reparadora. Su cuerpo pedía descanso.

Tuvo que forzarse a abandonar el cálido abrazo de la ducha. El Lobo continuaba abajo, paciente. Necesitaba hablar con él. Cortó el agua casi ardiendo con desgana. Se apartó el pelo corto de la frente

con la mano izquierda, dejándolo en punta por la humedad. Se envolvió como pudo con la toalla y se frotó con ella para secarse. Eran movimientos bruscos, casi automáticos. El vapor convertía el impecable cuarto de baño blanco en una sauna de espesa neblina. El cambio de temperatura y de densidad del ambiente se hizo notable al abrir la puerta que comunicaba con el dormitorio oscuro. Se hizo con un pantalón deportivo corto, ancho y negro. Después, se colocó unos apósitos limpios en las heridas. Terminó de vestirse con una camiseta enteramente blanca de manga corta. Esta última fue la que más problemas le dio, como venía siendo habitual. Se frotó el pelo dos veces, sin molestarse en peinarlo, y arrojó la toalla sobre la cama. Bajó al salón cuando acabó de asearse.

—Siento haber tardado, necesitaba esa ducha.

—No te preocupes. ¿Cómo estás?

—Hasta los cojones —suspiró Annibal. Se dejó caer en el sofá de cuero blanco al lado del Lobo. Las piernas le martilleaban de puro cansancio, pero no se refería únicamente a su estado físico.

—Todavía estoy intentando asimilar que te hayan detenido —afirmó Rafael. Bajó un par de puntos o tres el volumen de la televisión con el mando a distancia.

—Yo también. —Scorpio apoyó el codo izquierdo en el reposabrazos del sofá y pasó esa misma mano por el pelo todavía mojado—. Y el cabrón de Sawyer todavía pensará que es un puto genio por esa mierda de plan. —Se quedó en silencio, solo se escuchaba lo que transmitía la gran pantalla plana—. ¿Sabes cuál fue el delito que cometí ayer? Salir a la puta calle. Estaba agobiado, tantos días aquí metido iban a volverme loco. Y al poco tiempo aparecen esos imbéciles. Era la primera vez que pisaba ese restaurante en mi puta vida. ¿Casualidad? No, por supuesto que no.

—Te digo lo mismo que en el coche: te vigilan. Es obvio.

—Menudos hijos de puta. No podía creer lo que estaban haciendo cuando se sentaron conmigo en la mesa. Y luego lo de las preguntas. —Annibal sabía que solo repetía lo que ya le había

contado a la vuelta, pero aún sentía la necesidad de desahogarse—. Me preguntó directamente por el tiroteo. Sabe que estuve allí.

—¿Tiene pruebas?

—Eso mismo le pregunté. Me dijo que no.

—Entonces no tienes de qué preocuparte.

—Por eso se marcharon, sabían tan bien como yo que estaban haciendo el ridículo. Y todo hubiese quedado de puta madre, pero se dieron cuenta de que me pasaba algo en el brazo. Hice un mal gesto, yo qué sé. Hijos de puta.

—Ahí lo tienes.

—Ya lo sé. ¿Crees que no sé que lo de la mierda esa del arma ilegal no fue más que una excusa?

—Hay que reconocer que Sawyer los tiene muy bien puestos para intentar eso y que encima le saliese bien.

—Nos conocemos, claro que sabía que iba armado. Me habéis solucionado un marrón importante.

—Habrías estado muy jodido si se hubiese salido con la suya. Tal vez Jay habría conseguido que te redujesen la condena, pero habrías ido a la cárcel. Lo sabes, ¿no? Te cargaste a unos cuantos. Si tienen las balas de esos muertos, habría sido cuestión de tiempo.

—Ya. Ya lo sé, joder —se lamentó Annibal. Le resultaba muy inquietante asumir lo que podría haber pasado. Suspiró una vez más—. Habrá que pagar un poco más a Brown un día de estos.

—Ya lo ha pedido.

—¿Cómo? —El jefe arrugó la frente.

—Decía que era un trabajo bastante peligroso. Al no estar destinado a ese caso, podrían sospechar si le pillaban husmeando en pruebas relacionadas con él. A partir de ahí, podrían descubrir que está comprado si investigan bien. También empezó con que tiene una familia, que no se lo puede permitir y bla, bla, bla —le explicó el Lobo.

—Que se joda, sabe lo que hay. No habría sido el único perjudicado si le hubiesen pillado. Nosotros nos llenamos de mierda hasta el cuello por destrucción de pruebas y mierdas de esas.

Tirarían del hilo y acabarían dándonos por culo a todos. Además, para eso se le paga. Desde el principio sabía qué clase de trabajo aceptaba y lo que eso significaba. Si quiere un aumento, que venga a hablar conmigo directamente.

—De todos modos, ¿solo encuentran pruebas contra nosotros? Los otros cabrones también vaciaron los cargadores.

—Ni idea, no me preguntaron por ellos. Tampoco me contaron nada, como es lógico. Lo que sí dejó caer Sawyer fue que creía que el tiroteo estaba relacionado con los asesinatos —reveló Scorpio.

—Pero te dijeron que no tenían pruebas. ¿Han supuesto que fue una venganza?

—En realidad lo fue, aunque nos saliera lo contrario a lo que teníamos planeado. Creo que esta gente piensa que nos encontramos allí para batirnos en duelo o alguna gilipollez similar. Por cierto, ¿qué hicisteis con mi pistola?

—Brown se la dio a Jay esta mañana. Él me la acercó a casa.

—Dámela cuando puedas. —Annibal era algo maniático en lo que a sus dos gemelas se refería. Aunque normalmente solo llevaba una de ellas encima, de algún modo se sentía desarmado si le faltaba la otra, aunque esta se encontrase a kilómetros de él. Pero sabía que estaba en buenas manos.

—Claro, no te preocupes.

—Lo que más me jode es que estos cabrones seguirán detrás de mí hasta que vuelvan a ver un hueco por donde meter la mano. —Lo único bueno que se podía sacar de la situación era que al menos sabía que estaban al acecho. Nada nuevo, por otra parte: siempre era así—. Aún me sigo preguntando qué coño esperaban que les dijera en la sala de interrogatorios.

—No podrán decir que no lo intentaron.

—Eso seguro. —Scorpio se notaba más relajado—. Espero que el imbécil de Rickman se lo piense dos veces antes de volver a intentarlo. —Señaló la contusión que lucía entre el pómulo y la mandíbula inferior—. Mereció la pena.

—La hostia que te dio fue bastante útil al final. ¿Lo hiciste a propósito?

—No. De hecho, no esperaba que me fuese a pegar después. No cerraba la puta boca, no pude evitarlo.

Al Lobo no le resultó nada extraño que su amigo hubiese cedido a tal impulso. Sabía que no había sido el mejor comportamiento en el calabozo de una comisaría, él mismo no habría actuado así, pero le entendía. Le conocía. Había visto de primera mano la actitud de Rickman desde el momento en que había pisado esa casa tras las primeras muertes. Pensó que quizá fuera mucho pedir que ese policía se mostrase más inteligente las próximas ocasiones. Porque las habría, estaba seguro.

—¿Qué tal llevas el hombro? —se interesó Rafael.

—Me sigue doliendo.

—Normal.

—Ya. Me jode no poder moverme bien. Con cada cosa que hago un poco por encima de mis posibilidades, me acuerdo de la puta madre de O'Quinn.

—¿Qué vamos a hacer con ese cabrón?

—¿Te digo la verdad? Quiero presentarme ahora mismo en su casa y reventarlo a tiros. A él y a los hijos de puta que le siguen.

Los músculos de Scorpio se tensaron otra vez. No podía nombrar a ese tipo, el mismo que había ordenado matarle, y quedarse impasible. El magma se arrastraba espeso por sus venas. Era el mismo que guardaba desde hacía cuatro años, pero intensificado hasta límites dolorosos.

—Habrán aumentado la seguridad, saben que habrá represalias. No vamos a quedarnos quietos después de esto. Se escudará detrás del cascarón, como hace siempre. Pero esta vez no le servirá ninguna excusa, sus intenciones han quedado bien claras. —El rostro de Rafael se transformó en penumbra.

—Puede ser que llegemos, lo hayan previsto y nos acribillen allí mismo. No creas que no me gustaría intentarlo, pero no nos voy a llevar al suicidio. Hay que hacer las cosas bien, debemos contar con

todas las opciones posibles. Estamos hablando de empezar una guerra.

—Ya está empezada.

Scorpio emplearía los días siguientes para pensar en ello, era más importante que darle vueltas al último y reciente contratiempo. O eso intentaría. Su necesidad de guardar lo máximo posible bajo control solía ser más fuerte que él. De repente, sintió la imperiosa urgencia de dejarse llevar por el ejercicio físico. Habían transcurrido demasiados días sin poder utilizarlo como medio para liberar tensiones, lo que contribuía a un estado de ánimo más irritable. Mucho se temía que todavía era demasiado pronto.

Le golpeó una oleada de cansancio. Se tocó la frente y después el pelo una vez más. El día estaba siendo demasiado largo. Todo parecía estar sucediendo a la vez. Se tomó unos segundos para cerrar los ojos, pero tuvo que abrirlos para no quedarse dormido.

—Ya se nos ocurrirá algo —sentenció el Lobo.

El del cabello castaño y largo miró el reloj. Pasaban algunos minutos de las diez de la noche. Determinó que era hora de marcharse a casa, no era el mejor momento para continuar esa conversación. Una mente despejada siempre era de más utilidad. Y mentiría si dijera que no estaba preocupado por el estado de su jefe, cargo compartido con el de mejor amigo. Le ponía enfermo esa obsesión de encerrarse en un búnker mental y no compartir lo que le preocupaba, al menos no de forma completa. Le veía vivir en una amenaza continua y apenas podía hacer nada para echarle una mano. No se dejaba. Pero era su decisión, pensó, y lo mínimo que podía hacer era respetarla. Apoyó ambas manos en los vaqueros y se levantó del sofá.

—Me voy. Se está haciendo tarde y Amy me está esperando para cenar desde hace un rato. Deberías descansar. Mañana vendré a traerte la pistola. Si necesitas algo, llámame.

Scorpio fue a responder, pero se le adelantó otro sonido. El Lobo se llevó la mano al bolsillo y sacó su teléfono. Frunció el ceño, miró al otro y después fijó la vista en la pantalla de nuevo. Número

desconocido. No necesitaban más enigmas y, con lo que estaba ocurriendo, rechazar cualquier llamada era poco aconsejable. Descolgó sin más dilación.

—¿Quién es? —Rafael, rígido, aguardó a una respuesta que tan solo él escuchó—. Johnny, ¿qué quieres? Creo que te dejé bien claro que no hay más... —Pero se quedó en silencio y con los ojos clavados en la tarima del suelo—. ¿Dónde? ¿Cómo ha sido? ¡Cálmate, coño! —No era usual que levantara la voz, lo que alarmó a Scorpio, que se incorporó en el sofá y centró en él toda su atención—. ¿Lo has visto? —Una nueva pausa—. Dime dónde estás, voy a buscarte. Vale, te he dicho que voy a buscarte. Quédate allí, no te muevas. Tardaré diez minutos. Ten cuidado hasta que llegue, no quiero tener que recoger un cadáver. Y tranquilízate, has tenido suerte.

Colgó. Necesitó un instante para ordenar sus ideas. Miró a Scorpio, quien le contemplaba alerta, desafiante. El jefe pensaba que era complicado que algo pudiera torcerse más, creía que ya estaban preparados para cualquier cosa.

—Annibal, necesito que me dejes un coche.

—Ya sabes dónde están las llaves, coge el que te apetezca —ofreció el chico. Descargas de dolor tensional descendieron implacables por su espalda—. ¿Qué ha pasado ahora?

—Nos han vuelto a atacar.

Capítulo 15

Nadie podía saber qué era lo que había hecho, pero Johnny no podía evitar caminar pendiente de lo que ocurría a su alrededor. Apenas vagaban almas por la calle, y a los pocos que transitaban por allí no les importaba ni lo más mínimo su presencia. O al menos eso parecía. Vislumbró a lo lejos a un par de mendigos sentados cerca de una diminuta hoguera en el interior de una papelería. El hecho de encontrarse en pleno verano no parecía marcar la diferencia para esas personas. Debía de ser muy duro vivir en la calle, pensó el muchacho. Al otro lado una pareja parecía haberse dejado la intimidad en algún lugar alejado de allí: disfrutaban de su sexualidad en plena vía pública. Sentado y apoyado a pocos metros, un hombre demasiado demacrado como para calcular su edad se inyectaba alguna clase de sustancia con una jeringuilla. Johnny aceleró el paso.

Ese sucio barrio pintoresco parecía no terminar jamás. Lo conocía, pero, ahora que necesitaba abandonar sus calles de inmediato, apenas lograba recordar dónde se encontraban sus límites. No sabía si tenía que torcer a la izquierda o tomar la derecha, seguir de frente o regresar sobre sus pasos para llegar a una salida más rápida. Se dijo que sus nervios podrían estar jugándole una mala pasada. Hacía un rato había decidido meter las manos en los bolsillos para que nadie pudiese notar que aún le temblaban, ni siquiera él mismo. Apenas se había hecho a la idea de que había asesinado a su colega. Uno no se veía obligado a emprender acciones como esa todos los días. Uno no tenía la oportunidad de ser aceptado en una organización criminal todos los días.

Incrementó la velocidad de su marcha una vez más.

En cuanto llegara a su casa, se metería en la cama y no saldría jamás. Al menos hasta que le apeteciera. O hasta que le llamaran.

Estaba intranquilo. No sabía por qué razón, pues la soledad de las calles no parecía entrañar peligro alguno. Pero, como había aprendido aquel día, no podía fiarse de lo que encontraba a simple vista. Y las tinieblas de la noche suponían el camuflaje perfecto para el mismísimo diablo.

De repente escuchó algo. Siseos intermitentes, los mismos que alguien emplea cuando quiere llamar la atención de otra persona. No había nadie a su alrededor y tampoco quería establecer ningún tipo de relación llegado el caso, así que fingió no darse cuenta. También supuso que estaba siendo demasiado egocéntrico al dar por hecho que eran ruidos dirigidos a él.

Y, sin embargo, los siseos no cesaban. Se percibían cada vez más cerca.

Miró a los lados. Nadie.

Tenían que estar llamándole a él, ¿a quién si no? Pero cada vez que se detenía para comprobar la posible fuente, desaparecían.

Se encaró a la oscuridad y se reprendió duramente por dejarse sugestionar por sus pensamientos. Él, con su metro noventa y tres de altura y su cuerpo labrado en el gimnasio, se sintió ridículo. Se encogió de hombros. Y los siseos regresaron. Miró a la derecha, le pareció que esos chasquidos procedían de esa dirección. De un callejón sin salida.

Perfecto. Estupendo.

Se había convertido, de pronto y sin él quererlo, en el protagonista de una película cutre donde el asesino psicópata juega con sus víctimas antes de arrancarles la vida. Pero no era protagonista de nada, y aquello estaba muy lejos de ser una película. No era la víctima de nadie. Así que se armó de valor y se adentró en el lóbrego callejón. Si había sido capaz de acabar con su compañero, lo haría también con ese estúpido juego.

Bum bum bum bum bum bum bum bum.

Escuchaba el palpitante de su corazón en sus sienes. Su cuerpo se había transformado en una fábrica de adrenalina. Cerró los puños, preparándose para cualquier cosa. Con suerte, tan solo sería una panda de chavales, como los que había visto esa misma tarde, riéndose de él. Aquellos segundos en silencio le hicieron albergar la esperanza de que no volvería a escuchar los ruidos, pero pronto retumbaron contra las paredes del callejón. El eco complicaba adivinar el origen, la oscuridad ocultaba la identidad del que parecía un fantasma. Johnny entrecerró los ojos, escudriñando los metros que se abrían por delante de él. Trataba de descifrar las enigmáticas sombras bajo la presión de su respiración entrecortada.

Un dolor agudo extendió sus garras por encima de su rodilla izquierda. Ni siquiera sabía lo que estaba sucediendo. Algo le desgarraba el músculo. Gritó, se tambaleó. Retrocedió esperando encontrarse con la pared a sus espaldas, necesitaba apoyarse en una superficie firme. Pero algo a sus pies hizo que trastabillara y cayese al suelo, tirándolo todo. El estrépito que se formó a su alrededor disfrazó el nuevo grito, quebrantando el tétrico silencio del callejón. En apenas tres segundos se vio rodeado de basura de todo tipo. Uno de los cubos le cayó encima, golpeándole el pecho y un lateral de la cabeza. Pero fue esa mala caída la que le salvó la vida, pues instantes antes de tocar el suelo con el cuerpo, pudo oír cómo una bala rebotaba en la pared, terriblemente cerca. Las chispas resultantes del impacto iluminaron su rostro durante milésimas de segundo, y se lo cubrió con las manos. El cacharreo metálico no habría sido suficiente para ocultar la detonación, así que era muy posible que el autor hubiese utilizado silenciador.

Johnny estaba taquicárdico, al borde de la ansiedad. Se le había secado la garganta y apenas era capaz de tragar. Estaba asustado. Rauda como un rayo, su mente desazonada le sugería venganza por parte de alguien que hubiese presenciado el asesinato de Samuel. ¡Pero allí no había visto a nadie, maldita sea!

Un nuevo estruendo estalló a su lado. Otra bala había impactado en uno de los cubos de basura que tenía encima. Dejó escapar un

gruñido, impotente. No podía quedarse ahí a la espera de una muerte segura, no podía dejarse asesinar como un pobre animal acorralado. Se le ocurrió coger una de las tapas malolientes y colocarla delante de él, protegiéndose. Si le disparaban, seguramente el proyectil atravesaría el metal, pero ese escudo improvisado era mejor que nada. El temblor de sus manos se había acentuado hasta límites casi preocupantes.

Recordó su Glock. Maldijo no haber reparado antes en ella. Se palpó el pantalón en busca de su salvación, pero halló un hueco vacío. La pistola descansaba bajo centímetros de barro en el lugar en el que reposaba el cadáver de Sam. La rabia le hizo gritar. Notaba el derramamiento de sangre caliente en su pierna izquierda, le dolía como diez mil demonios. Se odió por no poder empuñar su pistola, se dijo que tampoco habría pasado nada si hubiera decidido conservarla. Por supuesto que habría pasado algo: ahora podría defenderse.

Iba a morir, lo sabía. El espectro oculto acabaría acertando e incrustaría una bala en su cabeza. Simplemente dejaría de existir. ¿Qué usaría para evitarlo, la tapa de un triste cubo de basura? Era una idea tan absurda que le habría hecho reír de no encontrarse tan aterrado. Agazapado entre desperdicios, se concentró en localizar cualquier sonido. Su vida dependía de su capacidad de hallar el emplazamiento de aquel loco. Pero apenas podía oír nada más allá de la presión sanguínea en sus oídos, nada más allá de su respiración fuera de control. Le costaba asimilar el oxígeno, no era capaz de hacerse con el control pleno de sí mismo. La pierna izquierda le dolía tanto que dudaba de que pudiera salir corriendo de allí llegado el caso. La zona superior a la rodilla se estaba hinchando bajo el extraño objeto clavado en la carne.

Cerró fuertemente los ojos. No soportaba aquella incertidumbre. Si iban a matarle, que lo hicieran ya. Fue este último pensamiento el que le hizo sentir como un cobarde. No quería morir como un cobarde, no se consideraba tal. Un tipo sin agallas no habría cumplido una orden como la que él había ejecutado esa misma

tarde. Su vida no tenía por qué terminar. Y si estaba escrito que así debía acabar, presentaría batalla primero.

Reunió toda la valentía que fue capaz en tal tesitura y empuñó con firmeza lo que desgarraba su pierna. A tientas, lo encontró plano, fino y con filos puntiagudos y cortantes. Su propia sangre lo hacía resbaladizo. ¿Qué diablos significaba aquello? No era ningún arma blanca que él hubiese sostenido alguna vez entre las manos. Lo arrancó con un tirón seco. El grito se escapó entre sus dientes apretados. Sudaba profusamente. Borbotones de sangre abandonaron el corte profundo. Acercó el objeto a su campo de visión, aunque poca luz le llegaba desde la calle principal. La información procedente de sus distintas fuentes sensoriales le reveló que se trataba de un *shuriken* o estrella *ninja*. Las puntas aceradas se orientaban hacia el mismo lado. Un fugaz instante sirvió para que pudiera atisbar la inscripción en el metal: el número trece. El mismo maldito número al que la cultura popular atribuía la mala suerte. Como la suya.

Johnny dio un respingo ante el sonido de unas pisadas lentas. Él aún continuaba entre la basura. Se incorporó unos centímetros procurando no hacer ruido, labor complicada si sujetaba una tapa metálica con temblor en el pulso. Un paso más. Otro. Y otro. Todos fundiéndose con las reverberaciones de sus réplicas. Se desesperaba. Saberse en una ratonera desbordó su tensión. Cedió a su impulso y se abalanzó hacia delante cubriéndose con el escudo fiel en la mano derecha. Sujetaba la estrella arrojadiza con la izquierda. Sin pensarlo dos veces, la lanzó hacia la posición donde intuía que se encontraba el atacante espectral.

Escuchó un fuerte jadeo: había acertado.

Ningún tono de voz ayudó a saber a quién se enfrentaba, pero al menos ahora sabía que su enemigo no era inmune. ¿Por qué habría de serlo? Una ráfaga de autodeterminación le hizo creer que no todo estaba perdido. Un nuevo proyectil reventó una de las bolsas de basura y los desperdicios volaron por los aires. Buena parte cayó sobre el chico tatuado, pero era el menor de sus problemas. Las

pisadas se reanudaron, en esta ocasión más contundentes y directas hacia él. El agresor fantasma se convirtió entonces en una oscura silueta, pero Johnny apenas lo vio. Se había agachado en cuclillas al reventarse la bolsa, pero no aguardaría a que viniese a por él. Le buscaría primero.

Atacó.

No calculó bien la distancia que le separaba de su perseguidor, pero no le importó. Con suerte, el asesino le daría una muerte rápida de la que no sería consciente. A pesar de la pierna herida, consiguió impulsarse y cargar. La tapa metálica chocó contra alguien, pero esos metros de oscuridad ganada hizo imposible la identificación. El golpe fue potente, pero no consiguió desestabilizar al asesino potencial. Algo cayó al suelo. Johnny quiso pensar que se trataba del arma de fuego, pero no tenía manera de comprobarlo sin arriesgar demasiado. Recibió un súbito puñetazo en las costillas en aquel lado que la tapa no protegía. No le hizo mucho daño, pero sí el suficiente como para doblarse unos centímetros.

El corazón continuaba tronando en sus oídos.

Debía estar más atento. Si el atacante había comprobado que mantenía desprotegido el lado izquierdo, volvería a intentarlo por ahí. Su intuición no erró y Johnny pudo detener la nueva ofensiva a tiempo con la zurda. Cerró la mano al notar el impacto, tenaz, con vistas a enganchar a su enemigo, pero tan solo consiguió clavarle las uñas y arrastrarlas por su brazo. Hizo retroceder al fantasma. Aquella era su oportunidad, no habría otra. Apoyándose en la tapa, le dio un fuerte empujón. Consiguió tirarle al suelo, y la pieza metálica cayó con él. Sin embargo, Johnny no comprobó que era el único que se mantenía en pie. Había echado a correr.

No miró atrás.

Aunque el dolor de la pierna, que amenazaba con agarrotarse, era terrible, corrió como en su vida había corrido antes. La sangre y los restos de basura le daban un aspecto deplorable, pero el raciocinio del muchacho no podía centrarse más allá de la frenética huida. Había llegado a creer que sus días finalizarían en aquel

negro y solitario callejón. No conseguía deshacerse del acecho de la muerte y atravesó un par de manzanas en apenas dos minutos. Continuó corriendo.

El aliento del pánico aún se cernía sobre su nuca como la niebla en las frías noches de invierno.

Su condición física previa, así como el aluvión de adrenalina, favorecían la carrera enajenada. Cruzó una cancha de baloncesto en malas condiciones, plagada de charcos y desperfectos, y estuvo a punto de resbalar y caer de boca. Consiguió dominar su equilibrio. Mantuvo aquella velocidad trastornada hasta que al fin dio con una calle más amplia, con un mayor número de farolas y cuya luz no invitaba a delinquir. Sus piernas, en especial la izquierda, estaban al borde del colapso.

Entró como una exhalación en el primer local que encontró abierto a esas horas. Resultó ser un bar. Cualquiera otra persona en otras circunstancias habría optado por evitar un lugar de mala muerte como aquel, pero para Johnny fue como un bálsamo. La penumbra difuminaba su mal aspecto ante los pocos clientes, pero no consiguió eludir las miradas. Gente de ojos cansados, vacíos y alcoholizados, acostumbrados a no preguntar porque ya han visto demasiado. Pronto cada uno regresó a sus cosas. Lo mismo Johnny, que acudió directo al cuarto de baño del antro, libre en aquel momento. Una vez dentro, corrió el cerrojo de la puerta con la diestra trémula. Se dejó caer en frente de la taza. La arcada precedió al vómito. No tenía mucho que echar, hacía bastantes horas que había probado bocado por última vez, pero todos los nervios que había sufrido aquel día caían dentro de ese retrete como pesadas piedras. Comenzando con los que le habían asaltado en el asesinato de Sam.

Estaba mareado. Rodeaba la taza con ambos brazos y metía la cabeza todo lo que podía. El olor que le llegaba de las cañerías apestaba más que su propio vómito. No importaba, estaba vivo. Todo su cuerpo era presa de violentas sacudidas. La sangre de su pierna izquierda goteaba sobre las mugrientas baldosas del suelo,

colándose entre sus juntas y creando diminutos y simétricos ríos carmesí. Se incorporó cuando notó que le faltaba el aire. Echó la cabeza hacia atrás y la apoyó contra los amarillentos azulejos de la pared. Cerró los ojos, tiritando. Su rostro había perdido el color. Las náuseas se aferraron de nuevo a su garganta, pero supo controlarlas esta vez. Inspiró hondo y soltó el aire despacio. Se limpió las comisuras de los labios con el dorso de la mano. De pronto, la ansiedad le hizo prisionero y su pecho comenzó a subir y bajar a gran velocidad. Empezó a sollozar en silencio, tal era su estado de nervios, luchando contra el llanto que quería abrirse paso pisoteando todas las demás emociones.

Necesitaba calmarse, su estado no hacía más que empeorar la situación. Pero era muy difícil.

Los cinco minutos siguientes, percibidos como horas, le resultaron demasiado duros. La respiración tan acelerada había provocado la hiperventilación y el mareo se acentuó. Todavía sentado y sin ser capaz de moverse, creía que había perdido el control de su propio cuerpo.

Sin más compañía que la de aquella taza cochambrosa, necesitó otros diez minutos para que sus pulmones regresaran a la normalidad. Fue cuando empezó a ser consciente del horrible dolor que le castigaba por encima de la rodilla. Debía levantarse, salir de allí. Hacer algo. Entonces, alguien comenzó a aporrear la puerta. Se sintió muy intimidado durante los primeros segundos, imaginando que el psicópata sin rostro le había seguido hasta allí. El temor se difuminó al escuchar una tosca voz masculina al otro lado: «me estoy cagando». Johnny, sin molestarse en responder, se levantó tratando no apoyar la pierna izquierda. Accionó la cisterna para que el retrete succionara el vómito y cojeó hasta la pila del lavabo. Quiso mojarse las manos y la cara con la esperanza de que el agua fría le ayudase a terminar de recobrar la calma. Su reflejo le devolvió la mirada ojerosa desde el espejo resquebrajado, y comprobó que estaba sucio y pálido. Cuando fue a abrir el grifo advirtió que todavía no había abierto los puños desde que saliese corriendo. Lo hizo

lentamente, pues los dedos no respondían bien. Y vio algo relucir entre la porquería de su mano izquierda. Lo cogió despacio con la derecha, manchada de sangre casi reseca, y lo estiró.

Una fina cadena de plata.

Debía de pertenecer a su atacante, era imposible que se hubiera hecho con ella de otra forma. Nuevos estacazos en la puerta le arrancaron de su ensimismamiento y guardó la cadena en uno de los bolsillos de los vaqueros. Ya la examinaría más adelante. Lo único que quería hacer ahora era marcharse de allí. Abrió el grifo, se restregó el agua por las manos y se empapó la cara. Los chorros cristalinos cayeron a la pila tintados de un extraño color a suciedad. Se oyeron nuevos golpazos.

Johnny caminó con cierta dificultad hasta la salida del cuarto de baño. Cuando abrió la puerta, se encontró con la cara furibunda y enrojecida de un viejo orondo. Este suavizó su expresión al ver a ese muchacho musculoso manchado de sangre. El gordo impaciente entró en el cuartucho sin apenas haber dado tiempo a que Johnny saliese primero, llegando incluso a bajarse los pantalones sin que la puerta estuviera completamente cerrada.

No podía ni quería quedarse allí eternamente, pero temía salir a la calle. No sabía por qué alguien le había hecho pasar por eso, pero, si se había tomado tantas molestias, tal vez habría salido en su busca para terminar lo que había empezado. ¿Qué podía hacer? Buscó su teléfono móvil en alguno de sus bolsillos. La satisfacción al encontrarlo fue inmensa. Llamaría al Lobo, él sabría qué hacer. Pero cuando vio la pantalla, casi se echa a llorar: estaba rota. Cuando intentó encenderlo, el *smartphone* no respondió. A punto estuvo de estamparlo contra el suelo. ¿Por qué él?

—¡Joder!

El grito desesperado de Johnny apenas llamó la atención de toda aquella panda de borrachos. Volvió a guardar el aparato mientras pensaba cómo diablos resolver el problema. Continuó escarbando por sus bolsillos. El tacto de un papel nunca resultó tan placentero como entonces. Extrajo un billete de veinte dólares entre sus dedos.

Miró a su alrededor y localizó una cabina. No sabía que a esas alturas todavía continuaran existiendo, pero fue el salvoconducto perfecto. Se sintió orgulloso de sí mismo por haber memorizado en su día el teléfono del Lobo por si surgía alguna urgencia. Aquello era una urgencia.

—Necesito cambio —le pidió secamente al camarero apostado detrás de la barra. Su aspecto era tan mugriento como el del local. Plantó de un golpe el billete en la superficie pegajosa.

—Y yo necesito un yate, chaval —respondió el arisco trabajador. Sus maneras fueron burdas y su voz se escuchó áspera. No dejó de hurgarse la nariz mientras le miraba.

—Ponme un whisky —dijo entonces el chico tatuado. Procuraba no perder la poca paciencia ni los escasos nervios que le quedaban.

A regañadientes, y como si su trabajo se asemejara al de picar piedra, el camarero cogió un vaso y le sirvió lo que había pedido. Johnny arrastró el billete por la barra grasienta para dejarlo al alcance del hombre y que le cobrara. El tipo se lo tomó con calma para desesperación del muchacho. Cuando por fin tuvo las monedas del cambio en su poder, Johnny fue directo a la cabina. Introdujo unas cuantas monedas por la ranura sin contar la cantidad y marcó el número de su jefe.

—Hola, soy Johnny —saludó en voz baja cuando el Lobo descolgó al otro lado. Dejó un agónico intervalo de silencio para escuchar—. Ya, ya. Lo he hecho, no te molestaría por eso. Yo... Joder, tío, yo... Lobo, me han atacado. Yo... Alguien me ha acorralado y... Yo... —Su jefe le interrumpió para disparar preguntas y sugerir que se calmara de un modo un tanto brusco—. En un callejón, fuera... dentro. Dentro del callejón. En un barrio cercano a la salida cincuenta y tres. Me ha tirado algo y me ha jodido la pierna. Me disparaba. No me ha dado, pero... Joder, tío, casi me mata. — Johnny procuraba que sus palabras no llegaran a nadie más allá de su interlocutor, aunque le resultaba muy complicado apaciguar los nervios—. ¡Casi me mata! No, no lo he visto, estaba muy oscuro. —

Escuchó de nuevo—. En Tim's Hollow. Pero ¿sabes dónde está? No quiero estar aquí más tiempo. Vale. Vale, tío.

«Ten cuidado hasta que llegue, no quiero tener que recoger un cadáver. Y tranquilízate, has tenido suerte». Estas últimas palabras del Lobo le habían puesto los pelos de punta. Se suponía que, irónicamente, estaba a salvo en ese bar de mala muerte. Al menos de momento. Pero ¿a qué se había referido con un cadáver? ¿Sabía algo que el desconocía? Un escalofrío ascendió por su espalda y le erizó la nuca.

Cuando colgó el auricular, la máquina telefónica se tragó el cambio, pero Johnny ni se dio cuenta. Regresó cojeando a la barra y apuró el whisky de una vez. Era suyo, lo había pagado. Y lo necesitaba. Se acomodó en uno de los taburetes altos de almohadillas remordidas. La certeza de que el Lobo acudiría en su ayuda le tranquilizaba bastante. Cuando estiró la pierna izquierda para asegurar su postura, tuvo que reprimir un quejido. Lágrimas de dolor acudieron a sus ojos verde pálido. Las restregó con el dorso de la mano antes de que alguien las viera.

El tiempo de espera se asemejó a la eternidad para Johnny. El chico tatuado no consumió nada más en ese bar y el camarero estuvo dedicándole miradas funestas de reproche. El herido evitaba mirarle, no quería ninguna discusión. No necesitaba que sus niveles de estrés se dispararan aún más. Cada vez que se abría la puerta del Tim's Hollow, Johnny miraba hacia ella con ansiedad y esperando que apareciera el Lobo con su imagen característica. Así que, cuando lo hizo, el joven suspiró de alivio. Se levantó inmediatamente del taburete y se acercó cojeando a él. El escozor y el dolor de la pierna lastimada eran demasiado intensos, necesitaba una cura. La carrera desde el callejón había agrandado la herida.

Rafael evaluaba los movimientos del chico, muy serio. Cuando llegó a su altura, hizo que le pasara el brazo por encima de los hombros y se apoyara en él. Sin intercambiar ni una sola palabra, abandonaron aquel tugurio. El coche estaba estacionado en la misma puerta del Tim's Hollow, lo que fue como gloria bendita para

Johnny, pues cada paso suponía un castigo. El Lobo abrió la puerta del copiloto y le ayudó a colocarse. Luego rodeó el vehículo para ocupar el puesto del conductor. Tras abrocharse el cinturón de seguridad, Johnny se arrellanó en el asiento del Ford Mustang.

—¿Qué es lo que ese tipo te tiró? —inquirió el Lobo al cabo de unos minutos de extraño silencio. Ya volaban por la ciudad. Necesitaba escuchar la respuesta de la boca del superviviente sin que él le hubiese condicionado primero. Necesitaba veracidad.

—No sabría decirlo bien. Te parecerá imposible, pero juraría que era una estrella *ninja*, de esas que usan los japoneses. Algo así —contó Johnny. Sus esfuerzos por mantener la voz firme eran patentes. Recordaba a la perfección el tacto del objeto entre sus manos, bañado por su propia sangre—. Oye, hice lo que me pediste. Intenté no dejar huellas, procuré no cagarla esta vez.

—Ahora mismo eso no tiene importancia.

Era demasiado fácil dejar que el silencio se interpusiera entre ellos. No había música en la radio y lo único que flotaba en el ambiente era el sonido del motor.

Rafael estaba confundido. ¿Cómo era posible que O'Quinn supiera que ese chico trabajaba para él si nunca le había involucrado en actos tan cercanos como para llamar su atención? Por lo que sabía, Johnny no había visto a Scorpio en persona hasta ese mismo día. ¿Cómo podía haber sido tan endiabladamente rápido? ¿Y qué ganaba acabando con el muchacho? No pertenecía al círculo superior. Todas aquellas respuestas escapaban a su inteligencia. Lo único que le quedó claro fue que no solo la policía los observaba. Era desalentador pensar que nunca podían anticiparse a un nuevo ataque, incluso cuando hasta el momento habían creído que estos cesarían al haber desenmascarado al culpable.

—Eres afortunado por haber sobrevivido a este asesino.

—¿Lo conoces? —se interesó el de mirada verde. Abandonó el suave letargo en el que se había sumido gracias a la comodidad del

coche. El descenso de las cotas de adrenalina comenzaba a hacer más pesado su cuerpo.

—Le conocía. Acabamos con el hombre que pensábamos que era el autor —contestó el Lobo—, pero hubo nuevos ataques. Hay alguien más detrás, claro. —Se abstuvo de nombrar al viejo, incluso cuando sospechaba que el chico no sabría ni quién era.

—¿No soy el único al que han intentado matar así? —se asombró Johnny.

—No. Tendría que hacer cuentas para saber qué puesto ocupas en la lista.

—¿Una lista? ¿Por qué lo hace? —Lejos de tranquilizarle, la nueva información le descolocaba. Frotaba las manos despacio, inquieto.

—No lo sabemos —admitió Rafael. Lo ocurrido en el muelle aseguraba sus sospechas de la autoría de O'Quinn. Si había querido asesinar a Scorpio allí mismo, la deducción era que había querido mermar sus filas hasta ese momento para que les resultara más fácil vencerlo. O esa era la explicación más plausible, dado que no lo habían escuchado de los labios del viejo cobarde—. Es gente con la que ya tenemos una historia. Te cuento esto porque debes saberlo después de lo que has pasado. Cuento con tu discreción, ya sabes que para mí eso es algo fundamental.

—Sí, sí. No te preocupes —asintió Johnny. Jamás se le ocurriría traicionar la confianza de ese hombre, y no solo porque hubiese comprobado de primera mano lo letal que podía ser su determinación. Le enorgullecía ser depositario de ese privilegio.

—Ese cabrón se dedica a mandar asesinar a hombres que trabajan para Scorpio. Al trabajar para mí, ha debido de pensar que tú mantienes contacto directo con él. Si no, no se me ocurre otra cosa por el momento. —El Lobo se encogió de hombros.

—Hoy ha sido la primera vez en mi vida que le he visto. —El del pelo rapado recordó el frío respeto que le había inspirado ese hombre solo por encontrarse a menos de un metro de él. Las consecuencias que había sufrido Sam por una mala gestión de las

palabras contribuían a tal intimidación. Nunca habría adivinado que la primera vez que estuviera tan cerca de la cumbre sería en tales circunstancias.

—Ya lo sé. Por eso tú no encajas en el esquema habitual. — Rafael entonces se percató de que el único lugar donde se podría haber visto a Johnny con Scorpio había sido fuera de la propiedad de este último. Dudaba de que alguien hubiese notado la cercanía en el interior de la tartana roja. Eso podría significar que la vigilancia era continua y minuciosa, pero poco acertada por otra parte—. No sé, habrá que tratar esto con más detenimiento.

—Los demás a los que atacó... —Johnny casi tenía miedo de continuar—. ¿Consiguió matarlos?

—Sí. Solo conozco a dos hombres que hayan sobrevivido, y están sentados ahora mismo en este coche.

Un estremecimiento sacudió al joven con violencia. El último mensaje se desvanecía en el aire. Miró al Lobo, quien se mantenía encarando la luna delantera. A pesar de la alta velocidad a la que conducía, lo hacía de forma suave y sin movimientos bruscos. Johnny no podía asimilar que también hubiesen atentado contra el hombre que le daba las órdenes. Tragó saliva. Toda esa historia parecía sacada de alguna intensa novela de *thriller*, pero los sucesos escondidos en el interior de las páginas de un libro se esfuman al cerrarlo. Y aquello era muy real.

Johnny se preguntó por qué el asesino mataba a los hombres de Scorpio pudiendo acabar con él directamente. A lo mejor, se dijo, no habían podido atravesar su seguridad y combatían la frustración con su alrededor. No sería por falta de motivos. El éxito y el poder despiertan muchas envidias, y no todo el mundo es capaz de trabajar para cosechar los suyos. Gastan sus esfuerzos y energías en tratar de destronar al poseedor del triunfo en lugar de luchar para construir su propio reino. Si eso sucedía a niveles cotidianos, pensó, ¿qué no ocurriría dentro del crimen organizado? Pero ¿quién era tan valiente como para, en este caso, intentarlo?

Centró los ojos claros a través del cristal de su derecha.

—No hace falta que me lleves hasta la puerta de mi casa —dijo Johnny, algo azorado. No quería poner a su jefe en un compromiso.

—No te voy a llevar a tu casa. Vamos a ver a Annibal.

El chico herido sintió cómo el estómago le daba un pequeño vuelco. Había esperado llegar a su apartamento, curarse la pierna como pudiera y meterse en la cama hasta pasados dos o tres días. Solo iría al hospital si fuese estrictamente necesario. Pero, en lugar de eso, se encontraría de nuevo con el hombre que mantenía un imperio de droga y cuyos cimientos estaban siendo atacados. Johnny se irguió en el asiento y se concentró en no dejar entrever ni un ápice de su nueva intranquilidad. El jefe del Lobo. El suyo. ¿Se enfadaría con él por haberse dejado atacar? Nadie en su sano juicio se dejaba atacar, no era su culpa. Le había pillado desprevenido en la calle, ¿cómo iba a saber que había suelto por ahí un tipo que se dedicaba a asesinar a hombres de la banda? No tenía sentido. Pero la fama de Scorpio le precedía.

Las calles de la ciudad le resultaban familiares. Comprendió que eran las mismas que había recorrido minutos después de encender el coche rojo de forma ilegal para ir a... cumplir la misión que el Lobo le había encomendado. Con todo lo que había sucedido y con la nueva información que se había visto obligado a procesar, el transcurso del tiempo sufrió una pequeña distorsión para el más joven de los dos ocupantes del vehículo. Cuando se quiso dar cuenta, el Lobo ya había aparcado en el interior del garaje de aquella gran casa. Solo en su interior reconoció que le habría gustado tardar algunos, bastantes minutos más. No sabía si estaba preparado para abordar la situación con el jefe. Se sentía horriblemente cansado.

El Lobo volvió a ayudar a Johnny a caminar. El herido, más alto, comenzó a verse presionado solo por el hecho de encontrarse allí. De repente, se planteó si había manchado la tapicería del coche con su sangre o con restos de desperdicios, y la mera idea le revolvió el estómago. Dejaron atrás la puerta que comunicaba con el garaje y

se internaron en el pasillo que desembocaba en el resto de la vivienda.

—Annibal, ya estoy aquí —anunció el Lobo. Escuchó cómo el aludido indicaba desde el salón que le había oído.

Terminaron de completar el recorrido a paso lento. El dueño de la propiedad no se había movido de allí en todo el tiempo en que Rafael había estado fuera. La televisión emitía un canal que bombardeaba al espectador con anuncios de teletienda. Era muy poco posible que Scorpio estuviera interesado en comprar alguna de aquellas estupideces, por lo que era fácil adivinar que no estaba prestando atención al contenido de la pantalla.

Annibal había estado dándole vueltas a diferentes ideas. Podría haberse acostado después de comer algo y no salir hasta que hubiese aborrecido las sábanas, pero algo le decía que ese día, ya noche, aún no había dicho la última palabra. Estaba agotado, le dolían las piernas y el hombro derecho. Le dolía todo, en general. Ni siquiera tenía la cabeza despejada, así que sus cavilaciones no habían servido de mucho. La decisión más sensata era esperar al día siguiente para poder pensar con claridad.

Miró el panorama que ahora se presentaba ante él. No le sorprendió ver a una tercera persona, en concreto a uno de los chicos que había conocido esa misma tarde y con el que su amigo había hablado por teléfono antes de marcharse. El aspecto que presentaba el chaval, sucio y ensangrentado, no era una buena presentación, pero la mejor para un superviviente. Andaba con dificultad a pesar de la ayuda de Rafael. Les indicó que tomaran asiento, la suciedad era algo nimio ante tales circunstancias. El hombre de la coleta acercó un par de sillas y las situó frente al sofá. Ambos las ocuparon y quedaron de cara a Annibal, quien esperaba una explicación, expectante. La coraza sombría que caracterizaba al narcotraficante se instaló en su rostro con gran fuerza, protegiéndole de lo que pudiera escuchar.

—Es John Gray, trabaja para mí. Le has visto esta tarde, venía en el coche.

—Sí, me acuerdo.

—Lo han intentado matar.

—Ya veo.

—Ha sido en un callejón, según me ha contado, y...

—Lobo, prefiero que hable él, si no te importa —le interrumpió Annibal. No quería menospreciar a su mejor hombre, pero necesitaba ir al grano sin intermediarios. Se tocó la frente.

Rafael se quedó en silencio.

—Eh... —comenzó Johnny. No era el mejor comienzo, lo sabía. Sus nervios estaban tomando la costumbre de traicionarle ese día. Los dos pares de ojos ardían en su piel como ascuas candentes. No quería quedar en ridículo. Se trataba de contar lo que había ocurrido, no era tan difícil—. Volvía de... hacer un trabajo. Ya estaba oscuro. Escuché que alguien me llamaba, o eso creí. Pensé que se refería a mí porque no había nadie más, al menos cerca. Los ruidos procedían de un callejón, y allí dentro no se veía nada. Y me tiró algo que se me clavó en la pierna. —Señaló su rodilla maltrecha con el dedo. Había adquirido algo más de seguridad en sí mismo—. Era... parecía una estrella ninja.

—Joder —se quejó inevitablemente Scorpio al corroborar que, en efecto, el autor había sido el mismo que en las ocasiones anteriores. Y ya no pensaba en Nelson Austen.

—Luego me empezó a disparar, pero no acertó, por suerte. Me arranqué el cacharro ese de la pierna y lo tiré en la dirección en la que pensé que podría estar el tío. Creo que le di. Se acercó más para seguir disparando. Me levanté y le empujé. Al final pude salir corriendo, hasta que llegué al Tim's Hollow. Allí fue donde me recogió él. —Fue prácticamente el mismo relato que le había narrado al Lobo, tampoco tenía mucho más que contar. De todos modos, no recordaba muy bien las secuencias, las imágenes se agolpaban y entremezclaban en su cabeza.

—¿Le empujaste? ¿Le tocaste? ¿Sabes si era alto, bajo? ¿Le viste? —le hostigó el jefe. Era la primera vez en mucho tiempo que creía tener algo más allá de meras suposiciones para poder seguir

investigando y terminar de confirmar sus sospechas. Concretamente desde el ataque al Lobo, el único superviviente hasta esa misma noche. Un nuevo testimonio casi suponía un soplo de aire fresco.

—No, no sé nada. Lo siento. No pude verlo, estaba muy oscuro. Y sí le toqué, pero no me acuerdo muy bien. Solo le toqué el brazo para parar los golpes. Tal vez no tuviera mucha envergadura, pero a estas alturas no creo que eso signifique algo —se lamentó Johnny. Se sentía impotente, en su mano estaba poder conocer algo más acerca de aquel enemigo en común.

Los nervios regresaron al muchacho ante la atenta mirada de sus superiores. Scorpio no le haría nada, lo sabía, tan solo le formulaba unas preguntas cuyas respuestas podrían ayudarlos a solucionar un problema que, por sus expresiones, era grave. Al mirarlo, Johnny volvió a fijarse en la marca que caracterizaba su rostro. No sabría calcular su edad exacta, pero, ahora que podía fijarse mejor, pensó que rondaría los treinta. Estaba impresionado, se trataba de un hombre muy joven para el puesto que ocupaba. Uno no llegaba a ese escalafón por casualidad, y además solían necesitarse años para gozar de tal privilegio. Sin embargo, era capaz de percibir algo en su aspecto que, una vez más, no sabía concretar. Algo peligroso, afilado. La esencia de un depredador.

Scorpio, por su parte, había estado alternando la mirada entre el rostro del chico y la lesión que la sangre revelaba en su pierna a pesar de los pantalones oscuros. Su máscara conseguía ocultar la indignación y la debilidad física que amenazaba con adueñarse de su cuerpo. Se esforzaba por ocultar sus pensamientos.

—Es una pena que no hayas podido conservar la estrella —intervino el Lobo. De haber sido así, podrían haberla contrastado con la que conservaban. Aunque tampoco era muy necesario...

—Al menos sirvió para que te salvaras. Espero que consiguieras darle a ese hijo de puta —añadió Annibal. Sentía cierta simpatía por ese chico que, a pesar de su musculatura, parecía tan desamparado.

Entonces, un destello cruzó la mente de Johnny. ¿Cómo había podido pasar por alto aquel detalle? Moviéndose sobre la silla lo justo para que su mano entrara en el bolsillo del pantalón, se dispuso a sacar lo que había hallado dentro de su puño en el asqueroso lavabo de aquel antro. Seguramente no significara nada, pero, si podía, haría todo lo posible para ayudar. A pesar de todo, y por una buena razón, ahora también le concernía a él. Le resultó complicado acceder al pequeño compartimento de tela, dada la postura. Volvía a ser el centro de atención. Rozó el pequeño objeto con la punta de los dedos. Al conseguir engancharlo, tirar de él para sacarlo ya no fue tan difícil.

—Cuando llegué al bar, me di cuenta de que tenía algo en la mano. —El chico optó por no contar nada acerca de su angustiada crisis de ansiedad en el lavabo—. Creo que se lo arranqué al tío que me atacó antes de conseguir empujarle. No me di cuenta hasta ese momento de que lo tenía, y con los nervios se me había olvidado que lo había guardado.

Johnny habló mirando a Scorpio. Se inclinó hacia delante con algo de esfuerzo y dejó el brazo estirado. El tesoro recuperado descansaba protegido entre la palma de la mano y sus dedos. Luego aflojó estos para dejarlo caer en poder de Annibal, que también había alargado el brazo izquierdo para recibirlo.

El contacto metálico y delicado guardaba el calor del bolsillo del joven. El Lobo mostraba gran interés, también desconocedor de la novedad hasta el momento. Despacio, Annibal bajó la mirada. Sostenía una delgada cadena construida en plata y rota por un extremo. El jefe juntó ambas cejas en un rictus circunspecto. Trasladó el objeto a la mano derecha y lo sostuvo entre los dedos. La cadenita quedó colgando, casi centelleante bajo la luz del salón. Para su pesar, apenas le decía nada: cientos de personas podrían tener una pulsera como aquella. Tan alta probabilidad hacía que pensara que, si la guardaba en un cajón y no volvía a examinarla, no habría gran diferencia. O quizá debía tirarla a la basura, donde parecía que volvían a caer sus esperanzas renovadas.

Annibal se removió en el sitio, impotente. Tenía entre sus manos algo que había colgado del brazo del cabrón que había sustituido a Nelson Austen y se quedaba como estaba. Aquel adorno, simple y estúpido, no era más que eso. Sintió decepción. Era lo más cercano que tenía para corroborar la participación de O'Quinn, o al menos algo tangible que le llevara hasta él. No es que no supusiera ya una certeza para él, pero, si lo confirmaba, nada podría detenerlo en su determinación de atacarlo con todo lo que tenía.

Sin embargo, antes de sucumbir a la tentación de desviar su atención a otro lado, sus pupilas creyeron encontrar algo. En uno de los extremos de la delgada cadena podía verse una inscripción a pesar de la suciedad que la cubría. La acercó más a él para poder observarla mejor. Los elegantes eslabones argénteos quedaron a la altura de sus ojos. Los primeros trazos delineaban la letra que inauguraba el abecedario. El siguiente y último grafema constituía una «K».

El planeta, abrupto, detuvo su rotación. Cada partícula del universo abandonó sus propiedades para quedarse suspendida en el aire, inmóvil. Una sombra opaca y alargada borró el resto del mundo, todo cuanto existía más allá de sus propios dedos, de la estilizada hilera plateada. Y esa misma sombra atrapó su alma en una prisión de conmoción, rígida como el hueso. No supo dominar aquello que germinó en la boca de su estómago e incineraba cada temerosa célula que encontraba a su paso. La toxicidad ascendió dispuesta a envenenar sus vías respiratorias. El corazón, vigilante ante esa dolorosa y traicionera emboscada, apresuró su marcha. Pero no podía sentir dolor, puesto que uno más grande y desolador estaba subyugando su voluntad.

Aquel brillo, la impronta de una cruel centella para él, era lo único que podía ver. Destellos fantasmagóricos que le guiaban a través del farragoso pantano de tinieblas en el que se hundía.

Apretó los labios, tensionó la mandíbula, marcó el ceño. Con una lentitud atemporal, dejó caer los párpados. Sin apenas ser consciente de su propio cuerpo, crispó los dedos por encima de la

grácil esclava plateada. Quedó prisionera en el interior del puño. Y, sin cambiar la posición, inclinó la cabeza hacia delante unos centímetros. La mano sellada quedó apoyada en la frente, lisa salvo por las arrugas que cortaban todo cuanto había creído hasta entonces. No pudo luchar contra sí mismo durante más tiempo, su estabilidad comenzó a astillarse. Los temblores eran visibles.

El Lobo sabía que algo iba mal, muy mal. Conocía a Annibal, advirtió que esa reacción estaba muy lejos de ser normal en él. Miró de reojo a Johnny y percibió la misma inquietud que de pronto había empezado a sentir. Una alarma se iluminó dentro de su intelecto y, en silencio, sonó con idéntica intensidad con la que lo haría una sirena de guerra. Vio cómo Scorpio se estremecía y ni siquiera sabía qué estaba pasando. Por primera vez en mucho tiempo, no supo qué hacer. Tal vez la paciencia no fuese la mejor aliada para afrontar la situación, pero optó por recurrir a ella. La gran confianza y los años de amistad que le unían con Annibal no fueron suficientes para salvarle de la intimidación que le golpeó cuando este abrió los ojos.

Era una mirada rociada de penumbra.

La penumbra se cubrió de sombras.

Las sombras sucumbieron a la oscuridad total.

Pero no era a ellos a quienes veía.

Johnny parecía haber perdido la capacidad de respirar. Su palidez era mayor que la que había mostrado al internarse en aquel cochambroso local, ahora tan lejano, de mala muerte. No podía despegar sus ojos del pecho del hombre a quien había entregado su hallazgo, que subía y bajaba a velocidad creciente. Comprendió, al igual que su superior directo, que en ese salón se estaba forjando un huracán a punto de desatarse.

Entonces, el jefe se levantó del sofá como si el cuero blanco de pronto estuviese al rojo vivo. Arrojó la cadena al suelo, que gimió con un triste tintineo metálico. Y un grito desgarrador anegó el salón. Johnny, atemorizado, se encogió en la silla; el desconcierto paralizó al Lobo. La palabra que acompañó al sangrante rugido fue

ininteligible. El hombre de la cicatriz comenzó a arrasar con todo cuanto entorpecía su camino, sendero que él trazaba en su afán por la destrucción. Los objetos se precipitaban desde los muebles y sus pedazos pronto alfombraron el suelo. Scorpio barría, con los brazos, cualquier superficie susceptible de ser aniquilada. La súbita locura, alimentada de impulsos desquiciados, manejaba al hombre. Su voluntad obedecía a los hilos invisibles tejidos por la furia, manifestación de algo más profundo. Los añicos crujían bajo sus pies y disfrazaban el sonido de aquello que se había roto en su interior. El intenso dolor que había nacido en el centro de su pecho carbonizaba cada centímetro de su ser, exterminaba cada rastro de raciocinio. La fulminante e imprevista enajenación había capturado las fuerzas de encontrarse a sí mismo.

Volvió a gritar.

El filo del cristal de una de las vitrinas destrozadas abrió una dolorosa herida en la palma de la mano izquierda del agresor. La sangre empezó a marcar el camino de la demolición, roja, al igual que su rostro congestionado y marcado por el sudor. Apenas sentía los avisos de su hombro derecho.

Una fotografía enmarcada se precipitó contra el suelo y su cristal estalló. Fue el detonante que hizo que el Lobo reaccionara. Testigo de la devastación, la imagen recogía a una sonriente Heather junto a su hijo. Junto a Annibal.

—Vete —le ordenó Rafael a Johnny en voz baja. La tensión crispaba su rostro, generalmente sereno.

—Pero... —empezó a objetar el chico. El miedo que le infundía esa situación era equiparable al experimentado en el callejón, pero el exterior de la casa todavía le resultaba peor. La sensación de haber mirado a la muerte a los ojos, una muerte sin rostro, hacía que temblaran los cimientos de su valentía.

—Toma esto. —Con un movimiento rápido y casi torpe, el Lobo tomó cincuenta dólares de su cartera y se los extendió al joven—. Pide un taxi y márchate. Ya.

—Pero mi teléfono...

—Ya.

Rafael no quería que Johnny continuara presenciado aquello ni un minuto más. Pensó que, si Scorpio estuviera en sus cabales, jamás habría permitido que nadie le viese en tal estado. Gray decidió no tentar más a la suerte y obedecer. Con el dolor perforando su pierna izquierda, se alejó cojeando. Casi rezaba por pasar desapercibido. Ya encontraría la forma de avisar a un taxi.

La conversación no había llegado a oídos de Annibal, ni tampoco lo hizo el ruido de la puerta de la entrada. Había olvidado que no se encontraba solo. Los apósitos se despegaron a causa del sudor del esfuerzo y se desplazaron bajo la camiseta blanca. La sangre de las heridas recién abiertas no tardó en traspasar el algodón. Y aquella que había rasgado su interior no le permitía hilar ideas con sentido, pensar con claridad. No había razón, tan solo instinto animal. Un animal herido.

Un soporte de libros metálico causó un nuevo estruendo al caer.

Scorpio, fuera de control, volvió a rugir.

Rafael no soportaba más aquel espectáculo demencial. Se acercó a su amigo y, después de respirar hondo, lo agarró por los brazos en un intento de detener la locura. Tuvo que emplear toda su fuerza. Scorpio gritó que se apartara, forcejeó con una brusquedad inusual para zafarse de él. No fue capaz de conseguirlo, la sujeción del Lobo era tenaz. Este logró arrastrar al hombre enloquecido unos metros lejos del mueble, que para entonces ya estaba destrozando a puñetazos.

—¡Déjame en paz de una puta vez, hostia! —aulló Annibal. Era un tono desconocido para dirigirse a Rafael, uno que dejó entrever que el caos no solo reinaba en aquella resentida estancia.

—¡Estate quieto ya, joder! —gritó Rafael. Vio que las manchas rojas de aquella camiseta blanca que tan cerca tenía ahora eran un poco más grandes.

Scorpio consiguió liberarse y cargó de nuevo contra el mueble. Impregnaba de sangre todo cuanto tocaba, ya no solo por el corte en la palma de la mano izquierda, sino por los nudillos magullados.

El Lobo volvió a sujetar sus brazos desde atrás, lo que hizo que Annibal se diera la vuelta para encararle. El silencio de la batalla que mantenían con la mirada era roto por los jadeos del hombre herido. Rafael, sin decir nada, le advertía que frenaría aquella enajenación las veces que hiciera falta. El jefe levantó el índice de la mano derecha y le señaló, ignorando el dolor una vez más, y también sin palabras. Las palabras no tenían cabida allí.

Lo único que podía hacer Scorpio era resollar. Miraba a su reciente contrincante con los ojos muy abiertos y las comisuras de los labios curvadas hacia abajo. Desprendía inestabilidad, peligro, y, sin embargo, no consiguió amedrentar al Lobo. Pero este no sabía qué era lo que debía hacer a continuación, nunca antes había tenido que enfrentarse a una situación semejante con él. Lo único que tenía claro era que, si no conseguía frenar a Annibal, su amigo no sería capaz de hacerlo por sí solo, al menos hasta que el cansancio se lo llevara por delante. Ese chico llevaba ya mucho tiempo sucumbiendo ante su fuerte temperamento.

De pronto, el jefe pareció cambiar la estrategia. Todavía prisionero de la histeria, se encaminó hacia el pasillo. Los pasos resonaban entre las paredes. Su mejor hombre intuyó las intenciones y fue tras él, adelantándose para colocarse delante y obstruirle el paso.

—¡No te metas, Lobo! ¡Apártate de ahí! —bramó Annibal. Los terribles gritos anteriores habían mermado su voz, ahora más ronca.

—No pienses que vas a salir a la calle en ese estado —se plantó el otro, firme. Haría todo lo que estuviese en su mano para protegerle de sí mismo.

—¿Quién coño te crees que eres para ordenarme a mí nada?

—Alguien con más cabeza que tú.

—¡Vete a la mierda!

Annibal no podía razonar, tal privilegio quedaba fuera de su alcance. Tras las últimas palabras, y a años luz de recobrar el sentido común, reanudó su marcha. Decidió que, si tenía que hacerlo, arrasaría con el hombre que le obstaculizaba. Pero Rafael

le frenó nuevamente, ayudándose de las manos. Scorpio se defendió. Su capacidad física era mayor que la de su amigo, y la enajenación le otorgaba potencia extra, por lo que el Lobo comenzó a retroceder. Y no podía permitirse retroceder. Así, el Lobo hizo acopio de todas sus fuerzas una vez más hasta conseguir que su oponente se tambaleara. Después, harto de la situación, le propinó un puñetazo en la cara.

Scorpio retrocedió.

Atónito por el golpe, que recayó sobre la contusión que Rickman le había causado el día anterior, el narcotraficante se quedó paralizado durante unos segundos. Miró con expresión grave a su extraño rival mientras mantenía la mano izquierda en el aire, a medio camino entre la posición defensiva y su propio rostro. Los ojos del Lobo le censuraban.

Annibal se lanzó contra él. Con un movimiento rápido, empleando la diestra, le arrebató el revólver. Sabía dónde lo ocultaba siempre, la confusión solo había jugado a su favor. Ambos respiraban con dificultad. El hombre ahora armado le ordenó a su mano derecha que se apartara de su camino. Rafael, por supuesto, no cedió, y una ráfaga de impotencia recorrió su espalda por no haber previsto esta nueva táctica.

El aire era denso, espeso, pegajoso.

La orden volvió a imponerse. Idéntico resultado. Scorpio, sin titubear, alzó la mano y le apuntó con el Colt Python. El Lobo permaneció de pie, inmóvil, sin dejar de mirarle. Vio cómo la piel de Scorpio brillaba a causa del sudor por el esfuerzo físico. El que empuñaba el arma dio un paso al frente y dejó el cañón muy cerca de Rafael. Este, totalmente tenso, se mantuvo férreo. Annibal separó los labios mientras apretaba los dientes, demasiado cerca de perder los estribos otra vez. Accionó, con el pulgar, el sistema que rotaría el tambor del revólver. Un chasquido siniestro en tales circunstancias.

Los músculos de Rafael, rígidos hasta límites dolorosos, le hicieron dar el paso que faltaba para que su cuerpo contactara con

el arma. La boca del cañón se hundió unos milímetros en su pecho. Su amigo era muy capaz de emprender acciones de muy dudosa moral, lo había visto, pero no le creía capaz de dispararle. Más bien lo esperaba, pues su actual estado mental era demasiado voluble. Confiaba en que encontrara la chispa de luz que le guiara en la oscuridad que manejaba sus actos.

Solo se escuchaba la respiración entrecortada del hombre armado.

—¡Dispara! ¡Dispara ya! —El Lobo no se molestó en ocultar sus nervios, de este modo no le traicionarían—. ¿A qué estás esperando? ¡Aprieta el puto gatillo!

Y la mano de Scorpio, aquella que sostenía el Colt, comenzó a temblar. Si el revólver permanecía recto tan solo era porque había encontrado un punto de apoyo sobre el pecho de Rafael. Las pupilas de Annibal titubearon y de repente no fue capaz de sostenerlas durante más tiempo en las que le miraban con dureza. Relajó su cuerpo. Contrajo el brazo derecho, todavía empuñando el arma, y apoyó el dorso de la mano en la frente. Una fugaz mueca de dolor torció sus labios, que apenas separó.

La actuación del Lobo fue rápida. Prácticamente le arrancó el arma.

Annibal no ofreció ninguna resistencia. Comenzó a notar cómo las piernas amenazaban con ceder ante el agotamiento. Le invadieron sudores fríos. Con la derrota sobre sus hombros, se dio la vuelta y regresó sobre sus pasos, despacio, adentrándose en el salón destrozado. Caminaba como un autómata, como un zombi. Los pedazos de todo aquello que antes ocupaba los muebles chirriaban de nuevo bajo los pasos de sus deportivas negras. Se dejó caer en el sofá.

Respetando ese reciente silencio sepulcral, Rafael entró después sin decir nada. Le observaba. Resultaba evidente que tendría que hablar con él, pero aquel no era el mejor momento. Todavía desconocía qué clase de detonante había incendiado la

mecha de aquella agresividad enajenada, aquella explosión nuclear a pequeña escala, pero no podía dejarle solo. No así.

Se acercó al sofá cuidando de no aplastar nada que pudiese romperse más. Cuando miró a su amigo, el Lobo quedó sobrecogido. Hasta ese mismo instante, Scorpio había permanecido sentado sin más señales de vida que una respiración aún alterada, pero se inclinó hacia delante. Apoyó los codos sobre las rodillas, agachó la cabeza y la cubrió con ambas manos. Volvía a temblar. El Lobo se preguntó qué era lo que Annibal podría necesitar, cómo le podría ayudar si no sabía a qué se estaba enfrentando. Y decidió que le brindaría lo que cualquier persona necesita, por muchas espinas que tenga su coraza: apoyo, contacto humano. Y, como siempre, su amistad.

Annibal continuaba en la posición en la que inconscientemente había tratado de refugiarse en el interior de sí mismo. La horrible presión bajo sus costillas extendía sus tentáculos corrosivos hacia la garganta, la cabeza y hacia cada una de sus extremidades. Tenía ante él aquella parte de sí mismo que tantas y tantas veces se había esforzado en esconder. Notaba que se ahogaba, la tráquea se angostaba al recibir aire. Toda esa rabia se estaba transformando, mediante metamorfosis, en algo más destructivo que le rompía por dentro. Cerró las manos fuertemente alrededor de su pelo, aferrándose a él. Entonces, el labio inferior comenzó a sufrir pequeños estremecimientos, tan incontrolables como su respiración.

El nudo de la garganta pareció alcanzar dimensiones colosales.

La realidad le estaba haciendo un daño que no era capaz de procesar y su mente se bloqueó. Le escocían los ojos. Las lágrimas se acumularon sobre la superficie brillante y, anegándolos completamente, empezaron a resbalar por su rostro, descontroladas. El temblor de sus manos se hizo más visible. No contuvo los sollozos.

Se sentía vencido.

No podía detener el llanto, el dolor anulaba su voluntad. Le arrancaba sentimientos de soledad, de debilidad. De indefensión.

La conmoción había golpeado a Rafael, quien todavía permanecía quieto a su lado sin tomar asiento. No encontraba ningún calificativo que describiera cuán graves eran las circunstancias. No veía llorar a Annibal desde la muerte de su hermana Sylvia, diez años atrás. Le había acompañado en el funeral y en el entierro, y en cualquier momento en el que le había necesitado. A partir de ahí, aquel chico de dieciocho años había sufrido la gran conversión que le había conducido al lugar que ocupaba en la actualidad. Pero ahora, nuevamente, no sabía cómo reaccionar, qué debía hacer. Dudó. Al final, con el estómago colmado de incertidumbre, se sentó junto a él. En silencio, vaciló. Sabedor de que Scorpio podría no haberse dado cuenta de su presencia, posó la mano sobre su hombro. Percibió las convulsiones de su espalda bajo los dedos.

Annibal no reaccionó.

—No, no, no, no, no...

Aquel monosílabo era lo único que el chico podía pronunciar con su voz quebrada. Tan solo eran susurros, pero muy difíciles de articular. Los repetía para sí mismo, como si así pudiese cambiar lo que había descubierto. Como si así pudiese lograr la inmunidad frente a sus propios sentimientos. Como si, de ese modo, pudiera despertar de un momento a otro.

Pero era un dolor demasiado real.

La voz que escapaba por su garganta no se parecía a la que mostraba al resto del mundo. Era la voz de alguien que había escuchado cómo, poco a poco, su alma se fracturaba. Rota. Hasta que, al final, los trozos caían al suelo depositándose junto a una fina cadena de plata.

Capítulo 16

Desde la cocina, Annibal escuchó los golpes en la entrada principal. Tras permitir el paso por la gran verja exterior negra, solo era cuestión de tiempo que el timbre sonara en la puerta blanca de acceso a la casa. Pero no fue el timbre lo que se oyó, sino esos mismos golpes que reverberaron en el amplio pasillo.

Sostenía en la mano el vaso ancho que contenía whisky y se lo volvió a llevar a los labios. Se tomó su tiempo para apurar el contenido. Luego miró el vaso vacío desde el taburete alto sobre el que estaba sentado. Beber no había sido su intención en un principio, pero luego había descubierto que se trataba de una necesidad secreta conforme se acercaba la hora, así que no se privó del capricho de disfrutar del licor en soledad. Tal vez bebiera más a lo largo de la tarde. Noche. Lo que fuese.

Toc, toc, toc, toc.

La llamada se intensificó. A estas alturas, pensó, no tenía sentido precipitarse. Se levantó y dejó el vaso sobre la encimera de la cocina. Salió en dirección a la puerta. El sabor amaderado del licor todavía excitaba sus papilas gustativas, flotando hacia el paladar. Le habría gustado disfrutarlo durante más tiempo, pero había precipitado el último trago.

El timbre.

Siguió la llamada de la impaciencia, ya estaba llegando. Agarró el picaporte con firmeza y, después de unos brevísimos segundos de duda, lo giró. Experimentaba una extraña calma.

—Ya iba a entrar por la ventana.

Las palabras espontáneas de Angela sonaron con una musicalidad familiar. Un inevitable vuelco en el estómago apresó al hombre durante unos incómodos instantes. Estaba preciosa. Sonrió.

—No ha hecho falta.

Pero Scorpio no dejó entrever ninguna clase de emoción en su voz. Incluso tal vez sonara más impersonal de lo que había pretendido. Era una frialdad que contrastaba con las altas temperaturas estivales, pero que encajaba con su estado de ánimo como si de una pieza de rompecabezas se tratase.

Cuando la chica atravesó el umbral, él cerró la puerta. Corrió el cerrojo. Ancló la cadena. Angela se percató de que agradecía el aire acondicionado más de lo que esa tarde habría cabido esperar.

—¿Te apetece tomar algo? —se ofreció el narcotraficante. No esperó a obtener una respuesta, sino que se encaminó hacia una determinada dirección primero.

—Sí, estaría bien antes de salir a cenar —aceptó la rubia. Seguía sus pasos. De pronto se dio cuenta de cuál era el lugar al que la estaba guiando. Dejó escapar una sonrisa discreta. La estancia de luz azulada se abrió ante ellos, aquella que incluía barra y un atractivo surtido de bebidas. Le recorrió un potente escalofrío al recordar la complicidad que los unió la noche en la que se conocieron. Aquella fiesta, hacía poco menos de dos meses, ahora parecía pertenecer al siglo pasado—. Por supuesto, sabías que lo aceptaría. Lo has preparado todo.

—No lo dudes. Al fin y al cabo, creo que eres algo previsible.

Annibal dibujó una sonrisa de medio lado. Cogió las dos copas que había situado previamente encima de la barra y preparó ambas con la misma bebida ambarina que él ya había tomado. Lo hizo sin preguntar, pero tampoco recibió queja alguna.

—Ah, ¿sí? ¿Crees que soy previsible? —rió Angela, sugerente.

Scorpio asintió despacio con la cabeza mientras la miraba a sus ojos color noche. La tenue luz añil matizaba la blancura de la piel femenina. Ella sonrió, pícara, y vio cómo él también lo hacía. Después necesitó unos segundos para controlar sus impulsos de lanzarse sobre ese hombre, durante los cuales se hizo con su consumición. Fue la primera en beber, y acabó casi con la mitad del contenido de una vez. Annibal la imitó, pero con más calma.

Necesitaba calma.

Scorpio se dirigió hacia uno de los sofás del fondo, aquel que habían compartido la primera ocasión en la que se saborearon. Llevó el vaso consigo. Se sentó.

—Podrías haberme venido a buscar a casa con el coche y salir directamente desde allí. Me gusta que me vean contigo. Creo que medio edificio me tiene envidia. El otro medio te la tiene a ti, matarían por un coche como el tuyo. Por cualquiera de ellos. —La joven mujer le siguió una vez más.

—Me gustaba más la idea de empezar aquí la fiesta. Tenemos mucho espacio, no nos molesta nadie. Y pedir unas pizzas de vez en cuando no nos quita clase, al contrario —bromeó él.

—Pues vaya desperdicio. ¿Dónde voy a lucir ahora mi modelito nuevo? —Angela no era la clase de chica cuya vida giraba en torno a la moda y sus diferentes expresiones, pero continuaba siguiendo el juego. Fingió estar ofendida y se le dio bastante bien. Sin embargo, no engañó a su acompañante.

—Delante de mí, ¿te parece poco?

Angela arrojó el bolso a la esquina contraria del sofá. Annibal entornó sus ojos castaños mientras los sostenía fijos en ella. Se tomó la libertad de repasar la totalidad de su cuerpo. La camiseta negra de tirantes se ceñía a la chica rubia como un guante, y el escote pronunciado causaba un fuerte efecto de atracción sobre él. Nada nuevo. La aleación de luces y sombras realzaba su piel. Unos pantalones vaqueros estrechos se adaptaban al dibujo de sus piernas. Los zapatos negros estilizaban su altura mediante un tacón fino casi vertiginoso. Con ese físico privilegiado, se dijo él, bien podría ganarse la vida en el mundo de la pasarela. Podría dedicarse a lo que quisiera, a la vista quedaban sus diferentes talentos.

Se permitió disfrutar de aquel rostro que tan cerca había tenido tantas veces. El largo cabello rubio acariciaba sus hombros, su espalda, liso. Sombras oscuras cubrían sus párpados cuidadosamente maquillados, y las voluminosas pestañas enmarcaban los ojos de oscuridad perpetua. Un rojo apagado

ensalzaba sus labios como besada por sangre. Sangre que le invitaba a cerrar los ojos, olvidarlo todo y unirse a ella.

Pero no lo hizo.

No era el momento de caer en las provocaciones. Scorpio necesitaba tiempo. Tiempo y alcohol. Tomó un trago largo de su copa. Pronto, la incipiente y conocida distorsión de parte de sus pensamientos se unió a la agradable sensación propiciada por la bebida. Cerró los ojos, respiró hondo. El calor se acumulaba en sus mejillas. Se dejaría llevar, siempre manteniendo el control.

Angela se adelantó un paso y luego los necesarios hasta quedarse de pie frente a él. Su sonrisa, sus ojos, sus gestos, su cuerpo... Todos ellos gritaban en silencio sus intenciones. La sutil sonrisa de Annibal alzó las comisuras de sus propios labios coloreados.

—¿Delante de ti? —repitió ella. Derrochaba sensualidad—. No sabría decirte si serías capaz de apreciarlo. Tengo entendido que prefieres que lleve puesto lo menos posible.

—Y entiendes bien.

Entonces, Angela se agachó hasta que sus ojos quedaron al mismo nivel. La intensidad de los suyos profundizó en los masculinos. Scorpio se sintió incómodo al notar cómo su corazón se aceleraba. Debía pararlo, ser él el dueño de aquello. Pero las pretensiones de dominar la situación amenazaban con reducirse a cenizas con sus labios a escasos centímetros, como de pronto estaban.

De pronto, le asaltaron pensamientos de atracción hacia ella, pero alejados de lo puramente carnal. Compartían núcleo con aquellos que le golpearon hacía exactamente tres días, cuando tuvo la maldita idea de salir a comer fuera, con todo lo que conllevó después. Pensamientos y sentimientos de tal índole le hacían sentir débil.

Y la debilidad le enfurecía.

Scorpio permaneció inmóvil mientras notaba la respiración de Angela muy cerca de su cuello. La presión crecía. El autocontrol del

que tuvo que valerse alcanzó la dureza del diamante.

—¿Qué te ha pasado en la cara?

La repentina pregunta de la muchacha agrietó el ambiente que ella misma había creado. Se sentó a su lado en el sofá, inclinándose unos centímetros hacia él. Levantó la mano derecha y la apoyó con suavidad en la mejilla izquierda de Annibal, donde el color morado se extendía por la piel a causa del puñetazo de Roger y posterior golpe del Lobo. Con el dedo pulgar acarició la zona contusionada.

—Tuve una pelea. —Scorpio no pensaba ser menos escueto. El contacto que la chica había iniciado le cortó la respiración durante un par de segundos, lo que echó por tierra su propósito de mantenerse impasible.

—¿Cuándo ocurrió? ¿Estás bien? —Una fina arruga de preocupación surcó la frente de Angela.

—Sí, estoy bien. —El hombre contuvo una risotada—. Fue ayer. —La segunda mentira en la misma frase. Era jueves por la noche—. No es nada.

Pero todos los progresos que habían conseguido sus lesiones se habían estancado. Incluso retrocedido. A todo lo acontecido desde que fue detenido había que sumarle la crisis de locura transitoria sufrida el martes por la noche. Todos aquellos esfuerzos físicos habían provocado la reapertura de las heridas, desgarrando parte de la piel circundante, especialmente en la espalda. No lo había advertido mientras había estado fuera de sí, pero el regreso a la normalidad había traído consigo el familiar e intenso dolor punzante que le había paralizado el brazo.

Annibal cerró los ojos otra vez, luchando contra el recuerdo, contra lo que significaba. Dolía. Sin embargo, se mantuvo sereno. Si dejaba escapar tan solo un mal gesto, ella sabría que algo no iba bien. No era lo que necesitaba en ese momento. Fue recuperando poco a poco la seguridad en sí mismo. Para ello tuvo que ignorar el suave contacto de la mano de Angela, que aún permanecía sobre su mejilla.

—Me alegro. No me gusta verte así —prosiguió Angela. Retiró los dedos.

—¿Así cómo?

—Herido.

Angela bajó la mirada.

Él decidió centrar la atención en algún lugar entre la hilera visible de botellas situada detrás de la barra, sobre una balda de cristal. La luz azul, al incidir sobre ellas, creaba extraños e hipnóticos destellos. Annibal sintió cómo una pequeña sonrisa se fue abriendo paso a través de la nebulosa algodónada propiciada por el whisky. Después, una carcajada apenas audible que no pudo reprimir.

—No sé de qué te extrañas. Supongo que te imaginabas que alguien que se dedica a lo que yo me dedico puede sufrir daños colaterales. No es nada nuevo —comentó Scorpio. Clavó los ojos en ella una vez más.

—Ya lo sé. Pero que lo asuma no significa que me guste cuando te ocurra.

—Te acostumbrarás.

—No si estás muerto.

La voz de Angela era seria y grave, un registro diferente al que utilizaba para tratar asuntos de menos seriedad. Fueron palabras sombrías que de inmediato le provocaron un escalofrío desagradable. Algo la golpeó por dentro al pronunciarlas, pero supo disimular.

—Eso no pasará. No es normal que me disparen, ¿sabes? La gente no suele atreverse a hacerlo —afirmó Scorpio. La mirada penetrante desentonaba con la fingida despreocupación de su habla.

—Entonces, quien lo haya hecho debe de ser muy valiente. — Angela, ajena a sus propios actos, había comenzado a acariciar la piel del brazo derecho de Annibal. Él lo mantenía quieto para evitar el dolor. Sin embargo, no podía hacer nada ante las sensaciones que le provocaba.

—O muy estúpido —rebatió el hombre. Entornó los ojos. Pensó que no era necesario explicar las duras consecuencias a las que tendría que enfrentarse el culpable. No había que ser muy listo para llegar a tal conclusión, y ella siempre había demostrado su inteligencia.

A pesar de que —casi— nunca le había mostrado una cara peligrosa, Angela no dudaba ni por un segundo de que la tenía. Algo desconocido entre ambos. Entendía muy bien por qué los hombres que tenía a su cargo, y fuera de este, le respetaban tanto, incluso cuando él jamás le había explicado nada de su trabajo.

—Si te digo la verdad, con la reputación que dicen que tienes...

—¿Es que has oído hablar de mí por ahí? —interrumpió Scorpio. Trazó una media sonrisa mientras enarcaba la ceja izquierda, rota por la cicatriz.

—¿Además de lo que me avisaron en el club?

—¿Avisarte?

—Sí, avisarme. Además de eso, no mucho. Pero no me hace falta. Acabas de reconocer que hay que ser estúpido para atreverse contigo, y tengo ojos y oídos. —respondió Angela, satisfecha de que él hubiese parecido aceptar la aclaración—. Como te decía, con esa reputación —recalcó—, el motivo del ataque tuvo que ser importante.

—No sabía que de repente tuvieras tanto interés por el tema. No hablaremos de esto hoy. Te he llamado para distraerme, no para que me recuerdes a los cabrones que quieren verme muerto. Para eso me basto yo solo.

—De acuerdo, jefe —ironizó ella sin llegar a adoptar un tono hostil.

—Cuando te di cierta información sabías que no habría detalles, y no los pienso dar ahora. No es noche de negocios —zanjó Scorpio.

—Vale. Tranquilo, Annibal, lo entiendo. —Angela estaba confundida por esa inusual seriedad. Posó la mano sobre su hombro derecho sin hacer presión, consciente de la gran sensibilidad de

aquella zona delicada. Él no sintió dolor, y tampoco se retiró, a pesar de que había sido su primer impulso—. Cambiaré de tema. ¿Has cogido frío o algo? Te llevo notando algo afónico desde que he llegado.

El narcotraficante tensó los labios sin apartar la vista. Los recuerdos de hacía un par de noches lo embistieron nuevamente. Los violentos gritos de entonces le habían dañado la garganta, haciendo incluso que notara ciertas molestias al tragar. Todavía le afectaba, pero el alcohol las suavizaba. Como en ese momento, que había precisado beber otra vez.

—¿Quieres otra? —preguntó Scorpio mientras señalaba el alargado cristal vacío.

La rubia asintió con la cabeza. No se le había escapado el modo en que la había eludido, supo que no iba a recibir respuesta. Se preguntó qué era lo que había dicho esta vez, tan solo había sido una pregunta inocente. O eso creía. Si le preguntaba qué le ocurría, por qué se estaba comportando de un modo tan extraño esa tarde, seguramente le contestaría que no era asunto suyo.

Scorpio se levantó del sofá. La pequeña mueca de dolor hizo saber a su acompañante que no se encontraba tan bien como había afirmado hacía un rato. Ella le siguió con la mirada, sin poder evitar centrarla en una parte concreta de su anatomía. Vio cómo servía otras dos copas de la misma botella de whisky que había dejado encima de la barra. Se fijó en cómo, además, abría un pequeño cajón situado al final de esta. Había sido necesaria una llave para acceder a él. También guardó algo en su pantalón. Cogió las bebidas con ambas manos y regresó al sofá. Una vez en frente, de pie, le pidió que acercara la pequeña mesa de cristal. Ella obedeció, y solo entonces Annibal se sentó. Cuando Angela se hizo con el vaso que él le ofrecía, bebió dos o tres sorbos y lo apoyó en la mesa recién colocada. Scorpio le dio un buen trago y la dejó al lado. A continuación, recuperó lo que había traído consigo en el bolsillo.

—¿Qué es? —se interesó ella. Estaba algo cohibida a causa de sus dos intentos fallidos de establecer un tema de conversación

satisfactorio.

—Una caja de madera —aclaró Annibal. Se fijó en cómo ponía los ojos en blanco al escuchar una respuesta tan obvia. Rio en voz muy baja—. No seas impaciente, disfruta del momento.

—No es mala idea.

Y Angela se acercó a él sin previo aviso hasta que tan solo unos molestos milímetros la separaban de su boca. Notaba su respiración y el suave aroma a whisky unido a las gotas de colonia masculina adheridas a la piel del cuello. Había pocas cosas ante las que la joven difícilmente podía resistirse, y ese hombre era una de ellas. Conseguía, a su pesar, remover con fuerza su interior. Hiciera lo que ella hiciera, no era suficiente para escapar de su influencia. Esa cara y ese cuerpo, la forma en que la trataba, suponían la manzana prohibida que la expulsaba del paraíso. Tal atracción ascendía a su máximo exponente cuando exploraba cada centímetro en relieve, y estaba deseando hacerlo.

Finalmente se lanzó, cubriendo la absurda distancia que los separaba. Saboreó la perdición en sus labios.

No encontró reciprocidad durante los primeros segundos, pues él apenas reaccionaba a los movimientos. Pero todo cambió sin previo aviso. Annibal comenzó a besarla con una pasión feroz. Con la mano izquierda sobre la nuca rubia, enredó los dedos en el cabello y la aproximó más a él. La textura suave de las largas hebras doradas desentonaba con la furia que se acumulaba bajo su camisa blanca. Empleaba una fuerza inusitada, pero ella no sabía cómo replicar, perdida ante la influencia de aquellos besos. El dolor que le causaban los tirones de pelo se camuflaba con destreza con el color de la pasión acalorada. Angela, entre jadeos, le mordisqueaba suavemente los labios.

Scorpio perdió el control sobre sí mismo durante apenas un segundo y dejó escapar un suspiro fugaz, ahogado cuando la húmeda boca femenina se desplazó hacia su cuello. Se encogió de hombros, hizo más presión sobre la nuca de Angela. La separó con brusquedad, pero ella volvió a la carga sobre su boca. Al principio,

Annibal correspondió con hambrienta intensidad, pero la apartó otra vez.

Angela le miró con la respiración acelerada. Descubrió un ceño fruncido y unos labios entreabiertos. Se excitó aún más cuando comprobó que la parte superior de las mejillas del hombre se veían salpicadas de rubor. El atrevimiento que le regalaba el licor la impulsaba a lanzarse de nuevo, a no permitirle recuperar el aliento. Ansiaba el calor de su cuerpo. Pero, cuando se inclinó hacia él en la nueva búsqueda, Scorpio apoyó la mano izquierda en el centro de su pecho y la detuvo.

—No sigas —soltó Scorpio. Su voz sonó extraña, afectada por el esfuerzo de tener que luchar contra el dolor y la excitación. Contra no romper su camiseta y cualquier prenda que encontrase sobre ella.

—Ah, ¿no? —Le provocó la chica, y encontró desafío en su expresión. Le echó un vistazo general—. Otras partes de tu cuerpo no opinan lo mismo.

Obstinada, introdujo una de sus manos bajo la camisa blanca de Annibal. Halló que la piel de su abdomen parecía haber estallado en llamas, lo que corroboraba su versión. Cuidando de que cada una de sus uñas le rozara en el recorrido ascendente, llegó al pecho. El cuerpo masculino se contrajo ante la detonación de sensaciones y su piel se erizó. Un par de suaves carcajadas inundaron los oídos de Scorpio, quien por un momento se planteó dejarse llevar por el placer. Pero regresó a la realidad. A la desgarradora realidad.

Antes de que el contacto alcanzara un erotismo aún mayor, la sujetó por la muñeca y la alejó de nuevo. Solo la soltó cuando ya no podía tocarle.

—¿Qué es lo que te pasa? —protestó Angela. Le sorprendía demasiado que la rehuyera, la tensión sexual entre ambos era demasiado notoria como para simplemente ignorarla. Siempre les ocurría, siempre la apaciguaban. Incluso le ofendía.

—No, ¿qué coño te pasa a ti? Te había dicho que te estuvieras quieta —contraatacó Scorpio. Su mente se había convertido en un

cóctel de excitación, libido y fuego, potenciado sin duda alguna por la bebida, pero incompatible con las demás emociones que lo apesaban y torturaban.

—¿Y para qué me has llamado? ¡Has sido tú quien ha sugerido que nos viésemos hoy! Si vas a estar de esta mala hostia me marcho. Seguramente encuentre cosas mejores que hacer —le espetó Angela dentro de la misma línea antipática. No le importaba la reputación de la que antes hablaban, le daba igual su condición de *jefe* de lo que fuera. Respondería del mismo modo en que la tratara, y su trato dejaba bastante que desear.

—¡Hay que joderse! ¿Ahora resulta que si te llamo es solo para follar? No serías muy diferente de Deborah. —Se arrepintió al instante, lo cual le hizo sentirse peor—. Tal vez no lo hayas notado, pero he tenido días mejores, así que deja de calentarme la puta cabeza. Joder.

Fue chocante para Scorpio. Había dejado al descubierto, sin quererlo, una mínima parte de su interior cuando su intención era cerrarla a cal y canto. Volvió a vestir su armadura al instante.

El mutismo que atrapó la estancia de luz azul fue el más incómodo desde que se conocían.

Angela clavó la vista en el cristal de la mesa, seria, extremadamente seria. Aquello que sentía era culpabilidad, y la consumía. Se cruzó de brazos. Él no fue más específico, había infinidad de detalles que no le contaba, pero la joven podía hacerse una idea de lo que le cruzaba la mente. Debía ser paciente, no entrar en su juego. No podía echarlo todo a perder. La pregunta era: ¿*quería* hacerlo? Ya no estaba segura de nada. Además, se dijo, haber sido víctima de un tiroteo hacía irascible a cualquiera. Como mínimo.

Tal vez estuviera siendo injusta. Muy injusta.

—Lo siento.

Si había algo que Annibal no esperaba era una disculpa. La observaba con una expresión que no invitaba a la confianza, incluso cuando ella alzó la cabeza para volver a encontrarse con él. Angela

halló un rostro tan impersonal que comenzó a ser víctima de una fría inseguridad. Entonces, el hombre asintió con la cabeza despacio. Luego rompió el hilo visual para buscar la cajita de madera que había dejado previamente sobre la mesa. La abrió, dispuesto a llevar a cabo lo único que se podía hacer con el contenido de la misma.

Sacó una bolsa pequeña cuyo interior blanco reflejaba la iluminación añil. Separó los bordes superiores, unidos mediante un fino cierre horizontal de plástico, y volcó cierta cantidad sobre el cristal de la mesa. Angela le miraba sorprendida, fijándose después en cómo formaba una línea de cocaína con la ayuda de una tarjeta. A continuación, Annibal se hizo con un tubo estrecho y corto. Con el polvo blanco cuidadosamente dispuesto frente a él, volvió a mirar a la chica. Le ofreció probar primero. Ella se negó, así que el hombre aspiró por la nariz a través del utensilio y a una velocidad constante. La sustancia desapareció.

Scorpio se echó hacia atrás en el sofá, recostándose, y cerró los ojos. Se dejó llevar por la sensación vibrante que se abría paso por su cuerpo como una trepidante montaña rusa blanca. No consumía drogas, y mucho menos aquella que constituía el pilar central de su fortuna. Y no solo porque se tratase de una lección aprendida de la película *El precio del poder*, sino porque era de sentido común. Los estupefacientes en general machacan el cerebro, lo que uno es, y alguien de su categoría no podía permitirse un error tan garrafal. Sin embargo, los últimos acontecimientos le empujaban a la evasión.

Estaba construyendo un muro.

Cuando despegó los párpados, enfocó nuevamente la escena. En concreto, a Angela. Inclined hacia delante como estaba, su escote le llamaba con renovadas fuerzas. Annibal tuvo que reprimir el impulso de ser él quien iniciara el desenfreno en esta ocasión. No quería volver a caer. Aquellos labios femeninos, encarnados y sugerentes, constituían una invitación al pecado. Quería, claro que quería. Esa mujer conseguía atravesar todos sus escudos.

La besó.

Ella, confusa, se dejó arrastrar por aquella corriente suave y rítmica. Un torbellino demasiado corto cuando él se detuvo a los pocos segundos.

Scorpio abandonó el sofá. Experimentó una presión que tiró de las lesiones de su hombro, sensación muy distinta a la que afectó a zonas más bajas de su cuerpo. La euforia de la cocaína distorsionaba la realidad y le facilitaba unas acciones que quizá no hubiese podido realizar de otro modo. Se acercó a la barra por segunda vez, se situó detrás de esta y se hizo con dos vasos limpios. Eran movimientos mecánicos, automáticos. Apenas quedaba whisky.

Angela acudió a su encuentro.

—Camarero, por favor —bromeó, fingiendo seriedad y formalidad—. ¿Puede servirme otra copa?

—Las que quieras.

El gánster, utilizando el brazo izquierdo, le ofreció la que acababa de preparar. Luego rodeó la barra para volver junto a ella. Imitándola, se sentó en una de las modernas banquetas de piel sintética cercanas al curioso mostrador. Antes de comenzar a beber, Annibal alzó el vaso a modo de brindis. Dio un trago pequeño, era consciente de la mezcla explosiva a la que se enfrentaban sus neuronas. La vio tomar del suyo.

Se sentía bien, demasiado bien.

No podía dejar de mirarla. Los hielos de su vaso no hacían justicia a la frialdad reconstruida que le congelaba la sangre a pasos agigantados. Se dejó conquistar por tan baja temperatura. La insólita apatía derrotaba la viveza del estimulante y abatía el declive del depresor, como si el glaciar trazase su propio camino entre montañas. Su pulso descansaba tranquilo.

—Esta me la has puesto más fuerte —se estremeció Angela. Hizo un mohín gracioso con la nariz a causa de la intensidad del sabor.

—Sí. Va a ser la última, habrá que aprovecharla —convino Annibal. Le dedicó una sonrisa provocadora a la que sucedió un

guiño. Los ojos no acompañaron.

—Brindemos, entonces. —La rubia levantó el vaso y esperó a que él hiciera lo mismo.

El sonido de los cristales selló el acuerdo y ambos volvieron a acercarse el whisky a los labios. Acto seguido, Angela se apoyó en él, buscándole. Le presionó los labios con los suyos, suave, temerosa de un nuevo rechazo. El narcotraficante no se movió, permaneció quieto incluso cuando sintió cómo la lengua ligera de su acompañante intentaba adentrarse en su boca. Se limitaba a seguir el compás que ella marcaba. La chica apoyó la mano sobre su pierna, cerca de la ingle. Scorpio tampoco reaccionó. Se separó de él. Vio que tenía cara de nada.

—¿Seguro que no quieres? —Angela le ofreció una sonrisa tímida que pretendió ser sensual.

Él asintió en silencio. No se dejaría atrapar por su influencia otra vez. La vio humedecerse los labios tras sonreír. El ambiente de repente tomó un cariz extraño.

La joven mujer no entendía muy bien lo que estaba ocurriendo. Cuando se lanzaba, él respondía, pero luego la rehusaba. Perdía la iniciativa, esa chispa penetrante que le caracterizaba cuando estaba con ella, que le hacía sentirse deseada.

Algo ocurría, no era estúpida.

Debía llevarle a su territorio, hacerle hablar. Acercó la mano derecha hacia el rostro masculino para volver a tocar la magulladura violácea. Sintió la piel caliente bajo sus dedos. Le rozó los labios.

—¿Qué es eso? —preguntó Scorpio de pronto, en voz baja.

—¿El qué? —dijo ella, desconcertada. Casi pudo escuchar la atmósfera que buscaba hacerse añicos por enésima vez.

—Lo que tienes en el antebrazo. Ahí, cerca de la muñeca.

—¡Ah! ¿Esto? —Angela se miró el brazo derecho. Lucía un arañazo rosado desde la muñeca hasta la mitad del antebrazo. El aspecto que presentaba informaba de que era relativamente reciente—. Fue mi gato. Muchas veces se comporta como un bruto cuando juego con él —explicó con una sonrisa.

—No sabía que tenías un gato.

—Bueno, ahora ya lo sabes. —Se encogió de hombros—. Se llama Leo. Ya te enseñaré alguna foto.

—También podrías enseñármelo en persona. Me gustan los gatos.

—No estaría mal, aunque a lo mejor no sería una buena idea. No le gustan los extraños.

—¿Soy un extraño? —preguntó él, enarcando las cejas. La conversación le estaba pareciendo, como mínimo, curiosa.

—Teniendo en cuenta que nunca has venido a mi casa, sí, sí serías un extraño para él —se defendió Angela un tanto sarcástica. Entonces, se llevó la mano a la boca e intentó reprimir un bostezo, algo que consiguió a medias.

—Nunca me has invitado —cargó Annibal. Hacía uso de su paciencia, no le quitaba ojo de encima. Vio cómo bostezaba una segunda vez—. Apenas acaba de empezar la noche, ¿ya estás cansada? ¿O es que te aburres?

—No me aburro, pero la verdad es que sí me encuentro cansada. No lo entiendo, hasta hace unos minutos estaba bien. —Angela frunció el ceño. Intentaba encontrar una explicación convincente a ese repentino agotamiento.

—¿Te acostaste muy tarde anoche?

—Sí, puede que sea eso. Pero, no sé, estoy acostumbrada a acostarme tarde —comentó. Y allí se vio nuevamente con un tema de conversación muy distinto al que se empeñaba en propiciar. No creía que sus horas de sueño fuese lo más interesante sobre lo que hablar.

—Entiendo.

—Esto parece un interrogatorio —rio la muchacha. Parpadeó un par de veces con la intención de ocultar otro bostezo. Le parecía de mal gusto.

—Es un interrogatorio. —Scorpio enfatizó el verbo. Fue en ese mismo momento en el que notó cómo un chorro de adrenalina invadía sus venas. Sus pupilas se dilataban. Y esa fue la única

variación que recogió su rostro granítico. Por dentro, el corazón parecía cabalgar al viento.

—Vaya... ¿Es ahora cuando se supone que debería tener miedo? —La sonrisa de Angela se ensanchó, pícara. La bebida, a esas alturas, era su gran aliada para la desinhibición.

—Sería lo más inteligente por tu parte.

Scorpio dejó un espacio de tiempo para que sus palabras consiguieran el efecto deseado. Ya no veía el sentido de aguardar más. Era inevitable, ineludible. Necesario.

—He estado echando en falta algo desde que has llegado — prosiguió. Desplazó la mano izquierda hasta toparse con el bolsillo del pantalón vaquero.

—Eres tú el que no ha querido —le reprochó ella. No resultó nada convincente, su lucha radicaba en ser capaz de pronunciar palabra. La cabeza embotada y la gran pesadez de sus párpados eran enemigos casi infranqueables.

—No hablo de eso, Angela.

—No te entiendo. —La debilidad violentaba su cuerpo como insoportables losas de piedra que tiraban de ella hacia abajo.

—No me entiendes...

La sombra creció hasta límites dolorosos y pareció eclipsar la luz azul de la sala. Se cernió sobre Angela y se aferró a cada una de sus células con uñas punzantes. Lo único que podía hacer era mirar a los ojos también oscuros de Scorpio, perderse en ellos. No dejó de hacerlo ni cuando este sacó algo de su bolsillo. Annibal, con suavidad, lo agarró con los dedos. Sintió el característico tacto fino, metálico, y levantó la mano lo suficiente como para que el objeto largo y brillante quedase a la vista de la mujer.

Todo comenzó a girar en torno a los delicados eslabones argénteos.

El corazón de Angela se precipitó al vacío en caída libre. Por primera vez desde que le conocía, el hombre le infundió un miedo penetrante. Las rocas invisibles que la apresaban ganaban peso a cada segundo que transcurría. Despegó los labios e intentó que sus

cuerdas vocales emitieran algo de voz, incluso articuló alguna palabra, pero no hubo sonido. Su voz no era más fuerte que el temor.

Scorpio permanecía inmóvil. La cadena de plata oscilaba lentamente en el aire, como un péndulo, tan solo sujeta por un extremo. Su compañera trató de apoyarse en la barra y ponerse en pie, pero resbaló nada más colocar la mano sobre la superficie lisa. Perdió el equilibrio. Todavía sentada, sus brazos comenzaron a temblar y la pérdida de control se propagó al resto del cuerpo como el fuego sobre gasolina. Tragó saliva, contenía la respiración. La parálisis infernal se intensificaba con la hostilidad extrema que desprendía el rostro del narcotraficante. Aquellas gélidas llamaradas parecían taladrar las células de la chica, cuya voluntad ya apenas respondía. Su campo visual se reducía. El azul mudaba a negro.

Necesitaba alejarse de ese hombre.

El miedo casi irracional se transformó en un impulso desesperado. Logró bajar de la estilizada banqueta y apoyar los pies en el suelo. Descubrió que no podía sostenerse. Las rodillas la traicionaron y se flexionaron, robándole el equilibrio. Cayó hacia delante. En un intento de no precipitarse contra el suelo, se apoyó en Annibal. Pero él no le prestó ayuda. La empujó nada más tenerla encima, como si el mero contacto le provocara graves quemaduras.

Angela ni siquiera tuvo tiempo de pensar en lo que se le venía encima. Su mente desconectó de la realidad y abandonó la consciencia. Cayó sobre la tarima del amplio cuarto, golpeándose la cabeza. Quedó tumbada de lado.

El silencio fue absoluto.

La respiración de Scorpio era tranquila. No así sus pulsaciones, que viajaban a velocidades siderales. Su expresión neutra recogía las emociones dormidas. Los sentimientos anestesiados le protegían.

Durante los diez minutos siguientes tan solo contempló el cuerpo inerte de la mujer que había irrumpido en su vida, revolucionándola en todos los aspectos posibles. Su mente, en blanco, se percibía

cristalina como el agua. Una misteriosa paz le mantenía tranquilo. Pero llegó un punto en el que sus ojos ya no la veían. Apenas retenía los pensamientos que bombardeaban su cabeza como misiles. Dejaba a las imágenes viajar libres. Parecía que alguien había drenado toda la sangre de su cuerpo, robándole hasta la última gota y blindando el motor que la propulsaba.

De repente, un fiero huracán se adueñó de lo que quedaba de su aplomo. Un impulso violento le obligó a empuñar el vaso donde hacía un rato Angela, su Angela, había dejado los labios impresos. Un grito desgarrador encubrió el sonido del cristal estallando contra la pared en mil pedazos.

FIN

Organigrama actualizado

POLICE
DEPARTMENT

JEFE

Hombre de confianza



Annibal Scorpio
Edad: 28



Rafael "Lobo" E.
Edad: 29


ALTO RANGO



Fred Harrison
Edad: 36



Sandro Biaggi
Edad: 31



Ryan Coleman
Edad: 33



Benjamin Paul
Edad: 34



Henry Baker
Edad: 35

BATO RANGO



Hoyt Peterson
Edad: 28




Bruce Barnes
Edad: 41



Steve Connor
Edad: 32



"Johnny" Gray
Edad: 22



John Porter
Edad: 30



Dan Livingston
Edad: 26



Kenneth West
Edad: 25



Samuel Moore
Edad: 28

Organigrama anterior

POLICE
DEPARTMENT

JEFE

Hombre de
confianza



Annibal Scorpio
Edad: 28



Rafael "Lobo" E.
Edad: 29

ALTO RANGO



Hans Schneider
Edad: 27



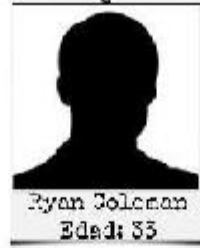
Sandro Biaggi
Edad: 31



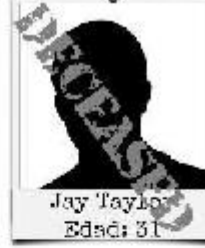
Larry Greenwich
Edad: 37



Fred Harrison
Edad: 36



Ryan Coleman
Edad: 33



Jay Taylor
Edad: 31

BATO RANGO



Benjamin Paul
Edad: 34



Robert Glasgow
Edad: 28



Harold Elmer
Edad: 25



Carlo Sanches
Edad: 31



Henry Baker
Edad: 28



Ronald Fournier
Edad: 26

Agradecimientos

En el anterior tomo, *Scorpio*, di unas suaves pinceladas acerca de cómo nació esta historia y de lo que significa para mí. No ha cambiado nada: lo que allí queda reflejado es lo que es, tal cual. Podría volver a explicarlo, pero no aportaría mucho más. Lo mismo ocurriría si vuelvo a remarcar a todos aquellos que merecen leer su nombre en esta página. Por esta razón, he querido redactar este punto de un modo diferente.

A los que son y están en cada amanecer y en cada anochecer.

A los que bailan conmigo bajo el sol y bajo la lluvia.

A los que me tienden la mano y se tumban junto a mí.

A los que ya no están pero nunca se irán.

A los que son música.

A los que se adentran en mis mundos.

A los que me dejan pasar y me invitan a quedarme.

A los que me han enseñado cómo no quiero ser.

A los que me leen antes que nadie y me dan su más sincera opinión.

A los que me impulsan a mejorar, en toda la extensión de la palabra.

A los que me cuentan más de todo aquello que sé menos para poder reflejarlo aquí.

A la persona sin la cual esta historia no existiría: mi siempre y eterno ÉL.

A los que entrelazan sus emociones con el mundo de Annibal Scorpio.

A ti, que has apostado por mí.

GRACIAS, una vez más, por hacer posible que este sueño siga
batiendo sus alas en el aire mientras mis pies continúan en la tierra.
La ilusión mantiene viva su llama en cada letra.

Acerca de

Beatriz García López nació en Madrid en 1988. Su pasión por la lectura la a

compaña desde muy pequeña, y escribe desde que descubrió el placer de crear historias propias. A lo largo de su vida ha ido acumulando multitud de escritos orientados al disfrute personal, lo que le ha hecho ir aprendiendo de la propia experiencia. Es así como, poco a poco, fue encontrando su actual estilo literario.

Debutó como escritora con *El presagio de Horus*. La primera edición fue publicada por la editorial con la que ganó un concurso literario. Se lanzó con la autopublicación con la segunda edición, así como con la versión digital. La saga *Trece Milímetros* sigue los mismos pasos de iniciativa independiente, comenzando con el primer tomo, *Scorpio*, y continuando con esta segunda entrega: *O'Quinn*.

Beatriz terminó la Diplomatura de Turismo y actualmente estudia el Grado de Psicología en la Universidad Complutense de Madrid.